



LAS TRES ROMAS



LAS TRES ROMAS

DIARIO DE UN VIAJE A ITALIA

ACOMPANADO

1.º—De un plano de Roma antigua y moderna. 2.º—De un plano de Roma subterránea ó de las Catacumbas.

Por Monseñor Gamme

Protonatario Apostólico, doctor en Teología, Vicario general de Reims, de Montauban y de Aquila, Caballero de la orden de San Silvestre, Miembro de la Academia de la Religion Católica de Roma, de la Academia de Ciencias, Artes y Bellas Letras de Besançon, etc., etc.

TRADUCIDA

Por el Sr. Luis Antonio Morau.

ABOGADO.

"Nec unquam (civitas) nec major nec sanctor."
Jamás ha habido ciudad más grande ni más santa.
Tit. Liv. Hist., lib. I.

SUPREMA CORTE DE JUSTICIA DE LA NACION

BIBLIOTECA

TOMO III.

MEXICO.—1883.

Imprenta y Litografía de la Biblioteca de Jurisprudencia, calle de la Merced núm. 29

000701687

1.45632

325t

3-4

.....
.....
.....

.....

.....

.....

LAS TRES ROMAS.

26 DE FEBRERO.

Viaje á Mugnano.—Cemetino.—Catacumbas.
Iglesia.—Cristo de Constantino.—Instrumentos de martirio.—Gruta de San Félix.—Horcas Caudinas.—Mugnano.

Mucho ántes de amanecer, nuestro ligero vehículó volaba por el hermoso camino que atraviesa las llanuras occidentales de la Campánia Septentrional; el objeto de nuestra peregrinacion era *Mugnano*. Esta poblacion, situada á diez y nueve millas de Nápoles, se ha hecho célebre hace algunos años. Allí descansa el cuerpo de una jóven mártir de los primeros siglos, á quien Dios se complace en glorificar por muchos milagros. Su nombre es conocido por todos los cristianos; se llama *Filomena*. Como tantos otros peregrinos, íbamos á depositar á sus piés el homenaje de nuestros votos y de nuestras acciones de gracia.

A tres leguas y media de Nápoles encontramos la pequeña aldea de *Cemetino*. No está señalada en ninguna carta geográfica, ni es conocida por ningun viajero; esto así debe ser, allí no se encuentran más

que antigüedades cristianas. Un sacerdote napolitano nos habia dicho: "Los turistas han escandalizado de tal modo á nuestro cicerone, que para no arrojar las perlas á los cerdos, estos últimos na hablan casi nunca á los extranjeros de los objetos religiosos, y niegan hasta los pormenores que se les preguntan, á ménos que vuestro traje ó una recomendacion particular los tranquilice." Esto nos sucedió en la aldea de *Cemetino*.

"¿En dónde están las catacumbas, en dónde la gruta de San Félix? preguntamos al guardian de la iglesia?" Con su mirada fija en nosotros, su boca muda y su aire dudoso parecia preguntarnos: ¿Quién sois? ¿puedo enseñaros sin profanacion los monumentos de los mártires? Por fin, le hablamos del abate D. B.; y el buen jóven se apresuró á introducirnos á catacumbas de gran riqueza y de inmenso interes.

Nola, residencia del gobernador de la Campánia, que contaba una poblacion de cincuenta mil almas, fué en diferentes ocasiones teatro de sangrientas persecuciones; ademas de sus propios hijos vió martiri-

zar á los cristianos de las inmediaciones, llevados al tribunal del gobernador. De este número fué San Juanuario, obispo de Benevento, quien fué arrojado á una caldera hirviendo, que veremos muy pronto. Con San Félix, obispo de Nola, perecieron tres mil doscientos fieles, entre otros las ilustres vírgenes Julia y Jucimda. Su martirio tuvo lugar bajo Valeriano el año 259. Las ejecuciones se hacian en *Cemetino*, distante diez minutos de la ciudad. Los cuerpos de los campeones de la fe fueron depositados allí en una catacumba llamada *Cemeteryum in Pincis*. Esta se ha hecho célebre por el innumerable concurso de los peregrinos que de allí se dirigian de todas las partes de Occidente y aun de Oriente, así como lo atestigua San Paulino. El mismo aumentó la gloria de aquel lugar venerable pasando en él muchos años de su vida cerca del cuerpo de San Félix y de los mártires. Cinco iglesias se levantaron sobre esta catacumba; la del centro dedicada á San Félix, brillaba como una perla engastada en perlas:

Et manet in mediis quasi gemma intersita gemmis,
Basilicas per quinque sacri spatiosa sepulcri
Atria defundens..... 1.

Se entraba hoy á aquellos venerables santuarios pasando bajo un arco monumental, llamado el *Arco Santo*, que tiene sobre la izquierda la inscripcion siguiente:

Siste gradum, quamvis properas, ed siste, viator;
To cogat pietas religioque loci.
Ingredere, et cineri manibus delecta plena
Felicis, felix posce, et habebis iter:
Quemque Augustinus, Paulinus Bedaque dictis
Concelebrant fixo tu venerare genu,
Ingredere, at mundo corde, et simul excute plantas
Sanctarum quando corpora mille pomas.

La iglesia dedicada á San Juan Evangelista presenta tres altares ó *arcos alium*, bastantes semejantes á los de las catacumbas de Roma. El del medio tiene esta antigua inscripcion:

1 S. Paulino., *Epist.*

ARA VERITATIS.

A > P < O

Cerca de este altar secular se ve de un lado la cátedra pontifical de simple madera, del ilustre obispo de Nola, San Paulino; del otro, una gran fuente de mármol destinada á recibir la sangre de los mártires que fueron degollados en aquellos lugares. A la izquierda de la misma basílica está una vasta gruta, de trabajo á manera de red, *opus reticulatum*, que forma una sala cuadrada, uno de cuyos ángulos está ocupado por una ancha caldera, groseramente construida en *mattoni*. En ella fué arrojado, para ser quemado vivo, San Juanuario, obispo de Benevento; pero como el discípulo muy amado, el venerable pontífice salió sano y salvo de en medio de las llamas, quedaba reservado á otros combates. De cada lado se abren dos pequeños cuartos, ó mas bien dos calabozos sólidamente abovedados, en donde fueron encerrados San Juanuario y los compañeros de su martirio, Festo, Desiderio, Próculo, Eutiquio y Acacio. Delante de la caldera, en una especie de *arcu*, se ven las columnas en que eran azotados; las manchas de sangre pueden reconocerse todavía. Segun la piadosa costumbre de los peregrinos católicos, las besamos con un respetuoso amor, encomendándonos á las poderosas oraciones de los valientes testigos de nuestra fe.

Quedaba por visitar la parte de las catacumbas que está á la derecha de la iglesia.

Atravesamos para ir á ella el cementerio actual. En medio de las tumbas modernas, la piedad conserva en pié las horcas de los mártires; se compone de dos columnas antiguas de las cuales estaba suspendida una cuerda que pasaba de una á otra; allí morian los cristianos que no debian ser inmolados por la espada. ¡Extraño pueblo el pagano, cuyo capricho más

que la voluntad de los jueces, mandaba aquellos diferentes géneros de muerte! él queria sangre, pero para beberla con delicia, exigia variedad en los tormentos; él pudo satisfacerse, porque la nueva crypta à que bajamos fué una verdadera carnicería. Una larga inscripcion recuerda los nombres y los combates de los héroes cristianos que triunfaron en aquellos oscuros subterráneos, como sus hermanos de roma triunfaron á plena luz en el anfiteatro. No léjos de allí se encuentra la fosa profunda que recuerda uno de los hechos mas gloriosos de nuestra historia primitiva.

San Félix, sacerdote de Nola, se habia encargado del gobierno de aquella iglesia durante la ausencia del obispo San Máximo, oculto en las montañas á causa de la persecucion. Félix, fué arrestado, azotado, fué arrojado, atado de piés y manos, á un calabozo tenebroso, lleno de pedazos de vidrio y de ollas rotas. Un ángel le libra de él y se dirige cerca de su obispo á quien salva la vida, y vuelve al teatro del combate; los soldados del gobernador le vuelven á encontrar y no pudo escapar sino por milagro. En el camino encuentra una caverna en la cual se arroja. Los perseguidores llegan, pero una tela de araña milagrosamente extendida á la entrada de la gruta, les hace perder su rastro; pasan de allí, y el santo alimentado en aquel subterráneo por una valiente cristiana, sale de él al cabo de seis meses para volver á empezar en paz su glorioso ministerio. Vimos la abertura de la gruta y la gruta misma. Yo conocia el hecho ántes de visitar el lugar. que fué su inmortal teatro; nunca he sentido mejor la diferencia que hay entre leer ú oír la relacion de un milagro, y ver con los propios ojos y tocar con las propias manos el lugar mismo en que tuvo lugar. Con el alma vivamente conmovida salimos de aquellos subterrá-

neos mojados con la sangre de los mártires, luego bañados, durante muchos siglos, con las lágrimas de innumerables peregrinos venidos del Oriente y del Occidente. 1.

La iglesia que se levanta hoy sobre el suelo es rica en mármoles é inscripciones antiguas. Hacia el medio brilla el altar del Santo Sacramento, lleno de huesos de mártires en un armario, ó más bien en un vasto díptico 2 colocado encima del altar de una capilla lateral, se conserva el primer crucifijo, hecho por orden de Constantino; la tradicion le hace subir al año 316. Es de plata, y por la postura del cuerpo y por el carácter grandioso de la figura, recuerda el tipo byzantino, del cual conserva Roma algunos bellos monumentos. 3.

Más alla de *Cemetino*, el camino serpentea entre montañas fértiles, cuya cima estaba entónces cubierta de nieve. En el centro de esas montañas no léjos de *Gruta Minarda*, la antigua *Crypta Minarda*, se encuentra el valle de *Arpajo*. 4 Entramos á él con objeto de visitar las Horeas Caudinas, teatro famoso de la mas grande humillacion romana. Un doble desfiladero formado por una cadena de montañas circulares; luego en el fondo del vallado, ya ancho, ya estrecho, un arroyo que corre murmurando, este es el aspecto de los lugares. Ahora refiriéndonos al año de Roma 433, nos parecia ver à los romanos, engañados por los soldados de Póncio, convertidos en pastores y ejecutando temerariamente aquel peligroso paso para llegar más pronto al socorro de Luceria, sitiada por los Samnitas. Han salvado el

1 S. Paulino *Natalit*, 6. etc.

2 Libro en el cual se ponian los nombres de los obispos y de los muertos. Los dípticos sagrados se parecian en la forma á las tablas de la ley con que se representa á Moisés.

3 Boldetti. *Osservaz*, etc., lib. II, c. 19, p. 607 y siguientes.

4 Véase la sábia disertacion del P. Daniels, 1778.

primer desfiladero, pero al llegar al segundo encuentran cerrada la salida por un baluarte de troncos de árboles y de trozos de roca; levantan la vista y hallan las alturas cubiertas de enemigos, quieren volver sobre sus pasos, pero una barrera semejante á la primera viene á cerrar la salida del desfiladero. Por una parte vemos á los fieros romanos desconcertados, yendo, viniendo, interrogándose y sin saber á qué resolverse; por otra, vimos á los Samnitas que los agobian con burlas, y que hacen resonar aquellos lugares salvajes con sus cantos de triunfo. Por fin, el momento fatal llega; dos lanzas fijas en la tierra, apoyan una tercera y forman el yugo de vergüenza; y hé aquí á los cónsules despojados de sus armas y de las insignias de su dignidad que avanzan en primer lugar y pasan bajo el yugo; luego las legiones, que no llevan más vestido que una simple túnica, sufren á la vez la ignominiosa ceremonia. Los Samnitas, que han bajado de sus alturas, forman una doble hilera entre la cual pasan los vencidos bajo el fuego de sangrientas burlas. No todas son flores para alcanzar el poder y los honores; aviso á los ambiciosos.

Saludando á la derecha á *Avellino*, tierra clásica de la excelente avellana, que le da su nombre, y patria de San Andrés, la gloria de los Teatinos, dejamos á la izquierda á Benevento, ciudad de trece mil almas, no ménos célebre por su puerta *Aurea*, edificada toda con mármol de Paros, y por sus puentes de piedra contruidos en el *Calore*, que por sus numerosos recuerdos. A una y media milla de Avellino, se percibe el *Monte-Vergine* (monte Virgen,) sobre el cual se levanta uno de los santuarios más frecuentados de la Italia. En fin, descubrimos, situada entre dos cadenas de montañas, la pequeña aldea de *Mugnano*. La iglesia distante del camino algunos centenares de pasos, se di-

buja graciosamente al extremo de una avenida plantada de tiernos árboles; una suave rampa conduce hasta el pórtico del edificio. A la izquierda de la nave está la capilla de la ilustre mártir. Las riquezas que la embellecen, los numerosos *ex-voto* que cubren las paredes, atestiguan eloquentemente el poder de la Santa y la piedad de los fieles. Alrededor de la piedra sepulcral, traída de las catacumbas con el cuerpo de la jóven heroína, se ven *ex-voto* enviados de la China con inscripciones honoríficas que atestiguan el reconocimiento de los reyes y de las reinas de Nápoles y de otros países. La inscripcion de la Santa se presenta en aquella piedra grabada en forma de banderola:

LVMENA IN PACE FI,

y debe leerse;

FILVMENA IN PACE.

El guardian del sepulcro es un sacerdote venerable que nos recibió como hermanos; siguiéndole entramos á la capilla de la Santa. Apénas nos habíamos prosternado al pié del altar, cuando se hizo oír el organo, acompañado del retintín armonioso de las campanillas atadas en los cordones de la cortina que cubre la caja. Esta señal anunciaba á los numerosos peregrinos arrodillados en la iglesia que se iban á exponer las reliquias. En efecto, corrióse el velo y la glorioso Mártir apareció á todas las miradas, descansando en un lecho de terciopelo, enriquecido con pedrería. En su cabeza rodeada con la aureola, brilla una corona de perlas; sus brazos están adornados con brazaletes de oro, y en su mano tiene la palma del martirio; á su vista todo el mundo se prosternó y el *Credo* y la doxología (himno) al Dios de los mártires, fueron repetidos tres veces en coro. El venerable guardian, revestido con el roquete y la estola, abrió entónces el tabernáculo de donde sacó la jarra de la

sangre; la dió á besar á cada fiel, pronunciando esta sencilla fórmula que encierra todos los votos: *Per intercessionem beatae Filumenaë virginis et martyris liberet te Deus ab omni malo Amen.* "Por intercesion de Santa Filomena vírgen y mártir librete el Señor Dios de todo mal. Así sea."

Cuando acabamos nuestras oraciones quisimos tomar alguna cosa de comer. Nos indicaron el hotel cuyo título voy á dar á conocer á los que vengan despues de nosotros: «Locanda e Trattoria de'divoti di S. Filomena, di Domenico Stincone.» Debo ademas prevenir á vuestros sucesores, que el Sr. Domingo Stincone suele hacer algunas veces una triste comida á sus huéspedes. Un huevo fresco y algunas hojas del inevitable broccoli, hé aquí lo único que nos fué posible conseguir. Pronto tomamos nuestro partido pensando en que una poca de penitencia no perjudica á la oracion.

Estaba decidido que haríamos punta en Capitanata. ¿Por qué alejarnos así del objeto primitivo de nuestro viaje? ¿Qué nos llamaba á un país raras veces recorrido por los extranjeros? Nuestros nuevos bachilleres no habian olvidado que allí está el campo de batalla de Cannes, y quisimos visitarle. Las siete sonaban cuando llegamos á Cerignola, poblacion mediana conocida por su comercio de almendras, en donde pasamos la noche. Uno de nuestros jóvenes amigos, en otro tiempo jefe de los Cartagineses en su colegio, le pareció aquella noche muy larga; tan grande así era el deseo de ver con sus propios ojos el nuevo teatro de la humillacion romana.

27 DE FEBRERO.

Campo de batalla de Cannes.—Marcha de Aníbal.—Nola.—San Paulino.—Augusto.—Las Campanas.—Vuelta á Nápoles.

Muy de mañana todo el mundo estuvo en pié, y poco despues el coche se detenia en el famoso campo de batalla. Está situado cerca de dos leguas mas acá de Barletta, la antigua *Barulum*, cuya fuerte ciudadela domina los bordes del adriático. Dos colinas que corren paralelamente una á otra, dejando entre ellas un ancho valle, forman el circo inmenso de donde Roma y Cartago se disputaron el imperio del mundo. Nosotros, que habiamos ido á ser testigos de esa gran lucha, nos sentamos en una de las colinas; cerca de nosotros corria una fuente abundante en donde veiamos sucesivamente ir á tomar agua á los caballos de Emilio y á los elefantes de Aníbal. Las trompetas han sonado. Los ejércitos se mueven; un largo chischas de lanzas que chocan unas contra otras yela el alma de terror y conmueve con sus ecos á los alrededores. El desórden domina bien pronto en las filas del ejército romano, el encarnizamiento se redobra de una y otra parte; por la cuarta vez Aníbal es vencedor. Ochenta mil romanos son cortados en pedazos y la mayor parte dejan sus cadáveres en aquel valle que despues de veinte siglos conserva todavía aquel nombre de Campos de Sangre. *Campo di sangue.*

En el teatro de aquel nuevo triunfo se admira vivamente el génio de Aníbal, pero no se sabe cómo explicar su marcha militar por Italia. Habia batido á los Romanos en las orillas del Trébia y del lago Frasimeno. Despues de aquella última victoria le habia sido abierto el camino de Roma, él no estaba más que á veinte leguas de aquella capital. ¿Por qué en lugar

de dirigirse á ella rápidamente se alejó sesenta leguas para gauar las costas del Adriático? ¿Sería que una mano invisible, la mano de aquel que reservaba á Roma el imperio del mundo, extraviase misteriosamente al vencedor? ¿Se acercaba Aníbal al mar á fin de recibir más fácilmente de Cartago los socorros que necesitaba después de tantos combates y fatigas? ¿Quería destruir á los Romanos poco á poco y no dejar ningun ejército á retaguardia para no ser tomado entre dos fuegos, cuando pusiera sitio á Roma? La cuestion permaneció para nosotros indecisa, á pesar de una *muy sabia* discusion que tuvo el mal de durar hasta Nola y de hacernos olvidar que saludáramos de léjos á Venosa, patria de Horacio:

Nam venusimus arat finem sub utrumque colonus.

Nola es una de las ciudades más antiguas de la Campaña; debe su origen á los Etruscos y cuenta hoy nueve mil almas. Grandes recuerdos se relacionan con esta humilde ciudad, demasiado despreciada por los viajeros. Los sepulcros que cubrian las llanuras inmediatas han suministrado la mayor parte de las jarras etruscas que se admiran en el museo de Nápoles. Nola defendida por Marcelo tuvo dos veces la gloria de resistir al vencedor de Cannes; pero héroes de otro género la hicieron caer bajo el imperio de la Cruz. San Pedro, que fué el primero, plantó allí el consolador estandarte que su mano victoriosa iba á enarbolar en la cima del Capitolio 1. Des-

1 Remundini *Hist. eccles. Nolam*, Struvio, p. 1046. etc.—Como se trata muchas veces en esta obra del origen apostólico de las iglesias de Italia, creo deber citar aquí el testimonio de S. Leon: “Manifestum est, *inquit*, in omnem Italiam nullum instituisse Ecclesias, nisi eos quos venerabilis apostolus Petrus aut ejus successores constituerint sacerdotis.” *Epist. XXV, ad Decentium Engubium*, n. II.—El sabio Mamachi añade que esta Iglesia se remonta evidentemente á los tiempos apostólicos: “Distulisse autem eos ad tertium quartumve seculum, ut, in Italia, religioni latissime propagandae operam darent quoniam

pues de él legiones intrépidas defendieron la bandera cristiana atacada en Nola como en el resto del mundo. En los siglos tercero y cuarto, Máximo, Félix, Acacio, Aurelia y otros mil sostuvieron allí los terribles combates que han asegurado el triunfo del cristianismo. En este campo, tan bien regado, vimos llegar en el cuarto siglo á un ilustre labrador, cuyo nombre recuerda todas las glorias. El hijo de los senadores, el cónsul, el prefecto de Roma, el rico, cuyos dominios se llamaban reinos *regna Paulini*, el amigo de San Ambrosio, de San Agustín, el igual á estos grandes hombres por el génio, la elocuencia y la virtud; San Paulino, obispo de Nola, era nuestro compatriota. ¿Qué noble recuerdo para los viajeros franceses!

Estábamos en los lugares llenos aún con el delicioso perfume de su imperecedera memoria. Sabiendo que éramos franceses, los canónigos reunidos en la sacristía se apresuraron á hablarnos de aquel grande hombre, y á hacer el elogio de una tierra fecunda en semejantes frutos. “Nuestros Padres, decian ellos, le vieron llegar al sepulcro de San Félix con sus dos compañeras queridas, la humildad y la pobreza. Toda su ambicion se limitaba á ser el portero de la iglesia del Santo; la barria por la mañana, la cerraba en la tarde y la guardaba durante la noche. Cada año componia un poema que ofrecia á guisa de presente al Santo mártir el dia de su fiesta. 1 Cuán-

in remotissimis regionibus adeo propagata secundo seculo esset in quo Christus minime coleretur, numquam credam.”—*Orig. et. Antig. christ.*, t. II, lib. 2, p. 215, nota.

1 Tenemos quince de esos poemas dignos de los más bellos siglos de la antigüedad literaria; son tesoros para el apologista y para el cristiano. San Paulino ha puesto en dos versos el dogma de la presencia real:

In cruce fixa caro est, qua pascor;
de eruce sanguis
Ille fluit vitam quo bibe, corda lavo.

En otra parte habla de la pintura moral de

tas lágrimas vertió, cuando despues de quince años, pasados en el ejercicio de la más humilde función eclesiástica, fué necesario subir, llegando á obispo, al primer rango de la gerarquía; pero la humildad y la pobreza subieron con él.

La víspera de su muerte estaba tendido en supobre lecho, y el sacerdote Postumiano fué á decirle: "Padre, se deben cuarenta piezas de dinero para vestidos de los pobres." "Tranquilizaos, le respondió el Santo sonriendo; mi banquero pagará." Apénas habia acabado de hablar, cuando llegó un sacerdote de Lucania trayendo cincuenta piezas de dinero de parte de un obispo y de un piadoso cristiano. "Postumiano, dijo el Santo anciano, dad gracias conmigo á Nuestro Señor; dad dos de esas piezas de dinero al mensajero, y con las otras pagad lo que se debe á los comerciantes que han vestido á los pobres." Cuando llegó la noche durmió un poco: luego despertó á los sacerdotes para rezar maitines, según su costumbre, y permaneció en silencio hasta la hora de vísperas. Estando encendidas las lámparas, extendió dulcemente las manos, diciendo en voz baja: "He preparado una lámpara á mi Cristo: *Para vi lucernam Christo meo;*" y durmió el sueño de los bienaventurados; esto era el año del Señor 431. "Si es permitido á los hijos que amen á la mejor de las madres, añadió el dean del cabildo, nosotros amamos á Roma que ha hecho trasladar cerca de los apóstoles el cuerpo de Nuestro Padre. Cuando volvais á aquella ciudad os suplico que le hagais una visita en nuestro nombre; le hallareis en la iglesia de San Bartolomé-de-la-Isla."

Algunos de aquellos venerables cofrades quisieron llevarnos á la Crypta donde descansan las reliquias de San Félix. El cuerpo del glorioso mártir, como el del

las iglesias, de la cual hace un magnífico elogio llamándola el gran libro de los ignorantes, etc.

profeta, reverenciado por el mundo entero, sigue obrando prodigios; de sus huesos secos se desprende un aceite milagroso que cura á los enfermos.

Al salir de la iglesia, visitamos algunas ruinas paganas, tal vez del palacio en que murió Augusto; pero no puede afirmarse, porque están harto informes. ¿Por qué secreto consejo ha querido la Providencia que los mismos lugares viesan espirar al héroe del paganismo, al soberbio señor del mundo, y al héroe del Evangelio, del opulento vástago de los más ilustres romanos, convertido voluntariamente en humilde y pobre por el amor de Dios y de sus hermanos? ¿Por qué nos ha conservado los pormenores precisos de esta doble muerte? ¿No sería con el fin de que la posteridad se instruyese contemplando en el mismo teatro víctimas de la muerte, á dos hombres que pueden llamarse la personificación de su fe religiosa y del mundo á quien representan? Habíamos asistido á los últimos momentos de San Paulino; y la dulce serenidad de su rostro, y la alegría de su alma, y la unción de sus palabras, y la ternura de sus adioses, y la deliciosa confianza en cuyos brazos duerme, nos hacían exclamar: ¡Ojalá y muramos así!

Al recorrer las ruinas paganas contemplábamos á Augusto moribundo: ¿qué votos pudo inspirarle su fin? Sujeto por Livia, que se la habia arrebatado á Druso Nerón, su esposo, el viejo emperador deshereda á su nieto Agripa Póstumo y lega el trono del universo á Tiberio, hijo de Livia. La inquietud se apodera de él; busca una diversion en los placeres y en los viajes. Livia le persuade á que compaÑe hasta Benevento á Tiberio que parte para Iliria; el señor del mundo, convertido en esclavo de una mujer, obedece. Tiberio se embarca; Augusto quiere volver á Roma, pero violentos dolores en el estómago y en los intestinos no le permiten pasar á No

la. La historia dice que á fin de asegurar el imperio à Tiberio, Livia hubiera apresurado el fin del viejo emperador envenenando higos de un árbol á donde tenia costumbre de ir á comerlos. 1 Como quiera que sea, esta mujer tan ambiciosa como desordenada, alista prontamente un correo para mandar á Tiberio que se vuelva; luego dispone alrededor del palacio guardias que cierren exactamente todas las avenidas; ninguna noticia llega al enfermo sin permiso de Livia, y nada de lo que pasa en el palacio imperial se trasluce por fuera.

En la mañana del 19 de Agosto del año de Roma 766, sintiéndose morir el jefe del mundo pagano, pide un espejo, manda que se le peinen los cabellos y que se adornen algo sus mejillas caídas. Luego, mandando llamar algunos amigos cerca de su lecho: "*¿No he jugado bien la farsa de la vida? ¡pues bien! aplaudid.*" 2 Despues de semejante adios hace salir á todo el mundo y espira. Eran las tres de la tarde cuando Augusto daba aquel último espectáculo en el mismo cuarto en que habia muerto su padre Octavio; esto era el año 14 de Jesucristo. Gracias á Livia, que tranquilizaba al pueblo sobre la salud del príncipe, se tomaron tan bien las medidas exigidas por las circunstancias, que en un mismo momento se dió la noticia de la muerte de Augusto y del advenimiento de Tiberio. 3

La vida humana no es más que una farsa y el hombre un comediante; ¡hé aquí, pues, el dogma supremo que Augusto lega al universo! En estas palabras, ¡qué materialismo tan abyecto! ¡cómo se aleja uno con horror del moribundo que las pronuncia! ¡Cuánto se bendice al Dios redentor que ha venido á rehabilitar al hombre tan

profundamente decaído, y á enseñarle que la vida del tiempo es el aprendizaje decisivo de la vida de la eternidad!

Habiamos dejado à Nola sin pensar en las campanas; pero este olvido fué muy pronto reparado. Apenas estábamos en el campo, cuando sonaba el *Ave Maria* en la catedral. "Extranjeros que llevais de estos lugares tantos recuerdos, parecian decirnos aquellas campanas: no olvidéis que somos de origen campaniano; Nola nos vió nacer, Roma nos conservó, el mundo cristiano que nos adoptó nos ama y nos bendice. Viajeros que pasais, bendicidnos vosotros tambien. Nuestra voz debe seros querida; desde la cuna hasta el sepulcro, ella se asocia á las alegrías del hombre, y les anima y dulcifica sus dolores; porque ella canta la inmortal esperanza, fundada en los consoladores misterios que solo repite en este momento." Todos á la vez saludamos con las campanas al Arcangel mensajero de la Encarnacion, à María y al Verbo hecho carne.

La historia y la poesía de las campanas nos ocupaban todavía, cuando una voz ronca se hizo oír á la portezuela del coche: *Y pasaporti*. Los pasaportes? No los teniamos, y el alguacil que velaba en el límite de Nápoles quiso arrestar á nuestras Excelencias y llevarlas al cuerpo de guardia; luego moderándose exigia algunos carlinos por dejarnos pasar. Nos mantuvimos firmes y acabó por retirarse llamándonos *Francesacci* (malos Franceses); tal fué la única desgracia de aquella larga y bella jornada.

1 Dion., LVI, p. 675.

2 Amicos admissos cequid iis videretur minimum vita commode transegisse, percunctatus adjecit et clausulam, etc.—Suet., Aug., 99.

3 Tacit., Annat., I, 5.

28 DE FEBRERO.

Préambulo.—Anécdota sobre San Alfonso de Ligorio.—Nocera.—Hermano Felipe.—Celda de San Alfonso de Ligorio.—Pormenores sobre su muerte.—Su retrato.—La Cava.—La Biblioteca.—Vuelta á Nápoles.—Predicadores en las calles.

Todo el mundo sabe que en el siglo pasado una liga formidable de escritores licenciosos é impíos amenazaba á la religion, á la sociedad, á las creencias y á las costumbres; la espantosa catástrofe que quebrantó al mundo fué el resultado de aquella conspiracion infernal. Dios cuidó de oponer á este torrente devastador poderosas barreras. Hombres de génio, santos, fueron suscitados para detener las olas del error, y protegiendo el depósito de las santas doctrinas, conservar á las razas futuras el único medio de volver al orden. Paris puso el colmo á la licencia y á la impiedad; la Europa aplaudió; y todavía en nuestros dias, Ferney, morada surcada por el viejo cinico, es el objeto de una peregrinacion obligada para un gran número de viajeros. Con los ojos abiertos, el oido atento, la boca entreabierta y el corazon conmovido, así entran al cuarto del filósofo anticristiano. Apenas osan tocar con la punta de los dedos las desgarradas cortinas de su lecho, ó el viejo baston que un jardinero centenario les da por haber pertenecido al señor de la casa. Advierten todos estos pormenores, se enorgullecen de haberlos recibido y se glorían de contarlos; su viaje de Ferney es una época memorable de su vida.

A pesar de todo ésto, ó más bien á causa de ésto, ciertos hombres se admirarán tal vez demasiado al ver al viajero cristiano buscar con empeño los lugares ha-

bitados por nuestros santos y nuestros grandes hombres, visitarlos con gusto y hablar con interes de las emociones que les hacen sentir; el mundo ha sido hecho así. "Si como tantos otros yo dijera á mis jóvenes amigos, recorremos la Italia para ver allí cuadros, estátuas, ruinas paganas, lugares célebres, teatros de acciones, á veces poco honrosas, de los héroes de la antigüedad, se tendria esto por muy sencillo. Pasariamos por aficionados, por conocedores y no dejaria alguno de exclamar: ¡Qué viaje tan encantador han hecho! Pero como ponemos cada cosa en su lugar, como preferimos á los recuerdos paganos, que estamos lejos de despreciar, los recuerdos cristianos; como las catacumbas de Cemetino, por ejemplo, ese campo de batalla en donde nuestros padres vencieron gloriosamente al paganismo, nos inspira más interes que las Horcas Caudinas y el valle de Cannes, ya vereis por esto que costará trabajo que se nos perdone. No importa, seguiremos como hemos empezado. Salud á las ruinas paganas, pero con predileccion á los monumentos y santuarios cristianos: admiracion por las obras maestras del génio; pero ántes que todo, amor, admiracion hácia nuestros santos y nuestros mártires, á cuya sangre, á cuyos sudores y á cuyos trabajos nuestros criticos no son ménos deudores que nosotros de las luces, de las instituciones, de la superioridad social de que el mundo actual se muestra tan orgulloso."

Yo hacia este pequeño préambulo corriendo á las tres de la mañana por el camino de Portici. Me habia ocurrido por las circunstancias; íbamos á Nocera. Nocera es el lugar, eternamente querido para el cristiano, en donde vivió, escribió, sufrió y murió el San Francisco de Sales de la Italia, el gran sostenedor de la fe y de las costumbres, contra los errores del siglo último; ya he nombrado á San Alfonso

María de Ligorio. Una de nuestras alegrías era visitar su celda y ofrecer los augustos misterios de su glorioso sepulcro. Además de los documentos contenidos en su vida, teníamos sobre el santo obispo numerosos pormenores conservados en la memoria de los ancianos. A la edad de diez y seis años, Alfonso fué recibido por aclamación doctor de la Universidad de Nápoles; este brillante éxito no le deslumbró un instante. Celoso por conservar la pureza virginal de su corazón, cuyo enemigo más peligroso es el orgullo, el santo jóven se retiraba frecuentemente á la soledad para fortificar allí su virtud. Su asilo privilegiado era la casa de los Lazaristas, conocidos en Nápoles bajo el nombre de *Missionari della Vergine*, Misioneros de la Virgen.

En París habia yo tratado frecuentemente á uno de aquellos venerables hijos de San Vicente de Paul que residia entonces en Nápoles. Algunos dias ántes del viaje á Nocera, habia ido yo á visitarle. El buen Padre F... con una cordialidad eclesiástica que no olvidaré jamas, me hizo los honores de su casa. Después de haberme enseñado la iglesia, la capilla interior, los jardines, los claustros, etc., me dijo: "Ahora es necesario que os haga ver una celda que es para nosotros un precioso santuario; y me abrió la modesta celda en que el jóven Ligorio iba á hacer su retiro anual. Tal vez, añadió el amable anciano, no creo que os será molesto trabar conocimiento con el predicador que *convirtió* á San Alfonso. ¡Está conmigo, venid!

Entramos al cuarto del misionero, quien me hizo sentar cerca de él enfrente de un cuadro cubierto con un espeso velo. "Este cuadro, me dijo, está en la Mision hace cerca de cien años; nos ha sido enviado por uno de nuestros Padres de Florencia. La verdad del hecho que recuerda, está atestiguada por pruebas siempre visibles,

por el testimonio de nuestros Padres de Florencia y por la declaración jurada del héroe de aquella espantosa historia: conservamos en nuestros archivos el proceso verbal auténtico de todo esto. Bien; un anciano de Florencia mantenía hacia largo tiempo relaciones criminales con una mujer. Después de una obstinada resistencia, se convirtió; pero la mujer permanece impenitente y muere. Una tarde que este hombre estaba orando en su cuarto, al pié de una gran imagen de Nuestro Señor en la Cruz, oye alrededor de sí el ruido de un huracan, y del centro del ruido una voz lúgubre; la voz de la mujer que exclama: ¡Estoy condenada! Con permiso de Dios vengo á daros una señal de la actividad del fuego que me quema. Al instante dos manos de fuego se imprimen con los cinco dedos en el cuadro y lo atraviesan de parte á parte." Al pronunciar estas palabras, el Padre levanta el velo, y veo en efecto en el antiguo grabado el sello de dos manos ardientes que han quitado el papel tocado, como pudiera hacerse con un saca-bocado, mientras que las partes inmediatas están perfectamente intactas; circunstancia que á los ojos mismos de la ciencia hace el hecho humanamente explicable. El contacto de las manos carbonizó al punto el papel; todo esto es horrible al verse.

"En un retiro, continuó el Padre F... se mostró publicamente el cuadro. Juzgado de la impresión que produjo en un corazón como el de Alfonso. Aunque ya entregado totalmente á Dios, el jóven santo no cesaba de repetir: Debo mi conversión al retiro en los misioneros de la Virgen."

Entretanto habíamos pasado á Pompeyo y á su desgraciada hermana Stabia; bien pronto el camino baja á un ancho valle en cuyo fondo aparecía la pequeña ciudad de Nocera. Nocera, como las ciudades vecinas, fundada por los griegos, lle-

gó á ser colonia romana y fué saqueada por Aníbal. Más tarde cayó en poder de los Sarracenos, que la ocuparon durante muchos siglos; de allí le viene el nombre de *Nocera de los Paganos*, como á Santa Agata, su vecina, el de *Santa Agata de los Godos*. Si el viajero profano no ve allí nada que excite su curiosidad, otra cosa sucede con el peregrino católico. Todo habla allí de San Alfonso; y todo lo que toca á este grande hombre inspira un vivo interés. En los humildes religiosos del *Santísimo Redentor*, encontramos hermanos llenos de atención y de cordialidad que nos concedieron, con la mejor gracia del mundo, el favor de celebrar la misa en el sepulcro de su padre. El ilustre obispo descansó en la iglesia que mandó edificar; su cuerpo está colocado bajo el altar de la capilla que forma la izquierda del crucero. Cuando entramos á ella, estaba rodeada de una multitud de peregrinos que derramaban sus lágrimas y sus oraciones ante el *buen santo*, cuya dulzura inalterable habían admirado tan largo tiempo sus padres, así como su pobreza evangélica y su caridad maternal.

De la iglesia pasamos al refectorio. La primera cosa que nos hizo notar el padre superior, es el lugar de San Alfonso. Nos parecía todavía ver al venerable anciano sentado en un pequeño banco de madera arrimado á la pared, depositando en un pequeño plato que tenía en frente las primicias de su comida, que ofrecía á Nuestro Señor en la persona de un pobre. Una sopa de brocoles, acompañada de un pedazo de ternera y carne salada, y dos naranjas, tal fué el frugal almuerzo que nos esperaba. El mantel y la vajilla no estaban menos en armonía con el espíritu de mortificación y de pobreza que distingue á los dignos religiosos. El hermano Felipe es la admiración del país y la alegría de la casa. Sabiendo que éramos franceses, ob-

tuvo el permiso de hablarnos y nos contó su historia. Como viejo soldado del imperio, herido en veinte batallas, se puso inconsolable con la caída de su emperador. Disgustado del mundo, buscó el descanso en el servicio del único Señor á quien nadie puede destronar, y se hizo religioso en la congregación del Santo Redentor. La vida de los campos no le ha permitido aprender ni el latín, ni la teología; no es ni predicador, ni confesor, ni escritor; es cocinero. Lleno de alegría conserva en su humilde empleo algo de aquellos alicientes militares y de aquella brusca franqueza que no pueden cuadrar mejor con la capilla negra y el delantal blanco.

Al almuerzo siguió la visita de la casa. Examinamos con respeto aquel claustro, sus corredores, sus patios interiores que el santo había recorrido tantas veces, y llegamos al *piano novile*; allí se encuentra el departamento del glorioso fundador. Una pequeña puerta de madera brúscá que se abre al corredor, da paso á una celda de cerca de diez piés de longitud sobre ocho de latitud. No puede uno dejar de sentir un temor religioso al ver aquellas paredes frías y desnudas, aquel pavimento de toscos ladrillos, aquel techo de vigas salientes, cubierto con una capa de yeso apenas suficiente para cerrar el paso al polvo; aquella pequeña ventana mal cerrada, delante de la cual compuso el gran doctor sus piadosas y sábias obras; aquel altar levantado desde la época de la canonización, y que recuerda por su pobreza el desprendimiento que profesó siempre el santo.

Un tabique, provisto de una puerta vidriera, separa el gabinete de trabajo de la recámara. Al entrar en esta segunda pieza hice el inventario. Un pequeño lecho de una sola cobija y de un colchón delgado como una plancha, descansando en un banco de madera apoyado en cuatro piés de fierro de treinta centímetros de altura;

tres viejas sillas de paja; dos sillones seculares forrados de piel, de los cuales uno que tenia rodajas servia para pasear al santo anciano por los corredores de la casa; una pequeña mesa, una lámpara de cobre, un cirio que ardia cerca de su lecho de muerte, tal es el ajuar del moderno doctor de la Iglesia, del hijo de los grandes de la tierra, del ilustre obispo de Santa Agata. ¡Cosa muy significativa! la religion católica es la única que inspira semejante desprecio de las cosas creadas y del bienestar material.

En este cuarto venerable, dispuesto como el día mismo en que el santo espiró, nos hablaron los Padres que nos acompañaban, de los últimos momentos de Alfonso: «Nuestro bienaventurado padre decian ellos, habia deseado siempre morir en medio de sus hijos. Su confianza en María era tan grande que no dudaba le concedería este consuelo. «Dios mio! escribia á la mitad de su carrera; os doy gracias con anticipacion por la gracia que me haréis de morir rodeado de mis hijos muy queridos, que no tendrán entónces otro cuidado que mi salvacion eterna y me ayudarán todos á morir bien.» Su esperanza no fué vana; á la primera noticia de su enfermedad, nuestros Padres y nuestros hermanos llegaban continuamente de todas nuestras casas; y como un nuevo Jacob, Alfonso entró en su última agonía rodeado de su numerosa familia á quien bendijo con efusion; y esta celda en que estamos y los corredores que hemos recorrido, se inundaron de lágrimas.

«El Padre rector y el Padre Buonaparte estaban á la cabecera de su lecho; á los piés estaba arrodillado el Padre Fiore. Uno de ellos le presentó una imagen de la Virgen Santa diciéndole que la invocara para la buena muerte. Al nombre de María el santo abrió los ojos, tomó la imagen, contempló largo tiempo y entró en un

dulce éxtasis que le condujo á la eternidad bienaventurada. No se notó ni revolucion en su cuerpo, ni contraccion en sus miembros, ni opresion en el pecho, ni suspiro doloroso; y no obstante, habia ya muerto. El 1.^o de Agosto de 1787, como á las once de la mañana, á la edad de noventa años, diez meses, cinco dias, nuestro Padre, rodeado de sus hijos, durmió en los brazos del Señor y de la Santísima Virgen, en los momentos en que se tocaba el *Angelus*»

Los padres, dándonos una prueba de nuestra visita, el verdadero retrato del santo, añadieron sobre su persona algunos pormenores impresos despues en las memorias del Padre Tannoja I. «Nuestro Padre era de mediana estatura; tenia la cabeza grande, el color moreno, la frente ancha, los ojos agradables y de un delicado azul, la nariz aguileña, la boca pequeña y siempre con la sonrisa en los labios. Su barba era espesa y sus cabellos negros; los llevaba cortos y él mismo se los cortaba. Era miope y se servia de anteojos que siempre se quitaba en el púlpito, ó cuando hablaba á mujeres. Su voz era clara y sonora; por espaciosa que fuese la iglesia y larga que fuese la mision, no le faltó nunca y la conservó hasta su muerte. Tenia un porte imponente, maneras graves y á la vez graciosas, y todo concurría en él á hacerle amable.»

Habia llegado el momento de decir adios á aquella santa casa. Despues de habernos prosternado de nuevo ante el altar del glorioso doctor, recibimos el abrazo de los nuevos Padres y salimos para la Cava. Esta pequeña ciudad, edificada en el valle pintoresco de *Moate Matelliano*, es célebre por su monasterio de Benedictinos, uno de los más interesantes de la Europa. Durante las guerras intestinas que en la Edad Média desolaron á la Italia, el monasterio

de la Cava llegó á ser el tesoro en donde los particulares depositaban sus cartas y sus títulos de nobleza ó de propiedad. El respeto universal de que eran objetos los religiosos, formaba una barrera alrededor de su morada, que ni el hombre de armas, ni el paladin, ni el señor por alto y poderoso que fuera, se atrevía á salvarla. A esta doble circunstancia se debe la riqueza científica del célebre convento. En él se conservan sesenta mil pergaminos originales; luego un código de leyes de los Lombardos, que no conoció Muratori al publicar su coleccion. Yo me admiro de que algunos de nuestros alumnos de la escuela de las cartas no vaya á fijarse en aquellos lugares y á explorar aquella mina fecunda.

Al juzgar por la acogida que recibimos, pueden contar con la recepcion cordial y la amabilidad á toda prueba de los excelentes religiosos. Conducidos por el Padre archivero, visitamos la biblioteca, que es muy bien, segun la expresion de M. de Bonald, el vasto sepulcro de la inteligencia humana; mas està en poder de los vivos evocarlos muertos, y evocamos á algunos. Su saber, su buen sentido, la vivacidad de su fe, la sencillez de su lenguaje nos hicieron sentir no poder darles más que algunos instantes fugitivos; pero el tiempo nos urgia y debiamos volver á Nápoles antes de la noche. No obstante, el Padre archivero nos detuvo. «Ved todavía, nos dijo, esta Biblia del octavo siglo.» Luego abriendo con intencion el evangelio de San Juan, añadió: «Si hay socinianos en Francia, decidles que habeis leído con vuestros ojos el famoso pasaje: *Tres sunt qui testimonio dant in celo, Pater Verbum et Spiritus Sanctus, et hi tres unum sunt*. A lo ménos sabreis que hacen mal en rebatir el misterio de la Trinidad, porque no han leído este pasaje en algun manuscrito antiguo.»

Gracias á la actividad de nuestro coche-ro, llegamos al muelle Napolitano al ponerse el sol. El golfo azul iluminado con los últimos rayos del dia, sembrado de buques de diversos colores y surcado por embarcaciones ligeras, presentaba un golpe de vispa magnífico y muy animado; el muelle mismo ofrecia otro espectáculo. Numerosos paseantes obstruian las anchas banquetas; los cafés estaban rodeados de aficionados que bebian, leian, conversaban alrededor de pequeñas mesas colocadas en la calle. En medio de muchedumbre agitada como las olas del mar, vimos en los huecos formados por las casas vecinas, predicadores al aire libre, subidos en el *Palco*, especie de estrado de simples tablas; tenian en la mano un crucifijo y anunciaban con fuego la palabra que ha salvado á los pobres y á los pequeños. Habia una multitud en el sermon, y lo que es mejor, silencio, respeto, atencion entre los oyentes que estaban en pié y sin sombrero. Ni el ruido del *corricolo* que quemaba el pavimento, ni los gritos de los niños que jugaban en las cercanías, ni las conversaciones de los transeuntes que en hilera iban y venian como las olas arrojadas en diversos sentidos, nada distraia al auditorio, suspendido en cierto modo de los lábios del predicador. Tales son todavía las ciudades de la Italia; sin temer el ultraje ó el desprecio, puede la religion mostrarse en las calles y en las plazas públicas; puede todavía difundir la semilla divina con la consoladora certidumbre de encontrar una buena tierra para recibirla.

Todos los predicadores eran jesuitas. En la tarde tuve ocasion de encontrar á uno de aquellos religiosos y le manifesté el asombro que me habia causado el singular espectáculo de que habia oido hablar á menudo y que acababa de ver por la primera vez.

«¿No temeis, le dije, exponer la palabra

santa á la irrisión, y nuestras augustas verdades al desprecio? Por otra parte, ¿qué fruto podeis esperar de discursos pronunciados en semejantes lugares, con semejantes oyentes y en tales circunstancias?—No sois vos el primero á quien se ocurren esas reflexiones. Los extranjeros vituperan de buena voluntad lo que no es conforme á las costumbres de su país; y se dice aquí que los viajeros franceses no son los últimos en hacerse notables por ese espíritu de crítica, cuya ligereza es el menor defecto. En cuanto al desprecio que teméis, ya habeis podido convenceros de que no existe. Yo he llenado la misma función que nuestros Padres, y si hubiera percibido alguna señal de irrisión, no temeria decíroslo. Entre nosotros el respeto á la religion no es todavía una palabra vana. ¿Será durable? Lo ignoro; pero hasta aquí podemos conservar nuestros usos hereditarios sin tener el inconveniente que notais. Me preguntais en seguida ¿qué fruto podemos esperar de esas predicaciones al aire libre? El buen éxito no es nuestro asunto; se nos dice que prediquemos y predicamos. Los pescadores evangélicos, como los pescadores del golfo, arrojan sus redes un poco á la casualidad; algunas veces las retiran vacías, pero otras encuentran en ellas hermosas piezas; el espíritu de Dios sopla donde quiere. Tal hombre que por este ó el otro pretexto, no iba á la iglesia á oír un sermón, se detiene al pasar delante de nuestros púlpitos, se pone á oír, un buen pensamiento penetra en su corazón, y en un tiempo dado dará fruto; os hablo con experiencia. Es necesario que esta experiencia sea fundada, puesto que nuestros mayores santos de Roma y de Nápoles han alentado y practicado este ministerio popular. Yo no os citaré más que á San Alfonso, cuyo sepulcro habeis visitado hoy. Por las huellas de semejantes modelos seguimos con confianza y co-

nocimiento de causa. ¿Sereis tan bueno que lo digais así de nuestra parte á algunos de vuestros compatriotas?»

Se lo prometí al buen Padre y nos separamos.

1º DE MARZO.

Ischia.—Procida.—Vísperas sicilianas.—Gruta de Azur.—Gapri.—Recuerdos de Tiberio.—Monte Solaro.—Recuerdos de los franceses.—Salerno.—Sepulcro de San Mateo.—De San Gregorio VII.—Amalfi.—Catedral.—Recuerdos históricos.—Atrani.—Puertas de San Salvador.—Sorrento.—El Tasso.—Quisisana.—Castellamare.—Virgen de Pozzano.—Barca comerciante.—Piadosa costumbre.

Se encuentran en Nápoles buques de vapor que en un día dan la vuelta al golfo. Se paran muchas veces y dejan á los pasajeros tiempo para ver los puntos notables de la costa. Muy de mañana nos embarcamos en un bonito pyróscafo, que por excepción debia correr el doble golfo de Nápoles y de Sorrento. Se levaron anclas en medio de los gritos de una numerosa y brillante reunion. A fin de evitar toda repetición, no hablaré del espectáculo encantador de que goza la vista constantemente durante el curso de este delicioso paseo.

Cuando llegamos á plena mar saludamos á la izquierda á Ischia y á Procida, islas mitad griegas y mitad romanas, que se dibujan hácia la punta occidental del cabo Misena. La primera cuenta veinte mil habitantes. La excelencia de sus aguas termales lleva allí un gran número de enfermos, y el aficionado á paisajes la visita para gozar del espectáculo de sus valles pintorescos, de su vegetación vigorosa y del pico de la Epomea. Desde la altura de esa aguja volcánica se tiene, segun se dice, un golpe de vista que en nada cede al del

Pico de Teneriffe. En fin, Ischia, el *Inarime* de Virgilio y de Homero, y la *Pithe-cusa* de Plinio y de Strabonio, recuerda al peregrino católico la milagrosa llegada de Santa Restituta, llevada á aquellas riberas por la mano poderosa del Dios de los mártires.

Encima de Procida vaga una sombra sangrienta cuya vista hace temblar al viajero frances. Del centro de la isla se lanzan los panes desprendidos de altas y tristes murallas. Hoy esas ruinas seculares, simple estacion de caza, fueron en otro tiempo la terrible mansion del cruel Juan de Procida, señor de la isla y principal autor de la famosa matanza de nuestros compatriotas, conocida bajo el nombre de *Vísperas sicilianas*. Juan de Procida, honrado con la confianza de los reyes de Nápoles, fué caído de la gracia por Carlos de Anjou, y juró vengarse. Como médico hábil, aprovechó sus numerosas relaciones que le procuraban su arte, para tramar una vasta conspiracion que tuvo por resultado la matanza de los franceses, entónces señores de la Sicilia. A fin de que no pudiese escaparse ninguna víctima, los conjurados hacian repetir á todas las personas que encontraban, la palabra *ciccone*, cuya difícil pronunciacion denunciaba al que era extranjero, y al punto le daban muerte. La matanza comenzada en Palermo, el día de Pascua, á la salida de Vísperas, fué tan completa que arrastró é hizo caer la dominacion francesa; esto era el año 1284. La isla de Procida no cuenta más que doce mil habitantes; goza no obstante de cierta celebridad, debida á la habilidad de sus marinos y á la belleza de sus faisanes.

Mientras teniamos las miradas fijas en aquellos oasis del mar, el pyróscafo marchaba con toda la fuerza de su vapor; bien pronto se señala la *Gruta de Azur*. De la libera se desprende un bote que viene á

tomar á los pasajeros deseosos de ver el fenómeno subterráneo. Gracias á un viento del Oeste que agitó las olas hasta entónces muy tranquilas, fuimos arrojados sin accidente á la abertura de la gruta. Bajo una bóveda muy elevada, de donde penden millares de graciosas estaláctitas, está un lago de cerca de treinta metros de circunferencia sobre cuatro de profundidad. El agua, las rocas, la arena, los caracoles, todo parece de un azul celeste, mientras que la transparencia de la agua es tan perfecta, que se cree poder tomar con la mano los caracoles de variadas formas que se dibujan en el fondo del lago; tal es el fenómeno que la vista admira y que la ciencia explica ó cree explicar con racionios cuya simple exposicion me llevaria demasiado léjos.

Despues de la Gruta de Azur, la isla Capri llamó nuestra atencion. Yo no sé qué movimiento de miedo y de compasion se experimenta al pisar por la primera vez la demasiado celebrada Caprea; la sinies tra imágen de Tiberio os sigue por todas partes. En la cima de un pequeño montecillo se ven las ruinas bien conservadas del palacio de este príncipe. Los mosaicos, los ricos adornos, las termas suntuosas repiten imperfectamente la vida corrompida del señor del mundo; más elocuente es la roca solitaria sobre la cual se asentaba la morada imperial. Con una voz que los siglos no han podido debilitar, acusa la sombría desconfianza y las bajas crueldades del hijo de Livia. Para decirlo todo en una palabra, Caprea, isla voluptuosa é inabordable, debia ser la morada de Tiberio.

La historia ha cuidado de justificar esta induccion. Yo me acordaba de aquel pasaje en que Suetonio y Tácito cuentan que Tiberio, cansado de la sujecion que le imponia la permanencia en la capital, dejó á Roma para no volver á ella jamas. Mandó

prohibir por un decreto fijado públicamente, que nadie fuese á interrumpir su reposo. Rodeado de soldados que impedian que se le llegasen, se paseó largo tiempo en los lugares extraviados de la Campánia; pero en ninguna parte encontró una soledad bastante profunda. Sujeto aún por la vista de los hombres y de las ciudades, abandonó la tierra firme y pasó á la isla de Caprea; ninguna morada podia convenirle mejor. Caprea, rodeada de escollos, no es accesible más que por un solo lugar, de tal modo que nadie puede abordar allí sin ser visto; además, es una morada deliciosa. Aunque abrigada contra los vientos del Norte, está refrescada durante el estío por una brisa perfumada. El golfo de Nápoles está en perspectiva, y los viajeros están de acuerdo todavía en considerar el golpe de vista de que se goza desde *Monte Solaro*, como el más bello de toda la Italia. Tiberio mandó edificar allí doce magníficos palacios que llegaron á ser doce casas de increíble prostitucion, y doce pretorios sangrientos de los cuales salieron, durante once años, decretos de proscripcion y de muerte. 1

El feroz emperador se encontraba, pues, á sus anchas, porque separado del resto del mundo, podia entregarse sin freno á sus viciosas inclinaciones. Tal es, añaden los historiadores, el motivo de la preferencia que dió á su morada en Caprea. Entre otras pruebas, Suetonio refiere la aventura de un desgraciado pescador que nos vino á la memoria. Habiendo pescado este valiente hombre un hermoso barbo, su primer pensamiento fué ofrecérselo al emperador; salta por rocas muy escarpadas y se presenta inopinadamente á Tiberio. Este príncipe, irritado y colérico, manda apoderarse del desgraciado pescador y que le froten el rostro con un pescado. Mién-

tras se ejecuta la órden tiránica, el pescador se felicita en voz alta de no haber llevado un gran cangrejo de mar que habia pescado con el barbo; el bárbaro emperador se aprovecha de la noticia para aumentar el rigor del suplicio. Manda buscar el cangrejo, y sustituyéndolo al barbo, hizo saltar la sangre del rostro del pescador. 1

Segun la invariable conducta de la Providencia, la isla de Caprea, surcada con tantos crímenes, debia ser purificada. Lo fué y lo es todavía con la presencia secular de santos religiosos y por una notable parte de las reliquias de la ilustre vírgen y mártir Santa Agueda. 2 Otro recuerdo se presenta al viajero frances: Capri le presenta uno de los más gloriosos triunfos de nuestros compatriotas. Murat, de victoria en victoria, acababa de subir al trono de Nápoles; todo el país le obedecia, con excepcion de la intomable Capri. Murat manda al general Lamarque que reduzca aquella fortaleza. Lamarque parte con mil seiscientos hombres bien elegidos, y despues de prodigios de audacia, obliga á los sitiados á capitular. En esta ocasion Salicetti, ministro de Nápoles, escribia de Capri: «He encontrado allí á los franceses, pero no puedo creer que hayan entrado.» Ahora bien; el que defendia aquel nuevo Gibraltar era el futuro alcaide de Santa Elena, ¡Sir Hudson-Lowe!

Doblamos rápidamente el cabo *Campagna*, y algunas horas bastaron para estar en la orilla de Salerno. Ved esta ciudad, de cerca de doce mil almas, graciosamente sentada en la pendiente de las montañas, dominando el golfo que lleva su nombre. Sus calles irregulares, estrechas, con pavimento de losas del Vesubio, sus edificios de paredes desiguales, parecen indicar una

1 Suet., lib. LX.

2 San Gregorio, lib 1, *Epist.* 54, ad *Jo. Epi. c. Surrentinum.*

1 Plin., lib. III, 6.

ciudad moderna y de una importancia secundaria; pero es el antiguo Salerno, la hija de los Griegos, la esclava de los Romanos, de los Lombardos y de los Normandos, la ciudad sabia cuya escuela médica es conocida del mundo entero. Los hombres más temibles que el tiempo han mutilado, han cambiado su antigua fisonomía. La Universidad existe todavía, pero ya no produce más brillo; y los aforismos preciosos de la escuela de Salerno han sido traducidos en versos burlescos 1.

La catedral, gótica de origen, es enteramente moderna en los adornos, y las decoraciones son del artista *San Felice*. Lo que queda á Salerno es la gloria de poseer el cuerpo del apóstol San Mateo y del Papa San Gregorio VII. Las reliquias de San Mateo traídas del país de los Partos, en donde el pescador evangélico habia echado sus redes, fueron depositadas en Salerno el año 1080. El reconocimiento auténtico de este precioso tesoro tuvo lugar por empeño del obispo Alfano. Este prelado escribió en aquella ocasion una elocuente carta al Papa San Gregorio VII, que Barónio cuidó de conservarnos junta con la respuesta del Soberano Pontífice 2. El viajero católico, apoyado en este doble testimonio que justifica la constante tradicion y el brillo de los milagros, se prosterna respetuosamente ante el sepulcro del glorioso Apóstol y no se levanta de allí, sino para extender su alma á otro sepulcro igualmente ilustre.

En la misma iglesia está el mausoleo del Papa San Gregorio VII. Una estatua de mármol representa al ilustre Pontífice en pié, en una actitud llena de fuerza y de

1 Fueron escritos en versos latinos á principios del siglo duodécimo, por Juan de Milan, en honor de Roberto, duque de Normandía. Este poema, del cual no queda más que una tercera parte (373 versos de 1239) fué puesto en versos burlescos por L. Martin en 1653.

2 Annal., t. XI, an. 1080, C. D.

majestad; se cree ver todavía al Moisés de la Edad Média protegiendo á Israel contra los furiosos ambiciosos de los Faraones del Norte. Su historia por protestante nos dispense de responder á las claras inectivas, lanzadas por cierta gufa en Italia, contra el santo Pontífice, quien por doce años de luchas continuas conquistó la libertad de la Iglesia y salvó á la sociedad. Es agradable ver descansar juntos á San Mateo, que murió mártir por haber predicado el Evángelio, y á San Gregorio VII que murió desterrado por haber sostenido el edificio quebrantado de la religion; 1 unos mismos combates una misma gloria. Para continuar el triunfo de San Mateo sobre el paganismo, hay numerosas columnas de preciosos mármoles quitadas de los templos de *Pestum* que adornan la catedral, mientras que la victoria inmortal de San Gregorio VII contra los opresores de la Iglesia, se recuerda en una inscripcion contemporánea. Sobre un bajo relieve antiguo que sirve de adorno al sepulcro del cardenal Caiassa, el amigo y admirador del poderoso Pontífice, se leen estas palabras que hacen alusion á la estatua de que he hablado: *Hic mortuus jacere delejit vivus, ubi Gregorius septimus Pontifex maximus libertatis ejusdem (eclesiasticæ) vigil assiduus excubat adhuc, licet cubet.* «Viñiendo aún, quiso descansar despues de su muerte en el mismo lugar en que Gregorio VII, guardian vigilante de la libertad de la Iglesia, la protege todavía en pié, aunque oculto bajo el sepulcro.»

Dejamos á Salerno para dirigirnos á Amalfi. La Atenas de la Edad Média y la rival de Venecia por la extension de su comercio, no es hoy más que una pintoresca aldea. Al recuerdo de tanta gloria eclipsada, apénas se pueden admirar las be-

1 "Dilexi justitiam et o divi iniquitatem, propterea morior in exilio:" amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero desterrado, tales fueron las últimas palabras de este gran Papa.

lezas encantadoras del paisaje, los bosques de mirtos y de olivos, las grutas, las ruinas, las blancas casas á cuyos alrededores serpentean las cepas tortuosas de las viñas y las doradas ramas del naranjo. La catedral, edificada en el sitio de un templo pagano, es la única señal de magnificencia de la antigua Amalfi. Vimos allí dos bellas columnas de granito rojo, dos sarcófagos antiguos, un bajo relieve de escultura griega y una jarra antigua de pórvido que sirve de bautisterio. Pero posee un tesoro que vale más que todas las riquezas del arte; en una soberbia tumba descansa el cuerpo del Apóstol San Andrés. El cardenal Pedro de Cápua, despues de ta toma de Constantinopla por los Franceses, lo trajo á Italia y lo depositó en la catedral de Amalfi 1. Los huesos del Apóstol profetizan como los de Eliseo; de ellos sale una virtud milagrosa que cura á los enfermos y una voz que repite las imortales palabras del mártir al ver su cruz: "Yo te saludo, cruz preciosa, cruz tan largo tiempo deseada. Recíbeme en tus brazos y preséntame á mi Señor."

Aunque Amalfi no sea más que una sombra de sí misma, ejerce todavía una grande influencia en el viajero por sus nobles recuerdos, y en el mundo por un descubrimiento famoso de que fué teatro. En 1020, sus ricos navegantes fundaron en Jerusalem un hospital que fué origen de la orden por siempre ilustre de los caballeros de Malta. Tres siglos más tarde otro navegante de Amalfi, Flávio Gioia, inventó la brújula 2. ¡Maravilloso génio del hombre! una aguja imanada se ha convertido en la llave que abre el universo y un poco de vapor en el agente irresistible que acerca todas las distancias. Para enseñar

á la posteridad que la brújula se debia á un súbdito de Nápoles, Gioia entónces cadete de la casa de Francia, señaló el Norte con una flor de lis. Esta costumbre es todavía imitada por todas las naciones, que felizmente para nuestra gloria, han olvidado el origen. Amalfi inmortalizada por la invencion de la brújula, puede dormir en paz en la tumba sangrienta que le cavaron los Pisanos. Además, posee otro título para recuerdo de la posteridad; en sus humeantes escombros se hallaron las *Pandectas* de Justiniano, que salvadas de la destruccion dieron tan feliz impulso al estudio del Derecho Romano.

A poca distancia de Amalfi, atravesamos casi á paso veloz la pequeña aldea de Atrani, patria de Mazaniello; solo nos fué posible echar una mirada á los bajos relieves de las puertas de bronce de la iglesia de San Salvador. Esas puertas fundidas en 1087, son las más antiguas puertas de bronce en Italia; no teniendo tiempo de estudiarlas como artistas, las examinamos como cristianos. Una inscripcion nos enseñó que fueron mandadas hacer por Pantaleon, hijo de Pantaleon Viaretta, para *rescate de su alma*. 1

Nuestro pyróscafo, doblando el cabo Campanella con toda la fuerza de su máquina, pasó rápidamente delante de Sorrento, cuyo sitio magnífico saludamos; las ruinas de sus templos dedicados á Neptuno y á Diana; la piscina de Antonio el piadoso, y la casa, ó más bien el lugar de la casa en que nació el Tasso. Bien pronto se sucedieron el *Quisisana* (aquí se cura), magnífico casino del rey de Nápoles, famoso por la salubridad del aire que allí se respira; luego Castellamare que reemplazó á Stabia, tercer víctima del Vesubio, con sus minerales, sus manufacturas y sus encantadoras vilas, sembradas en la vertiente umbrosa de la montaña; en fin, la

1 Ugheli, *Italia Sacra*, t. VIII.

2 Se ha pretendido que la brújula fué inventada por los Chinos; esta opinion hiere demasiado á la sana filosofía para ser probable

1 Pro mercede animae suae.

célebre colina de Pozzano en donde la imágen milagrosa de María tiene por pedestal un altar de Diana.

Como navegábamos hácia el puerto de Nápoles, vimos venir una fuerte embarcacion montada por un gran número de personas. Los gritos y los gestos enteramente napolitanos de los remeros y de los tripulantes, atrajeron todas las miradas. Un marinero que veíamos andar en los grupos y que llevaba en la mano una especie de alcancía, pintada con llamas, se hizo objeto de la más viva curiosidad. Pregunté quién era aquel personaje y lo que hacia. «Esta barca, me dijo el capitán, es una barca mercante que va de Nápoles á Sorrento. Toma á bordo algunos viajeros para esta última ciudad, de donde vuelve cargada de naranjas. El marino que veis, hace la colecta entre los pasajeros con el fin de mandar decir misas por las almas del purgatorio. Esta es una antigua costumbre religiosamente conservada por la piedad hácia los muertos, que es aquí enteramente popular.» Este tierno espectáculo fué el último de que gozamos en el golfo de Nápoles. Apenas habia trascurrido una media hora, cuando ya estábamos de vuelta en el hotel de la *Speranzella*.

2 DE MARZO.

Salida de Nápoles.—Observacion sobre el pueblo napolitano.—Cápua.—Anécdota.—Calvi.—Ponte Storto.

Hoy era el día de la partida, y por consiguiente el día de los adioses. Adios á algunos de nuestros compañeros de peregrinacion, á quienes íbamos á dejar largo tiempo! . . . para siempre! . . . adios á la calle de Toledo! adios á la *Speranzella*! adios muy pronto á Nápoles! ¡Adios! esta palabra está siempre presente en un viaje; esta palabra llena de melancolía, que nos

recuerda, á pesar nuestro, que el hombre aquí abajo no es más que un sér de un día, ante quien pasa todo como una sombra vana, y que pasa él tambien dejando apenas algunas huellas, que pronto se borran de su rápido tránsito. Ya estábamos en el muelle de *Chiaja* esperando á un viajero que se habia tardado. Los lazzaroni, que fueron los primeros en saludar nuestra llegada, asistian los últimos á nuestra salida. Salian en grupos y se dirigian al puerto, al mercado, á las plazas, á todas las partes donde podian ejercer su industria.

Uno de ellos, jóven, de continente despejado, de una fisonomía superiormente mímica, se acercó á la portezuela, saludó respetuosamente á nuestras Excelencias y nos expresó mil deseos de buen viaje y de feliz vuelta al lado de nuestros padres, de nuestras madres, de nuestros hermanos, de nuestras hermanas, de nuestros abuelos hasta la cuarta generacion. Por todo esto ¿qué pedía? una simple *bottiglia*. Agregad que nos expresaba su súplica no por palabras, sino por gestos de tal modo poéticos, que valian diez veces más que el objeto de su demanda. Se la dimos con todo corazón, y diré tambien que con un sentimiento marcado de gratitud.

Hé aquí por qué fué así: al salir de Roma se nos habia anunciado que no saldriamos de Nápoles sin ser robados. Al decir de las malas lenguas, no se podian recorrer las calles napolitanas sin codearse con ladronzuelos, y á ménos de prender la mascada en la bolsa no era posible conservarla por todo un día. Estos díceres se parecian mucho á las relaciones de ciertos guías en Italia, y no debian parecer extraños. Mis jóvenes amigos apostaron sobre la probidad de los lazzaroni; la apuesta consistió en dos botellas de Champagne, pagaderas en Roma, si volviámos con armas y bagajes; pues bien, la apuesta se

había ganado. Habíamos visitado á Nápoles en todos sus cuarteles: no habíamos prendido ni ocultado nuestras mascadas, y al hacer nuestras maletas todo habíamos encontrado; en fin, ya estábamos bien y debidamente encerrados en el coche de viaje y salimos sin daño. ¿Cómo no acoger benévolutamente al lazzaroni, y cómo no darle á beber un frasco de su vino azucarado, á aquel cuya probidad nos valia dos botellas de vino de Champagne?

Mientras nos deteníamos en la aduana á llenar las últimas formalidades de policía, yo examinaba á aquellos lazzaroni, agrupados alrededor de nuestro carruaje. Verdaderos hijos de los Etruscos y de los Griegos que llegaron á estas orillas hace dos mil quinientos años, han conservado en gran parte el traje, las costumbres y los gustos de sus abuelos. ¿Creeríase que llevan todavía el gorro frigio, con el que se disfrazaron nuestros clásicos demagogos de 93? Ese gorro de lana roja se levanta en forma cónica y cae por delante, ó por detrás, ó sobre la oreja, segun el capricho ó la moda. Por ciego que uno fuera no dejaría de ver en esto una prueba, sin réplica, de la tenacidad de las costumbres populares. Nápoles suministra otras muchas, algunas de las cuales se me ocurrieron. Es sabido que los Romanos ponian en sus vías pavimentos de anchas losas, y que cubrian con pinturas al fresco todas las partes de sus habitaciones. Pompeya es un monumento irrecusable de este doble hecho. Pues bien, todavía veis las calles de Nápoles y los grandes caminos que concurren allí con pavimento del mismo modo; el estuco reemplaza en las habitaciones más pobres los frescos antiguos. El lenguaje figurado de los Campanianos, 1

1 Todo el mundo sabe que el ilustre canónigo de Jorio ha encontrado en la mímica del pueblo de Nápoles, la explicacion muy natural de las figuras y de los emblemas pintados en las jarras etruscas.

la forma de las tiendas, el género de vida y de cultura, lo ¿diré? pues hasta la sed de los placeres y aun de sangre, son otros tantos testimonios que no podrian escaparse al ojo ejercitado del observador.

A vista de esta admirable fidelidad no puede uno dejar de decirse á sí mismo: Si el hombre conserva con tanta fuerza costumbres puramente materiales, que se modifican sin cesar por la experiencia, la moda ó por un conocimiento más profundo del bienestar, ¿con qué energía no conservará las costumbres morales, queridas de sus pasiones, fortificadas por la educacion y consagradas por la religion misma? Si profundizando este pensamiento, se reflexiona en el carácter y en el temperamento de este pueblo, en la naturaleza del clima y en la magnificencia del país que habita, entónces el milagro de su conversion al cristianismo toma inmensas proporciones. Estas proporciones tocan al infinito cuando se añade: ¡y por eso el cristianismo ha cambiado las costumbres, las creencias, las leyes y los usos, no solo de los napolitanos, sino de todos los pueblos!

Mal conducidos por un cochero torpe no pudimos llegar á Cápua sino hasta las once. Los caballos ya viejos y gastados por largo tiempo de servicio, se negaban á andar. Continuar con semejante tren era exponerse á toda especie de molestias, siendo la menor de ellas acostarnos al aire libre. Nuestros temores estaban tanto más bien fundados cuanto que debíamos volver á Roma por el difícil y casi desierto camino de los Abruzzos y del Monte Casino. Invitamos al conductor á que nos diera caballos de refresco ó á que por lo ménos tomase un caballo de remuda, como habíamos convenido. Se negó secamente; nos quejamos al *Podestá*, que hizo llevar á su presencia á nuestro Automedon. Oidas las partes, el juez nos dió el triunfo en la causa, y terminó su veredicto con

estas palabras: "Estos señores son sacerdotes, merecen toda confianza; tú, tú solo eres un cochero." A lo cual respondió éste: "Pero si ellos son sacerdotes, yo, yo soy cristiano. *Se sono sacerdoti, sono cristiano io.*—*Birbante*, (Bribon) replicó el juez, cállate y has lo que te mando." Tu- vimos un caballo más.

A tres millas de Cápua el camino se divide en dos ramas. De sus dos prolongaciones, una se dirige hacia Roma por Mola y Terracina; la habíamos seguido al ir á Nápoles. La otra que voltea á la derecha, conduce á Aquila por Isernia y Venafro. En el punto de partida se levanta entre ruinas, una aldea insalubre y mal sana; esto es lo único que queda de la antigua Calvi, ciudad en otro tiempo célebre, cuyo vino cantado por Horacio igualaba al de Salerno. El nuevo camino que habíamos tomado atraviesa constantemente llanuras bien cultivadas, limitadas á la derecha por una cadena de montañas; pero la escasez de habitaciones extiende en aquellos lugares cierta tristeza é inspira casi espanto. Ya era de noche cuando llegamos á un albergue aislado, llamado, según creo, *Ponte Storto*.

Si las relaciones de los viajeros en Oriente son fieles, podemos lisonjearnos de haber visto un verdadero caravanserail. Era una casa completamente solitaria, establecida á la orilla de un camino; un vasto patio cuadrado, semejante al claustro de un convento, sin la elegancia en los pórticos; *locanda*, abierta á los cuatro vientos y poblada provisionalmente de toda especie de hombres y de cuadrúpedos, como asnos, caballos, bueyes, búfalos y mulas; no faltaba más que el dromedario. Allí encontramos de ciento á ciento cincuenta reclutas; unos, rodeados de una ancha hoguera, guardaban silencio tristemente, ¡pobres jóvenes, pensaban tal vez en sus ma-

dres! otros, sentados en largas mesas, hablaban del país; decían ruidosos brándis ó prestaban el oído al sargento reclutador que tenía más de una historia que referir. Entre nuestros compañeros de viaje se hallaba un joven pintor escocés. El espectáculo de esta escena, débilmente iluminada por las llamas de la hoguera casi apagada, le pareció digna de su lápiz; es difícil, á la verdad, aun en Italia, encontrar asuntos más pintorescos. Nada tengo que decir de la comida que se nos sirvió, porque nos fué casi imposible tocarla. Se habían agotado las provisiones por los numerosos viajeros que se nos habían anticipado, y á pesar de nuestra huésped, que era una excelente mujer, nos fué necesario sufrir el adagio: *Tarde venientibus, ossa*. (Los huesos para los que llegan tarde). En cuanto al sueño nada de silencio; fué contenido toda la noche á una respetuosa distancia por el ruido de los carros, por los gritos de los arrieros que llegaban ó que salían, por los cantos de los reclutas y por el movimiento tenaz que reinó en todas las partes de la *locanda* hasta el despuntar el día; no todas son rosas en los viajes!

3 DE MARZO.

San German.—Ruinas.—Monte-Casino.—Iglesia.—Biblioteca.—Recuerdo.—Anécdota.—Hotel dell'Amalfi.

Antes del alba estábamos en el camino de San German y del Monte-Casino; el mismo paisaje que la víspera, solo que el valle se reduce, y de trecho en trecho se ven pequeñas aldeas, ó más bien grupos de casas blancas suspendidas al flanco de las montañas, como los nidos de golondrinas á las murallas negruzcas de un viejo castillo. El tiempo estaba soberbio y tan suave ya, que la inocente alondra cantaba sobre nuestras cabezas la vuelta de la pri-

mavera. ¡Qué diferencia entre sus graciosos acordes y los gritos salvajes y el tumulto horrible que quebrantaron tantas veces los ecos del valle solitario! Aquí pasaron sucesivamente como vencedores y como vencidos, los Samnitas, los Romanos, los Lombardos, los Sarracenos, los Normandos, y el suelo cubierto de ruinas muestra todavía el espíritu de destrucción de que estuvieron animados todos esos pueblos.

San German, que descubrimos al dar vuelta al valle, presenta una primera prueba de ello. Esta población elegante, edificada en 866 por Bertario, abad del monte Casino, se levanta sobre las ruinas de la antigua Cassinum. Esta importante ciudad de los Samnitas llegó á ser conquista de los Romanos, y después presa de los bárbaros. De su antiguo esplendor no quedan más que recuerdos; algunas columnas de granito colocadas en la iglesia de San German y un anfiteatro bastante mal conservado. Ummida Quadratilla la mandó construir á sus expensas y la dió á sus habitantes. Algunos siglos más tarde aquella mujer tal vez hubiera prodigado su fortuna en edificar hospitales; ¡ved la influencia de las doctrinas religiosas! Sea lo que fuere, la inscripción que recuerda la fundación del sangriento edificio se conserva en el Monte-Casino. Está concebida así.

UMMIDA C. F.
 QVADRATILLA
 AMPHITHEATRVM ET
 TEMPLVM CASINATIBVS
 SVA PECVNIA FECIT.

En cuanto al templo pagano, cuya existencia revela la misma inscripción, no quedan de él vestigios.

Después de un frugal almuerzo, bajamos al patio del hotel, en donde nos esperaba las pacíficas cabalgaduras que de-

bían llevarnos al monasterio y estaban en la cima de la montaña; esas cabalgaduras, no os disgusteis, eran asnos. Nada de burlas; quien quiera que seais, filántropos, turistas, aficionados, el asno debe sero respetable. Es el caballo del pobre y casi siempre la cabalgadura obligada del peregrino de las montañas; un día tal vez reconocereis que sus humildes servicios iguala muchas veces á los de los corceles del desierto. Nuestra caravana se componía de Europeos y de Americanos, los dos mundos se habían dado cita para hacer juntos una peregrinación al antiguo santuario de la ciencia y de la civilización. Visto el monasterio del Monte-Casino desde abajo de la montaña, presenta el aspecto severo de una ciudadela. Sus anchas bóvedas, sus altas murallas y todo aquel aparato de la fuerza, están demasiado justificadas por las circunstancias que acompañaron su fundación y por los acontecimientos de que fué teatro durante los primeros siglos de su existencia.

Al pié de esta montaña, cuya cima elevada domina todas las de los alrededores, llegaba en 529 un hombre joven todavía; se llamaba Benito. Vestido con un largo traje negro, un baston en la mano, viene solo y á pié, desde el desierto de Subiaco; pero ¿á dónde vá? tal vez él mismo lo ignora. Todo lo que sabe es que va como aquel famoso conquistador, á donde Dios le lleve; *quo Deus impulerit*. En efecto; Dios le lleva por la mano, porque le está confiada una gran misión. Al tiempo en que atravesaba solitariamente los profundos valles del Apenino, se oía por una parte el ruido del imperio romano que caía con estrépito bajo los golpes repetidos de los bárbaros; por otra, los gritos salvajes de nuevas hordas que acudían desde el fondo del Asia para participar de los girones sangrientos del vasto coloso; la destrucción marchaba tras ellos; por donde

pasaban reinaba el silencio de las ruinas. Dios quería salvar de aquel vasto naufragio la ciencia y la civilización, prendas preciosas de un mundo nuevo. El humilde peregrino había recibido orden de tomarlas en los pliegues de sus vestidos de sayal y de ocultarlas allí, así como Israel al salir para la cautividad de Babilonia ocultó en la tierra la chispa de fuego sagrado. Benito busca un asilo para depositar en él su doble tesoro. Al llegar al pié de aquella montaña sabe por el cielo que allí es donde debe detenerse. Sube à la cima, destruye un templo de Apolo y lo reemplaza por un santuario al verdadero Dios, acompañado de una humilde morada para sus siervos. Todavía hoy, un bello fresco de la iglesia recuerda este hecho memorable.

El Monte-Casino no tardó en llegar à ser el asilo de la ciencia y de la civilización su hermana, así como la Religión es madre comun de ambas. La Italia, la Inglaterra, la Alemania han sido sucesivamente iluminadas por misioneros bajados de aquella célebre montaña. ¿Cómo no sentir alguna impresión causada por el objeto que conducía el mismo día, à la misma hora, hácia aquella cima elevada, antiguo foco de las luces del Occidente, à tres Franceses, à un Prusiano, à dos Ingleses y à un Americano?

A media cuesta se levanta una capilla dedicada à Santa Escolástica, hermana gemela de San Benito; luego una segunda consagrada à San Mauro, uno de los primeros y más gloriosos hijos del venerable patriarca; en fin, àntes de llegar al convento se encuentra la hospedería. Es grande y bien servida; los extranjeros son recibidos allí gratuitamente con aquella cordialidad que caracteriza los siglos de la fe. Una larga y sombría gruta, hecha de piedras, sirve de entrada al monasterio. El patio, la escalera del primer atrio, la

imponente fachada de la basílica levantada en la cima de la montaña y en la soledad salvaje del Apenino, tienen algo de solemne que produce una grande impresión. A la derecha y à la izquierda del atrio aparecen las estatuas colosales de San Benito, de Santa Escolástica su hermana, y de Santa Abundancia, madre de ambos. Bajo las miradas de esta familia de héroes se llega por una soberbia escalera à las grandes puertas de la Iglesia; son de bronce y están adornadas con bajos relieves de notable trabajo. La del centro fué traída de Constantinopla en 1066. En la de la izquierda están inscritas en letras de plata las donaciones de tierras, de aldeas y de castillos hechas à la abadía. La tercera presenta la historia cronológica de las restauraciones de la iglesia y del convento. La basílica de Monte-Casino, digna hermana de San Martín de Nápoles, brilla con una gloria exclusiva por sus esculturas en madera y por sus magníficos libros de coro. Han sido necesarios Benedictinos para escribir, ilustrar, adornar con millares de viñetas, à cual más poéticas y brillantes, aquellas enormes hojas de vitela que desarrolladas cubrirían tal vez la tercera ó la cuarta parte de una fanega de tierra.

Encima de la *Crypta* ó *Soccorpo*, en la cual están las tumbas de San Benito, de Santa Escolástica, de San Mauro y de San Plácido, se levanta el altar mayor, resplandeciente de mármol, de piedras preciosas, de alabastro, de lápiz-lázuli y de brocatela! El sepulcro que encierra el cuerpo del hermano y de la hermana tiene esta bella inscripción:

BENEDICT. ET SCHOLSAM
 UNO IN TERRIS PARTU EDITOS,
 UNA IN DEUM PIETATE GCEO REDDITOS
 UNUS HIC EXCIPIIT TUMULUS,
 MORTALIS DEPOSITI PRO ÆTERNITATE
 CUSTOS

Las capillas laterales, así como los mausoleos del príncipe de Mignemo y del joven Pedro de Médicis, son de una buena arquitectura y de rara magnificencia. Además, a aquellas bellezas exteriores no podrían hacer olvidar al alma cristiana la santidad secular del lugar que visita. Cada altar, cada cuadro, cada escultura le recuerda algún rasgo de una vida heroicamente cristiana. Por todas partes una nube de santos la contempla, y la basílica toda entera parece resonar aún con las voces varoniles y numerosas de aquellos hijos de la soledad, cuyos acentos, salidos de la cima de la montaña, elevaban hasta el cielo los suspiros de sus hermanos errantes bajo ellos en el valle de lágrimas.

De la iglesia pasamos al interior del convento conducidos por el amable y sabio religioso encargado del archivo. A la emoción religiosa producida por la visita de la iglesia, viene añadir interesantes recuerdos el interior del convento. Las antiguas órdenes religiosas, esencialmente conservadoras, son en sus costumbres, en su lenguaje y en sus trajes, fieles testigos de un mundo que ya no existe. Cada convento de benedictinos en particular, es una página de la historia, antigua no solo para el cristiano, sino también para el filósofo y muchas veces para el artista.

“La arquitectura de los monasterios, escribía el abate Fleury, es la de la casa romana.” La verdad de esta observación es tan palpable en el Monte-Casino, que hasta el viajero ménos observador no podría engañarse. “El monasterio del Monte-Casino, dió uno de nuestros guías franceses, verdadera colonia religiosa y sabia, reunía en su recinto todas las artes, oficios y profesiones, alojados con amplitud en edificios separados. Del mismo modo que entre los antiguos, si la parte pública de la casa era grande y la parte privada pequeña, así en el convento el vestíbulo, los pór-

ticos, la sala de cabildo, el refectorio, todo lo que sirve á la comunidad es vasto y magnífico. Solo se tiene en cuenta la sociedad, el individuo desaparece, y la celda de la abadía no es más grande que una recámara de Pompeya. Solo los monasterios habían perpetuado estas venerables costumbres de la antigüedad, tan opuestas á las costumbres y usos de algunas épocas modernas, en que las necesidades y los goces del hombre se han extendido y multiplicado á medida que el Estado y la sociedad se han empequeñecido.”

La biblioteca, bella y vasta pieza adornada con estatuas de los grandes hombres de la orden de San Benito, contiene veinte mil volúmenes. Cualquiera que sea la rareza de aquellas obras, los monumentos forman la verdadera riqueza de aquellos preciosos archivos. Se cuentan ochocientos diplomas originales, de los cuales muchos se remontan al siglo nono.

Después de habernos hablado nuestro amable guía de los trabajos del célebre P. Frangipani sobre San Agustín, y de habernos enseñado los voluminosos manuscritos de obras demasiado ligeramente atribuidas á aquel gran doctor, abrió un armario, diciendo: “Hé aquí lo que no es del obispo de Hipona;” y nos puso en las manos una carta original del terrible Mahomet II al Papa Nicolás V. El sultán suplica en ella al papa que haga cesar los armamentos de los príncipes cristianos contra los turcos. El fausto oriental respira todo entero en las primeras líneas de aquella pieza. “Machabeta, rey de los reyes, Señor de los señores, almirante, gran sultán Begri, hijo del gran sultán Marath, siervo de los siete Musaphy, saluda cuanto es digno, á Nicolás, vicario de Jesucristo crucificado por los judíos.” ¿No se cree estar oyendo á Nabucodonosor?

La respuesta del Soberano Pontífice, unida á la carta del sultán, comienza así.

“Nicolás, siervo de los siervos de Dios, saluda cordialmente á Machabeth, señor de los Turcos y príncipe de los infieles.” ¡Qué contraste! El Papa entra en seguida en el pormenor de los agravios del mundo cristiano contra la potencia otomana y declara con gran energía que las fingidas promesas del sultan no le harán cambiar. ¡Por qué los viejos detractores del papado no van á hojear nuestros antiguos archivos?

Lo que visitamos despues, penetrados de un respetuoso amor, es la capilla estrecha y baja que fué celda de San Benito. Una bella pintura representa al venerable patriarca contemplando el alma de su hermana querida que vuela al cielo bajo la forma de una paloma. Salimos de los claustros y quisimos recorrer las cercanías del convento no tanto para gozar del vasto horizonte que la vista puede apenas abrazar, cuanto por recoger algunos nobles recuerdos en que abunda aquella tierra; hay dos de ellos, sobre todo, que interesen al viajero frances.

A la sombra de aquellos grandes muros de un amplio tapiz de verde césped, en las orillas de aquellos bosques de encinas y de olivos salvajes, se recreaban hace seis ú ocho siglos grupos bulliciosos de niños, alegres escolares, hijos de los grandes señores del país, á quienes sus padres confiaban al cuidado de los religiosos de San Benito para que los hicieran hombres como entónces se entendía esta palabra. Una educacion severa y cristianamente inteligente disciplinaba á quellas jóvenes almas, las templaba fuertemente y las armaba contra las grandes luchas de la vida. Conviene bien reconocer que la Edad Média con sus tendencias mitad caballerescas, mitad monásticas y siempre profundamente selladas con el doble carácter de religion y de grandeza, fué en gran parte la alumna de los Benedictinos. En el número de estos nobles escolares, el Monte-Casino

muestra con un orgullo paterno al joven Tomás, hijo del conde de Aquino, cuyo castillo está situado en las inmediaciones. A la edad de cinco años él tambien jugaba en los claustros, en la cima de la alta montaña, de la cual no debia bajar sino para llegar á ser la gloria de la orden naciente de Santo Domingo, el astro más brillante de la Universidad de Paris, y bajo el nombre de Doctor angélico, la eterna admiracion del mundo entero.

Estos lugares hablan tambien de otro personaje que no podemos olvidar. La orden de San Benito recorria el segundo siglo de su gloriosa existencia, cuando un dia, al ponerse el sol, dos peregrinos desconocidos subian el flanco pedregoso del Monte-Casino y tocaban despues la puerta del convento. “Sed bien venidos, hermanos míos, les dijo el padre portero.—Dios os bendiga por vuestra caridad. ¡Qué pedís, hermanos? les dijo el abad.—Hemos venido, replican los extranjeros, para servir á Dios con vosotros, en esta santa casa.” Son admitidos en el número de los hermanos; pero se dan órdenes de vigilar con cuidado su conducta y de probar su vocacion. El abad mismo quiere encargarse de uno de ellos. Para ejercitar su paciencia y su humildad, le manda á cuidar ovejas; el extranjero obedece con gusto. Todas las mañanas llevó á la llanura que ahora recorriamos nosotros, á su pequeño rebaño que cuida con amor y que conduce por las tardes al monasterio. Un dia, algunos ladrones que salen de la selva, quieren arrebatarse una de sus ovejas; corre hácia ellos y les dice: “Haced conmigo lo que querais, pero no permitiré que tomeis algo de lo que se me ha confiado.” Entónces aquellos malvados le despojan de sus hábitos y se retiran; el pobre pastor vuelve al convento casi desnudo. Para probarle, el abad, lejos de conpadecer sus penas, le trata de hombre cobarde y de mala conducta; á esto

el desconocido responde humildemente: "Bien sé que soy más que un pecador que comete muchas faltas."

Algun tiempo despues le sujeta el abad á otra prueba y le manda que vaya ayudar al hermano que sirve la cocina. El extranjero se inclina profundamente y se dirige á su nuevo empleo; pero no habiéndolo practicado nunca hace mil torpezas. El hermano cocinero se impacienta tan fuertemente que llega á darle golpes. El desconocido nada responde, pero el otro extranjero no pudiendo contener su indignacion, dice al cocinero: "Hermano, que Dios y Carlomagno os lo perdonen; *Frater, ignoscat Deus et Carlomannus*. "Pocos dias despues, una nueva falta provoca la misma escena, y el compañero del desconocido dice otra vez: "Hermano, que Dios y Carlomagno os lo perdonen; *Frater, ignoscat Deus et Carlomannus*." Por fin, una tercera torpeza causa el mismo tratamiento al pobre novicio. Entónces su compañero, dominado por la cólera, tomó una mano de mortero, pegó con ella al cocinero y le dijo: "Mal servidor, que ni Dios, ni Carlomagno te lo perdonen; *Nec tibi Deus parcat, serve nequam, nec Carlomannus ignoscat*."

Habiendo sabido esta querella el abad, mandó poner en prision al compañero del desconocido y al dia siguiente le hace comparecer ante el cabildo reunido. El acusado estaba de rodillas: "¿Por qué, le dijo el abad, habeis golpeado al hermano cocinero?—Porque he visto al más malo de todos los servidores golpear al mejor y más noble de todos los hombres.—¿Quién es, pues, ese religioso á quien llamais el más noble de todos los hombres?—Es nuestro príncipe Carlomagno que ha dejado su dignidad y la gloria del mundo por amor á Jesucristo." A estas palabras, todos los religiosos asombrados, el abad á la cabeza, se levantan de sus sillones de

coro, rodean al príncipe y le dan mil excusas. Pero olvidando lo que habia sido en el siglo: "Padres y hermanos míos, les dijo Carlomagno, vosotros os engañais, yo no soy un príncipe, no soy más que un pobre pecador." Muy pronto por órden del Papa Estéban fué enviado el pobre pecador del Monte-Casino á la Francia, para tratar con su hermano Pepino de los grandes intereses de la paz de la Europa. Murió en este viaje y solo su cuerpo volvió al Monte-Casino en un ataúd de oro, en donde fué hallado en 1628. ¹ Esta historia del príncipe frances da lugar á una semejanza característica de la Edad Média y de la época actual. En los siglos de fe, la humildad, base de todas las virtudes cristianas, era considerada como la garantía de todas las virtudes sociales; el mérito, sobre todo, trataba de ocultarse.

Quando un hombre, sin intrigas por su parte, era llamado á las dignidades, respondia temblando: "Vosotros os engañais, no soy más que un pobre pecador;" y hacia grandes cosas. Hoy se procede de otro modo. Cualquiera que trata de llegar á las dignidades (¿y quién no las quiere?) manda tocar delante de sí la trompeta, se adelanta con la cabeza levantada en medio de la plaza pública, y subido en el pedestal de su orgullo grita á la multitud, cuyos sufragios mendiga: "Yo soy el más capaz, el el más virtuoso, el más digno." Luego, cuando llega al puesto, multiplica los errores, y muchas veces las bajezas. Esto debe ser así; pero ¡desgraciados de los pueblos entre quienes se practica semejante sistema! A los recuerdos sucedió la realidad. Vimos las clases en que los Benedictinos continúan formando la juventud en la ciencia y en las virtudes; de sesenta á setenta jóvenes componen su interesante colegio. En los momentos de nuestro tránsito, el

¹ Historia de la órden de San Benito, t. II, p. 11.

Monte-Casino contaba diez y ocho Padres, once novicios y trece hermanos. Su vida, dividida entre el estudio y la oracion, pasa á los ojos de Dios en una calma que ambiciona uno para sí, pero que ¡ay! no pasa los límites del claustro.

Apénas habiamos dejado á San German y vuelto á tomar á toda carrera el hermoso camino del valle, cuando nuestro coche se detiene bruscamente, vuelve atrás y permanece suspendido á la orilla del foso. *San Antonio! San Antonio!* tal era la única exclamacion del conductor. En un abrir y cerrar de ojos nos pusimos en tierra y vemos un desgraciado caballo con temblor en todos sus miembros, y que en sus movimientos convulsivos pudo precipitarnos á una profunda barranca. Para evitar otra desgracia mayor, se cortaron las guarniciones, y el animal, arrojando espuma, fué á caer á pocos pasos con las patas al aire. *San Antonio! San Antonio!* Qué desgracia! y el pobre cochera tiraba al suelo su sombrero, se arrancaba los caballos y lloraba como un niño.

Los franceses, el inglés y el americano nos apresuramos á consolarle, á darle ánimo y tambien á socorrer al animal. Solo nuestro compañero el prusiano permanece inmóvil á la orilla del camino, fumando tranquilamente su pipa y gritando de vez en cuando al cochera: *Picaro, tú tienes la culpa; debiste darnos un caballo mejor.* Despues de largos esfuerzos fué levantada la desgraciada béstia y aun vuelta à poner al coche. El prusiano recobra su lugar gravemente, se ocupa de fumar y echar maldiciones; en cuanto á nosotros, ménos confiados, hicimos una parte del camino á pié y deciamos: Si en Francia sucediese semejante accidente, qué torrente de imprecaciones y de blasfemias saldrian de la boca del conductor! en Italia sale una invocacion piadosa. Nuestro desgraciado cochera invoca á San Antonio, porque segun

antigua costumbre, los animales se bendicen el dia de su fiesta y se ponen bajo su amparo particular.

Qué diferencia entre el pueblo que cree y el que no cree ya; en la desgracia, el uno ruega y el otro blasfema.

Eran las seis cuando llegamos al hotel aislado *dell'Amalfe*. Allí es estacion de una posta militar que vela al extremo de la frontera del reino de Nápoles. Visto el estado de nuestro tren, se decidió que pasáramos allí la noche. Mientras cada cual se ocupaba en hacer los preparativos de su campamento, algunos bribones rodeaban el coche, lo examinaban curiosamente y se permitian subir los estribos para inspeccionar el interior. Sucedió que uno de esos jóvenes, percibiendo en la bolsa del fondo una soberbia pipa, tuvo á bien apoderarse de ella y desapareció; el propietario del objeto robado era nuestro Prusiano. Al verse éste en el patio, su primer pensamiento es encender su pipa; la busca en sus bolsillos y en el coche y no la encuentra; pregunta por ella á todo el mundo; sube á su cuarto y vuelve gritando: *¡Me han robado mi pipa!* y juraba y se enfurecia. El cochera, testigo de aquella escena, le miraba inmóvil y repetia con una sonrisa maligna: *Excelencia, vos tenéis la culpa; era necesario vigilar.* Por fin uno de los soldados de la posta se puso á buscar al joven ladrón y al cabo de media hora trajo la pipa, que mediante dos carlinos, volvió á entrar á la bolsa del propietario.

4 DE MARZO.

Arce.—Arpino.—Recuerdos de Ciceron y de Mário.—Aquino.—Recuerdos de Santo Tomás—Rocca Secca y el P. San German.—Ceprano.—Frosinone.—Ferentino.—Recuerdos profanos.—Prision de San Ambrosio.—*Angelus* de la tarde.—El hospicio de la Fuente.

La cadena de montañas que sigue á la derecha trae grandes recuerdos. Arce, cu-

yas ruinas se dibujan en el horizonte, pasa por la más bella vila de Atico, el amigo de Ciceron, y Arpino sentado en la altura es la patria del príncipe de los oradores romanos. Se coloca la casa de Ciceron en la callecita de la *Cortina*. Mário, nacido en el mismo lugar, no ha dejado otros recuerdos que su nombre. Cerca de allí percibís á Aquino y las ruinas del castillo en que Santo Tomás nació. Esta tierra fecunda en grandes hombres muestra tambien al caballero de Arpino, cuyos incontestables talentos, lisonjeados por el mal gusto, han ejercido en la arquitectura una funesta influencia.

La aldea de *Rocca-Secca*, que se dibuja en la misma llanura, es rica en antigüedades; recuerda á los amigos de la religion y de la ciencia, al célebre P. San German, misionero en las Indias durante veintiseis años. El sabio religioso, arquitecto y geógrafo, dirigió los trabajos del puerto de Rangoun, en el imperio Birman, dibujó una carta de este imperio, la más exacta que se conoce, y vino á morir en su patria en 1819.

Despues de no sé cuántos rodeos en las montañas, baja por fin el camino á *Ceprano*. Esta pequeña ciudad, edificada sobre el Liris, es la primera de los Estados romanos; la poblacion nos pareció notablemente miserable. Conviene decir que el suelo es ingrato y que la falta de grandes comunicaciones no permite más que un débil desarrollo á la actividad de los habitantes. Hasta *Frosinone* sigue siendo el camino muy malo; pero la fisonomía de esa ciudad no se parece en nada á la de *Ceprano*; la belleza de los edificios, la regularidad de las calles, la comodidad y el bienestar que se advierte en muebles y compostura, todo anuncia el trabajo y la fertilidad del suelo. Desde la gran plaza se goza de un golpe de vista que pasa por ser el más hermoso de toda aquella

parte de la Italia y el palacio apostólico hace honor á la magnificencia de Gregorio XVI.

En dos horas de marcha llegamos á *Ferentino*, ciudad edificada sobre una montaña, y que presenta el mismo panorama que la precedente. Las murallas, de grueso travertino sin mezcla, acusan una alta antigüedad y prueban que fué un lugar de guerra muy importante; en sus inmediaciones tenia lugar la asamblea general de los pueblos del Lácio. Despues de la conquista, Roma prohibió aquellas reuniones temiendo que llegasen á ser ocasion de algun levantamiento. No obstante, los Ecquos, los Volscos y los Hérmicos, á quienes pertenecia Ferentino, encontraron el medio de formar una liga poderosa, de batir á los Romanos y de apoderarse de Tusculo; pero batidos ellos á su vez por el cónsul Servilio, se vieron obligados á volver á sufrir el yugo romano.

No mencionaria este hecho de un interes secundario, si no recordase otro eminentemente propio para caracterizar las costumbres de Roma pagana. Trescientos niños habian sido dados en rehenes por los pueblos rebeldes. El cónsul Apio, á la primera noticia de su derrota, mandó conducir al Forum á aquellos trescientos niños á quienes despues de haberles azotado con varas se les cortó las cabezas. Esta barbarie exasperó á los Hérmicos y á los Volscos; largo tiempo meditaron su venganza, pero cuando quisieron ejercerla era demasiado tarde; mañana veremos el campo de batalla en donde cayó, para no volver á levantarse, la antigua libertad de aquellos pueblos valerosos.

Inscripciones, estátuas, numerosas antigüedades entre las cuales se observa una tabla de mármol con caracteres de bronce, recuerdan las vicisitudes de Ferentino, su conquista por los romanos y los nombres más ó menos conocidos de sus ciudadanos

y de sus gobernadores. Los Hérnicos, como todos los pueblos de Italia, participaron felizmente de la gran emancipación cristiana; á la cabeza de los obispos de Ferentino, coloca la tradición á un discípulo de San Pedro 1. La semilla evangélica, ampliamente regada por la sangre de los mártires, produjo allí generaciones de héroes. En primera línea brilla un centurion que recibe todavía despues de quince siglos los honores de un triunfo perpétuo en el lugar mismo en que alcanzó su gloriosa victoria. Ambrosio, veterano de los ejércitos imperiales, estaba de guarnicion en Ferentino cuando apareció el edicto de persecucion lanzado por Diocleciano. El generoso atleta, aprehendido y arrojado á las llamas, pasa por todo género de suplicios; pero de ellos sale lleno de ardor á nuevos combates que sostiene con intrepidez. El procónsul, avergonzado con tantas derrotas le manda volver á llevar á su prision, en donde recibe con el golpe de la muerte, la palma inmortal que le hace entrar en las filas del gran ejército de los mártires. Esto pasaba el 16 de Agosto del año 303. 2

Nos fué dado ver aquel calabozo, cuya oscuridad, cuya humedad, cuyo horror y estrechas dimensiones rebelan el origen romano y recuerdan la prision Mamertina. En la catedral se admira la estàtua ecuestre del santo mártir, de plata maciza; este es un trabajo del siglo décimosexto. Ferentino posee muchos conventos, entre otros los de las Clarisas y de las Oblatas, cuya regularidad es verdaderamente ejemplar.

El dia declinaba ya y nos ocurrió pasar la noche en Ferentino. Sin embargo, se nos dijo que á tres leguas de allí, en el camino de Roma, encontraríamos el excelen-

te *albergo sotto la fontana*, y como estabamos de prisa nos volvimos á poner en marcha. Al bajar la montaña encontramos á las mujeres de la ciudad que venian de proveerse de agua en una fuente cuyo manantial brota á la entrada del valle. Su traje no puede ser más pintoresco, y sus cántaros de cobre conservan la misma forma que en tiempo de Horacio. A esta escena, que recuerda las costumbres patriarcales, sucedió bien pronto un espectáculo de un interes superior. Los labradores y los pastores volvian de los campos, unos conduciendo rebaños, otros llevando á la espalda sus instrumentos de trabajo, la piocha y la azada; todos conversaban alegremente, contentos con ir á buscar sus hogares y entregarse al sueño tan dulce para el hombre de los campos que ha llevado el peso del calor y del dia. Repentinamente el sonido argentino de muchas campanas anuncia el *Angelus*; y entónces, hubiérais visto á aquellas buenas gentes, jóvenes, niños y ancianos, quitarse su ancho sombrero fieltro, ponerse de rodillas en el camino y saludar juntos á la augusta Vírgen, cuyo nombre destila en el corazon del pobre, aun más que en el del rico, la dulzura, la confianza y la paz. ¿Por qué nuestros artistas de la academia de Francia no reproducen esas escenas, á la vez tan pintorescas y tan tiernas?

Ya era de noche, pero una negra noche, cuando la berlina se detuvo delante del *albergo*. En la Edad Média, cuando al caer la noche, llegaban ilustres peregrinos ante una antigua morada, el centinela colocado en la torre de la gran puerta sonaba el cuerno, el puente levadizo se bajaba y los huéspedes hacian su entrada al resplandor de las antorchas. El cochero italiano no ha olvidado esta antigua costumbre. A los gritos repetidos de nuestro faeton, al chis-chas de su látigo, el del hotel aparece en la puerta con una lámpara en la mano.

1 Ughelli, Italia sagrada, de Ferentinat. episcop. p. 672.

2 Baron, an 303, n. 119.

«Patron, apresuraos á abrir; hé aquí nobles extranjeros que os piden hospitalidad: son numerosos, que se prepare la comida y las habitaciones.» Por toda respuesta á este lenguaje, digno de los trovadores, oímos estas palabras poco caballerescas: No hay lugar.—Abrid siempre; es necesario que yo meta mi coche.—La puerta es demasiado baja, no pasareis. Durante este diálogo nosotros bajamos; en un abrir y cerrar de ojos habíamos reconocido los lugares y nos constaba que habíamos caído en la más miserable *locanda* que habíamos encontrado en el camino. Quisimos seguir hasta Valmortone; imposible, el conductor nos previno que á ménos de un cuarto de legua comienzan las *Maremmes* 1 y que él no quiere pasarlas durante la noche. Cambiamos entre todos una mirada que queria decir: Es preciso resignarse.

Eran tales las dimensiones del hotel *della Fonta*, que para introducir á él el coche, fué necesario descargarlo y en esta operacion apenas pudo caber en el soportal. Además, desde Ceprano no habíamos tomado nada, y estábamos ganosos; pero ¡ay! nada de provisiones en el hotel; tres arrieros que llegaron ántes que nosotros habian absorbido todo. A fuerza de investigaciones se acabó por descubrir para nosotros en el fondo olvidado de un viejo armario algunos huevos de edad muy avanzada, dos pequeños pescados y cuatro naranjas. La comida duró el tiempo que tardó en decirlo y el hambre no se apaciguó. Para sufocar las reclamaciones muy legítimas del estómago, nos pusimos á jugar á la *morra*. Este juego favorito de los Italianos, ejecutado por Franceses, pareció divertir singularmente á nuestros hospederos, quienes nos dieron mil excusas por no

recibir dignamente á tan nobles y amables extranjeros. «¿Teneis al ménos algunas buenas camas que darnos?—*Ecco Padroni, Ecco*. Hélas aquí; patrones, hélas aquí.» Y nos enseñaban dos montones de paja colocados en el ángulo de la pieza que servia al mismo tiempo de cocina, de comedor y de pasadizo de la calle á la caballeriza. No habia otro partido que tomar sino el de platicar ó dormir en pié; todo el mundo lo comprendió, ménos nuestro amigo el Prusiano, quien despues de haber huroneado por todas partes descubrió no sé qué bohordilla en la cual se tendió dos horas. Como á cosa de las doce le vimos llegar con los ojos inflamados y con sangre en la cabeza. «¿Habeis dormido bien?—Yo no he dormido; no sé qué pequeños animales me afligen y me suben hasta la cabeza.» Y al decir estas palabras, acogidas por una ruidosa hilaridad, hacia gestos y movimientos de manos que atestiguan el número de sus heridas y la comezon que sentia.

Cuando él entraba, acabábamos de dejar á dos carabineros que llegaron al hotel á las diez de la noche. La vista de aquellos hombres armados hasta los dientes nos inspiró cierto miedo, pero bien pronto dimos lugar á la confianza. Aquellos militares vigilan el camino todas las noches, recorren las *Maremmes* y dan caza á los malhechores.

Nos hicieron saber que estábamos á dos millas de Anagni, que el camino estaba bueno y nos comprometieron para visitar aquella ciudad. La proposicion fué aceptada con tanto más gusto cuanto que esta excursion no debia impedirnos llegar á Roma el mismo dia.

1 Nombre que se da en Italia á los terrenos que están aislados é inhabitables á causa de las emanaciones deletéreas que exhala el suelo impregnado de azufre y de alumbre.—N. del T.

5 DE MARZO.

Anagni.—Vila de Ciceron.—Catedral.—Cripta.—Sepulcro de San Magno y de Santa Olivia.—Archivos capitulares.—Manuscritos.—Carta de Bonifacio VIII.—Recuerdos.—Valmontone.—Campo de batalla del cónsul Fábulo Ambusto.—Lago Regilo.—Vuelta á Roma.

Al despuntar el día estábamos en Anagni. Esta ciudad, antigua capital de los Hérnicos, muy agradablemente situada, cuenta cerca de seis mil habitantes. Ciceron poseía de las cercanías su deliciosa villa de Amalteo, cuyos vestigios cuesta trabajo reconocer. Roma hizo dos veces la conquista de Anagni; como reina de la fuerza, por sus cónsules; como reina del amor, por San Pedro. El vicario de Jesucristo envió apóstoles á aquellos lugares que tocaban al sόlio de su imperio; y bajo Décio vemos al obispo San Magno sellar con su sangre la fe que habia enseñado á los habitantes de Anagni. Una ilustre virgen, Santa Secundina, fué la compañera de su triunfo ¹. Nos fuimos directamente á la catedral. Este edificio, cuyo aspecto general inspira yo no sé qué dulces sentimientos de confianza y piedad, encierra un monumento de gran interes arqueológico. Este es una vasta crypta, ó más bien una iglesia subterránea del siglo undécimo. Su forma recuerda la de las iglesias primitivas; en ella se encuentran dos coros laterales ademas del coro ordinario, y una soberbia ábside adornada con frescos en los cuales brilla el doble carácter de grandeza y de sencillez del arte cristiano. Allí descansan los cuerpos de San Magno y de Santa Olivia, virgen no ménos ilustre que Santa Secundina, y, como ella, el objeto

de la veneracion filial del pueblo de Anagni.

Cerca de la tumba de San Magno se lee este verso latino:

Extrahitur Verolis, acquirit Anagnia nummis.

«Es sacado de Veroli, y comprado por Anagni.» Esta inscripcion recuerda un hecho que prueba el piadoso empeño de los habitantes en poseer las reliquias de su apóstol. El cuerpo de San Magno habia sido trasladado á Veroli, pequeña ciudad entre Ferentino y Frosinone. Los Sarracenos arrasan aquella ciudad infortunada y las reliquias del glorioso mártir quedan en manos de su rey. El bárbaro lo manda decir á los habitantes de Anagni, agregando que está pronto á ceder aquel piadoso depósito mediante una suma de dinero. La ciudad ofrece al instante un rico rescate, consigne el cuerpo del mártir, lo deposita en una magnífica tumba y graba en ella el verso que eterniza el recuerdo de ese hecho incomprendible en nuestro siglo, pero muy racional á los ojos de la razon iluminada por la fe.

Uno de los canónigos quiso llevarnos á los archivos Capitulares. Nos enseñó muchos manuscritos muy raros, entre otros la célebre carta que contiene la nomenclatura de los ornamentos legados por el Papa Bonifacio VIII á la catedral de Anagni, de la cual habia sido canónigo, así como por Inocencio III, Gregorio IX y Alejandro IV. Esta pieza está en pergamino y se divide su texto en dos partes. La primera contiene el inventario de los ornamentos y comienza así: *In nomine Domine, Amen. He sunt paramenta quæ donavit Ecclesiae Anagniae sanctissimus Pater D. Bonifacius, Papa VIII, diversis temporibus.* La segunda indica los objetos de oro y de plata regalados por el mismo Papa; se lee á la cabeza: *Hoc est inventa-*

¹ Mamachi, *Antiquit. et orig. christ.*, t. II, p. 239; Baron., *Not. ad martyr.*, 15 de Enero; 19 de Agosto.

rium argenti et auri laborati dati Ecclesie Anagninas per predictum D. Papam.

Vimos algunos de aquellos soberbios presentes, ménos preciosos por la riqueza de la materia y la belleza del trabajo, que por la mano que los ofreció. La gran figura de Bonifacio VIII se muestra en la pequeña ciudad de Agnani, con toda su majestad. Allí es donde se ve al digno heredero de San Gregorio VII, luchar intrépidamente contra la tiranía de los príncipes del mundo, y al salvar á la Iglesia de la opresion, salvar la libertad de los pueblos. Con este doble título, debía recibir, como el desterrado de Salerno, el ultraje de los déspotas y de sus satélites, y despues de su muerte el insulto y la calumnia de sus serviles biógrafos; ni una ni otra gloria le han faltado. Recorriendo las calles de Agnani se cree encontrar á cada paso á Nogaret y á Sciarra Colonne, poniendo sus manos parricidas sobre el rostro del Pontífice, y se cree oír todavía el sonido de sus bofetadas, las más sacrílegas de todas, despues de las que se dieron en la santa mejilla del Hombre-Dios. Aun despues de la tumba, el gran Papa ha sido perseguido y lo es todavía, por esa multitud de escritores anticatólicos, cortesanos de todas las tiranías y calumniadores jurados del papado y de sus actos.

Volviendo á tomar el camino de Roma, entramos muy pronto á los *Maremmes*. Se da este nombre á tierras arenosas cubiertas de plantas vetulíneas, de helechos y de algunos árboles raquíuticos; las que teníamos que atravesar tienen muchas lenguas de extension. Las pasamos sin contratiempo y ántes de las doce estábamos en Valmontone. Esta hermosa aldea que debe su nombre á la altura en la cual está sentada, domina un ancho y fértil valle. A alguna distancia, del lado de Roma, se encuentra el campo de batalla en donde el cónsul M. Fábulo derrotó com-

pletamente á los Hérmicos el año de Roma 393. 1 El teatro del combate es una llanura de mediana extension, cerrada por montañas, de modo que impide considerablemente las maniobras de la caballería. Así, cuando se comprometió la accion, la caballería romana echó pié á tierra y fué á combatir á la cabeza de la infantería. Los Hérmicos, que habian llamado á las armas á toda la flor de la juventud, la hicieron avanzar para sostener el choque. La matanza fué horrible; se batieron hasta la noche; por fin, los Hérmicos fueron vencidos, pero la noche impidió que se les persiguiera. El cónsul volvió á Roma y se contentó con la ovacion.

En aquel tiempo Roma preludeaba por la conquista de la Italia, la conquista del mundo; la victoria le era favorable por todas partes. A las doce percibimos el lago *di Santa Prasseda* (de Santa Praxedis), en otro tiempo el lago Regila. Tres años despues de la victoria, cuyo lúgubre teatro acabábamos de atravesar, el dictador Postúmio habia enrojecido de sangre de Latinos las aguas de aquel lago por esto famoso. Por fin, el ruido de las armas habia cesado, el silencio del desierto reinaba á nuestro alrededor; estábamos en el campo romano.

Al volver de Nápoles y despues de haber visto aquella ciudad tan brillante y tan animada, es cuando se encuentra uno en las condiciones favorables para apreciar la majestuosa tranquilidad de la ciudad eterna. Al entrar en ella se siente pisar otro mundo; y parece que intereses y pensamientos diferentes preocupan á las dos ciudades. En Nápoles y en las otras ciudades las cosas del tiempo; en Roma las cosas de la eternidad. En Nápoles y en las otras ciudades, la fisonomía móvil, el ruido tumultuoso de los negocios y de las

1 Sigonius, Comment, in fastos et triumph, Rom., p. 66.

locas alegrías; en Roma, la inmovilidad de la fe y el solemne silencio de las ruinas. Estas diferencias que hacen de Roma una ciudad aparte en medio del mundo, la ponen en una misteriosa armonía con las necesidades íntimas del alma. De ahí viene sin duda el encanto poderoso que os atrae hácia ella, la dulce paz que allí os acompaña, el pesar tan vivo que os sigue al dejarla; sensaciones indefinibles que experimentan todos los viajeros en diversos grados, aunque el mayor número de ellos no esté en ningún modo preparado y aunque casi todos ignoren la verdadera causa.

6 DE MARZO.

Coremonia de la Rosa de oro.—Caridad romana en el órden moral.—Catequismo.—Archicofradía de Santa María del Pianto (del llanto).—Fiesta imperial.—Retiros de primera comunión.—Santa Lucia in Trastevere.—San Vito en el Esquilino.

Roma seguía preocupada vivamente con la conversión de M. Ratisbonne. Con el fin de unirle al reconocimiento general, celebré la misa en el altar de la capilla milagrosa; el mismo motivo llevaba allí á un gran número de fieles; porque en Italia un milagro es siempre un acontecimiento.

Era el cuarto domingo de Cuaresma, día en que se hace la bendición de la rosa de oro. Para ser testigos de la ceremonia, nos dirigimos á la capilla Sixtina; pero ¿cuál es el sentido, cuál el origen de esta antigua costumbre? es necesario conocer la respuesta á estas preguntas, so pena de tener ojos para no ver. Antiguamente los Soberanos Pontífices se trasladaban á caballo, del palacio de Letran que habitaban, á la basílica de Santa Cruz en Jerusalem. Allí era la estación del día, cuya misa comienza en todo el mundo católico por esta palabra: *¡Lætare! ¡Regocíjate!* La Iglesia al llegar á

la mitad de la santa, pero penosa cuarentena, quiere dar valor á sus hijos é inspirarles una santa alegría, enseñándoles más de cerca el término de su penitencia y la corona inmortal que debe recompensar sus privaciones y sus combates. Además, con el fin de hacer más vivo y más popular este sentimiento de alegría, Roma lo simboliza en una rosa, la reina de las flores. Tal es el sentido de la poética oración que acompaña todavía á su bendición.

Después del oficio, el Papa, teniendo en la mano la rosa bendita, la enseñaba al pueblo como el emblema de sus comunes esperanzas para el porvenir y de sus disposiciones actuales. Todavía con la rosa en la mano, era llevado el Pontífice al atrio de la basílica, por el prefecto de Roma vestido de púrpura y con calzado color de oro, quien sostenía el estribo para ayudar al Santo Padre á bajar del caballo. El Papa, estimando este testimonio de respeto, daba la rosa á aquel dignatorio, quien la recibía de rodillas y le besaba el pié. Más tarde los Soberanos Pontífices han acostumbrado enviar esta rosa á algun soberano, á una iglesia, á una persona eminente, algunas veces á los antiguos emperadores de Alemania en la época de su coronación. Hoy se da á los príncipes y á las princesas, cuya piedad y cuya caridad quiere honrar el Santo Padre. La bendición de la rosa de oro tuvo lugar por la primera vez, bajo el pontificado de Leon IX, en 1050; y el documento que fija esta fecha parece anunciar que se remonta mucho más atrás. 1

La ceremonia se hace hoy en la sala de los ornamentos. Después de las oraciones marcadas en el ritual, el Santo Padre unge la rosa con bálsamo y coloca en el centro, en donde hay un vasito cerrado con una rejilla de oro, un poco de aquel bálsamo con musgo; lo rocía con agua bendita, lo incensa y lo da al último clérigo de

1 Constanzi, t. I, p. 15.

la pieza. Le vimos llegar precediendo al Papa y llevando en la mano la preciosa flor que fué colocada en medio del altar sobre un rico velo de seda bordado de oro. Despues de la misa, fué llevada con la misma ceremonia y fué depositada en el Vaticano hasta el dia en que el Padre comun se digne gratificar con ella á alguna de sus nobles y piadosas hijas. 1

En el dia volvimos á emprender nuestro estudio de la caridad romana, suspendido por nuestro viaje á Nápoles. Los establecimientos y las obras particulares destinadas al consuelo de los males fisicos y de las miserias intelectuales, habian pasado á nuestra vista; quedan las miserias morales con los medios que Roma emplea para curarlas. Estos medios se dividen en dos clases: unos tienen por objeto prevenir el mal, otros están establecidos para curarlo. Elevar al hombre á su mayor potencia, haciendo correr abundantemente la vida de la fe y de la piedad en todas las almas; tal es el objeto de los primeros. En este número deben colocarse los catequismos, las predicaciones, los retiros, las Cuarenta Horas, las estaciones, la gran asociacion del Santo Sacramento, la asociacion particular de San Luis Gonzaga, las escuelas nocturnas, los oratorios nocturnos, la institucion de los *Pericolanti*, etc. Entre los segundos, destinados á rehabilitar al culpable, se cuentan las casas de arrepentimiento, las instituciones en favor de los prisioneros, y muchas otras obras que participan del doble carácter de remedios preservativos y curativos. Sin duda la mayor parte de estos medios son conocidos y se les encuentra en uso en el resto de la catolicidad. Así, la historia de ellos puede parecer al primer golpe de vista fastidiosa ó inútil. Mas no es así, porque ademas de la ventaja de la prioridad,

1 Cartarius, *De Rosa aurea*; Martinelli, *Roma ex Ethnica sacra*, etc.

estos medios tienen en Roma un carácter de conjunto, cuyo estudio es indispensable si se quiere conocer á fondo la inteligente caridad de la madre de todas las iglesias.

Recorriendo las calles de la ciudad, encontramos tropas de muchachuelos que se dirijan alegremente hácia las diferentes iglesias. Una de aquellas festivas bandas entró á *Santa Maria del Pianto*, y nosotros la seguimos.

Despues de una corta oracion comenzó el catequismo; fué explicado por uno de los miembros de la *Archicofradia de la doctrina cristiana*, cuya origen es el siguiente: en 1567 un gentil hombre milanés, llamado Márcos Lusani, que habia llegado á Roma, se entregó generosamente á la instruccion cristiana de los niños; muchos eclesiásticos celosos quisieron tomar parte en aquella buena obra, y de aquí resultó una piadosa cofradia que San Pio V y Benedicto XIV han favorecido con todo su poder. Entre todos los medios establecidos para excitar la emulacion de los niños, el más poderoso, porque conviene mejor al carácter romano, es la contienda solemne del primer domingo despues de *Quasimodo*. La contienda se sostiene entre los niños de cada parroquia, en presencia de los superiores, de los diputados y de un inmenso concurso de gente.

Los niños se preguntan y se responden á su vez; aquel que acaba por no encontrar competidor que le responda sobre todas las preguntas del pequeño catecismo de Belarmino, es declarado emperador. Los cuatro que más se le han acercado, forman su córte, compuesta de dos príncipes, de un capitán y de un escudero.

Entónces comienza una escena de una sencillez encantadora. Apénas es proclamado emperador el jóven de siete á ocho años, cuando se le coloca en el trono; se le corona con laureles, se le pone un cetro

en la mano; se le adorna con una cruz brillante que pende de su pecho; los príncipes y los oficiales de su casa le acompañan gravemente en una soberbia carroza que le conduce á casa de sus padres. En la morada de su feliz familia, se prepara ricamente una pieza en donde se levanta un trono para el jóven monarca que recibe las felicitaciones y los homenajes de numerosos cortesanos de todas edades y condiciones.

En los días siguientes, sale en un coche, acompañado de alguno de los miembros de la Archicofradía, y visita á los personajes más ilustres de Roma, quienes le colman de caricias y de regalos; su reinado dura un año. Pasado este término se llama á un nuevo emperador. Tal es el principal estímulo que se da á los niños. Los catequistas mismos no son olvidados. La cofradía en su solicitud, envía personas piadosas de uno y de otro sexo á las parroquias de Roma para enseñar la doctrina cristiana; algunos de sus miembros asisten á estos catequismos, y de acuerdo con los curas, nombran las maestras. Si son exactas en sus funciones y en la comunión general que tiene lugar cada dos meses en *Santa María del Pianto*, se las inscribe en los cuadros de la lotería como aptas para recibir dotes.

Gracias al celo de aquella gran asociación, á la solicitud de los pastores y de un gran número de religiosos y de piadosos legos, la religión, colocada cerca de la cuna de las generaciones nacientes, deposita en sus tiernos lábios la sal de la divina sabiduría, embota el primer aguijón de la concupiscencia y desarrolla en buen tiempo el sentido cristiano.

Muy pronto ese pequeño pueblo queria sentarse en la mesa sagrada; la caridad romana le espera en los escalones del santuario. Decir su ternura, su solicitud, sus industrias maternas para hacer á todos

sus hijos dignos de ser los convidados de su Dios, pasaria los límites que me he fijado. Basta saber que existen en Roma un gran número de establecimientos piadosos que en la época solemne de la primera comunión reciben á los niños de ambos sexos. Allí permanecen durante ocho días, y son alimentados, instruidos y preparados con un celo admirable para el acto más grande de la vida.

Visitamos con vivo interés uno de estos establecimientos que está cerca de Santa Lucía *in Trastevere*. Un santo sacerdote, D. Joaquin Michelini, cura de San Salvador en *Ponte Rotto*, fué su fundador. Apesarado de ver un gran número de niños que no hacían más que correr por las calles, jugar, robar y entregarse á toda suerte de vicios, concibió el proyecto de tenderles una mano caritativa. Por medio de pequeñas recompensas llegó á reunirlos todos los domingos en un local separado. De acuerdo con otros eclesiásticos, les daba una pequeña instrucción sobre el catecismo, les hacia oír misa y frecuentar los sacramentos, y luego les daba las recompensas prometidas. Dios bendijo al sacerdote y á su obra. Gracias á los socorros suministrados por personas piadosas, se pudieron dar retiros á aquellos niños que su preparaban á la primera comunión; se les recibió desde luego en número de veinticuatro, durante ocho días. Muy pronto fué posible admitir mayor número, multiplicar los retiros durante el año y hasta vestir de piés á cabeza á aquellos pobres niños.

Lo que el virtuoso Michelini realizó más allá del Tiber, uno de sus cofrades lo ha hecho al otro extremo de Roma en el cuartel *de Monti*. Don Santos Diotavelli, que obtuvo el uso del antiguo convento contiguo á San Vito, en el Esquilino, estableció retiros preparatorios para la primera comunión de los niños de esa region; y lo mismo que los del Trastevere, son alo-

jados, alimentados, instruidos y vestidos hasta llenar todos los lugares. Se encuentran casas semejantes en el hospicio de Santa Galla, en las orillas del Velabro; en San Lorenzo in *Paneperna*, cerca del Esquilino; en el convento del *Divin Amore*, en las cercanías de Santa María la Mayor, etc. 1

Hé aquí algunos de los medios que Roma emplea para dar la vida moral à sus hijos. Si muchos se escapan à tanta solitud y crecen en la ignorancia y en los vicios que ésta engendra, encuentran más tarde, en las casas de que acabo de hablar, la facilidad de instruirse y de llegar à ser útiles ciudadanos, llegando à ser buenos católicos. Para ellos se abren tambien, cualquiera que sea su estado, catequismos y retiros. Iguales cuidados se les prodiga durante su permanencia; la caridad les acompaña en el mundo y les reúne en distintas épocas, bajo sus alas. La Cuaresma, sobre todo, es el momento en que Roma presenta este nuevo espectáculo. ¿Hay algo más interesante? lo ignoro; y por eso ¿qué viajero se toma el trabajo ó el gusto de contemplarlo? Lo avanzado de la hora no nos permitió gozar de él inmediatamente; lo veremos mañana, despues de haber visitado à Owerbeck.

7 DE MARZO.

Visita à Owerbeck; pormenores sobre este artista.—Lo que hace Roma Para preparar à la Pascua.—Predicaciones.—Estaciones.—Catequismos.—Retiros.—Pompas religiosas.—Observaciones de un protestante.

Entre las maravillas religiosas que Roma presenta al amor del viajero atento, hay una que ocupa un lugar de honor; esta es el piadoso, el santo, el angélico Ower-

beck. Al visitarle hoy, no creimos separarnos de nuestro itinerario. El pintor que hace del arte un sacerdocio, y de sus cuadros sublimes otras tantas predicaciones elocuentes destinadas à difundir por todas partes el amor à la virtud y al gusto por la piedad, ¿no es una fuente de vida moral? Si además, este pintor funda escuela y se esfuerza por enseñar à sus discípulos los secretos del arte cristiano, inspirándoles su fe viva, su piedad tierna y su pureza de costumbres, ¿no tiene derecho à los homenajes públicos de los cristianos y del artista verdaderamente digno de este nombre?

El excelente amigo que nos acompañaba, tuvo à bien darnos, durante el camino, algunos pormenores sobre el nuevo *Angelico dá Fiessole*. "Owerbeck, nos dijo, nació en Alemania; despues de haber aprendido los primeros elementos de la pintura en la Academia de Viena, partió para Roma en '1809, à donde le llamaba un irresistible instinto y el amor à la antigüedad. Bien pronto se reunió con dos amigos, Pedro Cornelio y Guillermo Schadow, ambos hoy jefes de escuelas opuestas en Alemania. La colonia se aumentó aún con algunos jóvenes que aspiraban à un arte nuevo, y formó en las ruinas de un convento una comunidad pobre y estudiosa que vivía llena de entusiasmo y de esperanzas.

Durante algunos años permanecieron desapercibidos dos valientes artistas, ofuscados por la invasion y las preocupaciones de la guerra; pero despues de los acontecimientos de 1815 se dieron à conocer en frescos de elevado estilo, por la diversidad de sus talentos. El de Owerbeck se habia transformado, y despojándose poco à poco de las formas rudescas, se apropiaba al génio italiano.

"Arrastrado por su naturaleza delicada y afectada à la encantadora sencillez del

1 Constanzi. Instituciones de Pieda 1, t. I, p. 117—219.

arte cristiano, este jóven artista se dedicaba, sobre todo á la contemplacion de la Virgen. Miétras penetraba su imaginacion con las bellezas de Rafael, se operaba en él un nuevo trabajo; se ponía á maldecir la reforma, como habia renegado del renacimiento. Comprendia que para expresar el sentido de los tipos del catolicismo, era necesario creer los misterios y poseer la fe por completo. Abjuró, pues, el protestantismo y fué imitado por el mayor número de sus amigos; se dió á los convertidos el sobrenombre de *Nazarenos*. Algun tiempo despues, la escuela alemana se dispersó por efecto de las circunstancias, y quedó solo Owerbeck en Roma, como el ángel destinado á guardar la pureza del santuario, en donde habia tenido lugar la renovacion del arte nacional."

Le encontramos en la soledad del palacio Cenci, en donde realizaba la idea más alta del artista cristiano. La pureza de su vida y la costumbre de las meditaciones religiosas, se revelan en el carácter noble y severo de su rostro. En la sencillez de sus maneras, en la bondad encantadora y en el fuego de su conversacion se reconoce un corazón alemán muchas veces alimentado con el pan eucarístico. La oracion santifica los trabajos del taller, donde reina entre los alumnos un piadoso recogimiento. La admiracion hácia el talento de Owerbeck y el respeto á su virtud son tales, que un jóven artista nos decia: "Ante una línea trazada con el lápiz de Owerbeck, todos deben quitarse el sombrero." Yo agregó que en presencia de sus cuadros se debe creer y se debe orar; su vista sola es un acto de fe, de esperanza, de amor. Recuerdo entre otros, *La Institucion de la Santa Eucaristia* y *la Coronacion de la Santisima Virgen* en el cielo. Es sabido que este último asunto ha sido objeto de la predileccion de todas las escuelas católicas ántes del rena-

cimiento. "Desde esa época, no ha sido ni comprendido, ni tratado; y la Asuncion de María nos es siempre representada bajo el emblema de una mujer en una postura forzada, de formas más ó ménos materiales, sostenida penosamente por ángeles y levantada sobre nubes. ¡Cuánto más pura y más suave es la idea de Owerbeck, tomada de las antiguas escuelas de pintura! El Hijo de Dios, sentado en la gloria al lado de su Madre, la tiene abrazada con indecible ternura, y María, apoyando su cabeza en la espalda de Jesus, gusta con la calma del Paraíso la dicha de encontrar aquel Hijo tan largo tiempo perdido. Los ángeles forman en un cielo estrellado, el almendro simbólico que cubre á los dos personajes. Nada puede expresar la dulzura y la gracia exquisita de aquel cuadro."

Preguntándole y cumplimentándole sobre sus obras maestras, el piadoso artista nos respondió con modestia: Ojalá y fuese bastante feliz, para que mis pobres trabajos sean de alguna edificacion para las almas fieles, ayudándolas á meditar los santos misterios de nuestra religion; este es el objeto á que he aspirado! ¡Ojalá y nuestros jóvenes pintores á su vez no se limiten á estudiar el método de Federico Owerbeck, sino que se impongan el deber de imitar su vida, participando de su fe viva y de su sincera piedad! Su gloria, como la del maestro, será á este precio.

No es necesario añadir que dejamos el palacio Cenci penetrados de admiracion hácia el talento del pintor católico y de veneracion hácia su virtud. Pero lo que es bueno notar es la conducta de la Providencia, que en la persona del inmortal artista coloca Roma la cabeza del movimiento regenerador del arte. Está, pues, escrito que la Reina de la fe debe tener la gloriosa iniciativa de todo lo que es bello, de todo lo que es bueno.

Ayer habíamos dejado á la caridad romana preparando la juventud para el grande acto de la primera comunión; hoy un nuevo deber llama su solicitud; se acerca la hora solemne en que los cristianos de todas edades deben tambien participar del banquete eucarístico. Gracias á la ley de la comunión pascual, la Iglesia posee el secreto de renovar perpétuamente su juventud, de afirmar ó de aumentar la vida moral de sus hijos. Esta ley sagrada que el lord protestante Fitz William 1 mira con razon como el indispensable fundamento de las sociedades, la comprende Roma en toda su importancia. 2 Para pro-

1 Cartas de Atticus.

2 Hé aquí la conclusion que el poderoso lógico deduce de una larga série de razonamientos perfectamente encadenados:

“En resúmen, la virtud la justicia, la moral, deben servir de base á todos los gobiernos.

“Ademas, es imposible establecer la virtud, la justicia, la moral, sobre bases alguna tanto sólidas, sin el tribunal de la penitencia; porque este tribunal, el más temible de todos los tribunales, es el único que se apodera de la conciencia y la dirige de una manera más eficaz que ningun otro tribunal.

“Estambien imposible establecer el tribunal de la penitencia, sin la creencia en la presencia real, principal base de la fe católica romana; porque sin esta creencia, el sacramento de la comunión pierde su valor y su consideracion.... Donde quiera que esta creencia se destruye, el tribunal de la penitencia cae con ella, así como donde quiera que existe la confesion se hace necesaria. Este tribunal que se encuentra necesariamente ligado á la creencia de la presencia real, y á la ley de la comunión, hace indispensable el ejercicio de la virtud, de la justicia, de la moral.

“Luego, como ya lo he dicho:

“Es imposible formar un sistema de gobierno cualquiera, que pueda ser permanente ó ventajoso, á menos sin que esté apoyado en la religion católica romana y en particular en el dogma de la presencia real y en la ley de la comunión.

“Si hay quien se atreva á decir que los hijos de la iglesia católica son malos y perversos, á pesar de esta ley sagrada y de los deberes que de ella se desprenden, ¿qué debemos decir de los hombres libres de estas saludables trabas? Los habitantes de la más feliz y floreciente monarquía que haya brillado alguna vez en la tierra, y que se han libertado de ellas repentinamente, ¿qué ha sido de ellos? Esos desgraciados insensatos, no teniendo ya freno que les detuviese, se

curar que se cumpla dignamente, predicaciones, estaciones, catecismos, retiros, todo se pone en obra.

Durante toda la Cuaresma se cuentan, ya en las comunidades, ya en las parroquias, más de sesenta predicadores que anuncian desde lo alto de la cátedra, ó desde el Palco, las verdades eternas. Hay sermones á todas horas del dia y casi de la noche; en todas partes la asistencia es numerosa, y lo digo por haberlo visto, que está siempre recogida. Las más de las órdenes religiosas toman una parte activa en este gran ministerio. Entre estos hombres de soledad y de meditacion que aparecen sucesivamente con el traje imponente del jesuita, del capuchino, del pasionista, del dominico, del recoleto y del teatino, hay algunos muy elocuentes. El célebre P. Ventura atraia la multitud á San Pedro y á San Andres della Valle.

Este sonido incesante, general, de la palabra divina, conmueve las almas; y la Ciudad Santa, habitualmente grave, toma una fisonomía aun más grave. Los teatros se cierran; nada hay abierto más que las iglesias, los oratorios nocturnos y las casas de retiro.

Roma emplea otro género de predicaciones no ménos elocuente y tal vez más eficaz que el primero. Las estaciones comienzan desde el miércoles de ceniza, para no acabar sino hasta despues de la Pascua; todos los dias se abre solamente á la oracion una de las iglesias de Roma. Está ricamente adornada, los altares con flores, el pavimento y el pórtico regado con flores odoríficas, los pilares y las capillas cubiertas con hermosos paños, é iluminadas por numerosas antorchas; todos los relicarios se

han atrevido á todo; y sus crímenes, como un mar que se desborda, rompiendo los diques que solo Dios puede restablecer, han trastornado la Eutopa, han inundado el mundo y han impreso en el nombre frances una mancha imborrable y la más ignominiosa con que puede cubrirse á una nacion.”

abren. Roma, levantando ese día el velo que los oculta de costumbre, muestra los huesos de los mártires, los instrumentos de sus suplicios, y llevando cuarenta días seguidos á sus hijos á la presencia de aquellos gloriosos sepulcros, y á la vista de aquella nube de héroes de todas edades, sexos y condiciones, les dice: "Mirad á vuestros padres; ved lo que han hecho! Sed dignos de ellos, dignos de vuestra madre. Atletas de la fe, si habeis desfallecido, ha llegado la hora de levantaros y del volver al combate. Para daros ánimo vuestros padres os enseñan sus palmas imortales; para guiaros, sus ejemplos, para sosteneros, sus oraciones." Hay una indulgencia plenaria afecta á la visita estacional, y los fieles de todas clases se dirigen á ella con santo empeño. 1

1 La estacion es una devocion particular á la ciudad de Roma; Tertuliano y San Gerónimo refieren su origen á los papas San Víctor ó San Zefirino (192-202). San Gregorio Magno arregló los días de esta devocion, su número y los santuarios en que debia tener lugar: *Stationes Gregorius per Basilicas, vel beatorum martyrum coemeteria, secundum quod hactenus plebs romana quasi eo vivente certatim discurrat, sollicito ordinavit.*—*Joon. Diacon. Vita*, lib. II, c. 6, Durandus, *Rational. divis. offic.*, lib. VIII, c. 1.

La palabra estacion expresa una magnífica idea. Las estaciones militares son las horas en que las centinelas en pié y con sus armas al hombro, velan en los campos. Los primeros cristianos, soldados siempre en campaña, tenían tambien sus estaciones. Estos héroes del cristianismo se reunian, pues, en los sepulcros de los mártires, ya para celebrar sus triunfos, en el día del aniversario de su muerte, ya para excitarse por el recuerdo de su valor, á combatir valientemente, ya para obtener su poderosa proteccion. Tal es el sentido que se dá á la palabra estacion por los padres de la iglesia y por San Isidro de Sevilla, *Etymolog.* Roma ha conservado cuidadosamente esta antigua y noble costumbre. Por lo demas, en la paz de la Iglesia las estaciones se hicieron con más pompa y regularidad. El pueblo se reunia en una iglesia poco distante de la iglesia estacional. El Papa y el clero se trasladaban á ella igualmente, y despues salia la procesion al lugar designado. Las mujeres se ponian en fila del lado del Norte, los hombres al Sur, de modo que no habia ni mezcla ni confusion.

El día de la estacion es necesario visitar cada iglesia de Roma. Ademas del concurso edificante de la poblacion, de la belleza de los officios y de la riqueza de las decoraciones, se ven allí todas las reliquias insignes, de las cuales algunas solo se exponen en esta época del año. 1

El Papa pronunciaba una homilia, celebraba los santos misterios y los fieles participaban de la santa comunión. La costumbre solemne de las estaciones cesó cuando la Santa Sede fué trasladada á Avignon; desde esa época se la reemplazó por las capillas papales. Véase Moretti, *de Presbyt.* 178; Ferraris, *art. Statin.*

1 Por interés del viajero católico voy á indicar los días y lugares de estacion durante toda la cuaresma:

—*Miércoles de Ceniza.* Estacion en Santa Sabina.

Jués. San Jorge en el Velabro.

Viernes. Santos Juan y Pablo en el Aventino.

Sábado. San Trifon in Piazza Fiamenta.

—*Primer Domingo de Cuaresma.* San Juan de Letran.

Lunes. San Pedro Advíncula.

Martes. Santa Anastasia.

Miércoles. Santa Marta la Mayor.

Jués. San Lorenzo in Paneperna.

Viernes. Los doce apóstoles.

Sábado. San Pedro en el Vaticano.

—*Segundo Domingo de Cuaresma.* Santa Maria in Dominica.

Lunes. San Clemente.

Martes. Santa Balbina.

Miércoles. Santa Cecilia.

Jués. Santa Maria in Trastevere.

Viernes. San Vidal.

Sábado. Santos Pedro y Marcelino.

—*Tercer Domingo de Cuaresma.* San Lorenzo extra-muros.

Lunes. San Marcos.

Martes. Santa Prudencia.

Miércoles. San Sixto.

Jués. Santos Cosme y Damian.

Viernes. San Lorenzo in Lucina.

Sábado. Santa Susana.

—*Cuarto Domingo de Cuaresma.* Santa Cruz en Jerusalem.

Lunes. Los Cuatro Coronados.

Martes. San Lorenzo in Damaso.

Miércoles. San Pablo extra-muros.

Jués. San Martin in Monti y San Silvestro in Capite.

Viernes. Santa Aurelia y Santa Bibiana.

Sábado. San Nicolás in Carcere.

—*Domingo de Pasion.* San Pedro en el Vaticano y San Lázaro.

Lunes. San Crisóforo in Trastevere.

La predicacion diaria de las grandes verdades del cristianismo, el ejemplo de los santos, cuyos sepulcros se abren, y las reliquias elocuentes expuestas todos los dias de la Cuaresma á las miradas de los fieles, tal es el doble medio que Roma emplea para preparar las almas á la resurreccion moral. Pero este doble medio debe ser identificado á cada individuo; además, una parte de los oyentes no comprende lo que se anuncia con tono solemne desde el púlpito; un gran número de ellos tal vez se cuida poco, ó desprecia hacer aplicaciones en sí mismos. Sin estas dos condiciones de inteligencia y de asimilacion, la verdad no puede llegar á ser el alimento del alma. Roma no la olvida; y segun la saludable prescripcion de Benedicto XIV, se abren catequismos preparatorios para la Pascua en las parroquias y en los oratorios nocturnos. Se invita á los adultos de uno y otro sexo y para ellos se hacen; se ordena á los amos que manden allí á sus criados, y para quitar el pretexto del trabajo, deben cerrarse los cafés y las tiendas durante las horas de instruccion. Con el fin de que el auditorio sea homogéneo y de que así sea más provechoso el catequis-

Mártes. San Ciriaco *in Santa Maria in Via Lata* y San Ciro y Santa Julieta.

Miércoles. San Marcelo.

Jués. San Apolinar.

Viernes. San Estéban el Redondo en el Monte Célio.

Sábado. San Juan Ante Portam Latinam.

—*Domingo de Ramos.* San Juan de Letran.

Lúnes. Santa Praxedis.

Mártes. Santa Prisca y Santa María del *Pallo*.

Miércoles. Santa María la Mayor.

Jués. San Juan de Letran.

Viernes. Santa Cruz *ne Jerusalem*.

Sábado. San Juan de Letran.

—*Domingo de Pascua.* Santa María la Mayor.

Lúnes. San Pedro y San Onofre.

Martes. San Pablo *extra-muros*.

Miércoles. San Lorenzo *extra muro*.

Jués. Los doce apóstoles.

Viernes. Santa María *ad Martyres*.

Sábado. San Juan de Letran.

—*Domingo de Quasimodo.* San Pancrácio.

mo, las diferentes clases de adultos tienen sus reuniones particulares. Los catequismos comienzan el cuarto domingo de la Cuaresma y siguen toda la semana 1.

Gracias á las instrucciones elementales, los ignorantes y los pobres sabrán hacer el discernimiento del cuerpo de Jesucristo, conocerán las disposiciones esenciales que deben acompañar al cristiano á la mesa sagrada. Pero si el espíritu se ilustra, puede no estar conmovido el corazon y entonces no llegará al alma la vida moral; las casas de retiro obtendrán este último resultado.

Estos asilos en que el hombre sale con Dios, se apropia las verdades generales, se cura de sus heridas y se renueva en la virtud, están sembrados, como los hespicios, en todos los cuarteles de Roma; el convento de los Pasionistas en el Monte Célio, el de los Franciscanos en el Palatino, la casa de los Lazaristas en el Monte-Citorio, reciben eclesiásticos y legos de todas condiciones. En Santa Lucía *in Trastevere*, los pobres, los soldados, los artesanos, encuentran gratuitamente una piadosa soledad, y allí encuentran durante ocho ó diez dias el doble alimento del alma y del cuerpo. Los jóvenes van allí tambien, á ménos que sean enviados á Ponte-Rotto. Para los estudiantes se dan ejercicios espirituales en la Universidad, en el Colegio Romano, en San Eusebio, etc. En 1819, Monseñor Piatti, arzobispo de Trebisonda, estableció en el Janículo una casa de retiro destinada á los nobles y á los oficiales de la guarnicion. Parte á sus expensas y parte con las limosnas de Pio VII, ha preparado una habitacion encantadora que se abre cada mes á los ejercitantes y

1 Se lee en el *Diario sacro*: Domingo Cuarto de Cuaresma. A las oraciones se da principio, en las iglesias acostumbradas, á los catequismos para prepararse á la Pascua, establecidas por Benedicto XIV en 1775; y habrá tambien en los oratorios nocturnos.

sobre todo durante la Cuaresma. Gracias á las invitaciones del excelente prelado, los ejercicios espirituales son allí muy frecuentes, y Dios bendiciendo el celo desinteresado de un ministro, hace producir un gran bien. Se reanima la vida moral en las almas, en las que se hallaba casi extinguida por las preocupaciones mundanas; y los frutos diarios de esos retiros, casi siempre gratuitos, consisten en padres de familia verdaderamente cristianos y en oficiales vigilantes y dignos.

Las damas, los jóvenes, las mujeres de todas clases se retiran á los conventos de religiosas. Van en gran número al monasterio del *Niño Jesus*, cerca del Esquilino, á Santa Ursula del Divino Amore, cerca de la Basilica liberiana, etc. Esta última casa pertenece á las religiosas Agustinas, cuya principal ocupacion es ayudar á las personas de su sexo á practicar los ejercicios espirituales. Están establecidas en Roma desde el año 1616 y fueron fundadas en Montefiascone por el cardenal Barbarigo. La superiora lleva el título de *Madre Vicaria*, porque la Santísima Virgen es considerada como la primera superiora de la casa; los retiros se suceden allí durante todo el año. Dos sacerdotes encargados del monasterio como capellanes, catequizan, predicán, confiesan á las niñas que van á prepararse para la primera comunión, y á las adultas que van á descansar allí del trabajo de la virtud y á prepararse á nuevos combates. 1 La numerosa asociacion de las Damas y Semidamas, hace su retiro en *Caravita*, de que hablaré muy en breve.

Disponer al hombre á oír la voz de Dios, á entrar en sí mismo y á juzgarse; hé aquí el objeto de las predicaciones, de las estaciones, de los catequismos y de los retiros que Roma multiplica durante la Cuares-

ma. Además, por poderosos que se les suponga, estos medios no bastan para ser rehabilitado á sus propios ojos; el culpable necesita la absolucion. Quiere oír á su juez decirle claramente: *Id en paz, vuestros pecados están perdonados*. Esta seguridad es una necesidad imprescindible y por esto es un misterio inconcebible; teme al tribunal en donde se pronuncia esta sentencia de misericordia. Ahora bien; hé aquí que para atraerle, la ingeniosa caridad romana ha colocado en los tribunales de la penitencia inscripciones llenas de confianza y de tierna misericordia. ¿Cómo verlos sin alentarse? Un protestante célebre, conocido por sus preocupaciones de odio contra el catolicismo, no ha podido dejar de admirar estas inscripciones. Hé aquí muchas de ellas que se tomó el trabajo de recoger: *Id, mostraos al sacerdote. — Iré á mi Padre y le diré: Padre mio, he pecado. — Serán perdonados en el cielo. — Vuelve ¡oh alma mia! á tu reposo. — Ve en paz y no vuelvas á pecar. — El que os escucha, me escucha. — Venid á mí todos los que gemís bajo el peso de vuestras miserias. — El justo me recibirá con misericordia. — Ved si hay en mí un camino de iniquidad y llevadme por el camino del cielo. — Estoy para oír los gemidos de los prisioneros.* 1

En fin, para completar la impresion, hiriendo los sentidos, vienen las grandes solemnidades de la Semana Santa. En ninguna parte, bajo el cielo, contempla la vista del hombre pompas y ceremonias alternativamente más tiernas, más lúgubres, más imponentes. Es tal su misterioso poder, que os arrojan en no sé qué éxtasis, cuyos saludables efectos se dejan sentir largo tiempo. A pesar del mal que los extranjeros le hacen, á pesar del espíritu anticristiano que sopla en el mun-

1 Addison's Remarks on several parts of Italy, p. 31.—Observaciones de Addison sobre muchas partes de Italia.

do, Roma continúa presentando durante la Cuaresma el aspecto de una casta matrona, de una sóbria y grave madre de familia; y las observaciones de un escritor protestante se verifican todavía en nuestros dias: «He observado, dice él, en Roma y en Italia que, á pesar de los progresos del vicio, el pueblo y todas las clases se reprimian singularmente durante la Cuaresma. No se oian, como ántes, ni blasfemias, ni maldiciones. El fausto, la compostura, las suntuosas comidas, los placeres, habian hecho lugar á la modestia, á la austeridad, al exterior de la penitencia, á los sermones edificantes todas las tardes, á las colectas en favor de los pobres y á una apariencia general de compuncion y de enmienda.

«Confieso que en Italia he aprendido mejor á apreciar la utilidad de la Cuaresma y á hacer justicia á los motivos que la hicieran instituir. No podria participar de la la opinion de aquellos que piensan que, debiendo llevar los hombres en todos tiempos una vida conforme á los principios de la fe, es una supersticion reservar una parte del año á una devocion mayor de la que se acostumbra. Cuando se reflexiona sobre la dificultad de detener constantemente á los hombres dentro de los límites del deber, no tarda uno en reconocer cuán importante es fijar en el año un tiempo de una duracion racional para obligarles á entrar en sí mismos y á hacer serias reflexiones sobre su conducta, por temor de que el pecado crie profundas raíces y la costumbre del vicio llegue á ser muy difícil de destruir.» 1

1 Sir Edwin Sands, *Europae Speculum* (Espejo de la Europa).

8 DE MARZO.

Lo que Roma hace todos los domingos para mantener la vida moral.—Instrucciones parroquiales y particulares.—Mision Urbana.—Ejercicios de San Vito y de Santa María *in Capella*.—Interpretacion de la Escritura.—Camino de la Cruz en el Coliseo.—Salutaciones del Santo Sacramento.—Todos los dias de la semana instrucciones y prácticas en honor de Nuestro Señor y de la Santa Virgen.—Entierro.

El celo que Roma despliega en las épocas de Pascua y de la primera Comunión, para dar de beber á sus hijos en la fuente misma de la vida moral, lo sostiene perpetuamente, á fin de mantenerles en el feliz estado en que les ha colocado. A los esfuerzos incesantes del eterno enemigo del género humano, ella opone esfuerzos no ménos sostenidos. Durante todo el año se ponen en acción medios de perseverancia variados y numerosos para los dichosos habitantes de la Ciudad Santa.

Conforme al precepto del Concilio de Trento, todos los domingos en la misa parroquial pronuncian los curas una homilia á sus feligreses; y por la tarde les reunen para oír la explicacion del catecismo. Además, en muchas otras iglesias hay todos los dias de fiesta una instruccion para el pueblo. En el *Jesus*, en *Ara-Celi*, en los *Doce Apóstoles* y en otras partes se predica á las once de la mañana. En todas las iglesias ú oratorios de las numerosas cofradías, despues del rezo del Oficio de los Muertos, ó del de la Santísima Virgen, se da á los asociados una instruccion que la lengua italiana llama graciosamente *un fervorino*; al sermon sigue la misa. Igual cosa tiene lugar en las universidades, colegios, seminarios y asociaciones piadosas extendidas en todos los cuarteles de Roma; hé ahí lo que toca á la mañana.

Por la tarde, en la iglesia de la Minerva, se reza el Rosario, y uno de los cofrades del P. Lacordaire, un dominico, pronuncia un sermón á la multitud numerosa, que es llevada por la reputacion del orador. Al mismo tiempo tiene lugar lo que se llama la mision urbana, *mision urbana*. Un sacerdote elegido entre muchos otros asociados en la misma obra, reúne al pueblo en una iglesia indicada de antemano y le dirige una instruccion fuerte, pero familiar, seguida del acto solemne de Contricion; el pueblo es afecto particularmente á esta piadosa práctica. Para que todos puedan gozar de ella más fácilmente, la mision cambia de iglesia todos los meses. El director del Caravita se encarga ordinariamente de este útil y laborioso ministerio. En San Vito, en el Monte Esquilino, hay una dominica para los niños y los adultos que han hecho los ejercicios espirituales en el año. Las iglesias de religiosas, los conservatorios de jóvenes, tienen los domingos y dias de fiesta instrucciones dadas por sacerdotes seculares ó regulares, especialmente encargados de esta funcion. A la caída de la noche el viajero que baja el Tiber por el lado de San Miguel, ve acudir á la iglesia de Santa María *in Cappella*, á los marineros, cuyos grandes navíos cubren el puerto de *Ripa Grande*. En este venerable santuario dedicado á la estrella del mar, reúne la cofradía de San Pablo á los pobres y á los marineros, les catequiza, les confiesa y les dispone á la digna recepcion de los sacramentos.

Hay otro género de predicacion que no he encontrado más que en Roma, y que me parece muy propio para difundir entre los fieles un gran fondo de doctrina y de piedad; quiero hablar de la Hermenéutica ó interpretacion de la Escritura. Religiosos de diferentes órdenes interpretan el texto sagrado y se suceden en la misma cátedra de seis en seis meses. El primero

comienza por el Génesis y explica uno ó muchos libros del Antiguo Testamento. Dice su origen, la materia y la division; desarrolla los hechos principales y deduce de ellos consecuencias prácticas. Sus sucesores explican los libros siguientes; de modo que al cabo de uno ó dos años la Biblia toda entera, desde los libros de Moisés hasta el Apocalipsis, se manifiesta á los simples fieles. Asistimos con gusto á este curso de enseñanza tan nuevo para nosotros. Habia en él mucha gente, y la del pueblo y las mujeres sencillas formaban una gran parte del auditorio. A juzgar por el silencio y la atencion general, esta instruccion tenia para todos un atractivo particular. Para mí tenia otro mérito; el de cerrar la boca á nuestros hermanos extraviados. Se sabe que los protestantes no temen acusar á la Iglesia de que se opone al estudio de la Santa Escritura; y la Iglesia les responde haciendo explicar pública y perpétuamente los libros sagrados. Entre los predicadores que llenan gloriosamente este interesante ministerio, conviene nombrar en particular á los padres Jesuitas, á los Agustinos y á los hermanos Menores de la Observancia.

Los domingos y dias festivos se encuentra tambien en Roma una práctica de piedad que tiene el privilegio de atraer una inmensa multitud; esta es el ejercicio solemne del Camino de la Cruz en el Coliseo. Los cofrades del Via-Cruz salen de su oratorio situado en el Forum. Una gran cruz de madera, esa cruz que ha salvado al mundo, marcha á la cabeza, llevada ordinariamente por el cardenal protector de la cofradía, revestido con el saco de la penitencia. La procesion de los cofrades es seguida inmediatamente por la de las hermanas, *sorelle*, que se adelanta como la primera, precedida de una cruz. El árbol sagrado es sostenido muy frecuentemente por las manos delicadas de alguna

noble dama romana, nieta tal vez de los Fábios ó de los Escipiones. El doble cortejo se dirige lentamente hácia el Coliseo, entonando himnos y cánticos. Al llegar al centro de la arena, en donde espera una multitud compacta y silenciosa, las dos cofradías se colocan alrededor de la gran cruz á cuyo pedestal sube un buen religioso del convento de San Buenaventura. Predica, y su humilde palabra, tomando en aquellas ruinas gigantescas del anfiteatro y en los recuerdos de la gran lucha acaecida en aquellos lugares, una elocuencia irresistible, y bien pronto los corazones se enternecen, y veis durante la visita de las estaciones á aquellos fieles, Romanos y extranjeros, regar con sus lágrimas aquel suelo, empapado, hace quince siglos, con la sangre de nuestros padres. Tales son, incluyendo las peregrinaciones piadosas y las saluciones al Santo Sacramento todos los domingos en cuarenta iglesias, los principales ejercicios con los cuales santifica Roma el día del Señor y mantiene la vida moral en el corazón de sus hijos.

¿Qué hace con el mismo objeto durante la semana? Todos los días sale el sol para iluminar y fecundar la tierra; todos los días se renueva el aire para suministrar un alimento á los pulmones de los seres animados. Lo que se hace en el orden físico para la conservación de los cuerpos, lo hace Roma en el orden moral para la conservación de las almas. Todos los días brilla el sol de la verdad en su horizonte, y la palabra santa, que es como su irradiación, penetra en las almas de buena voluntad. A fin de prevenir la monotonía, las saludables prácticas de la piedad cambian continuamente de forma y de objeto secundario; de suerte que los espíritus y los corazones, cualesquiera que sean sus disposiciones y sus necesidades, encuentran infaliblemente, en el curso de la semana, el remedio á su debilidad, el ali-

mento para su hambre, la luz para sus tinieblas.

Ademas, el pensamiento dominante de la caridad romana es fijar perpétuamente las miradas del hombre sobre los tres grandes objetos del culto católico: *todo lo que hay de más santo, de más amable y de más tierno: Jesús, María y las almas del purgatorio*, se recuerdan sin cesar al espíritu y al corazón de los fieles. De aquí viene en la piedad romana esa mezcla de fuerza, de confianza infantil y de ternura, que en ninguna otra parte he encontrado en el mismo grado; de ahí también esa fórmula en que piden limosna los pobres y que resume el espíritu del catolicismo en Roma: *Un mezzo bajocco per l'amor di Gesù sacramento, di María Santísima e delle anime del purgatorio.* «Medio bayoco por el amor de Jesús sacramentado, de María Santísima y de las almas del purgatorio.» Que la intención de la madre y señora de todas las iglesias sea levantar á su mayor poder este triple sentimiento, van á establecerlo los hechos. Desde luego está la instrucción que alimenta la fe y que ilumina la piedad, cada día de la semana, abundante y variada en todos los puntos de la Ciudad Santa. Después de las doce hay dos instrucciones sobre los deberes de la vida común, en la iglesia *della Vallicella*; por la tarde se repiten más variadas y numerosas en la misión *in Monte Citorio* y en todos los oratorios nocturnos.

Todos los días del año, en Santa María Magdalena, en el Quirinal, hay exposición y bendición del Santo Sacramento.

Todos los días del año se dice en Santa María de la Paz una misa votiva de la Santísima Trinidad, en acción de gracias por los privilegios concedidos á María por cada una de las tres augustas Personas.

Hay todos los días del año rezo público del Rosario con bendición del Santo Sacramento en Santa María de la

Minerva, en San Nicolás *dei Perfetti*, en San Ciro, en Santa María *del Pianto*, del Sufragio, de Loreto; en Santa María *dei Monti*, en *Ara-Celi*, en San Celso, en los Santos Angeles Custodios, en San Nicolás *in Carcere*, en San Bartolomé de la Isla, en la Trinidad de los Peregrinos, en la Muerte, en San Lorenzo *in Damaso*, en Santa María de las Gracias, en *Porta Angelica*, en Santa María *di Monte Sauto*, en Santa María de los Angeles, y en los Padres de la Penitencia.

Todos los dias hay en San Marcelo y Santa María *in Via*, rezo solemne de la corona de los Siete Dolores de la Santísima Virgen.

Diariamente se rezan las Letanias de la Virgen Santa y el Rosario en Santa María *in Cosmedin* y en Santa María *della Piettà* en la plaza Columna, y en San Francisco de Paula *di Monti*.

En el cementerio del Janicub, al empezar la noche, se reza la Corona de los Muertos, y en toda la ciudad el *Ave Maria* tambien de los Muertos.

Al asistir à una de aquellas piadosas reuniones, fuimos testigos en la iglesia de Santa María de las Gracias, del entierro de una jóven. Hacia veinticuatro horas que el cuerpo estaba depositado en la iglesia en un ataúd bien cerrado. Celebrábase misas en diversos altares, y las numerosas compañeras de la jóven difunta, vestidas de blanco y cubiertas con un gran velo, estaban arrodilladas con un cirio en la mano alrededor del catafalco, ó bien algunas se colocaban sucesivamente en la santa Mesa para comulgar en favor de su amiga.

Esta estaba vestida de blanco; su cabeza virginal se hallaba adornada con una corona de rosas; un velo bordado de oro cubria su noble rostro, cuya serenidad anunciaba la inocencia del alma y la tranquilidad de un dulce sueño. No léjos del

catafalco se abria la fosa fúnebre. En medio de los himnos de la esperanza, fué bajada lentamente la jóven víctima de la muerte, porque para ella la tumba es una madre, en cuyo seno recibirá una nueva vida. Entre tanto no será olvidada; una simple piedra la separará de sus amigos y de sus parientes. Nadie dejará de venir à la piadosa iglesia, sin derramar una lágrima à su memoria, sin pronunciar una oracion à sus necesidades. ¡Cuán bien traduce este tierno espectáculo el pensamiento católico! ¡Qué diferencia entre esta lentitud en la última separacion, esta publicidad de la muerte, esta sepultura en el templo, y la rapidez clandestina de nuestros entierros, unida al aislamiento impío de nuestros cementerios!

9 DE MARZO.

Santa Francisca, romana.—Oratorios nocturnos.
—El Caravita.—Escuelas de la tarde.

Desde par la mañana se dirigia el pueblo en multitud à la iglesia de *Tor dei apeccchi* en donde se celebraba con gran pompa la fiesta de Santa Francisca, romana. Yo mismo tuve la dicha de ofrecer los augustos misterios en aquellos lugares llenos de piadosos recuerdos y en medio de la comunidad, digna heredera de la Santa. Francisca se casó, siendo aún jóven, con Lorenzo Ponzani, igualmente distinguido por su nobleza, su fortuna y sus virtudes. Esta union recordó la de San Eleazar y Santa Delfina. Enviudó Francisca y resolvió consagrarse à Dios y à los pobres. En el mundo, uniendo la mortificacion à la limosna, se le habia visto hacer con los mendigos un comercio de un egoismo sublime. En cambio del buen pan que ella les daba, queria que le cediesen las duras cortezas de pan que llevaban en sus

bolsas; y mientras el pobre comia el alimento delicado de la opulencia, la noble matrona se contentaba con el grosero alimento de la miseria. Su entera abnegacion de sí misma se traducia por una palabra que queda en la comunidad, en donde conserva el mismo sentido. En todas partes, la religiosa llama *profesion* al acto solemne de su consagracion al servicio de Dios; aquí se le designa por la palabra *oblacion*. ¿No veis en esto una serie de ideas que el espíritu admira, y una exquisita delicadeza de sentimientos que penetra el corazón? La religiosa se os presenta no solo como una persona que pronuncia votos más ó ménos extensos, sino como una humilde víctima que se lleva ella misma al altar, *affero*, y que se inmola sin renumeracion.

La capilla y todas las salas del convento estaban llenas de señoras de elevada condicion, porque las oblatas de Santa Francisca se forman en general de las clases más elevadas de la sociedad. Cuando salimos de saludar al Santísimo Sacramento, continuamos nuestro estudio de la caridad romana.

Si habeis llegado á recorrer á la caída del día, los boulevards de Lóndres ó de Paris, habreis visto de trecho en trecho edificios espléndidamente iluminados y una multitud de artesanos y de obreros, de hombres, mujeres y niños, entrar confundidos en aquellos vastos edificios. Esta es la hora del teatro; el pueblo pasa allí una parte de la noche; y en cambio de su dinero, aprende á burlarse de la religion, de la virtud, de las buenas costumbres; sus pasiones se irritan, sus deseos se inflaman, su vida moral se debilita y muchas veces el deber se convierte para él en una carga pesada. En todo caso, no sale de allí, ni más probo, ni más resignado, ni más laborioso; y para eso ha gastado una parte de su salario y de la subsistencia de su fami-

lia. En Roma encontrais tambien teatros; pero las piezas son rigurosamente censuradas y ademas, al lado de aquellos lugares de diversion profana, la inteligente caridad tiene abiertos asilos en que el hombre del pueblo y hasta el ciudadano opulento pueden encontrar goces que aumenten su vida moral, reanimen su valor, consuelen sus pesares, sostengan su debilidad, sin menguar ni su fortuna, ni sus ahorros. Quiero hablar de los oratorios nocturnos;

Se da este nombre á iglesias ó capillas más ó ménos amplias que se abren todas las noches al público. Hay en ellos cánticos religiosos, música, oraciones y otros ejercicios de devocion que se suceden hasta una hora muy avanzada de la noche. Se encuentran oratorios nocturnos en todos los cuarteles de Roma y en todas partes la asistencia es numerosa. Teneis uno en Santa María *del Pianto*, cerca de la plaza *Giulia*, que está dirigido por los miembros de la archicofradía de la doctrina cristiana. El cardenal Antonelli, cuya memoria será siempre bendita entre los católicos, estableció cuatro en los cuarteles más lejanos de Roma. En 1795 se abrieron bajo la direccion de un sacerdote ilustre, D. José Marconi. El primero está en *ai Monti*, el segundo en la plaza *Barberini*, el tercero en el *Trastevere*, y el cuarto cerca de la plaza *Navona*, en la iglesia *della Pace*.

Pero la extension de la ciudad y el empuño del pueblo los hacian insuficientes. Por otra parte, toda la ciudad Leonina, así como los alrededores del Vaticano, estaban privados de esta útil institucion. El abate, conde Fiaranvanti, muerto despues siendo obispo de Rieti, llenó esta laguna. Con el modelo de los precedentes, estableció un oratorio nocturno en la iglesia de San Angel *ai Carridori*. Quedaban los cuarteles populosos del *Ponte Quattro Capì*. Gracias al celo del canónigo Carboni, cura de San Angel *in Pescheria*, fueron

muy pronto favorecidos con el mismo beneficio. Su oratorio está en Santa María *in Vincis*. Fué colocado bajo la protección de San Francisco Javier y se agregó al *Caravita*; reunió constantemente una multitud numerosa de fieles y de celosos apóstoles. Existen todavía muchos otros oratorios nocturnos, de que no hablo para no ser demasiado largo. Me contento con dar á conocer el de *Caravita*, el más antiguo y célebre de todos. Su historia, por otra parte, es la historia de todos los demás; en todas partes uno mismo es el objeto, el orden y los medios.

En 1606, vivía en Roma un joven novicio de la Compañía de Jesús, llamado Nicolás Promontorio. Según costumbre, iba todos los domingos, de acuerdo con todos sus colegas, á predicar en las plazas públicas. Su elocuencia y su piedad atraían alrededor de su *pulcro* un gran número de oyentes á quienes llevaba en seguida al tribunal de la reconciliación. El último domingo del mes se les veía á todos juntos acercarse á la santa Mesa en la iglesia más inmediata á la plaza en donde se daba la instrucción. Bien pronto se les reunió los días de fiesta en una capilla del Colegio Romano. De allí salían los más fervientes para hacer la misión urbana, llevando á su cabeza al piadoso novicio fundador de aquella buena obra.

El padre Caravita sucedió al padre Promontorio en el doble empleo de director de la misión y de presidente del oratorio. Enteramente entregado al buen resultado de aquellas instituciones nacientes, consiguió limosnas muy considerables para mandar edificar la soberbia capilla que lleva todavía su nombre. Está situada en el centro de Roma, no lejos de la iglesia de San Ignacio. Tres patronos tiene que son: la Santísima Trinidad, Santa María *della Pietá* y el gran apóstol de los tiempos modernos, San Francis-

co Javier; nunca un vocablo mejor expresó el objeto y los medios de una obra de este género.

El oratorio se abre todos los días á las veinticuatro horas de Italia, es decir, al caer la noche. Hé aquí los ejercicios que tienen lugar para hombres solamente. Se comienza por algunas oraciones seguidas de una instrucción pronunciada por el director; viene después el canto sublime de la *Salve Regina*. Apenas ha acabado, cuando se expone el Santo Sacramento, y en presencia de toda la multitud prostrada, se hace el *fervorino*. Sobre todos los asistentes preparados de este modo, cae la bendición de Aquel que mira con amor los corazones contritos y humillados. Los martes, juéves y sábados, los ejercicios de penitencia corporal reemplazan al sermón. Durante toda la asistencia, seis numerosos confesores sentados en los confesonarios y cuyo útil ministerio se prolonga algunas veces hasta muy avanzada la noche. Al fin de los ejercicios, algunos miembros del oratorio comienzan el rezo del Rosario. Lo siguen en coro por muchas calles, la multitud mezcla su voz á sus voces, y los piadosos cortejos van á acabar las alabanzas de la Madre de la misericordia y de las gracias á los pies de la Madama del *Archetto* ó de la plaza *Madame*.

El Caravita no solo se abre en la noche de cada día. En las mañanas de todas las fiestas de precepto, recibe á los hombres que van á confesarse. Se hace en alta voz la meditación durante media hora; se canta el Oficio de la Santa Virgen y se oye una instrucción seguida del Santo Sacrificio de la misa. El primer domingo de cada mes tiene lugar la preparación á la muerte, el rezo del Oficio de Difuntos y la comunión general.

Desde la noche de Navidad hasta el 1.º de Enero, van los hombres allí, á hacer un retiro. En ciertas épocas,] la [en

trada al Caravita está exclusivamente reservada á dos extensas asociaciones de mujeres. La primera, fundada en 1707, aprobada y enriquecida con indulgencias por el papa Clemente XI, se compone de lo selecto de la sociedad romana y se llama la congregacion de las *Damas*. Las socias de esta noble asamblea vienen al oratorio una vez al mez para el retiro de la Buena Muerte; allí hacen durante la semana de la Pasion, los ejercicios espirituales de ocho dias y un triduo como preparacion á la fiesta de la Asuncion.

Van tambien allí para asistir al servicio solemne que se celebra en aquel lugar á la muerte de alguna de las asociadas; envían á la priora la ofrenda destinada á la celebracion de las misas en favor de la difunta y van sucesivamente á llevar limosnas al hospital de la Consolacion, ó á consolar é instruir á las mujeres condenadas. Aunque en dias diferentes, la segunda congregacion, llamada de las *Semi-Damas*, goza de las mismas gracias y de los mismos ejercicios que la primera. Los socios de esta asociacion reservan sus caritativos cuidados para el hospicio de *Santiago de las Incurables*.

Se ve que las reuniones de Caravita y en general de todos los oratorios nocturnos, no tienen solamente por objeto la perfeccion de los que los frecuentan, sino que tienden á mantener y á llevar á la vida moral á los que están léjos de ella. Asi, las cuatro congregaciones de hombres, de los cuales, la ilustre capilla es, por decirlo así, el centro, se ocupan con un ardor maravilloso en el bien de las clases laboriosas comunmente tan despreciadas en las grandes ciudades. Se componen de sacerdotes y de legos, y van á dar en todos los cuarteles de Roma y aun al campo, instrucciones populares é los labradores, á los ocheros, penetrando para esto en las en-

crucijadas, en los portales, en las estaciones, en todas las partes, en fin, donde se encuentran reunidos los oyentes. Les convidan á ir al Caravita, en donde los confesores caritativos les aguardan; y Dios solo conoce los misterios de rehabilitacion que se operan en aquellas almas frecuente y largamente despreciadas. Testigos nosotros muchas veces de este espectáculo, tan interesante en otro sentido como la vista del Coliseo ó del arco de Jano, no sabemos qué bendecir y admirar. Roma, abnegacion en el celo, potencia de la fé, mostrándose así en sus pormenores como en el conjunto de sus obras la madre de sus hijos y el modelo de todas las iglesias; hé ahí lo que resalta en luminosos rasgos de esas instituciones, casi ignoradas de la Europa é invisibles al viajero mundano. No es esto todo; el deseo de instruccion que atormenta á nuestro siglo, se deja sentir en Italia como en Francia. Con esa inteligencia superior que no le ha faltado nunca, Roma la secunda y la hace servir al progreso moral de sus habitantes. Sabemos ya lo que hace para instruccion de la infancia; la edad madura es tambien objeto de su solicitud. A principios de 1842, Roma contaba ya ocho escuelas por las tardes, frecuentadas por un millar de adultos. Una escuela cuesta 160 escudos por año. Se ve en esto la economia tan apreciada en nuestros dias de la institucion romana. Es debida á la caridad de los excelentes maestros, que sin otra recompensa que el mérito adquirido ante Dios, prestan gratuitamente su servicio á la educacion del pobre, sacrificando á esta necesidad religiosa las horas más hermosas de la tarde, con un celo igual al de nuestros buenos hermanos de la Doctrina cristiana. Un gran número de eclesiásticos y de legos se entregan á esta limosna intelectual, cuyo principal objeto no es tanto el de criar sa-

bios, sino el de formar cristianos fieles, ciudadanos probos, laboriosos y morales. Los curas de la ciudad dedican el mayor celo á estas instituciones. Cien personas y el presidente de los subsidios suministran los fondos necesarios para el arrendamiento de edificios, compras de plumas, papel, etc., y para los gastos de la reunion del domingo. Entre los principales donantes se nos citaba al cardenal Patrizi, vicario de Su Santidad, al duque Sforza Cesarini y sobre todo á las nobles familias Buoncompagni y Borghese, que debe uno estar cierto de encontrar tratándose de buenas obras.

Roma, esencialmente cristiana, imprime su sello á esas escuelas de adultos, como á todo lo que toca. Así, las confesiones reemplazan, durante la tarde del sábado, las lecciones y los estudios. La mañana del domingo se emplea en ejercicios de piedad, en comun; despues del almuerzo se van los jóvenes á hermosos jardines y en ellos se entregan á la recreacion. De esta manera, las escuelas de por la tarde reúnen todas las condiciones para formar el corazon en la virtud, que es el primer objeto de la institucion romana.

10 DE MARZO.

Exposicion y adoración perpétua del Santo Sacramento.—Culto perpétuo de María.

Miéntas los pueblos de la Europa actual, llevados por el torbellino de los negocios y de los placeres, se agitan y se corrompen, comunicándose en vez de la vida moral, la fiebre ardiente de las preocupaciones materiales, Roma presenta á los ojos del observador un espectáculo bien diferente. En medio del silencio de su soledad, se mantiene dia y noche prosternada delante de Aquel que da á las naciones la

vida sobrenatural de la cual es fuente. Como Esposa y Madre, no cesa de ofrecer á Dios oraciones y lágrimas, á fin de que le plazca difundir sus luces sobre los ciegos, sus misericordias sobre los culpables, sus bendiciones sobre todos los hombres, hijos de su comun ternura. Ya es Mónica en Milan, ya Antonio en el desierto, ya Moisés en la montaña solicitando conversiones y victorias, y obteniéndolas; ó para mejor decir, el cristianismo con su dogma á la vez tan luminoso y tan consolador por la reversibilidad de sus méritos; y á Roma, en fin, revestida del apostolado de la verdad y honrada con el sacerdocio de la expiacion.

En esta nueva mision, demasiado poco conocida de las naciones, es siempre constante la madre de las iglesias. Desde el primer dia del año, hasta el último, permanece el Santo Sacramento expuesto dia y noche en los altares, y rodeado noche y dia de adoradores. Esta devocion se remonta á la época precisa en que el protestantismo triunfante, insultaba en la Europa entera al Santo de los Santos, negaba su presencia en los tabernáculos de la tierra y entregaba sus templos á las llamas, sus mártires á los vientos y sus sacerdotes á la muerte. Fué establecida por la primera vez en 1560, por la archicofradía de la Muerte, en la iglesia de San Lorenzo *in Damaso*. Desde aquel momento ha llegado á ser general, y nunca ha cesado. El primer dia del año eclesiástico, es decir, el primer domingo de Adviento, despues de la misa pontifical, celebrada en la capilla Sixtina, expone el Santo Padre al Santísimo Sacramento en la capilla Paulina; allí permanece hasta el martes por la mañana, rodeado de oradores. De allí pasa á la basílica de San Juan de Letran, luego á las otras iglesias patriarcales, y por fin, á todas las que designa para este honor el cardenal vicario.

Después de haber recorrido toda la extensión de la ciudad y haberse agotado el círculo del año, vuelve la gran Víctima de propiciación á su punto de partida, desde donde vuelve á empezar su misericordiosa peregrinación. El Santo Sacramento permanece expuesto en cada iglesia cuarenta horas. Por la mañana se celebra una misa solemne, seguida de un gran número de otras rezadas; á las doce se hace una procesion interior, cantando las letanías de los Santos, como para conjurar á todos los habitantes del cielo á que vengan á completar con sus adoraciones las súplicas de la tierra. El tercer día se renuevan las mismas oraciones y los mismos homenajes y se da la bendición; y en el momento preciso en que el Salvador entra al tabernáculo, las campanas anuncian á lo léjos, que reaparece en los altares de otra iglesia.

No faltan jamas adoradores al Dios que viene á recoger de este modo los votos y los homenajes de sus hijos. Gracias al *Diario Romano*, todo el mundo conoce de antemano la iglesia que tiene las Cuarenta horas. A falta de esta indicacion, la memoria de los fieles, el sonido de las campanas, las ricas colgaduras que adornan el pórtico del templo, advierten á la multitud y la atraen al pié de los altares. Durante todo el dia, un pueblo más ó ménos numeroso hace compañía al divino Mediador. ¡Gracias, Dios mio! por habernos hecho ser festivos tantas veces de este edificante espectáculo.

Pero al llegar la noche, la necesidad de un descanso necesario ¿no dejará desierta la iglesia? Tranquilizáos; la gran asociacion del Santo Sacramento sabrá velar en nombre de la ciudad entera. Ella se compone de todo lo que hay de más eminente en punto á piedad, en el clero, en la prelatura, en el sacro colegio, en la nobleza y en el pueblo, y cuenta miembros en todos

los cuarteles. Se designa á una parte de los socios para que vaya á su vez á pasar una parte de la noche delante del Santo Sacramento. Como á las nueve de la noche, una carroza destinada á este objeto va á buscar á sus casas á los adoradores nocturnos. Son por lo ménos cuatro, sin contar un sacerdote y un clérigo. Su adoracion dura cuatro horas, después de las cuales son renovados por nuevos cofrades.

Un pequeño libro contiene las meditaciones, las oraciones y los himnos que deben ocuparlos.

Mientras el sacerdote vela por que todo se haga segun las reglas prescritas por las constituciones apostólicas, el clérigo suena cada hora la campana de la iglesia para advertir á los fieles, en cualquier lugar en que se encuentren, que ofrezcan sus adoraciones á la augusta Víctima. Este sonido de la campana á todas horas del dia y de toda la noche, produce en el alma religiosa una impresion, cuyo poder no podria explicar. El corazon más disipado no consigue casi nunca sustraerse á él; una multitud de confidencias íntimas no dejan ninguna duda en este punto. Añadiré que los adoradores tienen costumbre de hacer entre sí un cambio de oraciones en favor de las almas por las cuales se interesan. Podria citar uno de ellos que ha *monopolizado* las adoraciones y las comuniones de sus cofrades, para conseguir la conversion de un ilustre culpable. El buen éxito excedió á sus esperanzas.

La exposicion perpétua del Santo Sacramento es una de las glorias exclusivas de Roma, pero no es la única; en la Metrópoli de la fe existen otras obras no ménos propias para mantener la vida moral en el seno de las naciones, para hacer correr en el mundo un rio de gracias y desarmar la justicia de Dios irritada por los crímenes de la tierra. De este número son las grandes asociaciones destinadas á honrar

la Santísima Trinidad, el Verbo hecho carne, la preciosa Sangre, la Reina de la Misericordia, etc. Oraciones continuas, limosnas abundantes, mortificaciones variadas; tales son los medios con los cuales los piadosos cofrades llenan su útil misión. Entre estas diferentes instituciones, hay una que me gusta mencionar. En Francia tenemos sociedades de seguridades contra incendios, contra el granizo, contra las inundaciones, contra los naufragios, ¿qué sé yó? Todo esto puede ser ventajoso, pero una sociedad que tiende á cerrar la fuente de azotes, cambiando la justicia de Dios en clemencia, y su cólera en misericordia, ¿no es más útil y más segura? Pues bien; existe en Roma una asociación que está perpétuamente en oración para conjurar los castigos de Dios. Faltan datos para apreciar matemáticamente todos sus resultados materiales; pero á ménos que se esté poseído de locura, nadie puede negar ni la realidad, ni la extensión de ellos.

A estos grandes medios que Roma emplea todos los días, para conservar la vida moral en el corazón de sus hijos, es necesario añadir otro no ménos poderoso y también continuo; quiero hablar del culto de María.

La devoción á la augusta Virgen, hija, madre, esposa de Dios y hermana del género humano, es la gran devoción del mundo católico. Roma, modelo del universo, se distingue aquí entre todas las ciudades, todas las tribus y todas las naciones. No bastarían volúmenes enteros para repetir las manifestaciones variadas de su amor y de su tierna confianza en María. Es bastante saber que no hay una encrucijada, una calle, una plaza, y yo diría, casi una sola casa de la Ciudad eterna, en donde los ojos del peregrino no encuentren una imágen de la Virgen bendita, mientras por otra parte las esculturas, los bajos relieves, los dorados, las elegantes

antorchas, las inscripciones graciosas é triunfales que la acompañan, y las señales de respeto que manifiesta la multitud que pasa, atestiguan altamente la piedad romana.

Agregad que hay en los extremos de las calles, numerosas capillas dedicadas á María, en donde los habitantes de ellas hacen arder á sus expensas y constantemente cirios y lámparas, y delante de las cuales es raro no encontrar á toda hora del día y de la noche algunas personas en oración. Agregad, en fin, que Roma no cuenta ménos de sesenta iglesias consagradas á María bajo los diversos títulos con que el mundo católico honra á la graciosa soberana de los ángeles y de los hombres.

Todos los días, en un gran número de ellas, y semanas y meses en otras, tienen lugar no sé cuántos ejercicios de piedad en su honor; letanías solemnes, novenas trídúos, oficios magníficos, etc., etc. Todas estas fiestas, objeto de pública alegría, son celebrados con entusiasmo. No hay una á la cual no se preparen millares de personas de todos rangos, sexos y estados, unas con novenas, otras con retiros, con trídúos y con ayunos. ¿Debe uno admirarse de que numerosas gracias sean fruto de aquella piedad filial?

Pero también Roma se muestra hácia María con un reconocimiento que el tiempo no puede debilitar. Viena, sitiada por los Turcos, es libertada por Sobieski. El mundo católico con voz unánime, proclama con el guerrero polaco, que el honor de la milagrosa victoria se debe á María. Para darle gracias por este beneficio, el Papa Inocencio XI erigió una cofradía en 1684. Desde esa época, la piadosa asociación no ha cesado de pagar en nombre de la Europa entera la deuda del reconocimiento. Cada año, el día del aniversario de la fundación, veis á la numerosa asamblea salir de la iglesia del *Santo Nombre de María*

al Forum de Trajano y dirigirse en procesion hasta Santa María de la Victoria para cantar allí el himno católico del triunfo y la accion de gracias. El Santo Padre no deja nunca de asociarse á aquella noble Jornada, testimonio de un sentimiento más noble todavía; en los momentos en que la archicofradía pasa al Quirinal, las bendice solemnemente.

Si el reconocimiento es un título á nuevos beneficios, me parece que no debe causar demasiada admiracion las numerosas gracias ni los milagros brillantes con que María favorece su ciudad muy amada. En 1842, un pobre mendigo tullido de las dos piernas y como el Eneas de Jerusalem, conocido por la ciudad entera, se dirigia regularmente á pedir su curacion ante la madona del palacio *Cenci*. Cansado de no conseguir nada, dijo un día á su divina Madre en un lenguaje que es familiar á la piedad italiana: "Mira que hace largo tiempo que vengo y no estoy curado, ¡bien! hoy es la última vez; toma mis muletas; no quiero servirme de ellas y de aquí no me muevo á menos que me devuelvas mis piernas." La oracion de la fe penetró al cielo. El enfermo queda curado, salta y no puede contener su alegría. La multitud le rodea; se grita, se llora, se canta; hay un entusiasmo general. La Madona es iluminada magníficamente, y durante tres dias y tres noches, se suceden las orquestas para celebrar las alabanzas de aquella á quien nunca se invocó envano. Y yo me decia: Si esto pasara en Francia, nadie pondria atencion; me engaño, una duda helada saldría de casi todas las bocas; habria en la mayor parte de los espíritus un resabio de duda; los periódicos verterian en olas las blasfemias, la irritacion y la incredulidad; ¡y se querria que semejante nacion obtuviese milagros!

11 DE MARZO.

Novena á San José.—Preparacion á las fiestas —Lo que Roma hace todos los dias de la semana para mantener la vida moral.—Predicacion á los judíos.

Ayer, á la caida del dia, cuando volviamos á entrar á la ciudad, despues de haber visitado á San Pablo *extra-muros*, en donde estaba la estacion, oimos el sonido de numerosas campanas que llamaban á los fieles á las iglesias. "Ecco la Novena de S. Giuseppe," hé aquí la novena de San José, exclamó el guía con transporte. Lo avanzado de la hora no nos permitió estudiar al punto aquella nueva manifestacion de la piedad romana; lo dejamos para el dia siguiente y ese dia es hoy.

Cada dia de la semana tiene Roma algun nuevo medio de despertar la piedad. Aquí es el lugar de exponer ese maravilloso sistema cuyo resultado es remover sucesivamente todas las fibras del corazon, prevenir la monotonía y presentar un alimento conveniente á los gustos más variados y más difíciles. Pero puesto que se presenta la ocasion, voy á comenzar por decir una palabra de la novena de San José. A buena hora estábamos al pié del Capitolio. Subiendo por el antiguo sitio de las Germanias el flanco difícil de la temible colina, llegamos á la capilla de San José *de' Falegnami*. Este santuario, que pertenece á la cofradía de los Carpinteros, está edificado sobre la prision Mamertina. Me fué dado hacer bajar la augusta Víctima en aquel lugar en donde San Pedro y San Pablo, prisioneros de Neron, confesaron tan gloriosamente á su divino Maestro. La concurrencia, compuesta en gran parte de artesanos, era numerosa y escogida; ¡cuán bello era oír á todos aquellos hombres del pueblo proclamar, can-

tando las letanías, la gloria y la bondad del glorioso patriarca!

San José es la rehabilitación del pobre y del trabajador. Es también el patrono de la buena muerte, que todos desean, pero particularmente aquellos que llevan durante la vida el peso que les agobia del calor y del día. Con este doble título ha adquirido la devoción popular. Y hé ahí que el espectáculo de que acabábamos de gozar, se reproducía, al mismo tiempo, en los diferentes puntos de la ciudad eterna. Le encontramos en los Huérfanos, en *Ara-Cœli*, en los Agonizantes, en la Muerte, en San Nicolás *in Arcione*, en la Rotonda, en la Lungara, más allá del Tíber, en el Nombre de María, en Santa María *in Monticelli*, en San Estéban *del Caco*, en San Francisco de Paula *dai Monti*, en los Angeles Custodios y en Santa María *del Pascolo*. En todas partes oraciones, confesiones y comuniones numerosas.

Aquellas novenas, aquellos tríduos, aquellos retiros, todas aquellas maternales industrias tan poderosas para vigorizar las almas, las emplea Roma, sobre todo, al acercarse las fiestas de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los Santos. En el curso del año se cuentan, además de los ejercicios de piedad, ochenta y cinco novenas públicas y setenta y cinco tríduos solemnes. "La fe de las naciones, se me decía á propósito, encuentra su vida en los actos interiores, tales como las peregrinaciones, las fiestas, las cofradías, las prácticas populares; ¿qué ha llegado á ser la religión en Francia desde que vosotros habeis suprimido todas estas cosas? Ha perecido hasta el culto interino." Roma parece excederse durante la octava de los Muertos. Lágrimas de ternura y de reconocimiento empapan el papel en el cual se trata de contar lo que ella hace en favor de sus hijos difuntos. Sea bastante agregar á lo que en otra parte he dicho, que

las innumerables asociaciones de buenas obras y de oraciones, se ocupan únicamente, durante los ocho días de la octava, de las almas del Purgatorio. Se recogen limosnas abundantes para mandar ofrecer el sauto sacrificio en favor de ellas; la oración, el Oficio de los muertos, la participación en los sacramentos, todo se pone en obra por los fieles para consolarlas. Roma, que estimula y anima la piedad particular, da el ejemplo público de la suya. Se hacen octavas de misas, oraciones é instrucciones en las iglesias de San Gregorio sobre el Célio, de la Muerte, del Sufragio en la *via Giulia*, de la Rotonda, de San Nicolás *in Arcione*, del Santo nombre de María, de Jesus y María en el *Corso*, de los Santos Angeles Custodios, de Santa María *soprá Minerva*, de San Lorenzo *extra-muros*, de San Andrés *delle Fratte*, de Santa María de los milagros, de San Lorenzo *in Damaso*, de *Ara-Cœli*, de Santa Agueda *in Trastevere*; en muchas otras iglesias, en un gran número de cementerios y en el Coliseo, en donde se practican todos los días los tiernos ejercicios del Camino de la Cruz.

Gracias á la inteligente y activa solicitud de su madre, el fiel de Roma está siempre con deseos, y sus años corren en medio de una variedad sin cesar renaciente de emociones piadosas y de medios santificantes. Cada día de la semana le lleva su tributo particular.

Llega el domingo cargado de riquezas. El desterrado, el viajero, el soldado, el hombre, ¿quiere obtener consuelos, luces, valor, caridad para la semana que comienza, ó la gracia de terminar con un fin precioso esta otra semana que se llama vida? Hé aquí al Dios de las virtudes que se presenta á él solemnemente expuesto en los altares de veinte iglesias diferentes. En los Santos Angeles Custodios y en Santa María del Sufragio, lo está para la

buena muerte; en otros quince santuarios para concederle la fe, la sumision, favores espirituales y temporales, pero sobre todo, la gran virtud en el sér que sufre, la paciencia; y puede conseguirla recorriendo con sus hermanos la vía dolorosa del Calvario, principalmente en el Coliseo y en el cementerio del Janículo.

El lunes, solicita su piedad con los muertos; y hé aquí para secundarla, al Santo Sacramento expuesto en los Santos Apóstoles, en *Ara-Celi*, en San Antonio de los Portugueses, en San Andrés *della Valle*, en el *Divino amore*, cerca de la plaza Borghese, en San Miguel *in Borgo*, en Santa María *in Publicolis*. Que vaya á adorarle, y una indulgencia plenaria, aplicable á las almas del purgatorio, será la recompensa de su fervor.

El martes anima su debilidad y le recuerda que tiene en el cielo amigos poderosos dispuestos á socorrerle. Santa Ana, la madre todopoderosa de la todopoderosa María; San Antonio de Padua, el guardian de sus intereses temporales, le ofrecen sus servicios y su apoyo. En Santa Ana *en el Borgo*, en San Antonio de Padua, en San Andrés *delle Fratte*, y en otras siete iglesias encontrará expuesto el Santísimo Sacramento.

El miércoles convoca á los padres de familia á los piés de San José, su admirable modelo. Para atraer la multitud hácia el glorioso patriarca, se expone el Santo Sacramento en nueve iglesias, principalmente en San José *della Lungara* y en la capilla de la *Rotonda*, dedicada al padre que alimentó al Hijo de Dios. El jueves es el mismo Salvador el que llama á sí á todo aquel que sufre, á todo aquel que llora, es decir, á todos los hijos de Adán. Las iglesias de San Nicolás *in Carcere*, la de los Huérfanos, de Santa Agueda *in Suburra*, de San Lorenzo, le presentan al amor de sus hijos, y Santa María *in Cam-*

po Carleo anima su confianza, repitiendo la historia de la última cena.

El viérnes, día de dolor y de arrepentimiento, aparece el Crucificado en un gran número de altares. María, compañera de sus sufrimientos, no se olvida; y mientras el fiel adora á su Dios moribundo, oye cerca de sí voces conmovidas que repiten tristemente á su Madre las angustias del Calvario y solicitan el perdón de los culpables. El rezo de la corona de los siete Dolores se hace solemnemente en Santa María *in Via*, en San Francisco de Paula, en San Agustín, en Santo Tomás *in Parione*. En San Andrés *delle Fratte*, en San Carlos *de' Catimari* se adora el sagrado Corazón del Hombre Dios; en el Jesús se hace el ejercicio de la buena Muerte. La piadosa cofradía *del Gonfalone* pide á Jesucristo, expuesto en el oratorio de San Pedro y San Pablo, uno de los más magníficos de Roma, el consuelo y libertad de los esclavos. En Santa María *in Monticelli* se reza por los agonizantes; en el oratorio del Crucificado, *Via di San Isidoro*, se solicita la conversión de los pecadores, particularmente de los que están en agonía; al mismo tiempo el Coliseo, Santa Praxedis, San Salvador, cerca de San Luis de los Franceses, Santa Elena *de' Cesarini*, se llenan de fieles que hacen el Camino de la Cruz; y el Vaticano resuena con el *Vexilla Regis*, magníficamente cantado, delante de la obra maestra de Miguel Angel, la Madona *della Piettà*.

El sábado, todas las frentes romanas se abren á la alegría. Es el día de María; y todas las Madonas se iluminan, y oraciones más numerosas, más fervientes, se levantan de todos los puntos de la ciudad hácia la Virgen llena de gracia. En la mañana se celebra una misa solemne en San Juan de los Florentinos, en honor de María, para librarse de los azotes del cielo, es decir, para desarmar al Señor del rayo,

invocando á aquella que tiene el derecho de decirle: "¡Hijo mio!" ¿No es esta una encantadora industria de la fe católica? En la tarde, las soberbias iglesias de Santa María del Pianto, de Santa María del Pueblo, de Santa María *in Cosmedin*, de Santa María *alle Cupell*, de Santa María *in Trastevere*, del Santo Nombre de María, de Santa María *in Via Lata*, y muchas otras aún, resuenan con las alabanzas de la augusta Virgen. Pero la multitud está por la más bella, la más graciosa de las iglesias de Nuestra Señora, por Santa María la Mayor. Bajo las bóvedas de la inmortal Basílica, un pueblo innumerable canta en coro esas letanías lauretanas, tan sublimes y tan sencillas que parecen haber sido tomadas del repertorio de los ángeles.

Mientras Roma glorifica de esta suerte á la augusta hija de Judá, no quiere que los tristes hijos de Abraham sean privados de su parte de alegría. Les convida á participar de ella, procurándoles el medio de reconocer en María á su más ilustre hermana y Madre de su Dios. Todos los sábados se da en la iglesia de San Angel *in Pescheria* una instruccion para los Judíos; está obligada á asistir, por lo ménos, una tercera parte de los que tienen más de doce años. El púlpito se ocupa por un dominico, doctor en teología y muy versado en el conocimiento del hebreo. Explica el Antiguo Testamento, y sobre todo, las Profecías, cuyo cumplimiento literal demuestra en Nuestro Señor Jesucristo. Conversiones muy numerosas en estos últimos años, son el fruto de aquella caritativa institucion, debida al Papa Gregorio XIII. Hay para los judíos otra predicacion no ménos elocuente, y esta pueden oirla todos los dias. En el pórtico de la iglesia que ve á la gran Puerta del Ghetto hay un inmenso crucifijo; en cada lado de la cruz están grabadas en grandes

caractéres latinos y hebreos, estas palabras del Salvador pronunciadas por Isaías: *Expandi manus meas tota die ad populum incredulum*. "Extendí mis manos todo el dia hácia un pueblo incrédulo." 1 El judío de Roma no puede salir de su suartel, sin tener delante de sus ojos esa gran figura, sin leer esas tiernas palabras, cuyo recuerdo saludable, á pesar suyo, debe importarle más de una vez en medio de sus preocupaciones mercantiles.

12 DE MARZO.

Misa de San Nicolás *in carcere*.—Asociacion de San Luis Gonzaga.—Obra *delle Pericolanti*.—Reflexiones.—Estadística moral.

Antes de las ocho estábamos, como la víspera, al pié del Capitolio. Yo no sé qué encanto secreto atrae á aquellos lugares al viajero cristiano. Se tiene gusto en orar allí donde pasaron todos los dias, durante tantos siglos, las pompas impuras del paganismo; el corazon encuentra una viva satisfaccion en honrar al verdadero Dios sobre las ruinas de los ídolos, y en glorificar, en las antiguas prisiones Romanas, á los gloriosos libertadores que rompieron las cadenas del género humano. Siguiendo á una muchedumbre numerosa llegamos á San Nicolás *in Carcere*; era dia de estacion. Como su nombre lo indica, este santuario reemplaza un calabozo que se cree haber sido el de los presos por deudas. Así, en el lugar mismo en que la impía dureza de los usureros atormentaba al pobre insolvente, el cristianismo honra á un santo que fué el padre de los huérfanos y de los desgraciados.

Además, como si la Providencia hubiese querido recompensar sensiblemente la caridad del gran obispo de Myra, su cuerpo milagrosamente conservado en Bari, en el

1 Isaías, c. LXV, 2.

reino de Nápoles, destila todavía un aceite que cura las enfermedades. Es sabida la devoción que la Europa entera profesa á San Vicente de Paul del Oriente; pero se ignora tal vez que en Occidente, Roma ha sido la primera en dedicar una iglesia en su honor. Bajo el altar mayor descansan, en parte, los cuerpos de los ilustres mártires, Mártiros, Marcelino, Faustino y Beatriz. El Santo Sacramento expuesto, la presencia de los mártires, el recuerdo del grande obispo, el nombre mitad pagano del santuario, no era necesario tanto para encadenar todas las potencias del alma al pié de la antigua confesion. Dejamos allí en oracion á una multitud de hombres y de mujeres del pueblo; un instinto misterioso parecia decirles que allí encontrarían un corazon sensible á sus necesidades. De San Nicolás nos dirigimos al Colegio Romano con intencion de reunir algunas noticias sobre la asociacion de San Luis Gonzaga.

Hay en la vida una edad crítica, edad de locuras peligrosas y muy frecuentemente culpables, de las cuales decia el Tasso:

Nella florida età quando piú l'uom vaneggia

«En la edad florida, cuando más delira el hombre.»

Esta edad es decisiva para el bien como para el mal; porque está escrito no solo en el libro de los Proverbios, sino en el de la experiencia. El adolescente seguirá hasta la tumba la vía en que dejó impresos sus primeros pasos. La caridad romana le ha tomado bajo su tierna piedad. Entre los medios destinados para todas las edades, crea para la adolescencia recursos particulares y de una eficacia maravillosa. Yo no diré ni los cuidados maternales con que la rodea en los colegios ó en los conservatorios, ni la solicitud incansante con que la acompaña dia y noche; no debo hablar en este momento más que

de la asociacion de San Luis Gonzaga para los jóvenes y de la obra *delle Pericolanti* para las doncellas. Bajo el Patrocinio de un joven santo, de costumbres angélicas, orgullo y delicia de los Romanos, se levanta una asociacion numerosa de jóvenes. Las luchas victoriosas de la virtud contra la pereza, la indolencia, el orgullo, el afecto á los placeres, abren su entrada. Todos los domingos se reúne la joven y jocosa falange, para orar, instruirse y jugar en comun. Los jefes del pequeño ejército la conducen al jardin tan conocido *de' Cervichi*; y allí vereis á toda aquella dichosa juventud, con el abandono natural de los quince años, entregarse á los juegos más activos y variados; la oracion termina las diversiones que ella habia comenzado. La vuelta á la ciudad es grave y se llena con conversaciones serias y con la historia de algunos hechos destinados á despertar el recuerdo y el amor de la poderosa reina de las Vírgenes. El celo por hacer el bien y el ardor al trabajo, se redoblan al acercarse la fiesta de San Luis Gonzaga. Durante los seis domingos que preceden á la solemnidad, objetos de todos sus votos, cada cual se empeña en hacerse el más digno de celebrarla; reuniones piadosas, vigilancia sobre sí mismo, frecuencia de sacramentos, nada se desprecia.

Por fin aparece el gran dia y hay que trasladarse al hermoso jardin. En el centro se levanta un magnífico altar, sobre el cual está una estufa ardiente. La asamblea forma un círculo inmenso á cuyo alrededor hay dispuestas, en intervalos, orquestas que hacen resonar alegres sonatas. A las sinfonías siguen los cantos y los himnos compuestos en honor del celeste amigo. Sus virtudes, su bondad, sus milagros se ven trazados por voces elocuentes; y muy prorto la joven asamblea manifiesta su confianza y su amor por una ceremonia cuya solemne gravedad iguala á su encan-

tadora sencillez. Todos los miembros que la componen tienen en la mano una gran carta colocada bajo una cubierta enriquecida con dibujos y rodeada de cintas y de hilos de oro; esta carta es un mensaje de la tierra al cielo. En el interior están escritos los deseos de largo tiempo estudiados del joven que la dirige; en el exterior se lee la sencilla y sublime dedicatoria: *Al Santo Giovane Luigi Gonzaga in Paradiso*. "Al Santo joven, Luis Gonzaga en el Paraíso." Se da por la misión la señal y todas las cartas se llevan al altar. En medio de un silencio general, son arrojadas todas al mismo tiempo á la estufa y muy pronto se las ve impulsadas por las llamas elevarse hasta el cielo en nubes de incienso y de perfumes, con los aplausos de la jocosa asamblea y al ruido armonioso de todas las orquestas.

Aquellos votos, inspirados por una piedad ferviente, ó sugeridos por un hábil director, se recuerdan frecuentemente durante el curso del año; con ellos se renuevan las generosas revoluciones, se alcanzan nobles victorias sobre las pasiones nacientes y oraciones poderosas van á apoyar ante el trono de Dios las peticiones presentadas por el protector nato de la juventud. Tales son, con muchos otros, los resultados morales de aquella fiesta. Pero aun cuando no tuviera, así como la asociación misma, otra ventaja que la de adormecer las imaginaciones de quince años y hacer que encuentren en inocentes placeres la felicidad que tantos otros van á buscar en diversiones peligrosas y demasiado frecuentemente criminales, ¿no sería digna de todo elogio? El hombre, el niño sobre todo, necesita fiestas. Desde que nosotros hemos suprimido entre nuestra juventud pensadora las asociaciones piadosas y desde que hemos descolorido para ella las fiestas cristianas ¿cuáles son, de-

cidme, sus diversiones, sus hábitos, sus creencias y sus costumbres?

Del Colegio Romano nos dirigimos al Janículo para visitar el conservatorio *delle Pericolanti*.

Este establecimiento, análogo á la asociación de San Luis Gonzaga, destinado á las jóvenes, completa los medios especiales que Roma emplea para salvar la adolescencia. Cuando descubre á una doncella ó á una joven viuda que no puede sin peligro para su virtud, permanecer en el mundo, el cura de la parroquia está obligado á dar aviso á los superiores. Aislados siempre abiertos reciben á la *Pericolanti* por un tiempo más ó ménos largo, segun lo exigen las circunstancias. El Conservatorio del Janículo, fundado á fines del siglo último por el celoso Francisco Cervetti, compañero de caridad del ilustre albañil conocido bajo el nombre de *Tata Giovani*, fué objeto de la paternal solicitud de Pio VI. Monseñor Ruffo, tesorero general, estableció en él talleres de sedería; los comerciantes hacen allí sus pedidos. ¡La quinta parte de la ganancia se concede á las jóvenes obreras, y el resto se queda para sostén y provecho del establecimiento, en el cual encontramos cincuenta pensionistas. Hay extendidas en diferentes parroquias otras casas semejantes, aunque de menor importancia. Cuando el peligro ha cesado, vuelven las *Pericolanti* con sus familias; y gracias á la previsora solicitud de que fueron objeto, la mayor parte de ellas forman el consuelo de la iglesia y el ornamento de la sociedad, de la cual amenazaban ser el dolor y la vergüenza.

Tales son muy en compendio los medios generales y particulares que Roma emplea para conservar, mantener y aumentar la vida moral entre sus hijos. ¿Cuáles son los resultados de esta inteligente caridad? Si fuese necesario creer las relaciones de ciertos hombres, las costumbres romanas

no serian mejores que las de los pueblos en los cuales ha perdido la religion la mayor parte de su imperio. De ahí se quiere deducir: primero, que los romenos son un pueblo de viles hipócritas, atendiendo á que, á pesar de tantos medios de moralizacion valen tanto como las naciones privadas de esos poderosos recursos; segundo, que el cristianismo ha muerto ó casi ha muerto, atendida la impotencia de sus instituciones y de sus prácticas para la perfeccion moral de los pueblos civilizados. El corolario obligado de todos estos racionios, es para aquellos que los hacen, la apología de su soberbio desden á las prescripciones cristianas, y para el público, el desprecio de la religion y de Roma en particular, que es su centro.

En esto no quiero decir más que una cosa: comparad las estadísticas y daos cuenta de la diferencia en el número de los crímenes. Miéntas en las dos grandes metrópolis de la civilizacion moderna Londres y Paris, el infanticidio parece estar á la orden del dia, ¿de dónde viene que en Roma apénas es conocido? Miéntas en Paris se cuenta anualmente de cuatrocientos á quinientos suicidios, y más todavía en Londres, ¿cómo es que en el trascurso de veinticinco años no se^{hayan} visto más que once, y cuatro de ellos^{debidos} al paroxismo de la fiebre? Miéntas en Paris, el número de niños expósitos es de uno sobre tres, y en Londres de uno sobre dos, ¿por qué en Roma no es de uno sobre cinco? Miéntas en Paris nada es tan comun como ver morir á los hombres con la insensibilidad del bruto, y rehusar en su lecho de agonía hacer la paz con Dios y satisfacer á aquellos á quienes han arruinado ó deshonrado, ¿qué razon misteriosa aleja de Roma este espantoso espectáculo? Por fin, miéntas los casos de demencia debidos al exeso de las pasiones se encuentran en Francia en proporcion de ochenta

por ciento y en Inglaterra en una proporcion mayor, ¿qué es lo que hace que en Roma á pesar del ardor del clima y de la vivacidad de la sangre, baje esta cifra á la proporcion de uno á seis?

El infanticidio, la exposicion, el suicidio, la impenitencia final, la locura á consecuencia de las pasiones, hé ahí, sin que puedan negarse, los grandes síntomas de la desmoralizacion de las ciudades y de los pueblos. Puesto que de todas las capitales del mundo, Roma es aquella en que estos síntomas se manifiestan ménos, es necesario deducir que los Romanos no son un pueblo de viles hipócritas tan degradados ó más que las naciones anticristianas; debe deducirse tambien que el cristianismo no está muerto, ni moribundo, sino que en todas partes en donde le es dado ejercer libremente su influencia, impide á los hijos de Adan que caigan al abismo de la degradacion moral de donde les sacó hace diez y ocho siglos; es necesario deducir, en fin, que á pesar de las malas doctrinas y de los ejemplos más malos todavía que le lleguen de fuera, Roma es siempre por excelencia la Ciudad Santa y verdaderamente santificante.

Seria un absurdo pretender que todos sus habitantes fuesen santos. Además, en el centro mismo de sus culpables caidas les queda una cualidad, un bien, un fruto exclusivo de la educacion y de las costumbres cristianas, que son los remordimientos. "Como vosotros los franceses, nos decia un hombre de gran inteligencia, tenemos la desgracia de cometer faltas; pero no podemos vivir como vosotros con los remordimientos." Tarde ó temprano, este aguijon de la conciencia acaba por hacer volver á entrar al culpable en el camino de la virtud, y por asegurar al elemento cristiano una victoria decisiva en la última lucha de la vida. Esta observacion justificada por la experiencia, está confir-

mada por la opinion tan conocida de un hombre nada sospechoso. C.... D.... miembro de nuestras sociedades secretas y ardiente revolucionario, recorría los Estados romanos para engrosar las filas de los Carbonarios.

Despues de haber gastado veinte años de esfuerzos de todo género, escribia: Nada puede hacerse con estos italianos; creéis haberlos ganado, pero con un acceso de fiebre que tengan ó un buen sermón que oigan, todo se acabó; y vuelven á confesarse.

13 DE MARZO.

Misa en San Estanislao de Kotska.—Carida romana para hacer moral la vida.—Prisioneros.—Visita al castillo Saint-Angelo, al Capitolio, á las Térmias de Diocleciano.—Archicofradía de San Gerónimo.—Prision de la *via Giulia*.

Cuando sigais á lo largo los interminables muros del Quirinal, bajando la calle de las Cuatro Fuentes, no dejéis de entrar á la iglesia de San Andrés, situada á vuestra izquierda; es una pequeña joya que merece la atención del artista y del cristiano. Solo debo preveniros, que si tenéis miedo á los jesuitas, hareis bien en pasar adelante, porque allí está uno de sus retiros. Hay allí jóvenes y viejos, vivos y muertos. En 1678 el príncipe Camilo Pamphili mandó edificar aquella iglesia para el noviciado de la célebre Compañía. La fachada de orden corintio está adornada con un grácioso pórtico circular, sostenido por dos columnas jónicas. El interior, en forma de rotunda, está revestido enteramente con mármoles raros y enriquecido con preciosos frescos. Entre otros cuadros se hace notable en el altar mayor la *Crucifixion*, del Bourguignon; y en la capilla de San Estanislao, el *Retrato del Santo*, por Cárlos Maratta. Desde el pavi-

mentohasta la bóveda, brilla aquella capilla con dorados y exquisitos mármoles; pero su más bello adorno es el cuerpo de San Estanislao, conservado bajo el altar mayor en una rica caja de lapizlázuli; me fué dado celebrar en él los santos misterios. Mi corazón hacia tener allí presentes á todos mis jóvenes amigos de Francia, y les arrojaba en brazos del angélico niño.

Despues de la misa, uno de los Padres nos introdujo á la casa espaciosa y bien ventilada del noviciado. En ella se conserva la celda de San Estanislao, trasformada en capilla. En el centro está la estatua del santo acostado en su lecho de muerte. La cabeza, los piés y las manos son de mármol blanco del más exquisito grano, la sotana es de mármol negro y el colchon y los cojines de mármol amarillo. Hay tanta verdad en esa obra maestra de Le Gros, que sentí al verla lo que todo el mundo siente á la vista de un moribundo dulcemente adormecido en su lecho. En muchos cuadros, suspendidos de las paredes, se ven escritos del santo, y se cree oír todavía su voz moribunda pronunciando la memorable palabra, ávidamente recogida por la piedad católica. El día de la Asuncion, del año 1568, estaba San Estanislao como él lo habia predicho, á punto de ir á celebrar al cielo la fiesta de María. El superior de la casa, rodeado de todos los novicios, se acerca al Santo y en nombre de la obediencia le ordena que diga lo que ha hecho y lo que es necesario hacer para conseguir de la Reina de los ángeles los favores de que le ha colmado.—*Quidquid minimum*, respondió él, *dummodo sit constans*; "el más ligero homenaje, con tal que sea constante."

Ayer habíamos terminado el estudio de los medios por los cuales Roma mantiene la vida moral en sus hijos; nos quedaba por ver lo que hace para devolvérsela á los que la han perdido. No hablo

del pecador privado de la gracia; en las obras explicadas más arriba encuentra innumerables ocasiones fáciles de volver á ponerse en amistad con Dios. Se trata del hombre á quien ha herido la justicia humana, ó de la mujer que infiel á sus deberes expía en la soledad los escándalos de su vida. Otros han hecho el elogio más ó ménos justo de las prisiones romanas bajo el aspecto material; pero ¿qué viajero, aun honrado con una mision especial, se ha dignado instruir al mundo de los medios por los cuales Roma vuelve al culpable á la libertad moral y á la virtud? Tambien en el cumplimiento de este deber sagrado, ó si se quiere, en la solución de este gran problema, la señora de las naciones puede servirles de modelo.

Roma ha sido la primera en encontrar el sistema penitenciario, estimado como el mejor medio de moralizar á los presos. En ninguna parte ha sido mejor comprendido ó más sábiamente aplicado. Sus prisiones ordinarias no son baños en que el hombre, colocado bajo el imperio exclusivo de la fuerza bruta, acaba por materializarse; ellas presentan al culpable todos los medios de volver á encontrar el sentimiento de su dignidad, el temor de cometer el mal y el valor para hacer el bien. Persuadida de que solo el cristianismo puede rehabilitar al individuo, como ha rehabilitado al género humano, Roma llama en su ayuda este poderoso auxiliar. Las puertas de los más oscuros calabozos le están abiertas y tiene toda libertad para hablar y para obrar. Cada prision tiene sus capellanes. Están allí noche y dia como ángeles tutelares para consolar, dar valor y curar aquellas almas, algunas veces más desgraciadas que culpables. Todas las mañanas, las oraciones seguidas del sacrificio de la gran Víctima, recuerdan á los condenados el precio de sus almas, la grandeza de sus eternos destinos y la bon-

dad siempre compasiva de su Padre celestial. Vienen despues periódicamente instrucciones familiares, que disipando la ignorancia, hacen germinar poco á poco en las almas, sólidas y saludables resoluciones.

El sentimiento de la vida moral, constantemente mantenida en los prisioneros, recibe cada año un impulso más vivo, que acaba tarde ó temprano por volverles á colocar en el estado normal; se da un retiro anual en todas las prisiones. Durante el carnaval tiene lugar en el castillo Saint-Angelo. Se dispensa á los detenidos, del trabajo y se les prepara al deber pascual, que pueden cumplir en virtud de una concesion particular, en esas circunstancias. La cofradía de San Pablo destina á esta mision sacerdotes elegidos. Unos ocupan el púlpito, otros el tribunal de la reconciliacion; hay algunos que dirigen el canto, mientras sus cofrades velan por la observancia del reglamento y ocupan en lecturas públicas los momentos libres del dia. Durante todo el ejercicio del retiro, los presos reciben de la generosidad del Santo Padre una indemnizacion equivalente á los beneficios de los pequeños trabajos que es costumbre permitirles fuera de los trabajos forzados. 1

Se tiene por experiencia que el trato frecuente y exclusivo de los presos con sus semejantes, ha sido siempre una causa incessante de desmoralizacion. La mayor ventaja tal vez del sistema penitenciario es obviar á este inconveniente. En donde no está establecido Roma no desprecia nada para procurar á los presos la sociedad con hombres virtuosos y honrados, cuya presencia y cuyas conversaciones sujetan poco á poco aquellas almas corrompidas.

Ademas de los capellanes, se ven acudir todos los dias á todas las prisiones, religiosos, sacerdotes seculares y piadosos legos, que por medios diferentes trabajan

1 Constanzi, t. I, p. 204.

de concierto en el adelanto moral de los presos. Hé ahí lo que encontramos en las prisiones del castillo Saint-Angelo, del Capitolio y de las Térmias de Diocleciano.

En esta excursion se nos dió á conocer tambien la existencia de dos asociaciones especialmente destinadas al consuelo material y moral de los prisioneros. Observaré de paso, que una y otra se remontan al siglo décimosexto. "Parece, dice un historiador protestante, que en esa memorable época, Roma quiso burlarse de las ruidosas calumnias de la Reforma, por el brillo verdaderamente divino de sus obras." La primera es la Archicofradía de *San Gerónimo de la caridad*. Fué instituida en 1519 por Julio de Médicis, primo de Leon X y despues Papa bajo el nombre de Clemente VII, y posee en la plaza Farnésio la bella iglesia de San Gerónimo. Entre sus miembros contó á San Felipe Neri y á muchos otros personajes de eminentes virtudes. El espíritu de caridad de sus ilustres fundadores se ha conservado en la asociacion que abraza las obras más variadas.

1. ° Aunque está dedicada particularmente á los prisioneros, da socorros á todos los vergonzantes de la ciudad. Roma se divide para ella en cuatro regiones. Durante tres meses suministra pan á los pobres vergonzantes de un cuartel; el segundo trimestre extiende su limosnas á un segundo cuartel y así sucesivamente. A fin de no lastimar la susceptibilidad de las familias, los socorros se distribuyen el domingo muy temprano en el oratorio de San Gerónimo.

2. ° Dota á las jóvenes.

3. ° Contribuye al mantenimiento del monasterio *della Convertite*; de las convertidas.

4. ° Mantiene en una casa inmediata á San Gerónimo, á catorce sacerdotes en-

cargados de difundir una gran parte de sus beneficios corporales y espirituales; de confesar á los fieles, que en gran número visitan aquella piadosa iglesia; de celebrar la misa y de llenar otras funciones de utilidad pública.

5. ° Defiende las causas de las pobres viudas y de los huérfanos por ministerio de un abogado que mantiene á sus expensas; y cuando los pobres residen en Roma, paga los gastos necesarios para el pronto despacho de sus negocios.

6. ° Todos los dias distribuye pan á los prisioneros.

7. ° Todas las mañanas manda celebrar dos misas en los altares de las prisiones y suministra todo lo necesario para esa buena obra.

8. ° Manda decir la misa para los presos enfermos, y les da los remedios y les proporciona médico, cirujano y barbero.

9. ° Envía á las prisiones á uno de sus miembros honrados con la prelatura, para que interceda con los jueces en favor de los condenados, y á que pague á su salida de la prision los gastos que hayan podido hacer.

10. ° Mantiene, por fin, un abogado en cargo de defender á los acusados.

Mas no es esto todo. Cuando á mediados del siglo décimosétimo, mandó levantar Inocencio X, en la *via Giulia*, la prision que lleva su nombre y que considera el mismo Howard como una de las más sólidas y más salubres de la Europa, la Archicofradía de San Gerónimo la adquirió y se encargó á sus expensas de mantener á los presos. Era un bello pensamiento entregar aquellos desgraciados en manos de la caridad, y con esto el tesoro público se veía grandemente aliviado. Pero habiendo disminuido mucho los recursos de la Obra, por los últimos sacudimientos políticos, la Cámara apostólica le

concede hoy algunas subvenciones. "Los religiosos de San Gerónimo, continúa Monseñor Morichini, van todos los domingos á aquella prision á predicar, á hacer el catequismo y otros ejercicios de piedad, con ayuda de los padres jesuitas que se trasladan diariamente á la prision *Juliana*, como á otras, para distribuir abundantemente las instrucciones cristianas. Los cofrades del oratorio establecido en la iglesia de San Gerónimo, consagran el domingo á actos de caridad con los presos enfermos; les llevan consuelos, les hacen la barba, reparan sus lechos y al mismo tiempo les instruyen. 1

Así, mientras una multitud de jóvenes y de mujeres están á la cabecera de los enfermos en los hospitales, el mismo día y á la misma hora bajan á las prisiones cristianos fervientes, y prodigan á los condenados los cuidados de una caridad verdaderamente fraternal. Tan cierto así es, que la religion tiene entrañas de madre para todos los desgraciados, así como tiene consuelos para todos los infortunios, y lecciones de sabiduría para todas las edades.

14 DE MARZO.

San Pedro in *Montorio*.—Visita á la Penitenciaría de los jóvenes destinados.—Asociación de la Piedad de los Prisioneros.—San Miguel.—Otras obras en favor de los detenidos.—Los Irlandeses en Santa Agueda *alla Subarra*.

A medida que más se aproxima el momento solemne en que Roma introduce á sus hijos al banquete eucarístico, más multiplica los medios de santificación. Ayer tenia lugar la procesion en honor de María *addolorata* (Nuestra Señora de los

Dolores) y comenzaba una octava de oraciones á la Madre de los Dolores. Mientras esta procesion, precedida del *Tronco*, atravesaba la plaza Columna y el Corso, se abria en otro cuartel de Roma, en San Pedro in *Montorio*, otra piadosa peregrinacion. Desde el domingo de Pasion, hasta el de Quasimodo, hay indulgencia plenaria para todos los fieles que visitan la capilla en que fué crucificado el príncipe de los apóstoles. ¿Qué cosa más propia para formar en los corazones el doble sentimiento reclamado por las circunstancias, la confianza y el arrepentimiento? Hoy, siguiendo los pasos de un gran número de peregrinos, subimos al Janículo, y no bajamos de nuestra piadosa estacion sino para atravesar el Tíber y visitar la Penitenciaría de los jóvenes detenidos.

En esta casa, creada por Leon XII para los niños que salen de San Miguel, nos fué dado ver la caridad romana en ejercicio. Por una feliz coincidencia, encontramos allí á los dos enviados de la Archicofradía de San Gerónimo, encargados de la direccion de este excelente asilo correccional. Muchos sacerdotes de la *Sociedad de los Piadosos Obreros* distribuian los socorros espirituales á aquellos pobres niños que, á pesar de las caidas de sus primeros años, dan la esperanza fundada de volver de un modo durable á la sabiduría y á la virtud. Se veia en sus fisonomías yo no sé qué mezcla de pudor, de pena, de alegría, que resumia á nuestra vista los sentimientos de una alma culpable sin duda, pero novicia todavía en el mal y dominada por un sentimiento de rehabilitacion. Cada niño está en su celda separada; todos trabajan la lana y guardan un riguroso silencio. Se ve que la penitenciaría de San Miguel ha servido á ésta de modelo; y como la primera, así la segunda está en una excelente vía de prosperidad. Hay tambien otra de la Colonia agrícola

1 Instit. de beneficencia, p. 239.

de la cual hablaré al visitar la *villa Albani*.

Cuando salíamos vimos venir dos eclesiásticos, conocidos del amable amigo que nos acompañaba. Después de un momento de conversacion, nos dijo: «Estos señores son cofrades de la *Piedad de los prisioneros*, cuyo centro está en la iglesia de San Juan *della Pigna*; van á ejercer su caridad en las prisiones *Inocencianas*. Allí se les encuentra habitualmente ocupados en consolar, en instruir, en distraer á los presos, que les quieren mucho. Un sacerdote, miembro de esta cofradía, llamado *solicitador*, está encargado de visitar todos los dias las prisiones, de probar los alimentos, y sobre todo, el alimento de los presos incomunicados, que debe ser más escogido, más abundante y más sano que el de los otros. Así, nuestros presos sometidos, por otra parte, á un régimen muy humano, socorridos por tantas asociaciones caritativas, rodeados de tantos recursos espirituales, se encuentran consolados en su penosa posicion y arrancados del fango del vicio por esta rehabilitacion moral que los levanta á la virtud.»

La cofradía de la *Piedad de los prisioneros*, fundada por el padre Tallier, jesuita, y aprobada por Gregorio XIII, fué dotada en 1575 por Sixto IV con una renta anual de dos mil escudos, á fin de que pudiese libertar en Pascua ó en Navidad algunos presos por deudas. Hoy su objeto principal es prevenir la encarcelacion de los pobres obreros, satisfaciendo á sus acredores. 1

Volviendo á pasar el Tíber por el puente *Quattro-Capi*, visitamos la célebre penitenciaría de San Miguel. Para conocerla bajo el aspecto material, es necesario imaginar una gran sala rectangular provista en sus largos costados de una triple hilera de celdas, cuyas puertas dan al

balcon que está á lo largo del edificio por el interior. Dos anchas ventanas abiertas una en frente de otra en los dos costados pequeños iluminan y ventilan maravillosamente la sala. En el fondo de ella está el altar, y á lo largo de las paredes están los talleres que corresponden á los oficios más notables. Las sesenta y cuatro celdas de los prisioneros pueden ser vigiladas de un solo golpe de vista por el director, la mayor ventaja del sistema panóptico de Bentham. El estilo de la penitenciaría es magnífico, y con justo título es considerado hoy como el tipo de las célebres prisiones penitenciarias de América, de Suiza, de Francia y de Inglaterra. 1

El pensamiento del fundador revela el objeto moral del establecimiento. Clemente XI acababa de construir la parte de San Miguel destinada al aprendizaje de artes y oficios; mas el sabio Pontífice pensó que era necesario completar su obra levantando unas penitenciarías para jóvenes culpables de delitos. Corregir las faltas es una segunda educacion. En el *Motu proprio* de 14 de Noviembre de 1703, se expresa así: «Ahora que la casa nueva se encuentra terminada, con sus sesenta pequeñas celdas separadas unas de otras y todas juntas en un mismo recinto; ahora que cerca de esta sala hay lugares que pueden servir de talleres para los trabajos de paños y otras industrias: Queremos y mandamos que todos los niños ó jóvenes de ménos de veinte años que en adelante sean detenidos por faltas que cometan, en vez de ser trasladados á las prisiones públicas, sean llevados á la nueva casa de correccion; y como hay niños de naturaleza perversa que desobedecen á sus padres y por su mal carácter revelan muy malas inclinaciones para el vicio, queremos y mandamos que puedan ser igualmente

1 Monseñor Morichini, p. 211.

1 Id. p. 103.

guardados, y se procure su enmienda y correccion en la misma casa. . . .

“Los detenidos serán instruidos en los principios de la vida cristiana y aprenderán las reglas de vivir bien. Ordenamos en consecuencia á los reverendos cardenales protectores del hospicio, que manden un sacerdote secular, que deberá no solo celebrar la misa todos los dias, sino instruir á los jóvenes encarcelados, en la religion y en las cosas necesarias para una vida cristiana. Queremos, ademas, que algunos maestros enseñen á los detenidos algun arte mecánico, á fin de que con este ejercicio abandonen la costumbre de la ociosidad y comiencen una nueva carrera de buenas costumbres.”

Recorriendo la penitenciaría de San Miguel, en donde el pensamiento de Clemente XI sigue alcanzando los más felices frutos, se acuerda uno involuntariamente de aquella frase de Montesquieu “La filosofía no hace bien alguno, que la religion no haya hecho antes y mejor que ella.” Cuando la filantropía moderna se atribuye la invencion del sistema penitenciario, comete un robo y un error.

Un robo, puesto que se atribuye una gloria que pertenece á la Iglesia de Roma; un error, puesto que se imagina haber descubierto una institucion cuya idea es tan antigua como el cristianismo, y cuya aplicacion precede á todas las teorías y á todos los ensayos de los primeros filántropos flamencos y americanos; esto es, como se vé, un artículo más para hacer un *Diccionario de las antigüedades modernas*.

“Hay, dice á este propósito M. Guizot, un hecho muy poco observado en las instituciones de la Iglesia; este es su sistema penitenciario, sistema cuya observancia debe ser tanto más curiosa cuanto que sus principios y aplicaciones de Derecho penal están completamente de acuerdo con la filosofía moderna. Si estudiáis la natu-

raleza de las penas de la Iglesia y de las penitencias públicas, que eran su principal castigo, vereis que tiene sobre todo por objeto excitar en el ánimo del culpable el arrepentimiento; en la de los asistentes el terror moral del ejemplo. Hay tambien otra idea que se reune con ella y es la de expiacion. Yo no sé, en tésis general, si es posible separar la idea de expiacion de la de la pena y si no hay en toda pena, independientemente de la necesidad de provocar el arrepentimiento del culpable y de contener á los que pudieran llegar á serlo, un secreto y una imperiosa necesidad de expiar el mal cometido. Pero dejando à un lado esta cuestion es evidente que el arrepentimiento y el ejemplo serán el objeto de una legislacion verdaderamente filosófica. ¿No es en nombre de estos principios como han reclamado los publicistas más ilustrados de nuestros dias la reforma de la legislacion penal europea? *Abrid sus libros y os admirareis de todas las semejanzas que sin duda encontrareis entre los medios penales que ellos proponen y los que empleaba la Iglesia.* 1.

Tales son en compendio los medios de todo género que Roma emplea para volver al culpable la vida moral.

Si la justa severidad da las leyes, le condena á morir, se ve inmediatamente rodeado de un nuevo y solícito cuidado. A los pormenores ya conocidos sobre esto, añadiré que muchas cofradías hacen de la buena muerte de los condenados el gran objeto de su celo y de sus oraciones. En la espléndida iglesia de los Agustinos y en el Corso, la Archicofradía del Santo Nombre de Jesus y de María expone al Santo Sacramento desde la mañana de la ejecucion hasta despues de la consumacion del suplicio. Ademas, envía á muchos

1 Hist. de la Civilizacion en Europa, lec 6. p. 15.

de sus miembros á colectar por toda la ciudad las limosnas de los fieles, á fin de mandar celebrar misas por el descanso de su alma; estos miembros son algunas veces personajes eminentes. La Archicofradía de los Agonizantes emplea en la plaza de Pasquino todo lo que puede inspirar el celo más activo, con el fin de conseguir para los enfermos en agonía y para los condenados al suplicio, la gracia inapreciable de una buena muerte. Además de la exposicion solemne del Santo Sacramento y de la colecta pública en favor de aquellos, manda esquelas á todos los conventos y á todas las comunidades de la ciudad para que cada una se ponga en oracion y se empeñe en conseguir la misericordia divina y la salvacion del culpable. ¡Cuán cristiana es semejante costumbre! ¡Cuán moral aún á los ojos de la razon! ¡Pero cuánto más gloriosa para Roma! porque ninguna otra ciudad en el mundo presenta un ejemplo semejante.

Invitados por nuestro guía y antes de volver al hotel, fuimos á visitar la iglesia de Santa Agueda *alla Suburra*. Los alumnos del colegio irlandés se encontraban reunidos allí para comenzar, segun costumbre, un triduo en honor de San Patricio, apóstol de su heroica patria. Era hermoso contemplar á todos aquellos futuros atletas de la verdad preparándose con ardiente fervor á la solemne recepcion del pan de los fuertes. Era más hermoso todavía oír á todos aquellos hijos de la noble Irlanda, prosternados en la gran Roma al pié del altar de una vírgen mártir, llamando sobre su patria la proteccion de aquel que arrojó de ella la idolatría. ¿Quién sabe? Tal vez de Santa Agueda *alla Suburra* partirá el gopa salvador de la Irlanda. Como quiera que sea, el viajero católico, testigo de este tierno espectáculo, une con todo corazon sus votos á los suspiros de los oprimidos; y si los secretos

pensamientos de su fe no son vanos; saluda con transporte el dia, en lo sucesivo próximo, en que la orgullosa Albion se vea obligada á romper las cadenas de su ilustre cautiva, y en que la patria de O'Connell reaparezca á los ojos del mundo católico, adornada con todas las gracias que dan á las vírgenes mártires el candor de sus inmaculadas frentes y las cicatrices de sus gloriosas heridas.

15 DE MARZO.

Visita á la iglesia de San Agustin.—Biblioteca Angélica.—Refugios de la Cruz de Loreto, de Santa Marta *in Trastevere*, de la Divi Clemencia.—Reflexiones.

Casi en el centro de Roma, sobre las ruinas de la hoguera imperial, se levanta la bella y grande iglesia de San Agustin. Debiendo visitar hoy las casas de arrepentimiento destinadas á las mujeres, pareció conveniente comenzar por rendir homenaje á aquel que fué un ilustre penitente. Agregad que esta iglesia muestra á la cabeza de su historia un nombre frances. Debe su fundacion al cardenal Guillermo d'Estouteville, ministro de Francia en Roma, en 1493; y su cúpula es la primera que vió levantarse la Ciudad eterna. Seria largo describir todas las capillas, así como todas las pinturas y los mármoles preciosos de que están adornadas. El cuadro de San Agustin, colocado en el altar á la derecha del crucero, es del Guerichino. A la izquierda se admira el *Santo Tomás de Villanueva dando limosna*, de Hércules Ferrata; en la antepenúltima capilla el grupo de la *Virgen Santa*, del Niño Jesus y de *San Andrés*, por Sansovino. Pero la maravilla de esta iglesia es el *profeta Isaías* pintado en el tercer pilar á la izquierda de la entrada. El jóven émulo de Buonarotti debió gozar vivamente de su buen resultado, cuando vió al mismo Mi-

guel Angel prodigarle justos elogios por aquella obra emprendida para luchar con los profetas, con que habia adornado él la capilla Sixtina en el Vaticano. Diré que esta obra maestra acaba de ser copiada en mosaico. No tiene más que dos metros de latitud y dos y medio de altura, y ha ocupado á tres obreros á la vez, durante seis años. Solo la paciencia romana puede resolverse á obrar tan lentamente. Añadiré que estos grandes cuadros en mosaico, cuestan de ciento cincuenta á doscientos mil francos (de treinta á cuarenta mil pesetas).

Si el génio moderno está dignamente representado en San Agustin, la pintura antigua no deja de ocupar un lugar muy distinguido. La bella imagen de la Virgen que allí se venera, basta para dar una alta idea del arte byzantino. Es una de aquellas que los Griegos fugitivos trajeron de Oriente despues de la toma de Constantinopla, y que la tradición atribuye á San Lucas. La multitud rodeaba el altar de la Madre de las misericordias, y numerosos puñales supendidos de las pilas tras de la capilla anuncian las curaciones morales conseguidas por intercesion de aquella á quien nunca se invocó en vano. Otra parte de la concurrencia se acercó al altar adonde yo acababa de subir. Por una de esas armonías deliciosas, cuyo secreto posee tan bien Roma, Santa Mónica descansa en la iglesia de San Agustin. ¿Cómo decir la misa sobre el cuerpo sagrado de la más admirable y más querida de las madres, sin recordar las tiernas palabras que el mejor de los hijos repetia llorando cerca de su ataúd? "Ella, Dios y Señor mio, la sierva de todos vuestros servidores, . . . ella cuidaba de todos, como si todos hubiesen sido sus hijos; ella estaba sometida á todos, como si cada uno de ellos hubiera sido su padre." 1

Ofrecí el sacrificio, no segun los deseos de San Agustin por el descanso de su muy amada, sino por bien de las Mónicas y de los Agustines tan numerosos en el siglo diez y nueve.

¡Ojalá haya podido serles saludable!

Despues de la misa, visitamos la biblioteca del convento. Es conocida bajo el nombre de biblioteca *Angélica y Passionei*, en memoria del padre Angel Rocca, agustino que la fundó en 1605, y del cardenal *Passionei*, que la aumentó considerablemente á fines del último siglo. Cuenta cerca de cien mil volúmenes, entre otros los *Acta virorum illustrium*, especie de recopilacion alemana de más de doscientos cincuenta volúmenes, en la cual se encuentra de todo, pero en la cual no se encuentra el todo de nada.

El exámen de las obras inanimadas de la inteligencia, sucedió el estudio de las obras siempre vivas de la caridad. A fin de no olvidar ningun género de miseria, Roma ha preparado á las mujeres culpables diferentes refugios en donde pueden renacer á la vida moral. Antes del siglo décimosexto, se encuentra ya el monasterio *delle Couvertite*, en el Corso; en 1542 San Ignacio estableció en la Longara el de los *Mal Casados*; setenta y tres años más tarde, en 1615, el padre Domingo de Jesus abrió el refugio de la Cruz; por fin, el año 1628, se vió levantar el asilo de San Jacobo; de suerte que en éste como en otros puntos, Roma puede reclamar la gloriosa iniciativa del bien. Ahora, las mujeres culpables pueden dividirse en tres clases: las que siendo todavía jóvenes, han llegado á ser víctimas de una caída pasajera; las que han permanecido más largo tiempo en el desórden ó á quienes la justicia humana ha herido con la condenacion; por fin, aquellas que despues del matrimonio han olvidado sus deberes de esposa y de madre. Es fácil concebir la utilidad de

1 Confes.; lib. IX, c. 9, n. 5.

casas especiales para cada una de estas categorías.

Sobre el Monte Pincio se levanta el refugio de la Cruz, en donde no se admiten ni viudas ni mujeres casadas. Se compone exclusivamente de jóvenes, que la misma superiora va á elegir al hospital de San Jacobo. Las refugiadas son veinte; viven en comunidad, sin poseer nada propio. Su ocupacion es hilar lana por cuenta de un negociante que paga treinta escudos por mes en beneficio del asilo; se conceden otros cien escudos mensualmente por la comision de los subsidios; con estas módicas rentas, unidas á algunas limosnas, marcha la casa perfectamente. Todo respira allí el orden, la limpieza, el contento nacido del arrepentimiento, y casi diria, la alegría de la inocencia. Mientras algunos conservatorios inspiran una cierta melancolía, aquí se experimenta no sé qué sentimiento de tierna satisfaccion al ver tantas desgraciadas víctimas de la seduccion marchar en el seno de aquel asilo silencioso por los caminos más elevados de la perfeccion. 1.

En efecto, aunque se les permita abandonar el asilo, si sucediese que no llevaran á gusto allí una vida, tal se las ve perseverar á casi todas; y aun algunas de ellas visten el hábito religioso en el convento de San Jacobo en la Longara. Los parientes más próximos pueden verlas una vez al mes. Además, una vez por semana, salen muy temprano á tomar el aire á las calles ménos frecuentadas, vestidas uniformemente de gris, con griñon y una cifra en la cabeza. El refugio de la Cruz, fundado en 1793 por D. Ciro, sacerdote español, y por la hermana María Teresa Sedastiana, ha recibido de Pio VII y de Gregorio XVI los impulsos más poderosos, quienes se dignaron visitarlo y confiar su direccion á un diputado eclesiástico que depende del cardenal vicario.

Del Pincio nos dirigimos al Monte Célio para visitar un nuevo refugio, cuyo origen es éste: A principios de este siglo, algunas damas romanas, y principalmente la virtuosa princesa Teresa Doria Pamphili, al ir á consolar á las enfermas al hospital de San Jacobo, veian con dolor que aquellas mujeres apenas se curaban, cuando volvian á sus antiguos desórdenes. El refugio de la Cruz era insuficiente para recibir las á todas, y como hemos visto, no admite más que á las jóvenes. La princesa pidió, pues, y obtuvo de Leon XII, un antiguo hospicio situado en la calle *San Giovanni*. Este es el refugio de Loreto, llamado así porque está bajo la direccion de la congregacion de Loreto, compuesta de señoras y presidida por el cardenal vicario. Allí se reciben todas las personas del sexo que despues de su curacion quieren observar una conducta arreglada. Tambien se admiten allí las mujeres casadas, separadas de sus maridos por sus desórdenes, hasta que se las pueda reconciliar con ellos. El alimento y el reglamento son casi los mismos que en el refugio de la Cruz.

En una escala inferior á estas desgraciadas, están las mujeres que salen de la prision, á quienes la miseria, ó alguna otra causa, arrastraría prontamente al mal, si una mano tutelar no viniese á sostenerlas. Para ellas ha sido el Conservatorio de Santa María *in Trastevere*. Con excepcion de los reincidentes, van á aquella casa á entregarse á las obras de la piedad cristiana y al trabajo. Aunque no debén recibirse allí más que jóvenes, son admitidas tambien las mujeres casadas. Están allí mientras quieren, y se las compromete á permanecer á ménos que se reunan con sus maridos, ó que tengan buenos padres ó parientes que cuiden de ellas. Muchos eclesiásticos y una sociedad de señoras piadosas les dan los cuidados espirituales necesarios para su

1. Monseñor Morich, pág. 160.

conversion y su perseverancia. El refugio de Santa María data de 1806, y la gloria de su fundacion pertenece al padre Stracchini y al excelente cardenal Cristaldi.

En fin, cerca de San Onofre, está el conservatorio de la Divina Clemencia, en donde se coloca à todas las personas del sexo, cuya conducta desarreglada seria peligrosa para las costumbres públicas. Este refugio, fundado por el Papa Clemente IX, está bajo la direccion de los curas de Roma, presididos por Monseñor el vice administrador.

He hablado largamente de las instituciones caritativas de la madre de las Iglesias, y por eso puedo, al acabar esta materia demasiado ignorada, decir con un historiador mucho más explícito que yo: «Hé ahí un compendio de las obras caritativas que se practican en Roma, porque seria imposible hacer de ellas una enumeracion completa. Lo que he referido basta para mostrar con cuánta razon es llamada Roma la Ciudad Santa. No hay un género de miserias que no haya sido la primera en aliviar, y que no alivie todavía. La fuente de su caridad está en su fe; cuenta seiscientas iglesias ú oratorios á donde son llamados sus hijos en tiempos convenientes. En ellos prodiga todos los medios para reconciliar á los pecadores con Dios, para afirmar á los justos en la virtud, para consolar las almas del purgatorio, para honrar á Dios y para hacer correr desbordada la vida moral en todos los fieles. De este modo sigue verificándose esta sentencia de San Leon: que Roma, en otro tiempo señora del error, se ha convertido en la señora de la verdad.»¹

16 DE MARZO.

Una fiesta en el palacio Massimi.—El Apolinar.—La Universidad.—Colegio Romano.—Las Bibliotecas.

El dia de las calendas de Abril, el 16 Marzo de 1583, hé aquí lo que pasaba en Roma, en el palacio del principe Fabricio Massimi. Toda la noble familia lloraba arrodillada alrededor de un lecho de dolor. Sobre este lecho se agitaba con las convulsiones de la agonía un jóven de catorce años y tres meses; éste era el hijo de la casa, el orgullo de su padre, la alegría de su madre, el amor de sus hermanos. Repentinamente se levanta el padre y despacha á uno de sus criados á San Felipe Neri, á quien manda suplicar que vaya sin pérdida de tiempo. El santo está en el altar y no puede acudir sino una hora despues. Durante este tiempo, el sacerdote D. Camilo reza las oraciones de encomendar el alma al jóven moribundo que espira entre sus brazos. Fabricio, desolado, se acerca para llenar un último deber, cerrando él mismo los ojos de su hijo. Francisca, por su parte, la nodriza del jóven, lleva agua para lavar, segun costumbre, el cuerpo del difunto y los vestidos que deben cubrirlo en su lecho de muerte.

En estas maniobras llega San Felipe: «¡Ay! padre, le dice Fabricio, Pablo ha muerto; ya nada hay que hacer; que no hubiéras venido más temprano!» El santo se va derecho á la cámara mortuoria, en donde encuentra á la buena Francisca preparándose á poner al niño sus vestidos fúnebres. Felipe se acerca al lecho, pide agua bendita, la pone sobre la boca y el rostro del muerto, le impone las manos, se pone en oracion, le toca y le llama dos veces por su nombre. En presencia de todo el mundo abre Pablo los ojos, responde al

¹ Constanzi, t. 1, p. 263, n. 262.

Santo y vuelve á la vida 1. En memoria de este milagro, la familia Massimi celebra cada año en su palacio una piadosa fiesta en honor de San Felipe Neri.

Si estais en Roma el dia diez y seis de Marzo, no dejéis de asistir á ella. Os sentireis conmovidos como nosotros, por el testimonio público de aquel reconocimiento secular, y sentireis aumentarse en vosotros la devocion hácia un Santo muy poco conocido. Estas dos cosas igualmente dulces y buenas se cuentan entre las útiles alegrías de un viaje á Italia.

Antes de salir para Nápoles, habíamos visto lo que hace Roma para disipar la ignorancia en el pueblo; las circunstancias nos habian impedido describir los grandes medios que ella emplea para desarrollar la inteligencia en las clases superiores. Habia llegado el tiempo de seguirla en este nuevo ejercicio de su caritativa solicitud. Una multitud de colegios, de instituciones, de academias, hay abiertas en Roma para la cultura del espíritu. Seria demasiado largo hablar de ellos en pormenor; para conocer el estado de instruccion superior, basta estudiar el Apolinar, la Universidad y el colegio romano.

Conforme á las sábias prescripciones del concilio de Trento, emprendió Roma fundar un seminario para la educacion de los clérigos; el soberano Pontífice Pío IV puso la primera piedra de él en 1565; y San Carlos Borromeo, el alma de la disciplina eclesiástica, dió las leyes que rigen todavía este establecimiento. Los alumnos son allí recibidos y deben ser Romanos, de ménos de doce años, versados en el conocimiento de la gramática superior y tonsurados, ó deben estar prontos á serlo. Son alimentados en el seminario y se les forma en la ciencia por maestros y repetidores útiles, y se les cuida con esmero en sus enferme-

dades gratuitamente, y se les instruye en los principios de la vida cristiana y eclesiástica por la práctica de la oracion y el ejercicio de las funciones sagradas, ya en la iglesia del Apolinar, ya en San Juan de Letran, en los dias de las grandes solemnidades.

Todos los beneficiarios de Roma contribuyen por medio de una reserva al mantenimiento del seminario. Si los alumnos no entran á las órdenes sagradas, están obligados á pagar los gastos de alimentos que han hecho durante su educacion clerical.

Las bellas letras, la filosofía, la teología, el derecho canónico, la historia eclesiástica todos los otros ramos de la ciencia sagrada se enseñan en el seminario. Si debe juzgarse por los resultados, los estudios deben ser muy profundos. El clero romano se distingue, sobre todo, por su profundo conocimiento de la moral y de las antigüedades cristianas. Gracias á esta doble ciencia ha sabido garantizarse de la relajacion y del rigorismo, como lo ha demostrado bien el doctor Francolini 1. Además, puede con facilidad, con una notable fuerza, confundir á los novadores, ya en materia de dogma, ya en materia de disciplina, oponiéndoles la autoridad de los monumentos antiguos. De ahí la inmutabilidad de doctrina y esa uniformidad de método que se manifiesta en los sermones é instrucciones parroquiales.

Añadiré, que obligado por su posicion á responder á las consultas y á las dificultades que llegan de todas las partes del mundo, el clero romano adquiere con el tiempo una ciencia práctica y positiva que es raro encontrar en otras partes en el mismo grado. El seminario está colocado bajo la direccion del cardenal vicario que habita un palacio contiguo; y por una con-

1 *Vida de San Felipe, etc.*, autor Ant. Gallio- no, p. 126.

1 *Clericus romanus contra minium rigorem mundus*, in-fal.

cesion de Leon XII, puede conferir el doctorado en teología, y por consiguiente el bachillerato y la licenciatura.

No quisimos dejar este bello establecimiento sin visitar la iglesia de San Apolinar que le ha dado su nombre. Adriano I la fundó en 772 y fué restaurada por Benedicto XIV segun los dibujos de Fuga; posee las bellas estatuas de San Ignacio y de San Francisco Javier; pero lo que la hace preciosa para los jóvenes clérigos es el número y lo escogido de las reliquias con que está enriquecida. Una parte de los huesos de la legion Tebana y de las once mil vírgenes; los cuerpos de los santos mártires Eustracio, Auxencio, Mardario y Gresto, traídos de Oriente por los religiosos basilianos; de las reliquias de San Ignacio, de San Francisco Javier, de San Francisco de Borja, de San Luis Gonzaga y de San Estanislao de Kotska; ¿qué cosa más elocuente en una iglesia de seminario? Soldado, virgen, mártir, todo esto debe ser el sacerdote católico. Y Roma quiere que sus jóvenes clérigos colocados desde la infancia bajo los ojos de tantos ilustres modelos venidos expresamente del Oriente y del Occidente, tomen el verdadero espíritu del sacerdocio en una iglesia dedicada á un obispo mártir; discípulo de Pedro, el jefe de los pastores y mártir él mismo.

Una corta distancia nos separaba de la Universidad que recibió nuestra sagrada visita. Este bello establecimiento forma un paralelogramo, en cuyo centro está un vasto patio rodeado en tres lados por soberbios pórticos de dos pisos; el cuarto está formado por una iglesia. Debe su origen y su desarrollo á los papas Bonifacio VIII, Leon X, Sixto V, Urbano VIII y Alejandro VII. Leon XII, protector tan ilustrado como generoso de las ciencias y de las artes, ha dado un nuevo brillo á la Universidad romana fundando en ella mu-

chas cátedras nuevas, aumentando el cuadro de profesores y perfeccionando por su Constitucion de 27 de Agosto de 1724, el reglamento de estudios. La Universidad, colocada bajo la direccion de un cardenal archicanciller y de un rector, se compone de cinco Colegios ó Facultades: Teología, Derecho, Medicina, Filosofia y Filología. Cuenta cuarenta y ocho profesores; y el programa de sus cursos dará á conocer que Roma sabe mantenerse á la altura de la ciencia moderna.

TEOLOGIA.

Escritura Santa.
Teología dogmática.
Teología escolástica.
Física sagrada.
Historia eclesiástica.
Elocuencia sagrada.

JURISPRUDENCIA.

Derecho natural.
Derecho de gentes.
Derecho religioso.
Derecho eclesiástico.
Pandectas de Justicia.
Derecho civil.
Derecho criminal.

MEDICINA.

Anatomía.
Fisiología simple y comparada,
Medicina teórica y práctica.
Patología.
Zoología.
Higiene y terapéutica.
Medicina legal.
Clínica médica en el hospital del Espíritu Santo.
Cirujía teórica, clínica quirúrgica en el hospital de San Jacobo.
Química.
Botánica teórica y práctica.
Cirujía veterinaria teórica y práctica.

FILOSOFIA.

Lógica.
Metafísica.
Moral.
Algebra y Geometría.
Cálculo superior.

Mecánica.
Hidráulica.
Optica y astronomía.
Geometría descriptiva y proyeccion de som-
bras.

Arquitectura estática é hidraulica.

Mineralogía.

Física, teórica y experimental.

FILOLOGIA.

Arqueología.

Poesía.

Poesía árabe.

Griega.

Elocuencia.

Lengua hebrea.

Syro-caldea.

Latina.

Es necesario añadir las escuelas de bellas artes en las cuales se enseña la pintura, la escultura, la arquitectura, la ornamentacion, la perspectiva, la anatomía, la mitología, etc.; estos cursos se dan por once profesores miembros de la Academia de San Lúcas.

En cuanto al espíritu que dirige los estudios, es eminentemente cristiano, y brilla en la inscripcion colocada encima del gran pórtico:

INITIUM SAPIENTIE TIMOR DOMINI.

Sus medios son los ejercicios religiosos, los retiros y otras prácticas anuales, hebdomadarias ó diarias, establecidas por los reglamentos. *Su objeto* es la gloria de Dios, la defensa de la Iglesia y el bien de la sociedad, triple objeto elocuentemente contenido en la iglesia dedicada á San Lúcas, á San Magno y á San Ives, abogado de los pobres.

Diré que los Estados Romanos cuentan siete Universidades. Las dos primeras que parecen marchar con pasos iguales, son las de Roma y de Bolonia, precedidas cada una por un cardenal archicanciller. Las otras llevan por cancellor al obispo diocesano. Todas las Universidades, todos los Colegios, establecimientos y escuelas

están bajo la direccion de la Congregacion de los Estudios establecida por Leon XII. Se compone de cinco cardenales encargados de vigilar por la pureza de la doctrina y de las costumbres y por la ejecucion de los reglamentos dados por el sabio Pontífice.

De la Universidad pasamos al Colegio romano, en el cual nos hicieron los honores los excelentes padres Marchi y Perrone. Bajo el aspecto de la importancia, este soberbio establecimiento rivaliza casi con la Universidad. El gran Papa Gregorio XIII lo fundó en 1582, lo dotó con ricas rentas y confió su direccion á los Jesuitas. Conforme á las intenciones del Pontífice, hay clases en las cuales se enseñan las diferentes ciencias desde las más elementales hasta las más elevadas. Allí se admiten no solo los Romanos, sino tambien á los extranjeros de cualquiera nacion que pueden graduarse. El Colegio romano cuenta mil cien estudiantes, todos externos, y un gran número de profesores conocidos de toda la Europa sábia; tales son entre otros los padres Vico, Marchi, Perrone y Secchi. Independientemente de las humanidades se enseña:

La teología dogmática y moral.

El derecho canónico.

La elocuencia sagrada.

La liturgia.

La filosofía.

La física moral.

La física.

La química.

Las matemáticas trascendentales.

Las lenguas y las literaturas hebrea y griega.

En las partes superiores de los edificios están la biblioteca, el observatorio y el célebre museo Kiecher. La primera, compuesta de cerca de cuarenta mil volúmenes selectos, nos fué enseñada por el P.

Perrone, que hace de ella su domicilio durante el día y casi la noche. El sabio Romano es un tipo de ese género cuya vista resucita á los ojos del viajero las poéticas tradiciones de la Edad Média. Veis bajo un vestido de sayal negro, rojo ó blanco, á un religioso de continente grave, de maneras afables y modestas, adornada la cabeza con la antigua birrete y el rostro con una magnífica barba. Está sentado en un gran sillón de piel, venerable silla curul de la ciencia. Delante de él se extiende una ancha mesa cubierta de papeles más ó menos borroneados y rodeada como de una constelacion, de papeleras giratorias, cargadas de in-folios y de manuscritos; á la derecha está el tintero, tal vez secular, en el cual se han mojado tantas plumas sábias; á la izquierda la clásica caja de polvos con el *fazzoletto* de algodón; en todas partes los pequeños accesorios que anuncia la paciente aplicacion del erudito y la extension de sus sesiones con los muertos. Si es cierto que la ciencia sólida y concienzuda demanda la calma de la soledad y se liga poco con las distracciones y los placeres de la vida humana,

Non facet in molli veneranda scientia lecto,

el espectáculo que acabo de describir no es indiferente; da fe á las *indagaciones romanas*, como á los estudios benedictinos. De hecho, estos sabios á quienes los inventores de la *literatura fácil* encuentran anticuados, se llaman: Vico, Mai, Ventura, Marchi, Perrone, Secchi, Orioli, Micara, Mezzofanti; y sus antecesores: Tomás de Aquino, Suarez, Barónio, Belarmino, Boldetti, Mamachi, Winckelman, Marangoni, etc., etc.

En el museo encontramos al P. Marchi explicando los planos de las catacumbas de Santa Inés. Bajo su direccion nos fué dado visitar con gran interes las numerosas colecciones de antigüedades de már-

mol, bronce, de tierra cocida, que colocan al museo Kircher inmediatamente despues de los de Nápoles, del Vaticano, de Florencia y de Paris.

Religioni ac bonis artibus; estas do palabras grabadas en letras de oro sobre la gran puerta del colegio romano, anuncian bastante el espíritu y el objeto de la enseñanza que allí se da. ¿Es necesario añadir que el corazon y el carácter de los jóvenes, de cuyas cosas se ocupa poco ó casi nada nuestra Universidad, es para los sabios religiosos el primer objeto de su paternal solicitud? Nada hay más completo, ni mejor entendido que su sistema de educacion moral. Así, la recompensa incontestable de tanto desinteres, es la autoridad real que los buenos padres conservan sobre sus escolares.

En Roma se hacen recuerdos de un hecho que debe tener aquí su lugar. En 1831, en la época de las turbulencias de la Romanía, todas las Universidades se vieron obligadas á suspender sus cursos, mientras el colegio romano siguió pacíficamente sus trabajos.

Para acabar la historia de los medios por los cuales favorece Roma el progreso de la ciencia, me resta decir una palabra sobre las bibliotecas. Niuguna ciudad en Europa cuenta tantos depósitos de concimientos humanos como Roma. Además del gran número de las que existen en los conventos, hay once bibliotecas abiertas al público: *la Vaticana, la Casanatense, la Angélica, la Alejandrina, la Lancisiana, la Ara Coelitana, la Barberini, la Corsini, la Chigi, la Vallicellana, y la Albani.* La *Vallicellana*, establecida en el convento de San Felipe Neri, es muy rica, sobre todo, en manuscritos eclesiásticos é históricos.

De la misma manera que en el *Tabularium* del Capitolio, conservaba Roma antigua los hechos culminantes de

la historia de las naciones, así puede decirse que Roma moderna conserva en sus bibliotecas, depositarias de tantos millares de manuscritos, de cartas, de documentos religiosos, políticos, científicos, los archivos de todo el Universo. Pero mientras que Roma pagana ocultaba sus tesoros en una fortaleza, Roma cristiana abre los suyos á todo aquel que quiera tomarlos.

17 DE MARZO.

Las vilas.—Vila Albani.—Instituto de M. Campa.
—Vila Ludovisi.—Borghese.—Pamphili.

Desde hace tres meses nuestros estudios tenían por objeto á Roma pagana y á Roma cristiana. Sus monumentos, su espíritu, sus obras, su vida íntima habian ocupado sucesivamente nuestra atencion; ya era tiempo de salir del recinto de las murallas, y de explorar las numerosas riquezas del campo romano. Aquí tambien se encuentran las dos ciudades mezcladas entre sí; y so pena de no ver bien, será necesario marchar por segunda vez al dominio del paganismo y del cristianismo.

Uno de los objetos más interesantes y más frecuentemente descritos por los viajeros, son las vilas romanas. Si quereis imaginaros un palacio de una magnificencia á veces real, situado en medio de vastos jardines plantados de bosquecillos perfumados, y de estatuas de mármol de todas formas, de todas edades y casi siempre de gran mérito, con fuentes brotantes; en una palabra, con todo lo que pueda alhagar los sentidos, tendreis una idea de aquellas habitaciones suntuosas que llamamos *vilas* y que la lengua italiana, más explícita, llama *delizie*, delicias. Obligado à ser breve, hablaré solo de algunas: *Ab uno disce omnes.*

El viajero que sale de Roma por la

puerta *Salaria* encuentra á un cuarto de milla, no léjos de los antiguos jardines de Salústio, la célebre vila Albani. Debe su existencia á dos eclesiásticos, uno y otro hombres de gran talento. El cardenal Alejandro Albani, trazó él mismo los dibujos, cuya ejecucion encargó á Carlos Marchioni. Mientras se trabajaba en los edificios, el príncipe de la Iglesia, amante apasionado de las artes, consagraba una parte de su inmensa fortuna á formar vastas colecciones de estatuas, de bustos, de bajos relieves, de urnas, de columnas y de inscripciones. El inmortal abate Winkelman, el restaurador de la ciencia arqueológica, fué entre tanto encargado de poner en órden aquellas piedras, y ha formado con ellas uno de los más bellos é interesantes museos que se conocen.

Todo esto pasaba en la segunda mitad del siglo último.

Entre la multitud de obras maestras y de objetos raros que llenan los vestibulos, las galerías y los departamentos, admiramos sobre todo una pintura antigua que representa, á lo que se cree, á Livia y á Octavia sacrificando à Marte; á los hijos de Niobé atravesados por las flechas de Diana, bajos relieves de magnífica ejecucion; una Pallas de bronce, una Diana de alabastro con la cabeza, los piés y las manos de bronce; el Apolo Sarractone, matador de lagartos en bronce; el descanso de Hércules; el curioso Hermés de Mercurio con una inscripcion griega y latina que se admira con rubor, y el célebre bajo-relieve de Antinoüs. En una tabla de mármol de Paros, hallada en la vila de Adriano, se ve á Antinoüs esculpido de medio perfil, con el pecho y los brazos desnudos. La bóveda de la gran galería, pintada por Mengs, representa el Parnaso, cuyos acompañamientos de claro oscuro producen un excelente efecto. Vienen despues los bajos relieves de Diógenes en

su tonel, conversando con Alejandro; de Berenice, ofreciendo su cabllera por la vuelta de su marido Tolomeo Evergele; y de Dédalo fabricando sus alas; este último es de rojo antiguo y de exquisito trabajo.

A estas obras de primer orden es necesario añadir los bustos de un gran número de emperadores y de personajes célebres de la antigüedad; veintidos columnas antiguas de diferentes mármoles, y una de alabastro oriental admirablemente veteadas; un soberbio sarcófago con las nupcias de Peleo y de Thetis, en fin, el famoso candelabro con sus bailarinas, uno de los restos más exquisitos de la escultura antigua.

Nuestros ojos deslumbrados, pedían descanso en un espectáculo más dulce. Lo encontramos en el Instituto agrícola de M. Campa, inmediato á la vila Albani. Este establecimiento destinado á recibir jóvenes vagabundos ó detenidos correccionalmente, forma la pendiente de nuestro Mettray, pero le ha precedido. Un viajero frances que lo ha visitado ántes que nosotros, lo describe en estos términos: "Con una mediana fortuna y una voluntad firme, llegó á reunir Pablo Campa enteramente á sus expensas, ochenta y cinco niños en un dominio de veinte rubbis (treinta y siete hectaras), y hasta hace poco tiempo le concede el tesoro público diez escudos anuales. Siendo el objeto del establecimiento retirarles del vicio y hacer de ellos agricultores, todos son sucesivamente dedicados, segun sus edades y fuerzas, y bajo la direccion de los maestros, á los diversos trabajos del campo y á los cuidados de las bestias y de los ganados; les están confiadas diez y ocho vacas y bueyes de labor. Si durante el invierno, la mala estacion suspende la obra exterior, se les ocupa en fabricar sombreros de paja, cestos, utensilios de hueso y de madera en todo lo que concierne á los

vestidos, calzados de los campechinos y reparaciones de una quinta.

"Se levantan temprano y se emplean todo el dia en trabajos manuales. Por la noche hay dos horas consagradas á la instruccion religiosa, á la lectura, á la escritura, al cálculo y á los elementos de música; porque para dar encanto al trabajo, cantan á menudo en coro, y siempre, al volverse á la casa por la noche y en los momentos de la comida; además, este arte se aprovecha en las parroquias rurales y pueden contribuir á su bienestar. El alimento se compone en general de pan, frutas y legumbres, beben vino mezclado con agua y no comen carne más que los domingos y dias de fiesta; en todo se les acostumbra al régimen que deben encontrar en las operaciones rurales. A pesar de esta alimentacion, casi únicamente vegetal, gozan de una buena salud y de una alegría notable. 1"

No pueden salir del establecimiento bajo ningun pretexto. Esta sabia medida, les pone al abrigo de las recaídas, evitadas, por otra parte, por su propia voluntad. Conducidos por la dulzura y por la religion, aman á su asilo y á su bienhechor, á quien llaman padre; y se nos decía que ninguno habia tratado de escaparse de un local que no tiene más que cercas en lugar de puertas.

Cuando llegan á la edad de veinte años se les coloniza en los lugares ménos malos del campo romano. Los que salen serán reemplazados por nuevos adoptados y el Instituto llegará á ser un seminario de labradores instruidos que sirvan de modelo á los campesinos rutineros.

Después de haber visitado de nuevo el *agger* de Sérvio Túlio y el Campo Malvado, tumba viva de las Vestales, entramos gracias á una licencia escrita, á la vila

1 M. Fulchiron *Estados Romanos*. I. 3 l. 1.ª parte, p. 327.

Ludovice. Ocupa una parte de los Jardines de Salústio, confina con las murallas de la ciudad y merece la atención del viajero por su famosa *Aurora* del Guerichino. La diosa sentada en su carro, sube al horizonte, arrojando delante de sí á las tinieblas de la noche y sembrando flores à manos llenas. Este fresco en el cual se encuentra que el Guerichino se ha excedido á sí mismo, adorna la bóveda del Casino, situada al centro de la vila.

Bajando por la vertiente del Pincio, llegamos á la magnífica vila Borghese. Todos los recursos que pueden suministrar la fortuna y el gusto apasionado por las bellas artes, hereditarios en una familia de príncipes, ha sido empleado desde hace tres siglos en el embellecimiento de aquel lugar de delicias. Llegando por la entrada occidental, vuelta hácia la puerta Flaminiana, se encuentra el viajero en frente de un soberbio pórtico, que reproduce con exactitud los más célebres propyleos 1 de la Grecia y del Asia Menor, tales como los de Atenas y de Eleusis, de suerte que tiene á la vista un monumento completo de estilo griego. A la izquierda de la magnífica avenida que conduce á una gran fuente, hé aquí un lago de agua limpia, alimentado por un arrollo que cae de cascada en cascada; luego ved las imponentes construcciones subterráneas de Pincio, cuyas bóvedas veinte veces seculares presentan un aspecto sério y enteramente clásico. Delante de la fuente, se bifurca la avenida. El brazo izquierdo conduce á un arco de triunfo imitado del antiguo y coronado con la estatua de Séptimo Severo, en medio de dos esclavos; pasa en seguida al templo Tetrastilo de Esculápio, adornado con una estatua antigua del dios de la Medicina; luego al pórtico de un templo egipcio precedido de dos obeliscos.

1 Vestíbulo de un templo, peristilo de columnas.—N. del T.

Después se os presenta desplomado y suspendido en el vacío el ángulo de las construcciones subterráneas del Pincio. Esta obra en forma de red lleva el pensamiento al fin de la república y recuerda al opulento Domicio Ænobardo, que lo mandó construir para apoyar sus magníficos jardines.

El brazo derecho de la gran avenida llega directamente al Casino llamado *de Rafael*, porque fué la morada del inmortal artista. Más léjos se encuentran escalonados, en medio de las fuentes, lagos y bosquecillos, el templo monóptero 1 de Diana, el Hipódromo y el famoso Casino, en otro tiempo depositario de los monumentos del antiguo Gabies, trasladados á Paris durante la ocupación Francesa. A la caída del imperio, el príncipe Camilo Borghese reclamó vivamente aquellos ricos tesoros, pero sus demandas fueron rechazadas. Tomó entonces la resolución de formar un nuevo museo, que bajo muchos puntos de vista, rivaliza con el primero.

En el centro de este paisaje tan rico y tan variado, se levanta el palacio cuya descripción artística sería infinita. En los diferentes salones, todos á cual más brillantes, se admira la cabeza colosal de Diana de un trabajo exquisito; la diosa tiene las orejas agujeradas, indicio de los zarcillos que llevaba; la estatua, perfectamente vestida de una sacerdotisa, colocada en un altar sepulcral, con el epitafio en versos griegos, de una célebre cantatriz llamada Musa; la cabeza de Vespasiano, en pórfido; la estatua de Ceres en mármol pantélico; de tamaño natural, considerada como la más perfecta de todas las que representan á la diosa de las cosechas; la estatua de Hércules colocada en un gran sarcófago adornado con excelentes bajos relieves que reproducen los cinco primeros trabajos del

1 De una sola hilera de columnas.—N. del T.

semi-dios, el leon de Nemea, el hydra de Lernes, el jabalí de Erimanto, la Cier-va de piés de bronce, y los Stymfálidas atravesadas por flechas; en fin, el famoso bajo relieve de la educacion de Telefo, obra maestra del tiempo de Adriano, tan delicadamente trabajada que podria tomarse por un camafeo. Las columnas antiguas de mármoles raros, las jarras de bronce y de alabastro, los mosaicos, las inscripciones, las pinturas, las esculturas y otros mil objetos tan raros como preciosos, abundan en aquel palacio de las Musas y producen la pena de no poder describir todo.

Volvimos á entrar á la ciudad por la puerta del Pueblo, y caminando á lo largo del muelle de Rippetta, trasladamos nuestra admiracion más allá del Tíber, á la vila Pamphili. Iguales riquezas é igual variedad que en las precedentes. No obstante, dos cosas la distinguen y merecen la atencion particular del viajero; los Columbarios y el Hemieyelo. A la derecha de la primera avenida se ven muchos Columbarios, hallados hace veinticinco años. Este descubrimiento es precioso desde luego porque indica, á no dudarlo, la direccion de la via Aureliana, y ademas porque la construccion notable de estos monumentos y de sus numerosas inscripciones, suministran los más interesantes pormenores sobre los usos funerarios de los antiguos. En el centro de la vila está el Hemieyelo rodeado de bonitos nichos de mármol, de los cuales brotan límpidas aguas, murmurando en forma de pequeñas fuentes, que caen en recipientes elegantemente trabajados. Antiguos bajos relieves y estátuas unen las fuentes entre si y forman alrededor del Hemieyelo un cordón continuo de obras maestras. En el centro se levanta una magnífica rotonda en cuyo fondo está una estátua de Fainio tocando la flauta. La vila entera, compuesta de soberbias avenidas, de bosquecillos,

de jardines adornados con un pueblo de estátuas, con deliciosas fuentes, con muchas caidas de agua y con una suntuosa habitacion, no tiene ménos de cinco millas de circunferencia.

No debe parecer extraño encontrar en las inmediaciones otras diez vilas tan interesantes como las que acabamos de ver. Tal es, con las obras de caridad, el noble uso que hacen de su fortuna las grandes familias de Roma. ¡Ojalá el espíritu mezquino del industrialismo, no pueda dar semejante curso á sus riquezas y á sus gustos!

18 DE MARZO.

Pirámide de Céstio.—Explicacion arqueológica de este monumento.—Diccionario de los siglos.—Cuán útil es al viajero en Italia.

Antes de pasar el recinto de Roma por la puerta de Ostia, se encuentra cerca de las murallas uno de los monumentos más importantes y mejor conservados de la antigüedad pagana; ya mencioné el sepulcro de Cayo Céstio. Forma una pirámide cuadrangular de ciento trece piés de altura, sobre ciento setenta y seis de anchura, encima del basamento. Esta masa gigantesca está revestida en el exterior con placas de mármol blanco de un pié de espesor; la estátua de Céstio coronaba el mausoleo. En los dos ángulos de la fachada occidental se levantan dos pequeñas columnas estriadas, coronadas con elegantes capiteles. Fueron halladas y reparadas por orden de Alejandro VII, cuando mandó restaurar la pirámide. Se encontraron igualmente dos zócalos de estátuas con una preciosa inscripcion conservada en el Museo del Capitolio.

Para comprender el monumento es necesario estudiar la inscripcion de que acabo de hablar, las que están grabadas so-

bre la pirámide misma y las pinturas de la cámara sepulcral. Hé aquí la inscripción capitolina:

M. VALERIVS. MESSALIA. CORVINVS.

P. RVTILIVS. LVPVS. L. JVNVS. SILANVS.

L. PONTIVS. MELA. D. MARIVS.

NIGER. HEREDES. C. CESTI. ET.

L. CESTIVS. QVÆ. EX. PARTE. AD

EVM. FRATRIS. HEREDITAS.

M. AGRIPÆ. MVNERE. PER.

VENIT. EX. EA. PECVNIA. QVAM.

PRO SVIS. PARTIBVS. RECEPER.

EX VENDITIONE. ATTALICOR.

QVÆ. EIS. PER EDICTVM.

ÆDILIS. IN. SEPVLCRVM.

C. CESTI. EX. TESTAMENTO.

EGVS INFERRE. NON LICVIT.

1.º En las cuatro primeras líneas nos da á conocer á los cinco herederos de Cayo Céstio.

2.º En las tres siguientes nos enseña que una parte de la sucesion de Cayo Céstio toca á su hermano Lúcio por liberalidad de Agrippa. Esta circunstancia es doblemente preciosa. Desde luego da testimonio de la costumbre en que estaban los Romanos de hacer herederos de una parte ó de la totalidad de su fortuna, á los grandes personajes del imperio y algunas veces al mismo emperador. Esta conducta extraña, pero que pinta muy bien las costumbres del tiempo, tenia muchos motivos. En unos era la adulacion á fin de atraerse los favores de un hombre poderoso, y lo declaraban públicamente su heredero. Tal fué aquel Sexto Pacuvio de quien habla Dion, que, despues de mil sajezas de todo género para captarse la benevolencia de Augusto, mandó anunciar un dia á este príncipe que le legaba toda su fortuna ¹. Otros tenian por objeto asegurar á su familia la proteccion de algun gran personaje. Ciertos de la buena

fe de sus legatarios, le daban en fideicomisos una parte de su sucesion, á fin de volviere en favor de los herederos á quienes querian favorecer pero á quienes no permitian las circunstancias ponerles directamente en posesion (de ellos).

Tal es la inscripción, el caso de Lúcio Céstio. La entrega de la sucesion se llamaba un favor, un acto de liberalidad, como lo expresan estas dos palabras: *Agrippæ munere pervenit*. La buena fé y el desinterés eran raros entre los Romanos del tiempo del imperio; y como ninguna ley escrita obligaba á los herederos fiduciarios á entregar la sucesion, sucedia frecuentemente que no se cumplia con la voluntad del testador ¹.

Los abusos llegaron á ser tan escandalosos, que Augusto encargó á los cónsules que interpusiesen su autoridad para hacer cumplir los fideicomisos. Esta medida fué insuficiente y Claudio se vió obligado á crear magistrados especiales, *proctores fidei commissarii*, que velaran por la ejecucion de aquellas cláusulas testamentarias.

Las palabras de la inscripción, *Agrippæ munere pervenit*, tiene tambien la ventaja de fijar la época de la tumba de Céstio; ellas nos enseñan que se remonta al siglo de Augusto, de quien era yerno Agrippa. Así, podemos juzgar segun este monumento auténtico, de la arquitectura, de la pintura, del gusto y de la magnificencia de los Romanos en sus construcciones fúnebres.

3.º Las líneas quinta, sexta, sétima, novena y décima revelan otras particularidades no ménos interesantes. En ellas

¹ *Quia*, dice el Senado-Consulta Tibellius, nemo invitatus colebatur praestare id de quo rogatus erat; quia nullo vinculo juris, sed tantum pudore eorum qui rogabantur continebantur. Perque nade estaba obligado contra su voluntad á prestar aquello sobre que era rogado, pues solo estaban obligados por la buena fe de aquellos que eran rogados y no por vinculo de derecho.

vemos que Lúcio, Céstio consagró su parte de la sucesion fraternal á edificar el monumento de su hermano; que los herederos completaron la suma necesaria vendiéndolo las atálicas del difunto. Se llamaban atálicas los paños de oro adornados con pinturas de aguja, que servian de sobrecama para los lechos, de tapiz para las mesas y aun de capas.

Bajo este nombre estaban comprendidos tambien los vestidos preciosos, tales como las laticlávias, las pretextas, etc. Estos objetos de lujo, á los cuales habia dado su nombre Atalo rey de Pérgamo, eran de un valor inmenso 1. Los ricos tenian costumbre de quemarlos con el cuerpo de su propietario.

4.º Las tres últimas líneas nos enseñan que uno de los ediles estaba especialmente encargado de impedir aquel gasto no ménos ruinoso que inútil, que de hecho no le permitió á la familia de Céstio; que en consecuencia éstos emplearon el dinero proveniente de la venta de las atálicas en levantar una estatua á Céstio; en fin, que el edil podia tambien anular la cláusula del testamento que mandaba entregar á las llamas de una hoguera aquellas preciosas telas.

5.º El conjunto de la inscripcion unido á la existencia de una estatua que debia ser magnífica, á fin de no descomponer la soberbia tumba de Céstio, parece indicar claramente la enorme fortuna de este Romano, y sobre todo, el número y la riqueza de sus atálicas. ¿Pero quién era Cayo Céstio? La historia nada dice de él; y estaríamos reducidos á una completa ignorancia, si la segunda inscripcion no viniese á arrojar algunos rasgos de luz sobre una existencia que no tiene más gloria que su tumba. En la fachada oriental de la pirámide se lee:

C. CESTIVS. L. F. POP. EPVLO. PR. TR. PL.

VII. VIR. EPVLONVM.

OPVS. ABOLSVTVM. EX. TESTAMENTO.

DIEBVS. CCCXXX. ARBITRATV.

PONTI. P. F. CLA. MELÆ. HEREDÍS

A. POTH. L.

Estas palabras nos enseñan que Cayo Céstio era hijo de la tribu Popilia, la vigésimasétima del pueblo romano 1; que el sobrenombre de su familia era *epulo*, sin duda porque esta dignidad le habia tocado frecuentemente; que era ó que habia sido pretor, tribuno del pueblo y por fin miembro del Colegio de los Septemviro, *Epulones* 2. Este colegio estaba compuesto de siete sacerdotes encargados de preparar los festines públicos dados en honor de los dioses y de Júpiter en particular, con ocasion de una victoria señalada ó de una calamidad pública. Estos festines *epula*, se llamaban tambien *lectisternia*, porque se daban en los templos en donde estaban las especies de lechos en los cuales se depositaban las estatuas de los dioses.

Vimos en seguida que la pirámide fué levantada en trescientos treinta dias, segun una cláusula del testamento, y que la ejecucion de ella se confió á Poncio Claudio Mela, heredero, y á Poio, liberto del difunto.

Esta última indicacion hace comprender que los personajes nombrados en la primera inscripcion no eran herederos más que á título particular, mientras Claudio lo fué á título universal; además, que la costumbre de los Romanos era prescribir en su testamento la época en que debia erigirse su tumba 3, y por fin, que en esta circunstancia, la prontitud de la obra fué verdaderamente maravillosa.

1 Panoiu., *de Repub Rom*, lib II, p. 248.

2 Sacerdotes Romanos instituidos en 558 para preparar los sacros festines en dias solemnes.—N. del T.

3 Cod., lex. XLIV, *de Ered Instit.*

1 Plin., lib. 37, cap. 2.

Hé ahí lo que se refiere al exterior del monumento. El interior es igualmente digno de atención. Una pequeña puerta da entrada á la cámara sepulcral, á la cual se llega después de haber pasado un sólido cimientito de veintiocho piés de longitud, trece de altura y doce de latitud. La bóveda y las paredes están adornadas con pinturas todavía muy bien conservadas. Se ven allí divisiones cuyas líneas, regularmente trazadas, están esmaltadas de trecho en trecho con algunas flores. Esta forma decorativa se encuentra frecuentemente en las catacumbas. En el centro de los cuadrados inferiores brillan cuatro figuras de mujeres, y en los cuadrados, ó más bien los *cunei* superiores, cuatro Victorias con alas, teniendo en una mano la corona y en la otra el *sertum*, especie de listón que sirve para detener la corona ó la diadema. Todo este conjunto hace alusión á la dignidad y á los festines de Céstio, porque es difícil no reconocer en él un *lectisterium*, ó comida en honor de los dioses.

De las cuatro figuras de mujeres, dos están en pié, la primera lleva en la mano derecha una jarra de forma etrusca, que sirve para contener el agua lustral. En su mano izquierda descansa un plato en el cual se ven algunas yerbas y uno de aquellos pasteles llamados *placentum*, manjares comunes en los festines sacros. En las manos de la segunda se ven dos flautas largas, de que se hacía uso, según dicen los autores, en las solemnidades religiosas. Las dos últimas figuras están sentadas; la una tiene un libro, sin duda para recordar los libros sibylinos que no se dejaban de consultar en las ocasiones importantes, para conocer al dios á quien debían dirigirse súplicas ó acciones de gracias; la otra está colocada delante de una mesa redonda y representa la actitud que tomaban las mujeres en las comidas sagradas ó do-

mésticas; ellas comían sentadas y los hombres acostados.

En esto se ve también la costumbre que tenían los Romanos de adorar sentados. "Querían con esto, dice Plutarco, mostrar el buen éxito de sus oraciones y la duración de los favores que habían conseguido 1." En los mismos departamentos están pintadas jarras, cuya tamaño, más que ordinario, indica que su destino no es para las comidas de los particulares, sino para los festines de los dioses; además, hay un candelero cuya presencia indica las solemnidades nocturnas llamadas *peruigilia*, tan celebradas á menudo en honor de los dioses.

En cuanto á las Victorias, están allí para decir en qué circunstancia habían tenido lugar los banquetes servidos por los septemviro epulones. Estas explicaciones plausibles en sí mismas, me parecen confirmadas por el uso universal de poner en las tumbas todo lo que podía recordar la vida y las funciones del difunto.

La pirámide de Céstio, rica en interés para el arqueólogo, no lo es menos para el filósofo. Si todo lo que tiene su razón de ser en los consejos de la Providencia, y si todos los pensamientos de Dios tienden al bien de la humanidad, se pregunta uno á sí mismo: ¿Para qué se ha levantado este magnífico sepulcro á un hombre que no ha dejado ninguna huella en la historia? Por qué, á diferencia de tantos otros, que se han reducido á polvo, este mausoleo permanece en pié en un estado admirable de conservación? El observador cristiano no se engaña en esto; la tumba de Céstio es un monumento encargado de repetir á las generaciones la existencia de una ley social que importa no olvidar nunca. Ella recuerda que todos los acontecimientos, felices ó desgraciados, están en

la mano de Dios, y que Roma, la señora del mundo, estaba de tal modo convencida de esta verdad, que habia establecido un sacerdocio permanente, destinado á aplacar ó á dar gracias á la Divinidad por medio de sacrificios públicos, en los cuales tomaba parte la ciudad entera. Cuando se piensa en la ceguedad de las naciones de nuestro siglo, se ha adivinado una de las causas de ella ¿qué digo? la única causa tal vez por la cual la Divina Providencia ha conservado la pirámide de Céstio.

Hé aquí en su parte brillante la historia del monumento. Pero tales como fueron, y tales como sean todavía su magnificencia y su solidez, este sepulcro ha debido sufrir la acción del tiempo. La urna que contenia las cenizas del opulento Romano ha desaparecido, así como la estatua que coronaba el edificio. La pirámide misma pedia hace dos siglos un protector inteligente que reparase sus ruinas y le conservase su forma primitiva. La mano de un Papa le hizo este noble servicio; ¡lo ha hecho á tantas otras! Abajo de la segunda inscripcion leéis:

IN STAVRATVR. AN. DOMINI. MDCLXIII.

“Restaurado el año del Señor 1673.”
Y el viajero bendice el nombre de Alejandro VII.

Esta excursión á los terrenos de la arqueología nos pareció muy interesante; pero ella supone muchos conocimientos indispensables, entre otros la manera de leer las inscripciones. Todo el mundo sabe que en la escritura monumental se encuentra una multitud de abreviaturas; que muchas veces una sola letra basta para indicar una palabra. Cuando no se posee la llave de esta especie de jeroglíficos, sucede á cada momento que se ve uno detenido por inscripciones indescifrables. Así se recorren los columbarios, los obeliscos, los arcos de triunfo y los museos, sin entender nada y

por consiguiente sin utilidad real y casi sin gusto. La forma exterior os atrae, tal vez la admirais; pero el monumento mismo es un testigo mudo, un libro cerrado que nada os dice y que teneis la pena de dejarlo sin haberlo comprendido; lo digo por haberlo experimentado más de una vez. Esto es á la vez una desgracia real, de la cual no puede consolarse el viajero sério, atento, y una desgracia bastante común atendiendo á que el conocimiento de los siglos no es muy familiar, segun temo, á un gran número de viajeros. He creído, pues, hacer una cosa tan útil como agradable, colocando al fin de mi *Diario* un diccionario explicativo de las abreviaturas más comunes y principales de los siglos, con nociones sobre los usos y las dignidades, los hechos cuya inteligencia es necesaria para tener una idea neta de la inscripcion y del monumento que traduce.

No léjos de la pirámide de Céstio está el cementerio de los protestantes. Esta inmediación tiene algo de penosamente significativo. ¡Ni en las tumbas de nuestros hermanos extraviados, ni en el mausoleo del sacerdote pagano se levanta el signo cristiano de la esperanza! Ahora bien; cuando se muestra la cruz en pié sobre las ruinas del hombre, á la manera del mástil encima del navío naufrago, ¿no debe creerse que todo ha perecido? Además, recordaré de paso que cavando la fosa que rodea el cementerio protestante, se encontraron los preciosos fragmentos del plano de mármol de la antigua Roma.

Ibamos á pasar la puerta de Ostia y á encaminarnos hácia San Pablo *extra-muros*, cuando al mirar nuestros relojes quedó demostrado que la pirámide de Céstio habia tenido á bien tomarnos en su provecho todo aquel día. Fué necesario tocar retirada; ya la noche bajaba á grandes pasos de las montañas de la Sabina, y nos

cubrió con sus primeros velos cuando volvimos á la ciudad.

19 DE MARZO.

Puerta Trigemina.—Gapilla del Adios.—San Pablo *ex-tramuros*. Santos Vicente y Anastasio.—San Pablo *tres fuentes*.

Emprediendo de nuevo la expedicion de la víspera, llegamos á buena hora á la puerta de San Pablo. Ha sido llamada sucesivamente *Trigemina*, *Minucia*, *Navaes*, *Ostiensis*, á causa, ya de los tres Horacios que la pasaron para ir al combate, ya por su forma, ya por las restauraciones, ya por los lugares adonde conducia: y ha cambiado todos estos nombres por el del grande Apóstol, á quien vió pasar en la circunstancia más memorable de su gloriosa existencia.

Cuando el cristiano atraviesa su doble arco, tiene la certeza de pisar sobre los pasos de San Pedro y San Pablo. Los dos apóstoles que estaban encerrados en la prision Mamertina el mes de Octubre del año 65, fueron sacados de ella el 29 de Junio de 66 para ir juntos al martirio.

Acababa de pasar la puerta Trigemina, cuando los lictoris ejecutaron la órden que habian recibido de separarles. Pedro fué llevado al Vaticano en donde encontró la cruz, y Pablo siguió su camino hácia las aguas Salvianas que debia inmortalizar con su muerte. 1.

La inspeccion de los lugares hace desde luego difícil de comprender el órden y el itinerario de los dos prisioneros. El Vaticano y las aguas Salvianas, están en dos puntos opuestos de Roma; y siguiendo la misma línea de la prision Mamertina, se encuentra uno en su medio. ¿Por qué pues no separar á los prisioneros en los umbra-

les del calabozo ó por lo ménos en medio del *Forum* despues de la flagelacion de costumbre? ¿Por qué esta marcha y contramarcha? Desde luego, ¿carecerá de fundamento, suponer que Neron haya querido aterrorizar á los cristianos y á los que quisieran serlo, paseando por toda la gran Roma á los dos jefes de la nueva religion, á quienes mandaba llevar al suplicio? Además, ¿seria calumniar á Neron decir que mandando crucificar en el Vaticano en donde estaba el palacio imperial, al anciano á quien los fieles miraban justamente como á su patriarca, y que les gobernaba hacia veinticinco años, quiso este príncipe, como ya lo habia hecho con los cristianos, alimentarse con los tormentos de aquel que era á sus ojos el enemigo capital del imperio y que en otro tiempo habia encendido su cólera ocasionando la muerte de su semi-dios favorito, Simon el mago? 1.

Como quiera que sea, los numerosos cristianos que seguian á los Apóstoles fueron testigos de su separacion, y un venerable monumento indica el lugar mismo en que tuvo lugar. Este es una pequeña capilla situada á la izquierda de la vía de Ostia, á muy poca distancia de la puerta de San Pablo. En el frontispicio se lee la inscripcion siguiente, escrita en italiano antiguo:

IN QVESTO LVOGO SI SEPARARONO S. PIETRO
ET S. PAVOLO ANDANDO AL MARTIRIO ET DISSE
PAVULO A PIETRO.

LA PACE SIA CON TECO FVNDAMENTO
DE LA CHIESA ET PASTORE DI TVTTI
LI AGNELLI DI CHEISTO
ET PIETRO A PAVOLO

VA INPACE PREDICATORE DE BVONI
ET GVIDA DE LA SALVTE DE GIVSTI 2.

1 Baronio piensa que San Pablo fué conducido más allá de la puerta Trigemina, porque era el cuartel de los pobres y por consiguiente de la mayor parte de los cristianos, y San Pedro al Vaticano, más allá del Tíber, porque era el cuartel de los judíos. *Ann.*, t. I, p. 477, n. 9.

2 Dionysius, *in Epist ad Timotheum*.

1 Toggino *De Romano divi Petri itineri et episcopatu*, p. 386.

«En este lugar se separaron San Pedro y San Pablo, yendo al martirio, y Pablo dijo á Pedro: La paz sea contigo, fundamento de la Iglesia y pastor de todos los corderos de Cristo. Y Pedro dijo á Pablo: Ve en paz predicador de los buenos y guía de la salud de los Justos.»

Estas líneas preciosas atestiguan dos hechos perfectamente distintos: la separacion de los dos Apóstoles en aquel lugar, cuando iban al martirio y los adioses que se dirigieron para no volverse á ver sino en el cielo. El primero está fundado en la tradicion de los siglos, perpetuada en la pequeña capilla. El segundo descansa en la autoridad de San Dionisio que ha cuidado de conservarnos los adioses apostólicos, si no en cuanto á las palabras al ménos en cuanto al sentido. 1 Aunque no esté escrito en la inscripcion, hay un tercer hecho que recuerda la *Capilla del Adios*, de que dan testimonio igualmente la tradicion y la historia. Cuando los dos venerables ancianos 2 se abrazaron por la última vez, segun la costumbre de los cristianos, y que cada uno tomó el camino de su martirio, Pablo apercebíó en la multitud una noble matrona, llamada Plautilla 3 bautizada por San Pedro. El Apóstol la pidió su velo para cubrirse la cabeza durante la ejecucion, 4 prometiéndola que muy pronto le seria devuelto, y ella se lo dió con gusto. La capilla indica tambien el lugar en que tuvo lugar este acto de valerosa caridad 5.

A la vista de aquella venerable capilla

1 Véase sobre la autenticidad de esta carta de San Dionisio á Toggino, *Derom divi Persi etc.*, p. 25 y 26.

2 San Pablo tenia sesenta y ocho años. San Crisóstomo *Orat in Princip Apóstol.*; y San Pedro era todavía mayor.

3 Es la madre de Santa Flávia Domitila.

4 Tal era la costumbre entre los Romanos. Josefo y las Actas de San Cipriano, etc., etc., dan fe de ello.

5 Baron., *Ann.*, t. I, p. 478, n. 10.

cae uno de rodillas, ora, ama, bendice y no es posible levantarse sino para irse á prosternar de nuevo en la Basilica poco distante de San Pablo *extra-muros*. Hé aquí, en efecto, uno de los más augustos santuarios de la Ciudad Eterna. San Pedro *extra-muros*, una de las cinco iglesias patriarcales, fué fundada por Constantino á ruegos de San Silvestre, en la parte de una catacumba perteneciente á Santa Lucina, en donde habia sido sepultado el gran Apóstol despues de su martirio. Un rescripto de los emperadores Valentiniano II, Teodosio y Arcadio, fechado el año 386 y conservado en los archivos del Vaticano, ordena á Salustio, prefecto de Roma, que reedifique aquella iglesia sobre un plan más vasto y con más magnificencia. Todos los soberanos Pontífices se han impuesto el deber de conservar y embellecer aquel venerable monumento del cristianismo.

La Basilica habia llegado tal vez á su más alto punto de magnificencia, cuando la noche del 15 al 16 de Julio de 1823, un violento incendio ocasionado, segun se dice, por la imprudencia de un plomero, redujo á cenizas la mayor parte de aquel irreparable edificio. Al momento Leon II, de gloriosa memoria, mandó reconstruirlo; los trabajos no han sido interrumpidos, pero están muy léjos de terminarse.

Muchos príncipes han venido en ayuda del Pontífice. Los dos soberbios monolitos que adornan la entrada de la gran nave, han sido enviados por el rey de Cerdeña; y Mehemet-Ali ha hecho donacion de cuatro magníficas columnas de alabastro, de cincuenta piés de altura.

Tal es en pocas líneas la historia de aquella Basilica; el inventario de sus riquezas exigiria un volúmen entero. Lo poco que voy á decir de ellas bastará para hacer comprender la generosidad verdaderamente real y la fe viva de los siglos

cristianos y la profunda veneración con que rodean al gran Apóstol Constantino; según su costumbre, enriqueció la nueva iglesia con una prodigiosa cantidad de jarras, de candelabros, de estatuas de oro y de plata. Las emperatrices rivalizaron en generosidad con los príncipes sus esposos y sus hijos, Galla, Placidia, hija de Teodosio, esposa de Constancio y madre de Valentiniano, mandó hacer el soberbio mosaico del coro que existe todavía. A los señores del mundo se juntaron los soberanos Pontífices y los particulares.

Las pinturas, los tabernáculos de plata, los pavimentos de mosaico, el *matroneum* ó recinto reservado para las mujeres, fueron obra de los Papas Simaso, Gregorio II, Gregorio III, Adriano I, etc.

Este último restauró también el pórtico levantado por piedad de los fieles, desde los muros de la ciudad hasta la iglesia, es decir, en una longitud de tres millas. Aunque no existe sino desde el siglo X, cuando se ha visto el de Bolonia, se puede formar una idea de la magnificencia de esa obra, digna por su carácter grandioso de la piedad romana.

La célebre puerta de bronce, una de las maravillas de San Pablo, fué hecha en Constantinopla en 1070 á expensas del cónsul romano Pantaleon. En ella se veían en relieve los Profetas, los Apóstoles y los principales rasgos de su vida. Esta puerta, fundida por el incendio, no existe más que en pedazos. Felizmente el fiel buril de Nicolás ha conservado su imagen, la arqueología cristiana no lo ha perdido todo.

Ciento treinta y dos columnas sostienen la Basílica y la dividen en cinco naves. Veinticuatro eran de mármol frigio, de un trabajo exquisito, de orden corintio y extriadas en las dos terceras partes de su altura. Su origen las hacía más preciosas todavía; provenían, ó del mausoleo de

Adriano, ó de la basílica Emiliana en el Forum. Los altares estaban adornados con treinta columnas de pórfido, las paredes de la nave del centro cubiertas con pinturas del siglo nono, y todas las divisiones del pavimento estaban hechas con mármoles preciosos. De tantas riquezas casi nada se ha conservado por el incendio; lo que no destruyó lo perjudicó más ó ménos.

Deben exceptuarse los objetos siguientes: los mosaicos de la fachada, obra de fines del siglo décimo tercio; el pórtico de la iglesia, adornado con doce columnas; de las cuales cuatro son de granito; la famosa urna del siglo tercero que se encuentra bajo el pórtico. Está cubierta con bajos relieves de mediano trabajo que representan la infidelidad y el suplicio de Marcia, la apoteosis de un poeta trágico y pequeños géneos subidos en navíos que entran al puerto, símbolo de la otra vida. Por fin, el gran mosaico de Honorio III sigue decorando la ábside del coro. En medio del crucero se levanta el altar principal, en donde descansan la mitad de los cuerpos de San Pedro y de San Pablo.

Una parte de las cadenas del grande apóstol, se conserva en una de las capillas inmediatas de que hablaré más tarde. Alrededor de sus jefes están formados una multitud de mártires y de todas condiciones; de suerte que, San Pablo *extra-muros*, lo mismo que las otras basílicas de Roma, es un cielo sobre la tierra.

Componen el cortejo de los dos apóstoles: San Timoteo, San Matías, Santiago el Mayor, Santiago el Menor, San Bartolomé, San Mateo, San Lucas, sus gloriosos compañeros de armas, cuyos cuerpos, en todo ó en parte, descansan en el augusto santuario. Vienen en seguida los santos Pontífices Félix III, Sixto I.º, Alejandro, Fabiano, Gregorio; los grandes diáconos Estéban, Lorenzo, Vicente; los márti-

res Celso, Juliano, Basíliza, Epafras, Zenon, Victorino, Constancio y Marciano; por fin, las vírgenes cuya frente está ceñida con una doble corona, Gaudencia, Elvía, Diana, Sátira, Inés y Justina, acompañadas de otras muchas.

Quando el viajero cristiano ha rendido el homenaje de su fé, de su gratitud y de su confianza á aquella augusta asamblea de hermanos, de hermanas, de protectores y de modelos, va á prosternarse á la capilla del Crucifijo, delante del Cristo tantas veces milagroso que habló á Santa Brígida; luego entra al claustro que toca á la Iglesia. Allí estudia con amor las graciosas columnillas de los pórticos, maravillas del arte de la Edad Média; luego las numerosas inscripciones antiguas incrustadas en las paredes por las manos hábiles de los benedictinos, á quienes confió el Papa Martin V el cuidado de la basílica.

Una milla más léjos, siguiendo el camino solitario trazado entre numerosos accidentes de terreno, se atraviesan sobre un puente estrecho las *aguas Salvianas*. La vista de este arroyo os hace estremecer, porque recuerda vivamente la muerte del grande Apóstol. Bien pronto estais enfrente de las iglesias de los Santos Vicente y Anastasio y de Santa María *Scala Cœli*, que con la de San Pablo forman un triángulo prolongado. Aquí se ve tentado el peregrino católico de quitarse el calzado; tan santa así es la tierra que va á pisar. La iglesia de los Santos Vicente y Anastasio ha visto á San Bernardo orando sobre sus losas y sacrificando en sus altares.

¿Preguntais tal vez cómo se encontraba en estos lugares el abad de Clairveaux? La iglesia de San Anastasio, con el monasterio inmediato, edificada en 625 por Honorio I, restaurada en 772 por Adriano I, reedificada por San Leon y magníficamente dotada por Cárlo Magno en 800,

fué cedida en 1140 por el Papa Inocencio II á los religiosos de Citeaux. El primer superior de la nueva colonia llegó á ser, algunos años más tarde, el Papa Eugenio III; á esta doble circunstancia se debe el viaje de San Bernardo. El estilo romántico domina en la iglesia de San Anastasio mezclado con un carácter de pureza y de vigor muy notable; los doce Apóstoles, frescos degradados de Rafael, adornan las pilastras y numerosas reliquias enriquecen los altares. El Oriente y el Occidente están allí representados, el primero, por San Anastasio martirizado en Persia bajo Chosroes; el segundo, por San Vicente, la gloria de España. La mayor parte de sus cuerpos sagrados reunidos en aquel lugar, está allí como para servir de testimonio á la unidad y á la catolicidad de la fe.

Hé aquí á pocos pasos de distancia, nuevos testigos no ménos ilustres y numerosos; estamos en la iglesia de Santa María *Scala Cœli*. Bajo nuestros piés descansan diez mil doscientos tres mártires, cuya sangre bebió la tierra que pisais. Aquí está la catacumba de San Zenon, en cuya puerta se lee:

HIC REQUIESCUNT CORPORA
S. MARTIRIS ZENONIS TRIBUNI
ET SOCIORUM MILITUM
DECEM MILLIUM
DUCENTORUM TRIUM.

“Aquí descansan los cuerpos del tribuno San Zenon mártir, y de los diez mil doscientos tres soldados sus compañeros.”

¿De dónde viene este ejército de mártires? ¿quién ha hecho semejante matanza de cristianos? El mismo emperador, responde la historia, que hizo exterminar en las gargantas de Agauna á la valiente legión Tebana. Queriendo Docleciano y Máximiano, exceder á sus predecesores, mandaron levantar en las crestas del Esquilino las Termas suntuosas que llevan todavía sus nombres. Cuarenta mil solda-

dos cristianos, condenados á las minas, fueron empleados en este trabajo que duró siete años. Para recompensarles, los magnánimos emperadores mandaron degollar aquellos generosos atletas, ó en el lugar mismo en que habian regado con sus sudores, ó en la *cuesta del Cohombro*, ó en fin, en las *aguas Salvianas*. El día 9 de Julio del año 298 se vieron bajar de las alturas del Esquilino diez mil soldados desarmados, extenuados por el cansancio y ya golpeados como viles esclavos; á su cabeza marchaban Zenon su tribuno y los otros oficiales; pasaron la puerta Trigemina y siguieron durante algun tiempo la vía de Ostia; luego, volteando un poco á la izquierda, entraron al fondo de un valle solitario, y cuando llegaron al lugar llamado *Gutta jugiter manans*, fueron degollados todos el mismo día y luego enterrados por los cristianos sus hermanos. 1

Se siente uno de tal modo absorto por aquel gran recuerdo, que apenas queda bastante atencion para examinar la iglesia. Fué reedificada en el siglo sexto por los cardenales Pedro Aldobrandini y Alejandro Farnesio; es de forma octagonal, y posee en la bóveda del coro el primer mosaico moderno en el cual se reúne el buen gusto á la riqueza del dibujo y del colorido. Un día, mientras San Bernardo decía aquí la misa por los muertos, se vió una escala milagrosa que tocaba desde la tierra al cielo y un gran número de ángeles que subian sus peldaños; de aquí viene el nombre de *Scala Cœli* que ha conservado siempre esta iglesia tantas veces reedificada.

1 Repertus est omnium numerus decem millium ducentorum trium, qui omnes cum Zenone tribuno, qui inter eos dignitate excellere videbatur, extra urbem porta Trigemina ducti sunt; et in concavo vallis, in loco dicto *Gutta jugiter manans*, an aguas Salvias, ad unum omnes necatisunt septimo Idus Julii, quo celebri memoria annuatim corundem triumphi dies natalis recolitur.—Baren., *Ann.*, t. II p. 506, n. 17.

El primer objeto que hirió nuestras miradas al salir, fué el frontispicio saliente de San Pablo *Tres-Fuentes*, sobre el cual brillaban, á los rayos del sol, estas palabras escritas en grandes letras de oro:

S. PAULI APOSTOLI MARTYRII LOCUS
UBI TRES FONTES MIRABILITER ERUPERUNT

“Lugar del martirio del apóstol San Pablo, en donde brotaron milagrosamente tres fuentes.”

Temblando se acerca uno á aquel venerable santuario, el temblor aumenta cuando se entra á él, y sobre todo cuando las miradas contemplan los objetos que encierra. Mirad en el ángulo de la iglesia; detrás de una reja de hierro, la columna á que fué atado Pablo cuando el hacha del licitor le cortó la cabeza. Esta columna ó más bien este trozo de columna es de mármol blanco y puede tener cinco pies de altura por cuatro de circunferencia. El altar del santo, distante algunos pasos, está adornado con columnas de pórfido negro, únicas en tamaño y en belleza. Al venir Pablo al suplicio, habia obrado muchos milagros, entre otros la conversion de tres soldados que formaban parte de la escolta, Longino, Augusto y Mégito, martirizados tres días despues; esto no era más que el preludio de milagros aun más grandes.

Así como la antorcha que está proxima á apagarse, arroja una llama viva, así Pablo, el infatigable predicador de los griegos y de los bárbaros, al espirar á vista de Roma, punto de reunion del universo, iba á llegar á ser más brillante y más milagroso en su muerte que en su vida. Tal como fué Dios en la cima del Calvario, así debia ser su heróico apóstol. La razon lo concibe. Antes de dejar el mundo, que habia llegado á ser su discípulo, Pablo le debia un milagro inmenso, eterno, que resumiese y confirmase todos los prodigios

de su vida, y que perpétuamente visible á los ojos de las generaciones, las afirmase en la doctrina de su Maestro hasta el día de la eternidad. Preguntando á la historia, responde que en efecto la Providencia ha desplegado en la muerte de Pablo toda la magnificencia de esta gran ley.

Su cabeza cae y se obran dos milagros. En lugar de brotar sangre, brota leche; la columna, la tierra, el brazo, la clámide del lictor se inundan con ella. 1 La cabeza da tres botes, y de los tres puntos del suelo que ha tocado, salen tres fuentes que corren todavía. Están encerradas en la iglesia, dejando entre sí cerca de cuatro piés de intervalo y conservando cada una de ellas su diferente temperatura. 2

Lo que se siente á la vista de aquellas aguas milagrosas, lo que se experimenta al acercarlas á los lábios, lo que se siente, lo que se pide, lo que se desea despues de ha-

1 Res quidem adeo insignis non tantum et dictis, actis (apostolorum Petri et Pauli), sed et alijs compluribus habetur testibus confirmatu. Nam et S. Ambrosius, *Serm.* 68, de re tam celebri et clara nec dubitatione aliqua obscurata his besbis meminit: "De Pauli vero, cervicæ, cuam eam persecutor gladio percussisset, dicitur fluxisse lactis magis unda quam sanguinis, et mirum in modum sanctum apostolum Baptismi gratia in ipsa cæde exstitisse splendidum potius quam cruentum. Quæ quidem res in sancto Paulo stupenda non est. Quid enim mirum si abundat lacte nutrito Ecclesiæ? . . . hæc est planè promissionis illa terra quam Deus patribus nostris promisit, dicendo: Dabo vobis terram fluentem lac et mel. Non enim de hac terra locutus est quæ dimanantibus aquis caenum involvit et utrunque permiscet, sed de illa tum Pauli, tum similium Pauli, cuæ jugiter purum suaveque distillat. Quæ enim Pauli epistola melle dulcior et lacte candidior? quæ epistolæ tanquam ubera ecclesiarum populos enutritum ad salutem. De cervicæ ergo Apostoli pro sanguine lac manavit." Sed et S. Joannes Chrysostomus, ejusdem veritatis gravissimus assertor, sic ait (orat. in Princ. Apost.): Qualis locustuum, Pauli, sanguinem excepit, qui lacteus apparuit in ejus veste qui te percussit? Qui quidem sanguis barbarieum barbarieum illius animum redfidem tradulciorer, ut ipse una cum cozio ad dens melle duceretur ita affectit.

Véase á Baron. *Ann.*, t. I, p. 478, H. 12

2 Baron. *Ann.*, t. I, p. 478, H. 13.

ber bebido de ellas, no hay un cristiano que deje de imaginárselo; pero solo puede saberlo el que ha gozado de esta delicia. Despues de la ejecucion, Plautilla envolvió en su velo la cabeza del Apóstol y la fué á depositar á la catacumba de Lucina en la vía de Ostia. Por los cuidados de Lucina, esta otra matrona igualmente digna de nuestros tiempos heróicos, el resto del cuerpo fué trasladado al mismo cementerio. 1 Mientras esto pasaba, el sacerdote Marcelo daba en el otro extremo de Roma, una real sepultura á Pedro, que acababa de espirar en las alturas del Vaticano.

Ya eran muchos los goces de un día; por otra parte, hubiéramos creído profanar semejante espectáculo si no nos hubiésemos quedado bajo las impresiones que produce; nos volvimos á Roma siguiendo de nuevo la vía que habia conducido á Pablo al triunfo.

20 DE MARZO.

Domingo de Ramos.—Anécdota.—Arco de Druso.—Vías Romanas.—Vía Apia.—Basilica de San Sebastian.—Recuerdos.—Inscripcion.—Vila de Maxencio.—Templo y Circo de Romulo.—Sepulcro de Cecilia Metella.—Iglesia del *Domine quo vadis*.—Palabras de San Ambrosio y de Suarez.

Si en la lengua católica, la semana que comenzamos se llama justamente *la Semana Mayor*, *la Semana Santa*, en Roma parece que debe merecer otro nombre, porque en ninguna otra parte del universo es tan grande, tan santa. Grandes sin

1 Baron., *Ann.*, t. I, p. 478, H. 13.—Son bien conocidas todas las instancias que hizo cuatro siglos más tarde la emperatriz Constantina para conseguir de San Gregorio Magro este velo precioso; son tambien conocidas las cartas en que este pontífice se excusa de no poderlo dar, atendiendo á que está siempre en el sepulcro de Pablo, que no debe ser abierto. *Epist.* lib. III, ep. 3.

duda y santas son las ceremonias que durante estos días memorables tienen lugar en Jerusalem en el lugar mismo de los acontecimientos; pero Jerusalem es la esclava de los Turcos. En su estado de pobreza y de desolación ¿qué pompa puede dar á sus augustos misterios? Por otra parte, Jerusalem no tiene ni olas innumerables de peregrinos que vayan de los cuatro ángulos del mundo y cuya presencia anime y engrandezca las fiestas de la religión, ni el Pontífice supremo que desde lo alto de su trono inmortal bendice á sus hijos después de haberse prosternado á sus piés; ni la lanza, ni la corona, ni los clavos, ni la columna, ni la cruz del Hombre-Dios, signos poderosos que conmueven hasta la última fibra del corazón; ni todo ese mágico conjunto de monumentos y de recuerdos que, llamando de sus tumbas á los siglos paganos y á los siglos cristianos, les hace asistir con vosotros al drama del Calvario, al mismo tiempo que se apodera de todas las facultades del alma y sucesivamente las eleva hasta la bondad de un Dios moribundo, ó las abate hasta la maldad del Judío deicida.

Todos los viajeros, según creo, están de acuerdo en decir que la dicha de ver las ceremonias de la Semana Santa en Roma basta para hacer emprender el viaje á Italia. Inútil es decir desde luego, que saludamos con particular alegría el sol que iba á iluminar el primer día. A las nueve estábamos en el Vaticano para asistir á la bendición de los ramos. En otro tiempo la ceremonia tenía lugar en la capilla Sixtina; pero por las numerosas súplicas de numerosos extranjeros que querían ser testigos de ella, Gregorio XVI decidió que en adelante se hiciese en San Pedro. Desde luego la vista de aquellas palmas artísticamente trabajadas trae á la memoria un interesante recuerdo.

Sixto V había resuelto mandar levantar

en la plaza de San Pedro el obelisco de granito rojo hasta la mitad, sacado de los escombros del circo de Nerón. La operación se encomendó al arquitecto Domingo Fontana. Este había dispuesto cuerdas, que debían insensiblemente mover el monolito, levantarlo y dirigirlo, sin accidente para los obreros, hácia el punto que debía ocupar. El 10 de Setiembre de 1586 fué el elegido para la erección. El arquitecto exigía un gran silencio para que pudieran oírse sus órdenes. Sixto V manda publicar un edicto por el cual anuncia que el primer espectador de cualquiera rango y de cualquiera condición que sea, que *profiera un grito ó turbe la operación, será al punto castigado de muerte*. Nadie es admitido en la plaza sin saber el rigor de la orden. Se conviene con todos los asistentes que solo se oiría el sonido de la trompeta para arreglar los movimientos, y el sonido de los platillos para marcar los descansos; solo la voz del director de los trabajos podía interrumpir el silencio universal. Tal sujeción no cuesta esfuerzo á aquel pueblo tan entusiasta por las artes, y que en muchas circunstancias sabe tener algo de la grandeza y de la dignidad del antiguo pueblo romano. Sixto V llega bien pronto seguido de su corte y se sienta en un estrado.

Puestas las cuerdas en movimiento levantan el obelisco y llevan aquella masa de un peso inmenso cerca del lugar dispuesto para recibirlo. El Papa anima á los obreros con signos de cabeza y con miradas llenas de alegría; dentro de un momento se habrá conseguido el objeto. Solo Fontana habla y manda una última maniobra. Repentinamente un capitán de navío genovés, llamado Bresca, nativo de San Remo, en el río de Génova, exclama desde el centro de la multitud con una voz retumbante: *Acqua alle funi*; «agua á las cuerdas»; y al momento va á ser entregado á los guardas que rodean el instrumento del

suplicio levantado en un ángulo de la plaza. Fontana mira con atención las cuerdas, ve que efectivamente van á arder, á romperse, á dejar caer el obelisco y á matar á los obreros, manda que se mojen las cuerdas rápidamente. Bresca sabía que los cables colocados verticalmente, se encogen cuando se les moja y naturalmente levantan el peso que está suspendido de ellos. Así sucedió y la operación acabó en medio de aplausos universales.

El Papa tiende los brazos á Fontana, éste corre hácia el hombre que había gritado *acqua alle funi*, le abraza, le lleva al Papa y le pide su perdón. "No se trata de perdón, replicó Sixto V, se trata de recompensa; que él mismo designe la recompensa que quiera." Bresca, que sabía que en los jardines de su ciudad natal se cultivaban palmeras y que se iban á comprar allí ramos para el día de las palmas, pidió para él y sus descendientes el privilegio de vender al palacio apostólico las palmas necesarias para la fiesta de los Ramos.

Al día siguiente le fué entregado un diploma que le otorgaba aquel privilegio; además, el jefe de la familia fué declarado capitán honorario del primer regimiento, con derecho de enarbolar el pabellón pontifical á bordo de su navío. La familia Bresca, ilustrada por su abuelo, está encargada todavía hoy de suministrar las palmas del día de Ramos. Cada año manda un navío que la lleva á Roma, en donde se distribuyen con las ceremonias de costumbre 1.

El Santo Padre bajó de sus departamentos á la basílica y se dirigió á la capilla de la Piedad, en donde le esperaba el Sacro Colegio. Después de haberse vestido con los ornamentos sagrados, subió á la *sedes gestatoria* y se adelantó hácia la Confesión de San Pedro, precedido, como el día de Navidad, por los prelados

y los cardenales y acompañado del estado mayor de la guardia noble. Alrededor del Santo Padre, los guardas suizos, de gran uniforme, llevaban las espadas relucientes de los cantones católicos, noble costumbre que parece decir que los hijos de Guillermo Tell tienen siempre sangre en las venas que derramar para defender al inmortal guardian de la libertad del mundo.

Después de una corta oración delante de la Confesión, se sentó el Soberano Pontífice en su trono y recibió la obediencia de los cardenales y vestidos con la capa violeta. Haces de palmas se levantaban á la izquierda y á la derecha del trono dejando ver siete ramos muy distinguidos por su elegancia y sus adornos; estas siete palmas, obra de las religiosas camaldulenses, estaban destinadas á adornar el altar y la cruz papal. Acabada la bendición se volvió á sentar el Papa y comenzó la distribución. El cardenal decano, en pie cerca del trono, presenta una á una las palmas al Santo Padre, quien las da sucesivamente á los cardenales, á los patriarcas, arzobispos, obispos, generales de las órdenes, etc., y á los extranjeros admitidos con billete del mayordomo. Este insigne favor nos había sido concedido, y si el tiempo borra las impresiones, al ménos la palma del día de Ramos y el cirio de la Candelaria, recibidos de las manos del Vicario de Jesucristo, nos quedarán como preciosos recuerdos de aquellos momentos solemnes.

Mientras los ojos se fijan en la majestuosa ceremonia, el alma está toda entera en los recuerdos que despierta, para hacerlos más vivos. Hay voces sonoras que cantan la antifona *Pueri Hebraeorum*, y creis oír las sencillas exclamaciones de los hijos de Jerusalem que acudian con la multitud delante del Divino Triunfador. Vos mismo asistís al triunfo, comienza la procesion y el Vicario del Hombre-Dios,

1. Véase la *Vida de Pio VII*, por M. Artaud.

llevado en su trono, baja la basílica. Y el *Gloria laus* y los otros cánticos católicos mezclados á las ceremonias más expresivas, trazan á la vez la entrada de Nuestro Señor á Jerusalem y la entrada del género humano al cielo, cuya puerta cerrada se abre por la cruz.

Vuelve la procesion al coro y el Santo Padre sube al trono, los cardenales dejan los ornamentos de su órden, vuelven á tomar sus vestidos de coro y su *cappa violetta*; todo se prepara para la misa celebrada por un cardenal presbítero. Llega el momento solemne de la Pasion y hé aquí tres sacerdotes encargados de repetir los dolores de la gran Víctima, que aparecen en el centro del coro, llevando la alba y la estola diaconal despues de haber besado los piés del Santo Padre, comienzan el lúgubre drama. El sacerdote que canta la relacion es un tenor de voz varonil y fuerte, el segundo llamado *ancilla* es un *contralto* que repite en un tono penetrante las palabras de los testigos, de los jueces y de los verdugos, las palabras del Salvador salen de un bajo profundo y solemne.

Este canto, superior á todo elogio, es casi el mismo en todas las iglesias católicas. Pero hay dos cosas que en el Vaticano hacen este rezo dramático, bello ó más bien magnífico; la precision de las voces y sobre todo el coro. Todas las voces que en la historia de la Pasion, la multitud de los judíos, ó muchos personajes deben hablar al mismo tiempo, estalla el coro en una armonía sencilla pero llena, y por decir así, compacta, y pronuncia las palabras con una verdad que se palpa. Así cuando los judíos exclaman: «Crucifícale» ó bien: «Barrabás,» el canto, como las palabras, es conciso y terrible; no tiene más que una nota para cada sílaba y en las tres notas de la última palabra un cambio súbito de tono produce un efecto dramático. Estos coros

fueron compuestos en 1585 por Tomás Luis de Victoria, nativo de Avila y contemporáneo del inmortal Palestrina, que no encontró en ellos nada que corregir ó cambiar.

En el Ofertorio se canta como salmo una parte del *Stabat* de Palestrina, obra maestra de lo patético y de armonía; todo es vida en este dia. Despues de la misa, el Santo Padre, de pié en su trono, bendice á la concurrencia; luego el cardenal celebrante proclama la indulgencia de treinta á años concedida por el Soberano Pontífice á los fieles presentes al oficio. El cortejo se pone en marcha y el Soberano Pontífice vuelve á sus habitaciones.

Habia sido fácil convencernos de que en Roma, como en todas partes, la bendicion de los ramos es una de las ceremonias más populares del catolicismo. Aun en nuestros dias se ve en Francia y aun en Paris á la multitud empeñada en recibir la palma bendita; la mujer comerciante la extiende en su tienda, en la calle, y el cochero de sitio la enarbola en su sombrero, mientras el niño lleva alegremente en su mano el boj 1 maravilloso cargado aquel dia de manzanas y de juguetes; á esto se limita desgraciadamente la piedad del mayor número. Las poblaciones de Italia, entre las cuales está ménos debilitado el sentimiento cristiano, conservan con un cuidado religioso las palmas que se les distribuyen en las diversas iglesias, las colocan en los lugares más visibles de sus casas; tienen en ellas no solo un piadoso simbolo de la Pasion del Salvador, sino tambien un recuerdo de la obligacion que les está impuesta de llamar todos los dias las bendiciones del Cielo y de santificarse, como han sido santificadas aquellas ramas de palmera, por las oraciones de la Iglesia.

Mientras el cardenal gran penitenciario

se dirigia á San Juan de Letran para ejercer allí las funciones de su dignidad, nosotros estábamos en marcha hácia la basílica de San Sebastian. Antes de llegar á la puerta *Appia*, se pasa bajo el arco de Druso. No diré otra cosa de este monumento, sino que fué levantado por el Senado en honor de Neron Claudio, que recibió ademas el título de Germánico, conservado despues en su familia. Este arco, gravemente deteriorado, se compone de gruesos trozos de travertino y de dos columnas de mármol africano de orden compuesto. En la cima está un resto del acueducto de agua *Argentiana*, que mandó conducir Caracalla del monte Alguido á sus Termas Antoninas. Aquí comienza la célebre vía Apia.

Su solidez, su anchura, su extension, el número y la magnificencia de los mausoleos de que estaba limitada á derecha é izquierda, le habian merecido el nombre glorioso de Reina de las vías, *Regina viarum* 1. Al ver sus anchas losas, que pisaron sucesivamente todos los grandes personajes de Roma pagana, el peregrino católico no olvida que fueron tambien pisadas por los piés de los Apóstoles y enrojeadas con la sangre de innumerables mártires, 2 luego se pregunta por qué razon y por qué secreto maravilloso daban los Romanos á sus obras en general y á los caminos en particular aquella solidez que desafía los siglos. Los hijos de Rómulo, pueblo guerrero, debieron dar una gran importancia á la construccion de los caminos necesarios para la circulacion continua de sus ejércitos; de ahí las vías públicas á las cuales se han quedado, como recuerdo de su origen, los nombres de *Militares*, *Pretorianas* ó *Consulares*. Tal es la respuesta de la historia.

1 *Appia longarum teritur regina viarum Mart. IX, 104.*

2 En cada página de la historia y de los martirologios encontráis una frase que comienza con estas palabras: *Romæ, via Appia*, y que acaba con un mártir.

Sin negarla, la fe añade otra. El imperio romano, destinado á facilitar la propagacion del Evangelio que iba á llevar al mundo la unidad moral; debia establecer la unidad material de todos los pueblos bajo un cetro comun. Esta mision reclamaba, entre otras cosas, grandes é innumerables vías de comunicacion. Roma estaba encargada de abrirlas; y el espectáculo que teniamos á la vista nos enseñaba todavia, despues de más de dos mil años, la precision de esta respuesta y la enérgica inteligencia con que Roma supo cumplir una tarea que no comprendia. "Las vías públicas, dice un historiador, testigo de su magnificencia, ocupan el primer lugar entre los monumentos de la Ciudad eterna." 1 Se puede todavia juzgar de ellas por los pormenores de su construccion.

Para establecer un camino, se empezaba por cavar el terreno hasta cierta profundidad, luego se le nivelaba reemplazando con una arena fina y sólida las partes de tierra que presentaban poca consistencia. Cavada así la *forma*, se arreglaban los declives, y en caso de terraplenar, se golpea el terreno con pesados mazos ó se hacia con gruesos cilindros de hierro que se dejaban rodar encima. Venian en seguida tres ó cuatro capas de mampostería que formaban una masa de tres piés de espesor.

La primera, llamada *statumen* ó fundacion, se componia de una capa de argamasa de cal, de cerca de una pulgada y sobre muchas hileras de piedras planas de diez pulgadas de espesor, que estaban unidas entre sí por una mezcla muy dura.

La segunda, *rudus*, consistia en un lecho de argamasa mezclado con menudas pie-

1. *Ego sane in tribus magnificentissimis operibus Romæ, et e quibus maxime apparent illius imperii opes, pæne aquæductus, viarum munitiones, cloacarum structuræ, neque id solum ad utilitatem ejusmodi operum respiciens, sed etiam ad impendendum sumptuumque modum Dion., Hal., lib. III.*

dras del grueso de un huevo y de fragmentos de ladrillo. Se golpeaba fuertemente este amasijo con pilones de hierro, y cuando estaba bien oprimido, reducido á diez pulgadas de espesor, se ponía encima el núcleo.

La tercera, *nucleos*, era una mezcla de cal, de arena y de tierra inculta, todo bien batido. Su espesor variaba de cinco pulgadas á un pié.

Por fin, la cuarta, *summum dorsum*, el lomo de la calzada, ó *summa crusta*, la corteza superior, estaba formada de grandes piedras planas, cortadas en polígonos irregulares ó en ángulos rectos. Estas losas, de las cuales las más grandes tienen hasta tres ó cuatro piés de diámetro, estaban un poco levantadas hácia el centro y unidas todas con tal precisión, que ningún cuerpo extraño podía penetrar.

Así estaban enlozadas todas las vías consulares, hasta cincuenta leguas de Roma. Más allá de aquel término, ó en las provincias, la *summa crusta* se componía de una capa de guijarros fuertemente unidos con mezcla, con el espesor de seis pulgadas; éste era el macadam perfeccionado.

Las vías estaban limitadas á derecha é izquierda por dos pequeñas paredes, *margines*, ó parapetos de gruesas piedras que servían á la vez de contrafuerte y de paso para las gentes de á pié. Estos límites tenían quince pulgadas de altura y veintuna de latitud. De doce en doce pasos se levantaban piedras un poco más altas con algunos escalones para ayudar á los viajeros á subir al carro ó al caballo. Por fin, aparecen las *muliarías*, gruesos límites de piedra ó de mármol, cilíndricos ó cuadrados, de cerca de ocho piés de altura y que indican las distancias de Roma, de mil en mil pasos, hasta quince leguas de la ciudad 1.

La anchura ordinaria de la vía Apia es de veintiseis piés. En medio de las lagunas Pontinas, tiene hasta treinta y seis, á fin de disminuir los peligros de aquel paso; y más allá de Fondi vuelve á tener veintiseis piés. Una vez que sale de las gargantas de Itri, seguía con la misma anchura la misma magnificencia de adornos y de construcciones hasta Brindes, puerto en otro tiempo célebre, adonde iban á embarcarse la mayor parte de los grandes personajes que salían para el Oriente. Siguiendo sus pasos habíamos pasado el *Almon*, pequeño río en el cual, los sacerdotes de Cibeles, lavaban cada año la estatua de la diosa y los objetos que servían para su culto; ¡lo necesitaban tanto! La pequeña iglesia del *Domine, quo vadis*, se había presentado á nuestra izquierda, sin haber podido detenernos; San Sebastian debía tener nuestra primera visita. Esta basílica, edificada sobre las célebres catacumbas de San Calixto se cree que es de origen constantiniano. El Papa San Dámaso la restauró en 367 y fué dedicada por Inocencio I á San Sebastian, á quien el Papa Cayo llamó el *Defensor de la Iglesia*. Fué reedificada en 1611 por el cardenal Scipion Borghese, al estilo de la época. La fachada está adornada con un pórtico sostenido por seis columnas de granito; la nave es amplia, elevada y se termina por un altar adornado con cuatro columnas de mármol verde veteadas. Lo que más llamó nuestra atención es un tabernáculo de mármol blanco que representa al Niño Jesus en pié sobre una columna y rodeado de dos santas mujeres. ¿Podía el simbolismo cristiano expresar más vivamente el adorable misterio de la Eucaristía? La parte más venerable de aquella iglesia es la *Platonía* ó *locus ad Catatumbas*, especie de subterráneo medianamente iluminado en donde se

1 Tit. Liv. IX, 45; XLI, 22. Cicer., de Legiv.,

III, 5. Bergier, *Grandes caminos del Imperio*, t. II, 16, y IV, 40, etc.

encuentra un pozo célebre en la historia. Los fieles del Oriente, celosos de poseer los cuerpos de San Pedro y de San Pablo, que pretendian que les pertenecian en calidad de compatriotas, habian formado el proyecto de robárselos. Ya estaban en posesion de este doble tesoro cuando un huracan espantoso les obligó á dejar la presa; no tuvieron tiempo más que para ocultar los ricos despojos en aquel pozo, en donde permanecieron largo tiempo. Cerca del altar que oculta el orificio del pozo se veia en otro tiempo la cátedra pontifical enrojecida con la sangre del Papa San Estéban, degollado en aquel lugar durante la celebracion de los augustos misterios. Esta cátedra está hoy en Pisa, en la iglesia de los Caballeros que llevan el nombre del Pontífice mártir.

La capilla que se presenta á la derecha en la basilica, es un verdadero tesoro de reliquias insignes. Nombraré solamente las cabezas de los Papas y mártires, San Calixto y San Estéban, el fierro de una flecha que hirió á San Sebastian, un antiguo cáliz de plomo que contiene cenizas y huesos del Papa San Fabian y la piedra que lleva la huella de los pasos de Nuestro Señor, cuando se apareció á San Pedro que salia de Roma con objeto de evitar la muerte. Ha sido trasladada allí de la pequeña iglesia del *domine, quo valis*, llamada tambien *ad Passus ó delle Pianta*. En la capilla Albani, dedicada á San Fabian, se venera la cabeza del glorioso Pontífice. A la izquierda de la nave, á la entrada, está la magnífica capilla de San Sebastian, cuyo altar encierra el cuerpo del ilustre mártir. La bella estatua del santo, de mármol blanco, se debe al cincel de Giorgetti.

Pero lo que domina todos los recuerdos

1 Baron., An., t. I, p. 481, n. 21.—Hablaré de este lugar y de este hecho en la *Historia de las Catacumbas*.

del viajero en la basilica tantas veces venerable, y absorbe su alma entera, es el pensamiento de la célebre catacumba cavada bajo sus piés. Nada diré de élla hoy, á fin de no anticipar la relacion de nuestro viaje á la Roma subterránea. Baste referir la inscripcion grabada cerca de la puerta superior de las inmensas galerías; ella dice al cristiano que ciento setenta y cuatro mil mártires y cuarenta y seis Papas descansan en aquellos lugares, despues de haber alcanzado la palma de la victoria y despues de haber lavado sus vestidos en la sangre del Cordero, durante la gran tribulacion. Aquella inscripcion leida á la luz vacilante de una antorcha resinosa, en momentos de bajar á la necrópoli, produce una impresion, que segun creo, es igualmente imposible evitar y describir. ¡Debe causar admiracion que la iglesia de San Sebastian sea una de las más ricas en indulgencias y de que se cuente entre las siete basilicas de Roma, cuya visita es recompensada con inmensos favores espirituales?

Un poco más allá de San Sebastian, se ven en las viñas que limitan la parte izquierda de la vía Apia las ruinas esparcidas de la suntuosa vila del tirano Maxencio. A esta vila pertenecen el templo y el circo de Rómulo. Exceptuando un vasto subterráneo sostenido por un pilar octagonal, con nichos para las urnas sepulcrales, el primero de estos edificios no presenta más que un conjunto de despojos más ó ménos informes, como templo y sepulcro

1 Hoc cæmeterium B. Callisti, Papæ et martyris inclyti. Quicumque illud contritus et confessus fuerit plenam remissionem omnium peccatorum suorum obtinebit per merita gloriosa centum septuaginta quator millium SS, martyrum una cum quadraginta sex summis Pontificibus, quorum ibi corpora in pace sepulta sunt. Qui omnes se magna tribulatione venterunt, ut heredes fieren in domo Domini, et mortis supplicium pro Christi nomine pertulerunt.

de los dioses de fabricacion humana, ha perecido como sus divindades tutelares. La tradicion, de acuerdo con la historia, nos enseña que fué dedicada el año 311 por Maxencio á su hijo Rómulo, y lo mismo pasa con el circo vecino. Describirlo seria repetir lo que hemos dicho al hablar del *Circus Maximus*; sin embargo, conviene visitarlo. Las *carceres*, la espina, el *pulvinarium* están al descubierto y en un estado de conservacion que pone à la vista la forma y las proporciones de los circos antiguos.

Volvimos à entrar à la vía Apia y en pocos instantes estuvimos al pié de un monumento cuya masa imponente domina todo el campo romano; se trata del *Capo di Bove*, ó sepulcro de Cecilia Metela. Este gigantesco mausoleo parece no estar en pié entre tantas ruinas, sino para llevar hasta el cielo el eterno testimonio de nuestra nada y anunciar al extranjero que viene à ver la ciudad de los Césares, que para encontrar à la antigua señora del mundo es necesario buscarla entre las ruinas y los sepulcros. ¿Quién era Cecilia Metela? La hija de Quinto Metela y mujer de Craso, hé ahí todo lo que sabemos; y esto no es la historia la que nos lo enseña. Esta mujer, à falta de gloria personal, quiso como Cayo Céstio y como tantos otros, hacerse un lugar en la memoria de los siglos por la magnificencia de su tumba. Y lo consiguió; su mausoleo es uno de los más bellos y mejor conservados de la antigua Roma. Figúrosos una torre redonda, de ochenta y nueve piés y medio de diámetro y de una altura proporcionada, que descansa en una base cuadrangular y formada toda de enormes trozos de travertino, con una cornisa saliente y un friso adornado con cabezas de lobo y guirnaldas de ciprés de buena ejecucion. En el interior està la càmara sepulcral, hoy obstruida, en donde fué encontrado el

magnifico sarcófago que se admira bajo el pórtico del palacio Farnesio. En el lado que mira à la vía Apia, se lee la inscripcion siguiente que contiene, segun hemos observado de la historia de la heroína:

CECILIE

Q. CRATICI. F.

METELLE CRASSI.

Encima de la inscripcion està un bajo relieve de mármol que representa una Victoria que escribe en un escudo las grandes acciones de Crasi y de Metelo. Aunque el mausoleo de Cecilia sea de fines de la República, presenta mármol en alguas de sus partes; esta circunstancia puede servir à la historia del arte entre los Romanos.

Despues de haber echado una ràpida mirada al pequeño y bonito templo dedicado al *Dios de la Vuelta*, 1, volviendo à tomar la vía Apia llegamos à la iglesia del *domine quò vadis*. Esta iglesia, fundada en los primeros dias del cristianismo, sucesivamente restaurada y reedificada, demuestra un hecho que el peregrino católico recoge con amor. Hacia muchos meses que San Pedro estaba encerrado en la prision Mamertina condenado à muerte, y solo esperandò para ser martirizado la orden de Neron. Los cristianos, desesperados y temerosos de perder à su guía y su padre, resolvieron salvarle à cualquier precio. Sea que fuesen secundados por Proceso y Martiniano, que se habian convertido en discípulos del apóstol y eran sus carceleros, sea que recurriesen à otros medios cuyo secreto no conocemos, consiguieron sacar à San Pedro de su tenebroso calabozo. Ya se habian salvado las

1 Plinio refiere que los Romanos consagraron un templo à esta divinidad en memoria de la retirada de Anibal; pero el lugar que él le asigna no puede convenir al edificio de que acabo de hablar; como tantas otras ruinas, esta es, pues, incierta.

murallas de la ciudad, y el prisionero ¿que digo? el vencedor de Neron y de Júpiter, marchaba para alejarse de Roma por esta misma vía Apia que habia seguido à su entrada veinticinco años àntes.

No era que Pedro quisiera evitar la muerte; él sabia que la sangre de los mártires es el fundamento de la Iglesia y una semilla de cristianos; él sabia, ademas, que le estaba reservada la cruz, pero ignorando si habia llegado la hora, habia cedido à las lágrimas de los neófitos. Al llegar al lugar en que estamos, ve á su divino Maestro que venia á su encuentro cargado con su cruz. Pedro le reconoce y exclama: *¿Domine quo vadis?* "Señor ¿á dónde vais?—*Venio iterum crucifigi.*" "Vengo para ser crucificado de nuevo." Pedro le comprendió, y volviendo á Roma esperó la cruz sobre la cual debia morir el Redentor del mundo, no ya en persona como en Jerusalem, sino en la persona de su Vicario. 1

1 Ademas de la tradicion constante de los fieles de Roma, tenemos sobre este hecho testimonios escritos, entre otros el de San Ambrosio. En un discurso contra Auxencio, el gran Doctor se expresa así:—*Idem Petrus postea, victo Simone, cum præcepta Dei populo seminaret et doceret castimoniam, excitavit animos gentilium. Quibus eum quærentibus christianæ, animæ, deprecatae sunt ut paulisper cederet, et quamvis esset cupidus passionis tamen contemplatione populi precantis inflexus est: rogabatur enim ut ad instituendum et confirmandum populo se reservaret. Quid multa? Nocte muro egredi caepit; et videns sibi importa Christum occurrere urbenque ingredi, ait: Domine quo vadis, Respondit Christus. Venio iterum crucifigi. Intelexit Petrus ad suam crusem divinum pertinere responsum. Christus enim non poterat iterum crucifigi, qui carnem passione suscepta mortis, exuerat: quod enim mortuus est, mortuus est semel; quod autem vivit, Deo vivit; intelexit ergo Petrus quod iterum Christus crucifigendus esset in servulo. Itaque sponte semeavid: interrogantibus christianis responsum reddidit, statimque correptus, per cruceam suam honorificavid Dominum Jesum.—Bar., Ann. t. I, 477, n. 6, Foggini, Exercit XVII, p. 404, etc., etc.—* Con ocasion de este hecho, es bueno referir las notables palabras de Suarez que se aplican à todas las otras tradiciones romanas de que se ha

El paganismo vencido, el mundo pacificado y sometido al Evangelio, tal fué con el tiempo el fruto de la muerte de Pedro y sus colegas. El arco de Constantino, bajo el cual pasamos muy pronto, sigue repitiendo esto en estas palabras inmortales: *Fundatori Quietis.* "Al fundador de la Paz."

21 DE MARZO.

Frascati.—Vilas.—El cardenal Micara.—
Túsculo.—Gruta Ferrata.

Las grandes ceremonias de la Semana Santa, si no comenzadas el Domingo de Ramos, no continúan hasta el miércoles en la tarde. Así el lunes y el martes son dos dias de vacaciones de que nos aprovechamos para visitar las cercanías de Roma. El 21 de Marzo á las seis de la mañana, dos coches trotando á través del campo romano, en la antigua vía Asinaria, trasladaban á Frascati nuestra pequeña caravana. Los gigantescos arcos del acueducto de Claudio, extendiéndose en una longitud de muchas millas, guiaban nuestro camino en medio del desierto; muy pronto se corta la vía Latina. Su direccion se da á conocer en las ruinas de las tumbas escalonadas á sus orillas; lúgubre espectáculo que viene á oscurecer la sombra del feroz Totila; este terrible asolador de Roma tenia aquí su campo. Las ruinas que se ven hablan de él, como la puerta por la cual acabábamos de salir recuerda la traicion de los solda-

hablado en las *Tres Romas*.—"Inter traditionis quæ in Ecclesia inveniuntur, quædam sunt universales totius Ecclesiæ catholicæ aliæ particulares quarundam Ecclesiarum ut experientia constat. Particulares per se non sunt regulæ fidei nisi alunde accedat Ecclesiæ definitio quæ illas approbet. Et ideo particulares traditiones Ecclesiæ Romanæ, ut est specialis episcopatus sunt majoris auctoritatis, quia solent esse à Pontificibus approbatæ." *De Tripl. virt. theol., Disput., V, sect. 4.*

dos isaurianos de su guardia y la entrada por siempre lamentable del bárbaro vencedor.

Dos horas de camino bastan para conducir al pié de la graciosa montaña en cuya vertiente está situada la pequeña ciudad de Frascati; Túsculo, á quien reemplaza, ocupaba la cima. Esta última ciudad, destruida en 1191 por los Romanos y los Tiburtinos, dió nacimiento á Frascati, que es hoy la sede del tercer obispado suburbicario. Toda la córte está esmaltada de vilas deliciosas, adonde los Romanos van á buscar bajo el espeso follaje de los olivos salvajes y las verdes encinas, un abrigo protector contra el sol de Julio y contra las fiebres de otoño. Entre aquellas habitaciones reales se distinguen las *Delizie* Aldobrandiui, Taberna, Conti, Bracciano; las dos primeras pertenecen á la familia Borghese. Jardines, cascadas, juegos de aguas, puntos de vista, objetos de arte, todo se reúne para hacer de ellas una morada encantadora. En la vila Aldobrandini se admira una vasta pieza, resplandeciente de frescos del Dominiquino en medio de la cual se levanta el monte Parnaso de relieve. La poética montaña está habitada por músicos de bronce que mezclan el sonido de sus instrumentos al ruido de las aguas cuya caída las anima. La vila Conti, hace admirar su escalera real, la Ruffina, su arquitectura del Bernino y la Montalto su bóveda pintada por la escuela del Dominiquino.

Entre nuestras excursiones á la montaña y nuestro ascenso á Túsculo, vino á intercalarse muy á propósito una comida sazónada por una hambre de cuaresma y por picantes debates con los borriqueros de Frascati. Estos altos y poderosos señores, de padres á hijos, están en posesion de conducir á los extranjeros á Túsculo y de alquilarles asnos ó mulas para hacer el viaje; esta es su industria y tienen el mo-

nopolio de ella. ¡Júzguese cuánto será el empeño del forastero que llega, por verse atendido y pronto á aceptar el honor de ser servido! ¡Pero el importe del servicio? hé ahí que en otro tiempo no se había fijado; y no lo estaba porque nadie se había atrevido á zanjar esta delicada cuestion; luego era arbitrario, es decir, exorbitante. Fué necesario que el cardenal Micara se atreviese á fijar el máximun de un peso; la Italia se ha quedado por eso estupefacta; este es un verdadero golpe de Estado. Nuestros parlamentarios invocaron, pues, la tarifa y mediante la promesa de una buena mano suplementaria, quedaron á nuestra disposicion los interesantes cuadrúpedos; necesitábamos catorce.

Miéntras los preparaban, visitamos el palacio episcopal, ilustrado en el siglo décimooctavo por el cardenal d'York, el último de los Estuardos; en seguida la catedral dedicada á San Pedro, en donde se ven algunos monumentos de la antigua familia real de Inglaterra; por fin, la morada del cardenal Micara, obispo actual de Frascati. En el ángulo de la plaza inmediata á la catedral, está un edificio de miserable apariencia y de mediana dimension. Encierra el grande y el pequeño seminario; porque el obispado de Frascati no cuenta casi más de seis mil diocesanos. Una estrecha y pobre escalera conduce á una antecámara que sirve de comedor. Allí estaban sentados, alrededor de una cacerola italiana, dos criados de librea segun la etiqueta. Una simple puerta de hojas desnudas nos separaba del cuarto del cardenal Micara, la gloria del sacro Colegio, teólogo jurisconsulto, versado en la ciencia de la pública administracion y el orador más grande de la Italia.

Representaos un anciano de sesenta y siete años, de mediana estatura, recta y elegante; con cabellos blancos abundantes y una magnífica barba blanca como la nie-

ve, que le bajaba hasta la mitad del pecho; una mirada de fuego, chi-peante en su profunda órbita, rodeada de espesas cejas regularmente arqueadas; una ancha frente cuadrada, lábios delgados y rojos en los cuales vaga siempre una sonrisa de una finura y de una gracia inexplicables; contemplad aquel anciano, aquel príncipe de la Iglesia, llamado por tantos votos al honor de la tiara, vestido con el toscosal de los capuchinos, y sentado en una mala silla de madera que con una pequeña mesa cubierta de papeles y un pequeño lecho sin rodajas, levantado un pié sobre el suelo, componia todo el ajuar de aquella única pieza, sucesivamente salon, gabinete de estudio y recámara; representaos todo esto y habreis visto la persona, el palacio y los muebles del ilustre y santo cardenal.

Este hombre admirable, hijo de un colono de Frascati, y hermano de un colono de la misma ciudad, no ha querido habitar el magnífico palacio de sus predecesores. «Las grandes habitaciones me causan miedo, nos decia sonriendo, y ademas, estoy aquí en medio de mis hijos.» En efecto: su seminario es su familia de la cual es el director y el padre, pero su solicitud se extiende tambien al exterior. Aunque pobre y muy pobre, encuentra con sus ochocientos pesos de renta, el medio de mandar hacer caminos, edificar un hospital, establecer un monte de piedad, abrir escuelas á las cuales lleva él mismo de la mano á los niños que encuentra en las calles, él es el tipo resucitado del Padre de la Iglesia. Así los habitantes de Frascati están orgullosos con tenerle por obispo y por conciudadano. *Il nostro, el nuestro.* dice hablando de él, y en su justa estimacion esta palabra lo dice todo. Su Eminencia nos habló en muy buen frances, de la Francia adonde nunca habia ido, pero que la conoce como si nunca hubiera salido de ella; se expresa sobre las grandes

cuestiones que agitan no solo á nuestra patria, sino á la Europa entera, con esa firmeza de juicio y esa elevacion de ideas que caracteriza á la vez al hombre práctico y al hombre de génio.

¿Cómo fué sacado de la oscuridad de su celda el humilde capuchino? ¿Qué mano ha colado la luz en el candelero? La elevacion del cardenal Micara es una prueba entre mil, de que en Roma la ciencia y la virtud son, más que en cualquiera otra parte, el camino seguro de los honores. El año 1824, el padre Micara predicaba en Roma en presencia de Leon XII. Con toda la libertad del Evangelio y toda la elocuencia de su palabra, dejó oír útiles verdades dirigidas á algunos de sus oyentes. Se le comprendió, y los personajes aludidos fueron á quejarse al Soberano Pontífice, suplicándole que llamase al orden al temerario predicador y le impusiese una penitencia, el Santo Padre prometió hacer justicia. Algunos dias despues, los descontentos preguntaron á Leon XII si habia cumplido la palabra que les habia dado y si habia castigado como merecia al temerario y audaz capuchino. «*Sí, sí,* respondió el Papa. ¿Qué penitencia le impuso Vuestra Santidad?—Le he nombrado cardenal.»

La bendicion de aquel anciano trae consigo la felicidad. Despues de haber solicitado y recibido la del venerable Pontífice, salimos para Túsculo. Entre dos cercas de laureles de veinticinco piés de elevacion, se llega por una pendiente suave á la ruffinella. Esta graciosa vila, própiedad de Luciano Bonaparte, ha sido comprada por la reina viuda de Cerdeña. Algunos pasos más léjos se abre una vía romana, cuyas losas gastadas atestiguan que han soportado los carros de ilustres personajes, entre otros de Ciceron, que tenia aquí una de sus moradas; de Caton, originario de Túsculo, de Lúculo, cuya vila

contenia, al decir de los censores escandalizados, más espacio que barrer que cultivar 1.

En medio de las ruinas diseminadas por todas partes en el suelo, se cree reconocer el lugar y los despojos del orador romano, inmortalizada en el mundo clásico por la composición de los *Tusculanos*. ¡Ved pues, la distancia que separa à la más alta razón pagana, de la más débil inteligencia cristiana! ¡Qué alma bautizada aceptaría el móvil de las acciones, y la regla de las costumbres y la recompensa de la virtud preconizada por Cicerón? Aquí, en Túscolo, al dirigirse al gran filósofo esta gran cuestión: «¿Qué es la gloria,» él respondía: «La gloria es un bien real y sólido y no una sombra engañosa; un concierto de elogios tributados à la sabiduría; la voz desinteresada de los buenos jueces, que celebran el mérito brillante, el eco, la más bella recompensa de la virtud.»

La gloria sola nos indemniza de la brevedad de la vida por el recuerdo de la posteridad; ella nos hace presentes en los lugares en que no estamos y nos hace vivir más allá del sepulcro; ella, en fin, es como el escalon que eleva à los hombres al rango de los inmortales» 2. Después de haber referido todas las esperanzas del hombre, à una quimera tan vana como la gloria, trata Cicerón de dar una guía à sus acciones, un consuelo à sus dolores. Entónces es cuando exclama, y las ruinas de la vila parecían resonar aún con sus palabras: «¡Oh filosofía, única capaz de guiarnos! ¡Oh, tú enseñas la virtud y rechazas el vicio! ¿Qué seríamos sin tí todos los hombres? Tú has criado las ciudades, tú has inspirado à los hombres aislados el amor à la sociedad, tú les has hecho acercar sus moradas, contraer matrimonios,

inventar una lengua y una escritura comunes; tú has dictado las leyes, has formado las costumbres, civilizado à los pueblos. Yo busco un asilo cerca de tí, imploro tu socorro; contento con seguir hasta aquí en parte tus lecciones, hoy me entrego à tí todo entero. ¡Ah! ¿y à qué poder recurriríamos más bien que al tuyo para darnos la tranquilidad de la vida y quitarnos el terror de la muerte?» 1.

El día, la hora tal vez en que Cicerón escribía este fastuoso elogio de la gloria y de la filosofía, madres de la virtud, Bruto, amigo de Cicerón, adorador de la virtud, hija de la filosofía y de la gloria, se suicidaba en los campos de Filipo, exclamando: «Virtud maldita, tú no eres más que una palabra; vano fantasma ó vil esclavo de la fortuna, sé por siempre la compañera de mis enemigos.»

Continuando sobre nuestras fáciles cabalgaduras por las grutas de Cicerón, por las Térmias, por el Teatro, por los Acueductos y la ciudadela de Túscolo, habíamos llegado al punto culminante de la llanura, obstruida con ruinas desconocidas. Desde allí la vista abraza todo el panorama del campo romano. Nuestra caravana, encantada con aquel grande y solemne espectáculo, partió à su pesar para *Grotta Ferrata*. Por un privilegio exclusivo, la Italia presenta à cada paso el palpable contraste de las glorias del paganismo y del cristianismo. En una gruta cerrada por una reja de hierro, inmediata à Túscolo, se encontraba en la Edad Média una estatua milagrosa de María; los fieles, en gran número, emprendían hácia allí peregrinaciones. Alrededor de la gruta se levantó en el año 1000 un monasterio de Basilianos. Un día vieron llegar los religiosos à un venerable anciano que pedía pasar el resto de su vida entre ellos.

1. Plin. lib. XVIII. c. 6.

2. Túscolo III, 2: el mismo pensamiento se encuentra en el discurso *Pro Milone*, 35.

1. Túscolo V. 2.

Este era San Nilo, la gloria de la Italia, la admiracion de los reyes, el fundador de muchos monasterios en Calabria.

El santo hombre habia emprendido la fuga al saber que el príncipe de Gaeta no esperaba más que su muerte para tomar sus reliquias. Cuando él habitaba el Monte-Garan, el emperador Oton III fué á visitarle y le ofreció un lugar para edificar un monasterio. "Pedidme todo lo que querais, añadió el príncipe; padre mio, todo os lo concederé con alegría.—La única cosa que os pido, le dijo el santo, poniéndole la mano sobre el pecho, es que penseis en la salvacion de vuestra alma." San Nilo murió en *Grotta Ferrata* en 1005 y su cuerpo descansa bajo el altar. En los frescos inmortales que decoran la iglesia del convento, el Dominiquino ha representado la visita del emperador Oton, la resurreccion de un niño y otros rasgos de la vida del santo anácoreta. El monasterio conserva todavía el recuerdo del ilustre Bessarion que fué á buscar allí un asilo despues de la toma de Constantinopla. Rendimos nuestros homenajes á la Virgen milagrosa y tomamos á toda prisa el camino de Palestrina. La Aldea de la Columna, el lago Regila, las ruinas de Gabias apénas las vimos rápidamente; la noche envolvía á la antigua Prenesto cuando entramos á ella.

22 DE MARZO.

Palestrina.—Recuerdos de Pio VI.—Subiaco.—Tivoli.—Catedral.—Recuerdos de Santa Sinforsosa.—Templo de Vesta.—de la Sibyla.—Vila de Mecenas.—Las Cascadillas.—Vila de Varus ó *Madonna del Quintigliolo*.—Gruta de Sirenas.—Vila de Este.—Vila de Adriano.—Sepulcro de la familia Plàucia.—La Solfatará.—*Ponte Mammolo*.—Vuelta á Roma.

Para las ciudades y para los reinos, lo mismo que para los individuos, hay momentos solemnes que deciden de su por-

venir. Prenesto presenta de ello un ejemplo memorable. Orgullosa con su origen muy anterior al de Roma, envanecida con sus murallas ciclópeas, y orgullosa sobre todo con su templo de la Fortuna, adonde el imperio romano entero iba á consultar su Suerte, la ciudad latina ocupaba hacia largo tiempo un papel elevado en la escena del mundo; mas la hora de su decadencia se acercaba. Roma, dividida entre Mário y Sylá, estaba ardiendo y con ella toda la Italia. Prenesto tomó el partido de Mário. La altura de sus murallas, la fuerza de su ciudadela hicieron que fuera elegida por el hijo de Mário para su asilo y su campo de atrincheramiento. Sylá se presenta á su turno; la ciudad es tomada, el vencedor degüella á los habitantes, y la antigua ciudad baja á una tumba sangrienta de donde no ha salido jamas. El vencedor tiene á bien restablecer sobre bases más vastas y con nueva magnificencia el templo de la Fortuna; ¡vanos esfuerzos! el prestigio ha muerto para siempre. Nos parece que debia ser así. Se acercaba el momento en que el oráculo eterno de la verdad, la verdad misma iba á hablar al mundo; y en la destruccion de Prenesto, baluarte secular en donde reinaba el padre de la mentira, como en el Capitolio, el cristiano reflexivo ve brillar la accion divina que avanza un paso en la obra de la preparacion evangélica.

No presentando Palestrina otro interes que el de los recuerdos, la dejamos á buena hora para irnos á Subiaco. ¡Subiaco! ¡qué encantadora peregrinacion! ¡Oh! cómo todo habla allí á la imaginacion y al corazón! ¡Qué gozo para el viajero frances hallar en aquella poética soledad religiosos que hablan su lengua, como él mismo la habla, y que sin haberle visto nunca, le quieren y le reciben como á un hermano! Subiaco fué el primer retiro de San Be-

nito; se puede decir que allí echó los cimientos de su inmortal institucion, y despues de trece siglos, los hijos del venerable patriarca guardan con un religioso respeto la cuna querida de su numerosa familia. Están divididos en dos monasterios, el de San Benito y el de Santa Escolástica. ¡Con qué amor nos enseñaron el *Sacro Speco*, caverna misteriosa en donde su padre vivió largo tiempo, como San Ignacio en Manresa, como Moisés en el desierto, preparando con Dios los grandes designios que debía ejecutar! Allí hay una bella estatua que representa al santo absorto en la meditacion; á su lado está una canastilla, recuerdo de la que usaba San Roman para pasar á su señor un frugal alimento. En otra parte mirad el gran crucifijo en el cual está engastado el que llevaba consigo el ilustre fundador.

En el convento de Santa Escolástica encuentra el arqueólogo las riquezas, de las cuales fueron criadores ó guardianes los Benedictinos. Un claustro del siglo diez y seis, otro del siglo décimotercio, una sacristía del décimosexto; preciosos manuscritos con iluminaciones, así como las ediciones *princeps* de las obras impresas en Subiaco, y las primeras que lo fueron en Italia. De la biblioteca bajamos á la iglesia para venerar á los santos mártires Audax y Anatolio, cuyos cuerpos descansan bajo el altar mayor. Angeles de la oracion y mártires velando despues de tantos siglos en aquella soledad santificada por la presencia del patriarca de los religiosos en Occidente, todo esto es un misterio de gracia, una armonía providencial, cuyo secreto nos fué dado conocer algunos pasos más léjos. Neron y sus dignos sucesores habian tenido aquí una vila. Por todas partes la mancha y por todas la purificacion, y la segunda siempre en razon directa de la primera. Tivoli nos presentará muy pronto el mismo

contraste. Al dejar á Subiaco, otro recuerdo se presenta al viajero. Aquí, como en las lagunas Pontinas, se mostró Pio VI un monarca inteligente y magnífico. La soberbia iglesia de San Andrés, los molinos, las grandes fraguas y otros establecimientos de utilidad pública, fueron obra suya. Tambien un arco de triunfo de mármol, colocado á la entrada de la ciudad, perpetúa la memoria del bienhechor Pontifice. Noble tributo de reconocimiento y de amor, ¡qué amarga impresion inspira al viajero frances! ¡Oh santo mártir, olvidad á Valencia y su ciudadela! ¡oh vicario del Dios que abrasó á todos los hombres en su inmensa caridad, rogad por el pueblo fiel que os levantó monumentos de gloria; rogad tambien por el pueblo ciego que os dió cadenas!

En el pintoresco valle que riega el Anio de límpidas ondas, corre serpenteando el alegre camino de Tivoli. Los caballos romanos caminan de prisa y muy pronto percibimos á la antigua Tibur. La gruta de las Sirenas, cascadas, recuerdos de Hecraccio, recuerdos de Varus, recuerdos de Cátulo, recuerdos de la Sibyla, recuerdos de Mecenas, recuerdos de Santa Sinforosa y de sus siete hijos, hé ahí lo que puede interesar al artista, al arqueólogo y al cristiano. A pesar de su poblacion de siete mil almas, Tivoli se parece más bien á una aldea que á una ciudad; las calles son irregulares, montuosas; las casas con algunas excepciones, de mediana apariencia. El gran *hotel de la Reina* tuvo el honor de darnos hospitalidad, y nadie adivinaria cuál fué la primera cosa que se ofreció á nuestras miradas al subir la escalera del primer piso. En un tronco fijo en la pared leimos en muy buen frances: *limosnas para la Propagacion de la fe en los dos mundos*. Con una alegría enteramente francesa, mezclada con un grano de orgullo nacional, cada uno de nosotros se apresuró á depos

tar allí su apostólica ofrenda. La obra de la Propagación de la fe, establecida en la ciudad de Mecenas, de Salústio y de Horacio, ¿no es un curioso monumento de triunfo del cristianismo?

Tivoli presenta algunos otros. La catedral dedicada á San Lorenzo, está edificada sobre las ruinas del templo de Neptuno, cuya Cella 1 y cuyos pórticos se ven todavía. Este templo es célebre en los anales del martirio, por hechos cuya historia es necesario conocer si se quiere visitar con inteligencia y respeto el lugar que fué teatro de ellos. Adriano había acabado ya los edificios de la suntuosa vila que visitaremos dentro de algunas horas; según costumbre, fueron dedicados en medio de las pompas religiosas y de los sacrificios. El supersticioso anciano quiso conocer la duración de sus soberbios palacios, y consultados los dioses, respondieron: "Una viuda cristiana retirada en Tibur nos cierra la boca. Se llama Sinforsa y es madre de siete hijos; si ella nos ofrece incienso, responderemos."

El emperador hizo llevar á la noble matrona, esposa de Getulio ó Zótico, y cuñada de Amácio, generales de sus ejércitos, ya martirizados por la fe. Se emplearon promesas y amenazas para determinarla á un acto de idolatría. ¡Vanos esfuerzos! Adriano, tocándola entonces por el punto más sensible, la dijo: "sacrificad á los dioses ó vos misma seréis sacrificada con vuestros siete hijos!—¡Muy feliz sería si me sacrificasen ocho veces por mi Dios! —No serás sacrificada á tu Dios, respondió el emperador con cólera, sino á los míos. —Vuestros dioses no pueden recibirme en sacrificio, yo no soy para ellos una víctima."

1 Despensa para los comestibles de la casa; dormitorio de criados; despensa del aceite; cueva ó bodega para vino; ó cuarto donde se calentaba el agua para baño.

Entonces Adriano mandó llevarla ante el templo de Hércules, que le maltrataran el rostro á puñetazos, que la suspendieran por los cabellos y después de haberla azotado cruelmente con varas, que la precipitasen al Anio. César, el odio te ciega, y tienes razón, era necesario que las aguas en donde se bañaban las cortesanas de Tibur, fuesen purificadas con la sangre de una cristiana. Al día siguiente el emperador mandó plantar siete postes alrededor del templo de Hércules; á ellos son atados los siete hijos de la ilustre matrona y todos espiran en medio de tormentos cuya cruel variedad hace estremecer. 1

Tal es el primer acontecimiento que habla al viajero en los umbrales del templo; hé aquí el segundo. Esta tierra que pisais ha bebido la sangre de otro cristiano verdaderamente digno de su nombre. Se llamaba Generoso, y este nombre que él había ilustrado en la carrera de las armas, lo ha hecho inmortal con su muerte. Desde hace quince siglos, triunfa en el lugar mismo en que ha vencido; su cuerpo glorioso descansa bajo el altar, no lejos de San Quirino, otro mártir de Tibur y de la ilustre Sinforsa, de quien era muy justo conservar en este lugar algunas reliquias.

De la catedral pasamos al templo de Vesta. En la punta de una roca que domina la gran cascada del Anio, y da á un valle profundo, se levanta un gracioso edificio de forma circular, sostenido por diez columnas de travertino delicadamente estriadas y coronadas con una cornisa festo-

1 Estos gloriosos mártires son llamados en la historia los siete *Biothanates*, es decir, muertos con muerte violenta. Los cristianos los enterraron en la vía Tiburtina y fueron trasladados á Roma por el Papa Esteban á la iglesia de San Angel in Peschiera, en donde descansan todavía. Cerca de sus sepulcros hemos leído la inscripción siguiente:—*Hic requiescunt corpora sanctorum martyrum Symphorose, vivi svi Zotici et filiorum ejus á Stephano papa translata.*

nada. Sus paredes, revestidas interior y exteriormente con pequeños polígonos de toba irregulares, su arquitectura irreprochable, todo anuncia que este edificio es de la mejor época. ¿Pero cuál fué su destino? Los sabios no están de acuerdo en él, y su opinión hace de él un templo de Vesta. Como quiera que sea, puede presentar al dibujante el primer plano de un encantador paisaje.

Ménos incierta es la ciencia cuando atribuye á la Sibyla el pequeño templo inmediato al anterior. Forma un cuarecángulo extenso, sostenida por cuatro columnas jónicas al frente, y puede tener treinta piés de longitud y quince de latitud. Aunque este edificio, convertido en iglesia de San Jorge, no presenta nada interesante bajo el aspecto del arte antiguo, es no obstante imposible penetrar en él sin acordarse del célebre oráculo atribuido á la Sibyla. La vista de Albunea atravesando la noche de los siglos, ve una gran luz y su boca proclama la gloria de una joven Virgen, madre de un Dios nacido en los campos de Bethlem:

Vivax ipse Deus dedit haec mihi numina fandi
 Carmine quo sanctam potui monstrare PUELLAM,
 Concipiet quae Nazareis in sinibus illum
 Quem sub carne Deum bethlemitica rura videntur:
 O ninium felix casus dignissima mater,
 Quae tantam sacro lactabit ad ubere prolem! 1.

Bajando por el flanco occidental de la colina, se llega bien pronto á la vila de Mecenas. ¡Extraña vicisitud! La magnífica morada del favorito de Augusto es hoy una fragua. Sus paredes de mármol, sus doradas habitaciones, están degradadas ó ennegrecidas por un humo secular. En los atrios, donde se paseaban los elegantes sibaritas de la corte imperial, van y vienen herreros casi desnudos; y las salas brillantes en donde resonaban los acordes de una música voluptuosa, no repiten sino el rui-

do ensordecedor de veinte martillos que chocan contra el yunque. Bajo los anchos pórticos de la vila de Mecenas, pasaba la vía *Valeria*, y una antigua inscripcion enseña que ella formaba una galería cubierta, á la manera sin duda de nuestros pórticos parisienses. Siguiéndola hasta abajo de la montaña, atravesamos el rio por un pequeño puente de madera á fin de ganar el lado opuesto y de gozar de la vista de las cascadas, de las cuales contamos ocho fuera de la gran cascada.

En su caída de mediana altura, forman siete anchos rollos de agua, cuya blancura de leche contrasta vivamente con el verde césped de la colina y produce el más gracioso golpe de vista. A medida que se va uno elevando por aquel lado, se encuentran ruinas cuyo nombre se ha perdido. Nadie sabe con certeza en dónde estaba la real vila del caballero romano Manlio Vopisco, tan magníficamente cantada por Stácio; 1 la de Cátulo, el licenciado poeta; la de Salústio, el rapaz procónsul; la de Horacio mismo, á la cual habia creído inmortalizar con estos versos:

Laudabunt alluclaram Rhodon, aut Mytilenem, etc? 2
 "Sobre dos mares á Corinto alzada
 Celebren otros, ó á Efeso ó á Rodas, etc."

Traducción de D. Javier Burgos.

Más feliz es la vila de Quintilio Varo. El erudito, el cicerone, el sencillo pastor, todos saben señalar su lugar y sus despojos. ¿De dónde le viene este privilegio? ¿Será que acaso la celebridad de la desgracia es más durable que la de la gloria? Varo, llamado por el gobierno de la Judea á mandar el ejército romano en Germania, se dejó sorprender por Arminio y perdió con la vida las legiones más bellas del imperio. *Varo, ¿qué has hecho de mis legiones?* Este grito desgarrador que Augusto no cesaba de repetir, á la noticia del de-

1. Véase Ganisio, de *Maria deipara Virgine*, lib. II, c. 7, p. 147.

1. Carmen III.

2. Od. VII, lib. 1.

sastre, parece resonar más fuerte alrededor de la vida de Varo y protegerla como el anatema protege á un lugar funesto. Pero nó; el verdadero conservador de aquellas ruinas célebres es el santuario de María que las cubre con su sombra. Sus nombres mezclados al de la augusta Virgen, los hará en adelante inmortales. La vila de Varo se llama la *Madonna del Quintigliolo*. Allí encontramos prosternado ante la antigua imágen de María á un jóven pastor, cuyo rebaño de cabras blancas pacía en las inmediaciones al cuidado del perro fiel. Este espectáculo inespecado nos recordó de pronto la visita que M. de Chateaubriand habia hecho á esta capilla solitaria, y nos asoció deliciosamente á los sentimientos que él expresa.

Como él, habiamos pasado el Teverone por el puente Lupo, para entrar al Tivoli por la puerta Sabina; como él, habiamos atravesado el bosque de viejos olivos; como él, en fin, estábamos en la pequeña capilla blanca, dedicada á la *Modonna Quintigliana*. «Era un domingo, dice el ilustre escritor. . . . un hombre solo, que tenia el aspecto de ser muy desgraciado, estaba prosternado cerca de un banco; oraba con tanto fervor, que no levantó los ojos á verme al ruido de mis pasos. Yo sentí lo que he sentido mil veces al entrar á una iglesia, cierto apaciguamiento de las turbaciones del corazón, como dicen nuestras viejas biblias, y un no sé qué disgusto por las cosas de la tierra. Me puse de rodillas á poca distancia de aquel hombre, é inspirado por el lugar, pronuncié esta oracion: ¡Oh Dios del viajero que habeis querido que el peregrino os adorase en este humilde asilo edificado sobre las ruinas del palacio de uno de los grandes de la tierra! ¡Madre de dolor, que habeis establecido vuestro culto de misericordia en la heredad de este romano infortunado, muerto léjos de su país en las selvas de la

Germania! no habemos aquí más que dos fieles prosternados á los piés de vuestro altar solitario. Conceded á este desconocido, tan profundamente humillado ante vuestras grandezas, todo lo que os pide; haced que las oraciones de este hombre sirvan á su vez para curar mis enfermedades, á fin de que estos dos cristianos que son extraños el uno al otro, que no se han encontrado más de un instante en la vida y que van á separarse para no volverse á ver nunca aquí en la tierra, se sorprendan al encontrarse al pié de vuestro trono y al deberse mutuamente una parte de su felicidad por los milagros de la caridad.»

Entre la vila de Varo y la puerta Sabina se encuentra uno frente á la gruta de las Sirenas y de la gran cascada del Anio. El rio desemboca de una roca perforada en otro tiempo por órden de Gregorio XVI y cae con estrépito en una barranca profunda, de la cual vuelve á salir haciendo espuma para correr en seguida tranquilamente por el valle. Un monumento levantado al Soberano Pontífice, consagra el reconocimiento de los habitantes por aquellos útiles trabajos que ponen á la ciudad al abrigo de las inundaciones. Con el fin de poder decir que no habiamos olvidado nada, hicimos una excursion á la vila de Este, antes de dejar á Tivoli. Ver una casa, jardines, fuentes en otro tiempo magníficas y hoy deterioradas, acordarse del cardenal Hipólito de Este, fundador de la vila, y del Taso que recibió en una noble hospitalidad, tal es casi la única ventaja de esta visita.

Salimos por la puerta Santa Cruz y dejamos muy pronto la vía Tiburtina para dirigirnos á la vila de Adriano, situada á la izquierda en el campo romano. No me detendré á describir esta gigantesca mansion de uno de los señores del mundo. Para dar una idea de su magnificencia, basta decir que la vila de Adriano es más gran-

de que Pompeya; tiene cuando ménos siete millas de circunferencia. Del mismo modo que Adriano habia tomado por modelo para su sepulcro, los edificios más notables de la Grecia y del Egipto, así quiso reunir en su vila los lugares y los monumentos más célebres que habia conocido en sus continuos viajes. Allí se encontraba el Liceo, la Academia, el Prytaneo, el Pecilo, Canope y los templos de Sérapis, el valle de Tempé, los teatros, los principales templos de la Grecia y del Egipto, sin olvidar los infiernos 1.

Pero para embellecer la morada de su señor, Roma, Aténas, Corinto, Alejandría habian quedado viudas de sus artistas famosos; el Oriente y el Occidente habian cavado todas sus minas de oro y de plata, todas sus vetas de mármol, de alabastro, de pórfido y de basalto. ¡Vanidad de los hombres y de sus proyectos! En vez de ser aquel lugar una morada de delicias para Adriano, no fué más que un teatro de sufrimientos. Allí encontró el gérmen de la enfermedad que le condujo al sepulcro; y no se diría sino que todos aquellos monumentos que representaban las diferentes partes del mundo, no se habian reunido allí más que para hacer asistir al universo entero á las angustias, á las cóleras, á la rabia sanguinaria del viejo emperador. De allí partieron las fatales sentencias que condujeron á la muerte á Santa Sinforsosa con sus siete hijos, al anciano Serviano, la gloria del imperio, y aun á la emperatriz Sabina 2.

El mismo Adriano, obligado á nombrar un sucesor para el imperio, abandonó prontamente aquella morada suntuosa y se fué á morir á Baía.

Eran tales las riquezas acumuladas en aquella vila, que forman, á pesar de todo lo

que se ha perdido, una parte considerable de los museos de Roma, y el salon de *Canope*, en el Capitolio, está lleno casi exclusivamente con estatuas egipcias y objetos que pertenecen al culto de Sérapis y fueron hallados en la morada imperial. ¿Qué queda de esa obra maestra del lujo y de la opulencia colosal del señor del mundo? Los cuarteles de las guardias pretorianas, *cento camerelle*, y las paredes vacilantes de no sé qué edificios, teatros, termas, palacios, bibliotecas, pórticos, todo no es más que un conjunto informe de despojos amontonados en un suelo accidentado cubierto de espinas y habitado solamente por lagartijas y otros reptiles. En el momento en que recorriamos aquel vasto campo de ruinas, un pobre campesino lo atravesaba en silencio; conducía un asno cargado con largos rosales, destinados á sostener las cepas de una viña plantada en la naumaquia imperial.

Volviendo á tomar la vía Tiburtina, nos desuvimos delante del mausoleo de la familia *Plautia* el tiempo necesario para leer algunas inscripciones. Citaré solamente la de Tiberio Pláncio Silvano, compañero de Cláudio en la guerra Británica. Esta tumba, en la forma y en las proporciones se parece mucho á la de Cecilia Metela. ¡Singular destino de los sepulcros romanos! Los que acabo de nombrar sirvieron de fortaleza durante las guerras civiles de la Edad Média, y el mausoleo de Adriano es todavía la ciudadela de Roma.

Bien pronto un fuerte olor de azufre, acompañado de exhalaciones muy desagradables, nos advirtió que estaba muy cerca el puente de la Solfatara. En un ancho canal corren con rapidez aguas blanquizcas, pero límpidas y azuladas; de aquí el nombre de *Albulæ* que les habian dado los antiguos. Proviene de un lago profundo impregnado todo él de materias sulfuro-

1 Et ut nihil prætermitteret, etiam inferos finxit.—Spartian., in *Adrian*.

2 Spartian., in *Adrian*.

sas: Este lago de *Islas Flotantes*, que tanto se nos había recomendado, no vale la pena de ser visitado, sino tal vez por los mineralogistas. Más interesante es el *Ponte Mommolo*, por el cual se atraviesa el Tevere: va antes de entrar á Roma. Cuatro grandes recuerdos le hacen célebre para siempre: el jóven Mánlio allí conquistó el sobrenombre glorioso de Torcuato en un combate que recuerda el de David contra Goliath; la emperatriz Mamea lo mandó restaurar; Totila lo destruyó, y Narsés lo volvió á levantar.

La noche acababa de sorprendernos y el cielo se vió muy pronto sembrado de estrellas. Nos pusimos á admirarlo y á repetir algunos de los salmos en que el real Profeta describe la magnificencia del firmamento. Yo no sé qué encanto dan la soledad y el silencio del campo romano á aquellos sublimes cánticos; siempre sucede que el alma en esa hora solemne, en medio de aquella calma profunda, siente más vivamente la bella armonía que existe entre la ciudad eterna y el silencioso desierto que la rodea. Para el cristiano, Roma es un templo, y antes de entrar al templo, es bueno tener que atravesar un cementerio. El ruido del mundo se apaga en medio de las tumbas; las ilusiones desaparecen; graves pensamientos las reemplazan y los pensamientos graves son hermanos de los pensamientos santos, que son los únicos que deben penetrar al templo. ¡Y qué cementerio es el campo romano!

23 DE MARZO.

Iglesia de la Magdalena.—San Camilo de Lelis.—Tinieblas en la capilla Sixtina.—Dificultad de asistir á ellas.—Idea general del oficio.—Pinturas de la capilla.—Canto de los Salmos y de las Lamentaciones.—*Miserere* de Bainsi, de Bai, de Allegri.—Juicio de Monsieur Wiseman.

Hoy 23 de Marzo, se habían dado cita

dos franceses en la plaza Columna. Se habían reunido á las siete de la mañana y caminaban juntos hácia la iglesia de Santa María Magdalena. ¿Cuál era el objeto de su peregrinacion? Ver de cerca los lugares habitados por un héroe de la caridad cristiana, visitar el cuarto donde murió, venerar los objetos que fueron de su uso y tomar en su sepulcro algunos de los sentimientos que le animaron. Estos dos franceses eran el Sr. Vizconde W... y yo. El héroe es San Camilo de Lelis. Sus obras, doble prodigio de misericordia y de caridad, son un beneficio siempre subsistente. Camilo, hijo de un soldado y soldado él tambien, no tardó en tomar las costumbres poco regulares de los campos. Se hizo jugador, pero jugador apasionado. Fué licenciado despues de la campaña de Túnes en 1574 y no había sacado del servicio militar más que su equipaje: lo jugó; jugó primero su sable, y lo perdió; su mosquete, y lo perdió; su cartuchera, y la perdió; su capote, y lo perdió; su camisa, y la perdió. 1

Despojado de todo, el nuevo hijo prodigo entró en sí mismo, se convirtió y llevó á la práctica del bien el desinterés sin límites de una grande alma, y la franqueza y lealtad de un soldado. Los pobres de toda especie, pero sobre todo los enfermos fueron su objeto privilegiado, y los lazaretos y el hospital del Espíritu Santo en Roma, su domicilio.

¿Por qué no me permitirá el tiempo contar uno de los dias tan admirablemente empleados del santo hombre? Todo lo que puede hacer el padre más amoroso, digo mal, todo lo que puede inventar la madre más tierna para aliviar, para consolar á su hijo enfermo y ayudarle á santificar sus sufrimientos, todo y aun más hacia Camilo. Aun enfermo y agobiado por los años,

1 *Vita di San Camilo, etc. dai. P. P. Ciccotti e Dolera*, lib. 1. c. 4. in-4.º Roma, 1837.

se le veía en pié todo el día y una parte de la noche, pasando de un lecho à otro, y no contando nunca consigo mismo, cuando había un dolor que calmar, una conciencia que tranquilizar.

Esto llegaba al punto de que los enfermos, movidos de compasión hacia aquel venerable anciano, le decían: «Padre, ya no podeis más. vais á caer, reponeros.» Y él les respondía con la sonrisa en los labios:

• «Hijos míos, soy vuestro servidor, es necesario que cumpla con mi deber.» Para secundarle, fundó la *Congregacion de los clérigos, ministros de los enfermos*. Esta admirable familia, animada del espíritu de su jefe, admira todavía hoy al mundo cristiano por su abnegacion. Un voto especial los encadena á la cabecera de los atacados de peste.

Tal es el hombre cuyo sepulcro íbamos á venerar. En la iglesia de la Magdalena está una magnífica capilla brillante de mármoles y dorados; una caja de bronce dorado colocada bajo el altar, encierra el cuerpo de San Camilo. Le encontramos rodeado de numerosos fieles y se nos dijo que la concurrencia era habitualmente la misma. El buen padre que nos acompañaba nos hizo notar, á la derecha de la capilla, el crucifijo milagroso que, desprendiendo sus brazos de la cruz, dirigió un día al santo estas consoladoras palabras: «De qué os afligís, hombre pusilánime? Seguid vuestra empresa, yo seré vuestro apoyo; esta obra no es vuestra sino mia.»

Entramos al convento, llegamos á la extremidad de un largo corredor y delante de nosotros se abrió una pequeña puerta con hojas de abeto; estábamos en la celda del santo fundador. Según la costumbre en Italia, aquella celda es hoy una capilla; en las paredes laterales brillan dos largos cuadros de grande expresion que representan los últimos momentos del santo; en las gradas del altar se ven á

través de vidrios, no pocos objetos que fueron de su uso. Una pequeña ventana colocada en el fondo, ilumina débilmente aquel venerable santuario. Tuve el consuelo de celebrar la misa que me ayudó mi amable compañero de viaje. Despues de una agradable visita al R. P. de Geramb, que habita aquel convento, nos citamos para la plaza de San Pedro.

A las cuatro de la tarde, las Tinieblas de la capilla Sixtina iban á abrir la série no interrumpida de las grandes ceremonias que hacen de la Semana Santa en Roma la semana incomparable. En este mundo, todo goce debe ser comprado; el que ambicionábamos lo fué á gran precio. Si mal no me acuerdo, se lee en las *Victorias y Conquistas de los Franceses*, que despues de la batalla de Moskow, decía Napoleon á su ejército: «Soldados, cuando volvais á vuestros hogares os bastará decir: Yo estaba en aquella gran batalla que se dió en las murallas de Moskow, para que os respondan: Hé ahí á un bravo.»

Nosotros no tuvimos el honor de hacer la campaña de Rusia en 1812; no hemos combatido en Moskow, y sin embargo, cada uno de nosotros tiene la pretension de llamarse bravo. Hemos hecho la campaña de San Pedro en 1842; hemos tomado parte en el grande ataque que tuvo lugar en las murallas del Vaticano y cuyo resultado fué la toma por asalto de la capilla Sixtina. Las entradas de la plaza estaban invadidas por diez mil personas armadas de la inquebrantable resolucion de penetrar á un local, capaz de contener seiscientos espectadores á lo más. Mientras los soldados del emperador no tuvieron que combatir más que á los rusos, nosotros tuvimos que luchar contra los hijos de la Germania y de Albien coaligados y contra los suizos armados de hierro. No obstante, conseguimos ocupar en la capilla Sixtina un pié cuadrado cada

uno. A las olas de gente pertenece el honor de nuestra entrada, pero á nosotros la gloria de haber guardado el puesto durante tres horas, montados en un baulastrado y obligados á defendernos á la vez contra las borrascas de la multitud enemiga y contra el calor que amenazaba sofocarnos.

Pero ¿qué cosa hay tan maravillosa en esas Tinieblas à que todo el mundo quiere asistir á precio de los más penosos esfuerzos y aun de peligros reales? Para responder es necesario ser cristiano, recogerse y poner el alma en armonía con todo lo que hiere los sentidos. Esta ceremonia traza la grande epopeya en que Dios y el hombre están en lucha; esta capilla es el sublime panorama en donde se desenvuelven los formidables misterios del pasado, del presente y del porvenir, del tiempo y de la eternidad. Esta asamblea es el universo representado por lo que tiene de más augusto; aquellos cánticos son sucesivamente la historia patética de los más inmensos beneficios, el sombrío cuadro de una ingratitud igual y la elegía de un Dios moribundo que muere en una cruz.

Hé aquí desde luego la palabra *Tinieblas* que recuerda aquella noche que envolvió á la naturaleza cuando la gran Víctima espiró en el Calvario, y aquellos dias antiguos en que la Iglesia perseguida fué obligada á ocultar sus misterios en las entrañas de la tierra; tinieblas lúgubres, espantosas, que parecen extendidas en todo el oficio, impregnado de dolor y tan justamente caracterizado por aquella hermosa expresion italiana: *Uffizio di lutto e come la rappresentazione dei funerali del Redentore*. «Oficio de luto que es como la representacion de los funerales del Redentor.»

Reproduciendo toda la escena en las obras maestras que resplandecen en su bóveda y en sus paredes, la capilla Sixtina muestra á las miradas el principio, el

medio y el fin del drama. En todas partes la gran figura del Hombre-Dios, luz de todas las sombras, realidad de todas las figuras, objeto de todos los oráculos, última palabra de todas las cosas. Levantad los ojos, héle aquí en los Profetas y Patriarcas del Antiguo Testamento, así como en las Sibylas, profetas de la gentilidad, que ha sembrado Miguel Angel en las bóvedas del temple, como la mano de Dios sembró las estrellas en el firmamento. A la izquierda, héle aquí en Moisés, conductor de Israel; tambien Miguel Angel es el que lo presenta á la vista. A la derecha, héle aquí hecho hombre, recibiendo el bautismo; despues, fundador de la Iglesia, dando à Pedro las llaves todopoderosas que abren y cierran el cielo. Al Perugino se deben las más bellas páginas de esta divina historia.

Miguel Angel y Perugino representan aquí el génio del arte en su más alto poder, personificando el primero la escuela Ombriana y el segundo la escuela Florentina. Aquella, fiel á las tradiciones católicas, parte de Cimabúe y de Giotto; se engrande con el B. Angélico de Fiesole, y como la antorcha próxima á apagarse, así brilla con toda su gloria en la persona de Perugino. Esta, entusiasta por la forma, toma el génio vigoroso de Buonarotti, y del primer bote se eleva á una altura de que nunca ha bajado. Así, por una coincidencia única en los anales del arte, las dos grandes escuelas de pintura han trabajado de concierto en escribir sobre las paredes de la capilla Sixtina la grande epopeya cristiana. Si pues la religion y su historia son el verdadero objeto del arte; si en la religion todo lo que hay de más elevado son los misterios del Hombre-Dios, ¿cómo no sentir todo el interes que inspira un santuario en donde con tantos esfuerzos reunidos, el génio del arte cumple tan poderosamente su divina mision?

Quitad vuestra vista de la bóveda y mirad que en las partes inferiores se desarrolla el drama, se acerca el desenlace, ¡y caed en el Gólgota! El Gólgota es el altar coronado con la gran cruz y rodeado con crespones fúnebres. Pero si la muerte de la Víctima agota el poder de los verdugos, la Víctima misma no se hace sino más viva y más fuerte. Su obra exige que resucite; y el cuadro colocado detrás del altar la representa saliendo radiante de las sombras del sepulcro. Llegamos á los confines del tiempo y de la eternidad; aquí una última escena debe completar todas las demas. El Dios, tratado como rey de teatro y crucificado entre dos ladrones, debe tomar un día el papel que le conviene; sus verdugos, las naciones rebeldes ó los fieles, el mundo entero, citados en su tribunal, deben darle cuenta de su sangre y de su muerte. Y hé ahí que en el fondo de la capilla se destaca el terrible fresco de Miguel Angel, el *Juicio Final*.

Todo se ha consumado; desde el día en que el mundo sale de la nada hasta el día en que el tiempo acaba y comienza la eternidad, el Verbo divino, el Redentor, el Alfa y el ómega se ha mostrado bajo el pincel sublime del arte cristiano, llenando con sus misteriosas acciones toda la duracion de las edades. Bajo este inmenso horizonte, el alma engrandecida no ve más que á él, él por todas partes, él siempre, y el corazón conmovido se siente dispuesto á nuevas emociones.

Estas le llegan numerosas y poderosas con el espectáculo de la asamblea. En esta capilla Sixtina, en donde desde hace tres siglos se han sucedido todas las glorias del género, del poder y de la virtud, el peregrino católico se ve rodeado de hombres ilustres del Oriente y del Occidente, embajadores de la cristiandad que van á llevar como tributo á la gran Víctima, la compasion y las lágrimas del mundo entero. Alrededor

del altar están prosternados los conductores de Israel. Estos ancianos de cabellos blancos, cuya actitud y cuyo vestido expresan el dolor, forman el senado de la Iglesia. A su cabeza se distingue el jefe de la augusta asamblea. Este es el padre de los padres, el representante de los siglos y de las naciones, el que resume en su persona sagrada todos los títulos de gloria divididos entre otros que nadie divide con él: Gran sacerdote, Soberano Pontifice, Jefe de todos los Obispos, Heredero de los Apóstoles, Abel por el primado, Noé por el gobierno, Abraham por el patriarcado, Melquisedech por el sacerdocio, Aaron por la dignidad, Samuel por la prediccion, Pedro por el poder, el Cristo mismo por la uncion sagrada. 1 El es el que lleva el luto.

Apénas aparece, cuando comienza el canto de los grandes funerales. ¡Qué palabras! ¡Qué poesía! Ya es el Profeta Rey que en su idioma inspirado repite las humillaciones y los sufrimientos del Dios del Calvario, su señor y su hijo. Ya es Jeremías ó más bien la Víctima misma, que tomando la voz profética, única capaz de igualar las lamentaciones á los dolores, cuenta al cielo y á la tierra los complots de sus enemigos, la iniquidad de sus jueces, la crueldad de sus verdugos y termina todas sus quejas con esta oración tan penetrante que ablandaria una alma de bronce: *Jerusalem, Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum*. "Jerusalen, Jerusalen, conviértete al Señor tu Dios." Ya es Pablo, en fin, el intérprete más elocuente del cristianismo, el que viene á grabar en rasgos de fuego, sobre la tumba de la Víctima, el sublime epitafio que repite su reinado divino, su sacerdocio inmortal y su milagrosa mision, resumen de todas las figuras, cumplimiento de todas las prome-

1 San Bernardo, *De Consideratione ad Eug pap.*, lib. II, c. VIII.

sas, verificación literal de todos los profetas antiguos. De suerte que en las palabras del historiador, así como bajo el pincel del artista, Jesucristo se muestra el alfa y el ómega, el principio, el medio y el fin de todas las cosas. ¿Qué decir ahora del ritmo, del acento, del aire, en fin, con que toda aquella sublime poesía llega á nuestros oídos?

Para los salmos es el canto gregoriano; esto quiere decir la melodía antigua en toda la perfección de su majestuosa sencillez, inimitable lenguaje que la música moderna no ha podido nunca hablar. Es necesario añadir que en ninguna parte se ejecuta este canto con más precisión que en la capilla Sixtina, ni en otra parte obra más eficazmente sobre la piedad de los que lo escuchan. Para las lamentaciones, es sucesivamente el canto figurado de Allegri y el canto gregoriano. Se pensará lo que se quiera de mi expresión, pero diré que al oír las primeras, sobre todo en ciertos pasajes, me parecía que me pasaba una mano por el corazón que desgarraba sus membranas. Queda el *Miserere*, digno por las palabras y por el ritmo, de dar término al lúgubre y solemne oficio. Después de la solemne antifona *Traditur autem*, el Soberano Pontífice deja su mitra blanca y viene á ponerse de rodillas en un reclinatorio al pié del altar. Toda la asamblea se prosterna; luego, cuando el primer maestro de ceremonias ha dado la señal que anuncia que el Santo Padre ha acabado de rezar el *Pater*, se comienza el canto del *Miserere*. Las pinturas de la capilla, los cantos, las palabras, las ceremonias, todo tiende á fijar los sentidos y el espíritu en la gran Víctima del mundo, á concentrar todos los afectos del corazón en sus últimos momentos, haciéndonos testigos de sus angustias y de su muerte. Ahora que el crimen se ha consumado, y consumado por el hombre ingrato, ¿qué falta sino que

el padre común de todos los hombres, el representante del género humano caiga de rodillas, se humille con todo lo que le rodea y que de todas aquellas almas oprimidas por el dolor se escape un largo gemido, un grito prolongado de misericordia? Tal es el sentido del *Miserere* y la razón del lugar que ocupa en el oficio de las Tinieblas.

Los mejores maestros se han ejercitado en poner en música este salmo admirable. En 1533, Luis Dentice, napolitano, publicó un *Miserere* que hizo olvidar todos los demás. Reinó sin rival hasta principios del siglo décimoséptimo, en que fué destronado por el de Allegri que tiene todavía el cetro. Gregorio Allegri, nacido en la ciudad de Fermo en 1587, fué llamado á Roma por el Papa Urbano VIII. Llegó á ser miembro de la capilla Papal y entonces compuso su *Miserere*, cuya música se estimó por tan perfecta que el Soberano Pontífice prohibió bajo penas severas que se le copiase. Se asegura, no obstante, que Mozart lo retuvo en la memoria después de haberlo oído dos veces solamente. En 1714, Tomás Bai, tomándolo por modelo, varió el canto para cada versículo y produjo un *Miserere* casi tan bello como aquel, pero que no es más que una imitación. Por fin, se debe uno muy notable á Baine, director de la capilla Papal. Se ejecuta el miércoles, reservando el de Bai para el jueves y el de Allegri para el viernes.

Para no volver á tomar este punto, diré aquí la impresión que produjeron en mí aquellas diferentes composiciones. Según mi sentir, la música debe de ser para las palabras y no las palabras para la música, de la misma manera que la expresión debe ser para el pensamiento y no el pensamiento para la expresión. Además, creo que todos los grandes sentimientos del alma y el dolor en particu-

lar se traduce en acentos de una enérgica sencillez, poco variados en su cadencia y acabando casi siempre por una desinencia uniforme. En efecto, el alma fuertemente impresionada repite muchas veces la misma cosa, en los mismos términos y en el mismo tono; este es un hecho de experiencia del cual son una prueba diaria el pobre y el enfermo. Según este doble principio, ó por mejor decir, según esta doble disposición, hallé que el *Miserere* de Baini es algo trabajado, aunque los concedores encuentran en él majestuosos efectos de armonía. La modulación que cambia en cada versículo, deja adivinar el arte y rompe la sublime monotonía del dolor. Quitando, al ménos en parte, las *cuálidades* que acabo de señalar, el *Miserere* de Bai es mejor que el coro. La frase lenta y sepulcral se sostiene la misma hasta el fin, sin estallar en sonidos agudos ó quebrados; esta es la expresión uniforme y solemne de un sentimiento único, y no un espejo hecho pedazos que no refleja más que pormenores fraccionados y sin conjunto.

¡Qué diferencia de efecto, cuando el peregrino, de rodillas, á la ténue luz de la silenciosa Sixtina, y cerrando todos sus sentidos ménos el del oído, se abandona á los acordes uniformes y siempre dirigidos al mismo objeto, del *Miserere* de Allegri! Monseñor Wiseman, intérprete de todos los que han tenido la felicidad de oír aquella obra inmortal, expresará él mismo nuestras impresiones; ellas no pueden dejar de ganar tomando el lenguaje de un conocedor tan distinguido.

“La melodía de Allegri, dice el docto prelado, no es más mas que un canto doblemente variado, siendo los versículos alternativamente de cuatro y de cinco partes, hasta que en el final se reúnen las nueve voces en una sola armonía. La nota escrita es sencilla y sin adornos; pero la tradición sostenida por la larga experiencia

de un gusto puro, ha consagrado bellezas que no han sido escritas ni publicadas.

“El versículo comienza por un bello conjunto de un carácter particular, con un ligero *crescendo* hácia el medio; las voces se separan gradualmente para preparar el final. Entónces parecen formar entre sí un rico tejido de armoniosas combinaciones, hasta que todas por modulaciones sucesivas, son elevadas al acorde perfecto por una cadencia suspendida. En la segunda parte del versículo hay un acorde diferente y más rico, después del cual todas las partes se dividen con más gracia que ántes; podría decirse que son cuerdas de plata que se separan y se reúnen alrededor del magnífico y profundo bajo, que durante todas sus modulaciones apenas ha salido de su grave dignidad; y en este momento completan la más sublime armonía, estallando en un *crescendo* final que no tiene nombre en la tierra.

“Después que han ido viniendo los versículos, uno tras otro, á umentar la impresión producida desde los primeros acordes y sin que ningún artificio y ningún adorno haya podido distraer el pensamiento dominante; cuando se ha apoderado la reunión de los dos coros en aquel final tan enérgico y tan armonioso; y cuando el recitado de la oración: “Dignaos Señor tener compasión de Vuestra familia,” se levanta á través de los últimos acentos apenas apagados de aquella seductora composición, el alma permanece bajo el imperio de los sentimientos más tiernos, se siente disgustada de los ruidos vanos de la tierra y solo está aspirando á la morada de la verdadera y perfecta armonía.” 1

No hago más que tartamudear al querer contar la belleza y el poder de este oficio de la Semana Santa; espero, al ménos, haber dicho bastante para hacer nacer el deseo de oírlo y de apreciarlo.

24 DE MARZO.

Misa en la capilla Sixtina.—Ofertorio de Palestrina.—Procesion en la capilla Paulina.—Lavatorio de piés.—Mesa de la Cena.—Funciones del gran Penitenciario.—Tinieblas.—Lavatorio del altar de San Pedro.—Estacion.—Sermon de la Pasion de San Andrés *della Valle*.

El Juéves Santo despierta en el universo católico los más tiernos recuerdos, pero en Roma los repite de una manera más viva y más completa. A fin de representar á Nuestro Señor que en la última cena fué el único y primer sacerdote, el obispo ó el cura es el único que celebra la misa en cada parroquia; los otros sacerdotes se abstienen de decir la en señal de luto. Así como Nuestro Señor se dió él mismo en alimento á sus discípulos, así el pastor lo da á sus ovejas más numerosas en la Santa Mesa en éste, que en otros días. El cardenal decano es el que celebra la misa delante del altar de San Pedro en la capilla Sixtina. El Soberano Pontífice, precedido de la cruz y del cortejo ordinario, revestido con la capa de plata y la mitra de oro, fué á colocarse en su trono y recibió la obediencia del Sacro Colegio. En el ofertorio se cantó la célebre composicion *Fratres, ego enim*. Acabada la consagracion, dos maestros de ceremonias comenzaron la distribucion de los cirios para la procesion al sepulcro. Fueron llevados por los capellanes ordinarios á los cardenales, patriarcas, obispos, abades mitrados, prelados, protonotarios y generales de las órdenes. Al acabar la misa, el cardenal celebrante puso la hostia de los *Presantificados* en un cáliz llamado el *Cáliz del sepulcro*. Este cáliz es de cristal de roca montado en plata esmaltada, en la cual se ve á Nuestro Señor con los doce

Apóstoles, y dos círculos de piedras preciosas rodean la copa y el pié. La vista de este soberbio vaso nos recordaba dolorosamente que habia sido robada bajo la dominacion francesa; pero habiéndose encontrado más tarde, fué vuelto á su primer destino.

A poco el Sacro Colegio se reviste con los ornamentos sagrados de color blanco, y el Soberano Pontífice, bajando del trono, viene á colocarse delante del altar en donde recibe el cáliz del sepulcro. Se pone en marcha la procesion y atraviesa la sala Real. Este soberbio vestíbulo de la capilla Sixtina está iluminado por doce cuernos de la abundancia, de donde salen una multitud de bugías. Durante la procesion, se extiende un magnífico pálio, sostenido por obispos, encima del Soberano Pontífice que lleva el Santo Sacramento; todos los cardenales marchan con la cabeza desnuda, llevando en una mano su cirio iluminado y en la otra la mitra que contiene su solideo rojo; el coro canta el *Pange lingua*. En el momento en que el Santo Padre pasa al umbral de la capilla Paulina, se entona el *Verbum caro*. Al llegar Su Santidad al pié del altar, pone el Santo Sacramento en manos del prelado sacristan, quien lo deposita en la urna del sepulcro y cierra la puerta con una llave que se confía al cardenal granpenitenciario, quien debe officiar al día siguiente. No hablo de la bendicion papal que sigue á la procesion porque ya llegará su turno cuando hable de la Páscoa. Luego que el gentío nos lo permitió, visitamos la capilla Paulina, cuya iluminacion tenia aquella magnificencia y aquel gusto exquisito que solo se encuentra en Italia.

A este doble recuerdo de la institucion de la santa Eucaristía y de la muerte del Señor, sucede la representacion de los actos de humildad sublime con los cuales coronó su vida. El Santo Padre, acom-

pañado de toda su córte se traslada al Vaticano á la capilla de los Santos Proceso y Martiniano; aquí tiene lugar la ceremonia del *Mandatum* ó lavatorio de piés. El trono pontificio está colocado en un recinto circular sobre un estrado levantado entre las dos columnas del altar. En el fondo se dibuja un hermoso tapiz que representa la *Providencia sentada en el globo del mundo, entre la Justicia y la Caridad*; en la parte inferior se ven dos leones que sostienen los estandartes de la Iglesia. Detrás está fijo en la pared el magnífico tapiz de la *Cena*, trabajado en el hospicio de San Miguel, según el fresco de Leonardo de Vinci. A la izquierda del trono ricos aparadores contienen las jarras, los lavamanos, las flores, las toallas y otros objetos necesarios para la ceremonia; á la derecha, reina un largo estrado en donde están sentados los Apóstoles.

Se da este nombre á trece sacerdotes á quienes el Santo Padre les lava los piés. ¿Por qué el número trece y no doce? Según el docto Farnelli es para representar á los doce Apóstoles y á María hermana de Lázaro que derramó un bálsamo precioso á los piés de Nuestro Señor; otros han creído que era un recuerdo del Angel que fué á reunirse á los doce pobres alimentados todos los días por San Gregorio Magno en su residencia del monte Célio. Como quiera que sea, en virtud de una concesion pontifical pertenece la eleccion de los Apóstoles al cardenal camarlengo que nombra uno; al cardenal secretario de Estado, uno; al cardenal prefecto de la Propaganda, dos; al cardenal protector de los Armenios, uno; al embajador de Francia, uno; al de Austria, uno; al de España, uno; al de Portugal, uno; al mayordomo, tres; al capitán de los Suizos, uno.

Los Apóstoles, vestidos á la antigua, llevan un largo vestido de lana fina blan-

ca, una túnica con un cinturón de cinta de seda, una capa blanca de capuchón prendida en el pecho con dos pequeños broches; alrededor del cuello una especie de golilla plegada; en la cabeza un gorro largo de forma cónica adornado con una borla todo de lana blanca, con excepcion de los adornos y otros agregados que son de seda blanca; están calzados con zapatos de cuero blanco. Cuando el Soberano Pontífice está sentado en el trono, el primer cardenal diácono canta el Evangelio: *Ante diem festum Paschæ*; luego los cantores entonan la antifona *Mandatum*. Entonces el Papa se levanta y deja la capa, pero conserva el amito, la alba, el cordón, la estola violeta, el formal y la mitra de lama de plata. El cardenal diácono le ciñe con un gremial de lino blanco, adornado con encajes; y el vicario de Jesucristo, precedido de los maceros, del caudatario, del primer maestro de ceremonias y de los dos cardenales diáconos, se dirige al estrado de los Apóstoles para renovar el ejemplo de su divino Maestro.

Al acercarse el Pontífice, el lavador apostólico, vestido de negro, desnuda el pié derecho de cada Apóstol. Un subdiácono de túnica blanca y sin manípulo, se sitúa á la derecha del Papa y sostiene el pié de los peregrinos, mientras el Pontífice lo lava con agua vertida por un *bussolanti* y que cae en un lavamanos de plata esmaltada. El Papa frota el pié ligeramente, lo enjuga con un lienzo, lo besa y se inclina. Dos *bussolanti* de capa roja siguen al Santo Padre, llevando dos lebrillos de plata de los cuales uno contiene lienzos destinados á enjugar los piés de los Apóstoles y el otro trece ramilletes de flores naturales.

Después del lavatorio de los piés, cada Apóstol recibe de mano del Papa una servilleta y un ramillete de flores; y de mano del prelado tesorero, que lleva capa pluvial, dos medallas, una de oro y otra de plata.

Tienen el diámetro de un medio escudo romano y presentan por un lado la efigie y el nombre del Papa reinante y el año de su pontificado; por el otro lado se ve á Nuestro Señor lavando los piés en San Pedro y abajo se lee la inscripcion siguiente: *Egu dominus et magister exemplum dedi vobis*. Estas medallas están encerradas en una bolsa de damasco carmesí con galones de oro.

Durante esta ceremonia, en donde se ve al Vicario de Jesucristo, al augusto gefe de la cristiandad humillarse y abatirse trece veces delante del pobre y del peregrino y hacerse realmente en aquel dia el siervo de los siervos, nos deciamos á nosotros mismos: Si un antiguo Romano, si uno de los Césares volviese á la tierra y contemplase en la gran Roma, sobre las ruinas mismas del palacio imperial un espectáculo semejante, ¿cuál seria su asombro? ¿El, que no veia en los pobres más que seres despreciables, qué seria de él al ver á los monarcas á sus piés? ¡Magnífico poder del catolicismo, que en una sola de sus ceremonias restablece la verdadera nocion del poder y muestra á todas las generaciones que entre el paganismo y nosotros, el Evangelio ha colocado el infinito!

Un poco más, y esta grave enseñanza iba á ser completa. En la gran sala situada encima del peristilo de San Pedro está puesta la mesa de los Apóstoles. Con increíble trabajo llegamos á penetrar hasta ella. La mesa apostólica se levanta en un estrado separado del público por una barrera; es larga, igualmente adornada con lienzos plegados, jarras de flores, diversas piezas de platería y de trece pequeñas estatuas de plata esmaltada que representan á Nuestro Señor y á los doce Apóstoles. De trecho en trecho se ven dispuestas con simetría jarras doradas cargadas de frutas y de dulces. En el lugar de cada Apóstol está un cubierto de plata con dos

pequeños panes. Los Apóstoles mismos estaban en pié detrás de la mesa esperando la llegada del Soberano Pontífice. El Santo Padre apareció precedido por la cámara y los prelados con *mantellone* VIOLETA, y todos los Apóstoles doblaron la rodilla. Su Santidad llevaba la sotana blanca y la muceta roja, rodeada de armiño. El maestro de cámara le puso un mandil de lino finísimo, bordado con encajes, y le presentó el lebrillo de plata. Despues de esto, los peregrinos fueron sucesivamente á que el Santo Padre les lavase las manos y luego, vueltos á su lugar, esperaron para sentarse que el Santo Padre bendijese la mesa. Despues del Bendicite, un capellan comenzó la lectura é inmediatamente se vió que del fondo de la sala se adelantaban obispos y prelados que llevaban en servilletas los platos que servían al Santo Padre, doblando la rodilla. El Santo Padre los recibia en sus manos y los presentaba á los Apóstoles á quienes sirvió á menudo agua y vino. Durante la comida, yo veia aquel buen Papa pasar y volver á pasar en el estrado, delante de la mesa, velando porque nada faltase. El estaba muy conmovido, las lágrimas corrián de sus ojos; para enjugarlas, sacó de su bolsa un pobre pañuelo de algodón, de pacotilla; ¡y este era el Papa! Antes de salir, El Santo Padre se lavó las manos, bendijo á los Apóstoles y se retiró. Lo que sobra de la mesa, así como el vestido que se ponen, pertenece á los Apóstoles.

Hé ahí una de esas escenas que es imposible olvidar nunca. Abraham y los patriarcas, el Hijo de Dios y la primitiva Iglesia han pasado á vuestra vista. El cristianismo acaba de enseñarnos en accion lo que es, lo que fué, lo que será siempre. El poder convertido en una carga, la grandeza en la sierva de la debilidad, el amor en lugar de la autoridad, la abnegacion

sucediendo al egoismo, el pobre y el pequeño rehabilitado, la fraternidad de todos los hombres sin distincion de razas, de dignidades, de nacimientos, en una palabra, la milagrosa revolucion operada en las ideas y en las costumbres del género humano, por el cristianismo, ¡todo está allí! ¡Qué libro fué nunca tan elocuente como semejante ceremonia.

Despues de las doce el gran penitenciarario se traslada á San Pedro para ejercer las funciones de su cargo, y nosotros le seguimos. Fué recibido por los penitenciararios nacionales y por los canónigos. Despues de haber adorado al Santo Sacramento en el sepulcro de la basilica se sentó en un estrado levantado á un lado de un pilar de la cúpula, oyó las confesiones y concedió indulgencias segun la antigua costumbre, cuya explicacion he dado ya.

De la basilica volvimos á entrar á la capilla Sixtina para asistir á las tinieblas del dia siguiente. ¡Qué espectáculo de luto y de tristeza! Toda la capilla despojada de sus colgaduras y de sus adornos; el trono del Papa sin respaldo; los bancos de los cardenales sin tapiz, la tribuna de los príncipes despojados de sus terciopelos carmesíes con fraujas de oro, el pavimento de la capilla privado de su ancha alfombra verde; el altar desprovisto de manteles; el cuadro del retablo cubierto con un velo violeta y la cruz con un velo negro; seis cirios de cera amarilla iluminaban toda aquella escena y confundiendo su claridad dudosa con la de los cirios de igual naturaleza colocados en el candelero triangular al lado del altar. El Santo Padre lleva un gran manto de sarga roja con capucha y la mitra de tela de plata; el Sacro Colegio la capa violeta; los alabarderos y maceros las alabardas y mazas vueltas al revés. Cuando en medio de este lúgubre aparato y de este triste espectáculo, la voz de los

cánticos resuena á vuestros oídos con las Lamentaciones de Jeremías ó el *Miserere*, es imposible dejar de sentir una emocion profunda y universal. ¡Estais presentes á un entierro, y que entierro, gran Dios!

La impresion se fortifica y se completa cuando despues de las tinieblas se vuelve uno á San Pedro para el lavatorio del altar. Esta ceremonia se hace por el cabildo en medio de una pompa lúgubre y con el canto de la antifona *Diviserunt vestimenta mea*; "Dividieron mis vestidos;" y el salmo *Deus, Deus, meus, quare me dereliquisti?* "Dios mio, Dios mio, por qué me has abandonado?" Y parece que se oye aún á la gran Víctima, repetir del seno de aquellos altares despojados, aquel largo grito de dolor con que hizo resonar el Gólgota. Entre tanto el cabildo se ha retirado, el altar queda enteramente descubierto, los ciento veintidos cirios que rodean la confesion están apagados. En este momento de despojo y de silencio, un frio desusado impresionna el alma más fuertemente tal vez que en cualquiera otra época del año; las proporciones de la basilica parecen duplicarse, las tinieblas misteriosas que reinan en sus profundidades más remotas, algunos reflejos lejanos que se perciben en el fondo de la iglesia para dirigir los pasos de aquellos que son los últimos en dejar aquel inmenso templo, hacen nacer como un religioso terror en el alma del espectador habituado á las ricas claridades de la espléndida basilica. I

El tiempo nos permitió visitar algunas estaciones. Las que nos causaron una emocion más dulce por su buen gusto y por el piadoso concurso de los fieles, son las de *Jesus* y de *San Antonio de los Portugueses*. Acabamos este dia, rico en tantas gracias y recuerdos, asistiendo á *San Andrés della Valle* al sermón de la Pasion. Esto era á las tres de la mañana, la

iglesia estaba llena, y deseamos que todos los peregrinos oigan, como nosotros, referir los dolores del Hijo de Dios, al elocuente P. Ventura.

25 DE MARZO.

Viernes Santo.—Golpe de vista sobre Roma.—Veneracion de las reliquias en Santa Cruz de Jerusalem.—Oficio en la capilla Sixtina.—Adoracion de la Cruz.—Tributo real.—Exposicion de la verdadera Cruz.—Tinieblas.—Veneracion de las reliquias de San Pedro.—Las tres horas de agonía.—El camino de la Cruz.—La hora de María desolada.—Oficio segun el rito griego.—La academia de los Arcades.

¡El Viernes Santo! Roma está de luto; María está en el Calvario. Todo lo que la Jerusalem del Occidente posee de los vestigios de la Pasion ó de los instrumentos del deicidio, lo expone á la piedad de los peregrinos y lo venera ella misma con las lágrimas en los ojos. Desde por la mañana está abierto el tesoro de Santa Cruz en Jerusalem; el rótulo de la Santa Cruz, el clavo y las otras grandes reliquias se exponen solemnemente á la veneracion de los fieles. 1 Por la

1 Las más insignes reliquias de Santa Cruz en Jerusalem, son: dos espinas de la Santa Corona, un clavo y el rótulo de la Cruz. El rótulo es una plancha de madera de color negrozco, de cerca de una pulgada de espesor por seis ó siete de anchura y diez de longitud. La inscripcion en hebreo, en griego y en latin, está escrita de derecha á izquierda, segun la manera de los judíos. Encima está el hebreo, en medio el griego, abajo el latin. *Hebraice, grece y latine*, como lo dice con tanta precision San Juan Evangelista. No se leen más que estas palabras: *Nazarenus Rex*, escritas como sigue: ER SUNKRAZAN; estas palabras se repiten en griego y en hebreo.

Las dos partes extremas del rótulo, que tienen el resto de la inscripcion, han sido quitadas por un cardenal español (creo que se llama Mendoza) que siendo protector de Santa Cruz, quiso hacer gozar á su patria de una porcion de aquella reliquia infinitamente preciosa. Pero se conserva en Santa Cruz el *fac-simile* del rótulo entero, que puede tener dos pies de largo y siete pulgadas de alto.

tarde, al otro extremo de la ciudad, en la basilica vaticana, se dará este espectáculo; tendrá por testigos al Vicario de Jesucristo mismo, á todos los jefes de la catolicidad y á una multitud de peregrinos que llegan de todas partes del mundo. En el intervalo, Roma deja oír continuamente su voz doliente, todos sus santuarios resuenan con acentos de dolor. En ninguna parte son más tiernos que en la capilla Sixtina.

El oficio ha comenzado en medio de un lúgubre aparato; Moisés y los profetas han llorado la muerte del justo; el justo ha rogado por sus verdugos, las oraciones *sacerdotales* se han acabado, todo se prepara para la adoracion de la cruz; un poco más y veis al Pontífice de blancos cabellos y á todo el Sacro Colegio prosternados sobre la tierra. El cardenal celebrante es el único que está en pié, descubriendo uno tras otro los brazos de la cruz como para manifestar el gran misterio del Calvario. Cuando la ha depositado en un rico cojin, hé aquí cuatro prelados y un ayuda de cámara que se acercan respectuosamente al Soberano Pontífice, estando en su trono. Se ponen de rodillas delante del Santo Padre y le quitan sus sandalias. El Vicario de Jesucristo, revestido solamente con la alba, el cordon, la estola violeta y la mitra blanca, se adelanta descalzo y con las manos juntas hácia la extremidad inferior de los bancos del Sacro Colegio; allí se le quita también la mitra y el solideo. Despojado de todas las insignias de su suprema dignidad, hace una primera genuflexion seguida de otras dos á medida que avanza hácia la cruz, la cual adora y luego besa.

Tres veces la frente del augusto anciano toca el pavimento del santuario; y cuando prosternado en medio de la capilla, descansa sus lábios en las llagas sagradas del Dios crucificado, la fe del cris-

tiano se exalta al ver aquella cruz, ántes objeto de ignominia, recibir en aquel día, después de haber subyugado al mundo, los homenajes de todo lo que hay de más grande en la tierra. 1

Pero ¿qué se diría de lo que siente el corazón durante aquella sublime y tierna ceremonia? En el momento en que el Santo Padre hace la primera genuflexion, comienza el coro, con una voz baja y dolorosa, el canto tan tierno del *Improperium popule meus, quid feci tibi?* "Pueblo mio, qué te he hecho?" Es imposible expresar el efecto de estos reproches divinos cuando se los oye repetidos en la capilla Sixtina en las notas inmortales de Palestrina. Las palabras del Salvador son cortadas por el trisagio angélico: *Santus, Deus, Santus fortis, Santus immortalis, miserere nobis.* "Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, tened piedad de nosotros;" esto es lo que en su admiracion y en su dolor puede decir la milicia cristiana á la gran Víctima. El trisagio se cantó en griego y en latin. La Iglesia de Oriente y de Occidente, ó más bien dicho, la única esposa del Hombre-Dios, toma todos los idiomas para exhalar los sentimientos que la oprimen.

Después del Santo Padre, todos los cardenales, patriarcas, primados, arzobispos, obispos, generales de las órdenes, van descalzos y con las manos juntas á hacer la adoracion. Cuando el Soberano Pontífice ha rendido sus homenajes al Dios crucificado, pone en el platillo de plata dorada, que está á la derecha de la cruz, una bolsa de damasco violeta que contiene cien escudos de oro; todos los cardenales depositan en él cada uno un escudo de oro. Jesus, rey en su cuna y rey en el instrumento del suplicio, tiene derecho al tributo del mundo. En Betlehem fué pagado

este tributo á la vista de José y de María por los monarcas de Oriente; en Roma lo es ofrecido en presencia de los príncipes y de los embajadores de las naciones civilizadas por el rey de la Ciudad Eterna, jefe augusto de toda la cristiandad.

Terminado el oficio se expuso en el altar una parte considerable de la verdadera cruz; allí estuvo hasta después de las tinieblas. Roma quiere que el recuerdo de la gran Víctima llene hasta los instantes del día que quedan libres por las ceremonias públicas.

A las veintiuna horas y media de Italia, entráramos á la capilla Sixtina para asistir á las tinieblas. Todo el oficio es una larga y sublime elegía. La Iglesia es una esposa desolada que llora en una tumba. Mas no llora como los que han perdido la esperanza; su dolor es tranquilo y de su corazón afligido se escapan de vez en cuando algunos acentos de inefable consuelo. Para ella como para el real Profeta cuya voz toma, la muerte y la resurreccion de la gran Víctima se tocan y se confunden. De ahí un doble sentimiento de tristeza y de alegría que domina el oficio y pone sucesivamente en juego los dos resortes del alma cristiana: la naturaleza y la fe. Bajo este punto de vista, las tinieblas cantadas el Viérnes Santo me parecen más dramáticas todavía que las de la víspera. El *Miserere* de Allegri termina el oficio y por un instante la iglesia se abisma de nuevo en su inmenso dolor.

Este sentimiento de que no podeis sustraeros, es una preparacion para la ceremonia que va á seguir. Toda la concurrencia, silenciosa y recogida, se dirigió á la basilica de San Pedro. Los granaderos de la milicia urbana formaban la valla en la gran nave; á la cabeza del cortejo se adelantaba lentamente la cruz papal dominando todas las frentes inclinadas; venian en seguida la familia pontifical y la casa

1 Capillas papales, p. 488.

de honor. Seguian la guardia suiza y la guardia noble formando la escolta del Santo Padre y el Sacro Colegio. Al llegar el Soberano Pontífice á la confesion, se puso de rodillas y rezó las oraciones de costumbre. Los cardenales y los obispos igualmente prosternados rezaron á su vez. Levantad ahora vuestras miradas hácia la cúpula y fijadlas sobre la gran tribuna de Santa Verónica, cuyo balustrado esta provisto de girándulas con antorchas encendidas. En medio de estas resplandecientes luces aparecen dos canónigos del Vaticano que muestran en silencio el Divino Rostro, la lanza, una porcion de la verdadera cruz y otros reliquias mayores, precioso monumento de la Pasion de Nuestro Señor y de nuestra feliz redencion. Y todo el pueblo, así como las diversas cofradías de la ciudad, solemnemente reunidas, adoran en silencio y piden misericordia.

Así como la capital del mundo cristiano despierta en el dia del aniversario del deicidio en inefables sentimientos de compuncion y de amor, así expía cada año en el primer templo del universo las irrisiones sacrilegas del Gólgota. Acabada la adoracion, se levanta solo el Santo Padre, dejando á toda la concurrencia prosternada, y precedido de la cruz, llevada por un auditor de Rota, sale de la basilica para volver al Vaticano, adonde le acompañan los guardias nobles con sus antorchas encendidas. Tal es el profundo respeto que rodea aquellas reliquias preciosas, que fuera de los dias de exposicion pública, ninguno puede venerarlas sin una concesion especial del Pontífice.

Mientras todo esto pasaba en San Pedro, las iglesias de Roma repetian á los numerosos fieles los dolores del Hombre-Dios. En el Jesus, en Santa María in Trastevere, en Santa María del Sufragio, del Pianto, y en San Lorenzo habia el ejer-

cicio de las tres horas de agonía. Al salir de todos aquellos santuarios, la muchedumbre enternecida se dirigia al Coliseo, al Caravita y al cementerio de San Francisco de Paula *ai Monti*, para rezar el vía-crucis, es decir, para cubrir de besos y regar con sus lágrimas la vía dolorosa que el mismo Salvador regó con su sangre. Pero al lado del rey de los mártires está María la Madre de la gran Víctima y reina ella misma de los mártires; la piedad romana no podia olvidarla. Si despues de la caída del dia, entráis á las iglesias de Santa Lucía *alle Bortteghe oscure*, á la de San Marcelo en el Corso, á la de los Santos Vicente y Anastasio, cerca de la fuente Trevi, encontreis á todo un pueblo en el ejercicio piadoso de María desolada (pésame). En fin, para que nada falte á la catolicidad del dolor, la Iglesia griega, como á las tres de la tarde, celebra en San Atanasio, segun su rito particular, los funerales del Savador; y durante una parte de la noche la Academia de los Arcades repite en verso y en prosa, el más grande, el más lúgubre, el más feliz acontecimiento que puede registrarse en los anales del mundo.

Al volver de la asamblea, visitamos las tiendas de los tocineros de la ciudad, principalmente cerca de la Rotonda. Todas aquellas tiendas están dispuestas con perfecto gusto, é iluminadas interiormente con centenares de lanparillas de diversos colores. Flores, guirnaldas y bandas de papel dorado y de plata, adornan los jamones, las salchichas y otras piezas de tocinería, todo dispuesto con arte. En el fondo aparece siempre una imágen de la Virgen, ó algun misterio de Nuestro Señor, en un trasparente de mal efecto. ¿De dónde viene semejante costumbre? Los tocineros se regocijan del fin de la abstinencia y celebran con estas inocentes demostraciones la vuelta de su comercio.

¡Qué variedad proporciona la religion en la vida de un pueblo cristiano! De vez en cuando encontrábamos algunas patrullas, que como todos los regimientos de la guarnicion, llevaban las armas á la fune-rala. En Nápoles se conserva otra cos-tumbre. Durante los últimos dias de la Semana Santa nadie puede servirse de coches; el rey y la familia real caminan á pié y sin pompa exterior, lo mismo que sus súbditos. Saludables costumbres de la fe, cuyo precio todo se comprende en un país en donde ya no existen.

26 DE MARZO.

Capilla Sixtina.—Canto del *Exultet*, de las Pro-fecías y de las Letanías solemnes.—Misa del Papa Marcelo.—Biografía de Palestrina.—Canto del *Gloria in excelsis*.—El *Alleluia*.—Visita al sepulcro de Palestrina.—Aspecto de Roma.—Misa arménia.—Coronacion de la Santísima Virgen.—La Trinidad de los Pere-grinos.—El Coliseo á la claridad de la luna.

Durante toda la Semana Santa, el pue-to del viajero está en la capilla Sixtina; hoy la misa del Papa Marcelo nos llevó allí á buena hora. En la historia del ar-te, esta misa es un acontecimiento; yo lo referiré bien pronto, así como la inte-resante biografía de Palestrina, autor de la inmortal composicion. La capilla habia vuelto á tomar algunos de sus adornos; el pavimento y las sillas del Sacro Cole-gio estaban cubiertas con sus tapices; el altar y el trono quedaban todavía cu-biertos con colgaduras violeta. El Santo Padre, de capa roja, con mitra de lama de oro, y los cardenales con capa violeta, es-taban en sus lugares. Como en todas las iglesias católicas comenzó el oficio por la bendicion del fuego nuevo y del cirio pas-cual. Al *Exultet* todo el mundo se leván-tó como para el Evangelio y oímos, si

no la música de los ángeles celebrando la resurreccion del Salvador, sí á lo ménos el más hermoso recitado que á juicio de los conocedores, es capaz de regocijar el oído del hombre. Por lo que hace á mí, hu-biera querido que el *Exultet* durase todo el dia.

A sus últimas melodías siguió el canto sucesivamente grave y melancólico de las Profecías y de las Letanías solemnes. Así toda la antigüedad pasa á vuestra vista y os creis trasportado á aquellas noches bri-llantes en que la Iglesia primitiva condu-cia á las fuentes sagradas sus numerosos enjambres de catecúmenos vestidos de blanco y llamaba sobre todos aquellos candidatos del cielo la proteccion de los gloriosos habitantes de la bienaventurada Jerusalem. El bautismo ha pasado y la feliz Madre que acaba de dar á su divino Esposo un pueblo de hijos, se estremece de alegría. En este momento el Soberano Pontífice toma la capa pluvial blanca, los cardenales la roja; se encienden los cirios del balaustrado y los del altar colocados sobre seis candelabros dorados. Al llegar al pié del altar, el Santo Padre deja la mitra y comienza el Salmo *Judica me*, re-za la confesion y sube á su trono en don-de recibe la obediencia del Sacro Colegio. Un cardenal sacerdote va á celebrar la misa; pero ántes de seguirle al altar, debo cumplir mi palabra y contar la historia de Palestrina. (1)

En el curso del siglo décimosexto habia caido la música religiosa en un estado tal de corrupcion que el Soberano Pontífice habia resuelto desterrarla de su capilla. Entónces fué cuando surgió el génio de Palestrina, puro, como si los ángeles les le hubiesen inspirado su armonía y ca-paz de llevar hasta sus últimos límites la

1 Los pormenores siguientes están tomado^s de Monseñor Wiseman, y no hago más que tra-ducirlos, compendiándolos.

perfeccion del arte musical. Juan Perluigi, llamado Palestrina del nombre de su ciudad natal, habia nacido en 1524 de padres pobres; su talento no tardó en darlo á conocer y entró como niño de coro al servicio de alguna iglesia. El buen éxito que obtuvo en este modesto teatro reveló su génio y á los veintisiete años fué nombrado director de la música en la capilla Julia en el Vaticano, á poco músico de la capilla papal, y por fin director de la música de la basílica de Letran. En 1560, compuso sus célebres *Impropria*, así como el *Trisagio* que se mezcla con aquellas como un estribillo. La impresion producida por esta composicion sencilla y sublime fué tal, que el año siguiente el Papa Pio IV rogó á Palestrina que permitiese hacer de ella una copia para su capilla, en donde despues ha sido ejecutada todos los años el Viérne Santos. Los *Impropria* son verdaderamente el triunfo de la naturaleza sobre el arte, y solo un gran génio ha podido concebir que las combinaciones más sencillas debieran producir un efecto tan admirable. El doctor Burnet llama á Palestrina «el Homero de la antigua música,» y ninguna composicion puede merecer más que ésta, á aquel digno título. Pero su gloria no debia detenerse allí; se le puede llamar tambien el salvador de la música.

El Concilio de Trento habia decretado sabiamente la abolicion de toda música lasciva y profana en las iglesias. En 1564 el Papa Pio I nombró una congregacion de cardenales encargada de mirar por la ejecucion de los decretos del Concilio. Entre los ilustres mandatarios se hallaba San Carlos Borromeo, hombre de gusto como todos los verdaderos santos. Conocia la habilidad de Palestrina, que entónces estaba empleado en la capilla de Santa María la Mayor. El eminente y modesto compositor fué llamado el 10 de Enero

de 1565 á la Congregacion y ésta le rogó que escribiese una misa en la cual el tema no tuviese ninguna relacion con los aires profanos y en que las palabras pudieran oirse distintamente. No se le ocultó que del buen éxito de esta prueba dependia la suerte de la música de la Iglesia; si fracasaba, debia ser desterrada para siempre como profana de la casa de Dios.

Es fácil imaginarse la inquietud y tambien el noble orgullo de un génio semejante, cuando midiendo la responsabilidad de que estaba cargado, vió que á sus únicos esfuerzos estaban encadenados los destinos de su ciencia favorita; pero no retrocedió. En tres meses presentó tres nuevas misas; las dos primeras fueron grandemente admiradas, la tercera decidió la causa. El 29 de Junio de 1565 se ejecutó delante del Santo Padre en la capilla Sixtina la misa victoriosa. En medio del entusiasmo universal el Papa exclamó: «Así debieron ser los acentos que el apóstol Juan oyó en la Jerusalem celestial y que ahora, un nuevo Juan, ha renovado aquí en la tierra.»

Tal es la magnífica composicion que íbamos á oír. Es de seis voces, y entre ellas dos bajos y dos tenores. Por una parte, Palestrina queria evitar todo aire profano; por otra, dar á cada parte un vuelo variado, á fin de que cada una pudiese descansar. Resolvió el problema, adoptando el modo de que acabo de hablar. Este feliz expediente tuvo otra ventaja, aseguró un magnífico fundamento á la armonía por la estabilidad de sus partes bajas y médias, mientras que el contralto y el soprano podian cantar alternativamente. Agregad que la música es rica, armoniosa, imponente y sobre todo esencialmente moral, como debe serlo la música de iglesia: agregad tambien que en esta misa no hay confusion: cada parte es una parte real tan importante como las demas, y como ellas, llena de vida y de movimiento, y podéis

juzgar del prodigioso efecto de esta obra única.

A fin de sentirla mejor la escuchábamos con los ojos cerrados, cuando al entonar el *Gloria in Excelsis*, un movimiento involuntario nos los hizo abrir. En este momento dos clérigos de la *Floresia* colocados detrás del altar, descubrieron el tapiz del retablo que representa la Resurrección de Nuestro Señor. Un rayo de sol vino á herir el cuadro é hizo resplandecer la figura del vencedor de la muerte. Un estremecimiento de alegría, con la rapidez del relámpago, se comunicó á toda la asamblea; las guardias nobles levantan sus espadas que tenían bajadas desde la víspera; los suizos sus alabardas; los maceros, sus mazas; los ujieres, sus varas; todas las campanas de la ciudad, mudas desde el Juéves Santo, suenan á todo vuelo y mezclan sus sonidos alegres al ruido solemne de los morteros de la guardia suiza y de los cañones del castillo Sant-Angelo.

Después del canto del himno angélico, mirad venir á un subdiácono auditor de Rota, vestido con una túnica blanca y acompañado de un maestro de ceremonias. Hizo una genuflexion delante del altar y se dirigió al pié del trono pontificio en donde dijo en alta voz: *Pater sancte annuntio vobis gaudium magnum, quod est ALLELUIA.* «Padre Santo, os anuncio una gran alegría; esta es la Alleluia.» A estas palabras se prosternó, besó los piés del Pontífice y volvió á entrar á la sacristía para no volver á aparecer. «Iglesia de la tierra, tierna hermana en destierro, consuélate; un día dirás con tu hermana mayor el cántico de alegría. Recibe la prenda de tu futura dicha en esa palabra que un mensajero celestial te trae hoy; balbuce esa palabra del idioma del cielo, esperando que tú vengas á cantarla conmigo bajo los brillantes altares de la eterna Jerusalén.» Hé ahí todo lo que dice ese

mensajero misterioso y esa palabra más misteriosa todavía que el levita viene á traer al jefe de la Iglesia militante.

Acabada la ceremonia del anuncio, el celebrante canta el *Alleluia* tres veces, levantando la voz un tono, y cada vez los cantores responden en contra punto y no hacen la cadencia final sino hasta la tercera vez. Nos ocupamos un momento con aquellas hermosas ceremonias, y volvimos á la misa de Palestrina, que nos hizo gustar hasta el fin un encanto vivo como las sensaciones y tranquilo como las ideas. Así fué también el placer que nos causó, al salir de la capilla, ir penetrados de reconocimiento á orar en la tumba del inmortal compositor. Palestrina, inhumado por orden del Papa en la basilica de San Pedro, descansa al pié del altar de los apóstoles San Simón y San Júdas. En la piedra tumularia se lee esta inscripcion: *Joanes Petrus Alexis Palestrina, Musicae princeps.* «Juan Pedro Alejo Palestrina príncipe de la música.»

Desde el canto del *Gloria in Excelsis*, Roma entera habia cambiado de aspecto. Un aire de júbilo reinaba en todos los semblantes; las calles estaban llenas de gente. Entre aquellas olas populares unos bajaban, como nosotros, de San Pedro; otros venian de San Juan de Letran, adonde segun costumbre, se habia administrado el bautismo solemne á los catecúmenos judíos y mahometanos, en donde se habian expuesto las cabezas de San Pedro y de San Pablo y en donde por fin se habia hecho la ordenacion general. Todas las otras iglesias suministraban también su numeroso contingente y no se oian en la multitud más que estas palabras mil veces repetidas: *Buona Pasqua.* A estos saludos cristianos se añade en todas las calles las descargas de fusilería, en señal de regocijo y mientras elegantes carruajes paseaban en medio de las aclamaciones de los niños.

enormes salchichas colgadas de sus doseles de ramas, anunciando así el fin de la cuaresma, se veía á los padres de familia llevando en sus brazos el blanco cordero que cada familia se ha impuesto el deber de comer el día de Pascua. Este espectáculo, que revelaba ante todo á una ciudad religiosa, es para el viajero frances una fuente de amargos goces. Nuestros padres conocieron como los Romanos aquellas sencillas y santas alegrías, que interrumpen tan útilmente la monotonía de la peregrinacion en el valle de los dolores. Nosotros las hemos herido con un desden soberbio y las hemos desterrado completamente de nuestras costumbres y hasta de nuestras ideas. ¡Aun queda por saber si con eso nos hemos hecho mejores ó más felices!

Placeres del mismo género, aunque de naturaleza diferente, nos estaban reservados por la tarde. Como á las cuatro celebran los Arménios católicos, en la iglesia de Santa María Egipcíaca, la primera misa del día de Pascua. Un obispo de aquella nacion, rodeado de numeroso clero, estaba en el altar. El traje oriental del Pontífice, el de los sacerdotes y de los fieles, su idioma, su canto, su rito, prestan un gran interes á este oficio que desarrolla á la vista del cristiano una página magnífica de nuestra venerable antigüedad. No dejamos el oficio arménio, sino para trasladarnos á San Marcelo á donde nos llamaba otra funcion llena de gracia y de oportunidad; quiero hablar de la coronacion de la Santísima Virgen. Ayer habia llorado Roma con la madre de los dolores; hoy se asocia á sus alegrías, y en la efusion de su filial ternura, va á cumplimentarla en la resurreccion del Salvador. Alrededor de su altar, magníficamente iluminado numerosos fieles cantan las alegrías de la divina Madre. Se la felicita, se la bendice, se la implora, se la dice todo lo que pueden decir los hijos bien nacidos en el entusias-

mo de su amor y de su alegría, á una madre únicamente querida. El *Gloria in Excelsis* de la mañana; la coronacion de la Santísima Virgen por la tarde; estas dos grandes felicitaciones dirigidas á Jesus y á María, han pagado el tributo de la piedad romana, y todos los corazones satisfechos esperan con impaciencia la solemnidad del día siguiente.

Tanto amor de parte de las dos augustas víctimas del Calvario, no será una leccion perdida para su familia. «Yo os he dado el ejemplo á fin de que hagais como he hecho,» tal fué la prescripcion del Maestro, despues de haber lavado los piés de sus discípulos. Roma, única entre todas las ciudades del mundo, cumple fielmente, públicamente, constantemente, esta divina palabra. Eran las ocho de la noche cuando llegamos al hospicio de los Peregrinos, en donde nos esperaba aquel maravilloso espectáculo de la caridad. El soberbio edificio debe su fundacion á San Felipe Neri. Allí se reciben gratuitamente durante tres, cuatro y aun siete días, á los peregrinos, hombres y mujeres, á quienes la piedad lleva á Roma. Para ser admitidos, deben llegar de un país lejano más de sesenta millas y presentar una certificacion de su obispo ó de sus grandes vicarios, que atestigüe que van á Roma para visitar los santos lugares. Algunos cofrades, llamados recibidores, examinan aquellas certificaciones para evitar todo fraude. En la Pascua el número de los peregrinos es de tres á cuatrocientos. El hospicio forma dos cuerpos de alojamientos separados, uno para hombres y otro para mujeres. El número total de camas es de cuatrocientas ochenta y ocho, y en todos los refectorios reunidos se puede servir á la vez á novecientas cuarenta y cuatro personas.

Los peregrinos encuentran, al llegar, hermanos y hermanas á quienes nunca han visto y que les reciben como si fueran an-

tiguos conocidos. Estos hermanos y estas hermanas son los miembros de la cofradía del Santo Sacramento fundada por San Felipe Neri. Su traje, símbolo de la caridad, se compone de una amplia toga roja fajada con un cinturón del cual pende un gran alzacuello blanco semejante al de nuestros magistrados. El de la mayor parte de los peregrinos recuerda la Edad Média, la Tierra Santa, las Cruzadas, Santiago de Compostela y los otros lugares cuya historia contada en el hogar doméstico por el abuelo de cabellos blancos, llenó de encanto nuestra infancia. El gran sombrero fieltro de alas extendidas, el capelo de tela encerada cubierto de conchas, la calabaza al lado, el bastón en la mano; tales su piadoso y poético traje.

Una caridad atenta se informa de sus necesidades y provee á todo. Despues cuando hay suficiente número de peregrinos, los cofrades les dan el brazo. Cada cofrade lleva á dos, y de tres en tres, se dirigen en procesion á San Pedro para dar gracias al Padre comun por el buen éxito del viaje y van á depositar *ad limina Apostolorum*, el primer homenaje de su piedad. De vuelta á la Trinidad, se entra en el lavatorio que está en el piso bajo y se compone de dos salas destinadas á lavarse los piés. La de los hombres contiene sesenta personas á la vez; la de las mujeres cincuenta. Estos pobres extranjeros de todas edades y de todos países, sentados en banquillos fijos en las paredes, reciben el humilde servicio de lavarles los piés de mano de todo lo que Roma cuenta de más ilustre. Hé visto allí jóvenes de familias distinguidas, á ricos negociantes, á príncipes, á obispos, á cardenales y á grandes y nobles damas. Sus brillantes carruajes cubrian la plaza de la Trinidad, mientras ellos mismos, señores y señoras, se hallaban convertidos, por amor á Jesucristo, en siervos y siervas de los pobres y esta-

ban de rodillas delante de los muy amados del Dios Redentor, cumpliendo con todo amor los deberes de la hospitalidad cristiana.

Al lavatorio de piés, sigue la comida. Los refectorios son largassalas abovedadas á cuyo alrededor reinan dos mesas cortadas de trecho en trecho para facilitar el servicio. Esto era el Sábado Santo; la comida era frugal pero servida con limpieza; el cardenal Acton la presidia. Este príncipe de la Iglesia fué á decir el *Benedicite* con su gran saco rojo y solo se podia reconocer por su solideo. Todos los peregrinos se levantaron, rezaron con él, se volvieron á sentar luego y comenzó la lectura. Ella referia el acto de caridad que las santas mujeres habian querido ejercer con Nuestro Señor en el sepulcro al llevarle perfumes para embalsamar su cuerpo. El cardenal volvió á entrar á la cocina, y ayudado de un obispo frances y de otros personajes eminentes, hacia los platillos que ponía en una gran charola. La sopa, así como los otros llegaban á los peregrinos por manos de cofrades de un rango igualmente distinguido. Vimos entre otros á los jóvenes príncipes de España y al cardenal Schwartzemberg. Andaban alrededor de las mesas y servian con una gracia perfecta á los huéspedes de la caridad que se veian confundidos por tanto honor y estaban enternecidos hasta derramar lágrimas.

Quien quiera que sea el espectador no puede dejar de participar de su emocion y de bendecir á la vez al Dios que ha sabido hacer de todos los hombres un solo pueblo de hermanos; á la Iglesia romana que perpetúa de una manera tan tierna las lecciones del divino Maestro; á aquellos nobles cofrades que en nuestro siglo de egoismo, practicaban á la letra las lecciones de abnegacion que salvan á las sociedades; y á aquellos pobres peregrinos,

jóvenes, ancianos de cabellos blancos, ternas madres, hermanas desinteresadas, que habian venido todos á pié y de tan léjos por conseguir la salvacion de alguna persona querida, cumplir algun voto y seguir aquella larga procesion que despues de diez y ocho siglos se traslada de todas las partes del mundo á las gloriosas tumbas de los Apóstoles.

El refectorio de las mujeres presentaba el mismo espectáculo. Despues de la accion de gracias todos los peregrinos se dirigieron á la capilla para hacer allí en comun la oracion de la tarde. Se abrieron los dormitorios y cada viajero encontró allí un lecho preparado por las manos maternales de la caridad.

La recepcion de los peregrinos no es de parte de los fieles de Roma una de esas fáciles demostraciones que produce la vanidad y que la moda sostiene algun tiempo; ésta es aquí una obra séria que ha atravesado los siglos y que impone enormes sacrificios. Las solemnidades de San Pedro, el Santo Sacramento, de la Porciúncula y muchas otras todavía llevan á Roma un crecido número de peregrinos. Durante la Semana Santa varía de cuatrocientos á quinientos. En los años del Jubileo es más considerable. Los archivos de la Trinidad dan el cuadro siguiente de los peregrinos hospedados en el establecimiento en aquellas épocas solemnes:

Jubileos.	Total de las bocas.	Balances por día.
1,575	116,848	320,04
1,600	324,600	889,31
1,625	582,760	1,596,60
1,650	308,533	845,29
1,675	811,777	854,18
1,700	300,000	821,91
1,725	382,140	1,046,95
1,750	194,832	533,78
1,775	271,970	745,12
1,825	273,299	745,12

Así, al gasto anual que es de cerca de cien mil francos, tanto para los convalecientes como para los peregrinos, se añade cada veinticinco años un gasto extraordinario de más de quinientos mil francos. La caridad romana es la que hace todos estos gastos.

Para completar nuestras impresiones, ó si se quiere, para hacerlas más vivas por un gran contraste, nos dirigimos al Coliseo. Las nueve sonaron en el *Jesus* y hacia una luna magnífica. Roma entera estaba en silencio. Sobre las losas de la vía Salaria no se oían más que los pasos de nuestra caravana compuesta de cerca de quince personas. Muchas veces habia yo visto el Coliseo durante el día y me habia parecido grandioso; á la claridad de la luna me pareció espantoso. Cuando los rayos oblicuos del astro de la noche, atravesando las anchas aberturas, penetran en los vomitorios 1 medio arruinados, iluminan las desigualdades del colosal edificio y os dejan entrever en todas sus partes aquella montaña de ruinas negruzcas, silenciosas, amenazadoras, un frio estremecimiento de terror corre por vuestras venas, oprimís el brazo de vuestro compañero y no sabeis si debeis quedaros ó huir. En la extremidad de la arena nos esperaba un guía provisto de una larga antorcha resinosa. Siguiéndole subimos lentamente las gradas que conducen al primer piso, al que dimos vuelta cuanto lo permiten las anchas grietas de la plataforma. Teniamos que pasar por todas aquellas sillas ocupadas en otro tiempo por los Césares, el Senado y las vestales. De allí subimos al piso superior, el único que queda accesible. Al llegar á la galería, toda la tropa de viajeros se puso á cantar. Este volúmen de sonido, aunque débil, pero cuyo poder aumentan singularmente los ecos de las

1 Puertas del anfiteatro.

vastas paredes, da una idea del efecto producido, cuando existia el Coliseo todo entero, por los aullidos de las fieras, los instrumentos de las orquestas, los gritos de los gladiadores, las vociferaciones y el pataleo de cien mil espectadores deseosos de sangre y de placeres. ¡Qué espectáculo! ¡qué contraste! Saliamos de la Trinidad de los Peregrinos, adonde habiamos visto á los príncipes y á las princesas de rodillas delante del pobre, y estábamos en el Coliseo, en donde el rico y el poderoso hacian devorar para su gusto, al pequeño y al débil; allí inmensas riquezas gastadas en obras de la más tierna caridad, aquí el oro del mundo prodigado en escenas de matanza. Tal es el intervalo que el Evangelio ha puesto entre nosotros y el paganismo. La Trinidad de los Peregrinos y el Coliseo, inmediatos uno á otro y vistos el mismo dia de la Semana Santa, presentan al espíritu del observador imparcial la divinidad del cristianismo en su más alto poder; hacen más, la hacen sentir en el corazon.

23 DE MARZO.

Pascua.—Vista de Roma y de San Pedro.—Entrada del Papa.—Misa.—Vista de la plaza de San Pedro.—Bendicion solemne.—Fiestas en las familias.—Iluminacion del Vaticano.

La artillería del castillo de Sant-Angelo anunció desde la aurora la vuelta de la gran solemnidad. Toda la poblacion romana, aumentada con sesenta mil extranjeros, se apiñaba en las iglesias, obstruia las plazas y se dirigia en olas tumultuosas al puente Elico y á la basílica de San Pedro. Un aire de júbilo animaba todos los semblantes; el cielo estaba magnífico. Algunas nubecillas aquí y allá moderaban los rigores del sol, sin quitar nada á sus rayos del vivísimo brillo que debia iluminar el más bello dia de la ciudad

eterna y del mundo. ¡Pero cómo describir aquellas ceremonias! La pluma puede muy bien darlas á conocer en todos sus pormenores; en cuanto á expresar la impresion que ellas producen siempre tendrá que retroceder el espectador ante esta tarea imposible.

La pompa de los oficios excede á la de Navidad; los más ricos adornos, los vasos sagrados más preciosos lucen su magnificencia en el altar alrededor del trono pontificio, en los bancos del Sacro Colegio y en todas las partes de la basílica. Las avenidas del pórtico y la gran nave hasta la Confesion de San Pedro están ocupadas por los regimientos pontificales. Las guardias suizas, las guardias nobles, los generales de las tropas romanas, de gran uniforme, hacen el servicio cerca del Soberano Pontífice. Su Santidad es recibido bajo el pórtico por el cabildo del Vaticano, llevando á su cabeza al cardenal arcipreste. Al desfilar el cortejo delante de la estatua de Constantino, los tambores baten marcha, las campanas de la basílica suenan á todo vuelo y las trompetas de la guardia noble estallan en alegres sonatas. El Papa pasa el umbral de la gran puerta del templo, y los cantores de la capilla entonan la antifona *Tu es Petrus*. Este momento tiene algo de imponente y solemne que no se puede describir. El Santo Padre, llevado en la silla, se adelanta majestuosamente hacia la confesion; allí se baja, y despues de una corta adoracion sube al trono de Tercia, recibe la obediencia del Sacro Colegio y comienza la misa. A esta sigue la manifestacion de las reliquias mayores de la cruz, del Divino Rostro y de la Lanza, y despues de esto, la bendicion solemne desde lo alto del gran balcon.

Antes de las once la plaza de San Pedro presentaba un golpe de vista único en la tierra. En los extremos inferiores habia

estacionados quinientos á dos mil carruajes de una magnificencia real; estos eran los coches de los cardenales, de los embajadores, de los prelados, de los príncipes, y de toda la nobleza romana y extranjera. El centro de la plaza, delante del obelisco, estaba ocupado por las tropas de infantería y de caballería que formaban un vasto cuadrado. En el gran frente que miraba á San Pedro estaba formada la música de los diversos regimientos. En fin, en toda la extension de la plaza, hasta el umbral de la basílica, sobre la doble galería que le rodea, se oprimia una multitud de tal modo compacta, que todo movimiento parecía imposible; habia, sin exagerar, cien mil espectadores cuando ménos.

Desde el lugar elevado á que habíamos llegado se paseaban nuestras miradas sobre aquella inmensa muchedumbre, palpitante de emociones, cuando á las doce todas las campanas de la basílica sonaban á vuelo; el cañon del castillo Sant-Angelo hace una descarga general, á la cual viene á mezclarse el redoble de los tambores y el sonido brillante de las trompetas; este es el anuncio de la próxima llegada del Santo Padre. Todas las miradas se dirigen hácia el gran balcon, al cual hacia sombra un soberbio pabellon de escarlata. Bien pronto una palabra se escapa de todas las bocas, y cien mil veces repetida forma como un vasto murmullo: *Ecco! ecco!* «Hélo aquí! hélo aquí!» Y todas las cabezas se descubren y todas las rodillas se doblarian si hubiera lugar; y se vió llegar al gran balcon todó el cortejo pontifical. Cien prelados con su magnífico traje, treinta y un cardenales de mitra blanca, veinticuatro obispos del Oriente y del Occidente. Por fin, el Vicario de Jesucristo, el augusto anciano, llevado en la *Sedia gestatoria*, con la tiara en la cabeza, apareció con una majestad infinita á los ojos del inmenso pueblo. Un silencio universal habia reina-

do; apenas se respiraba, toda aquella multitud inmóvil no parecía vivir sino para los ojos.

El Santo Padre, sentado en la silla, inmediata á la parte exterior del gran balcon, rezó con una voz firme las oraciones de costumbre. 1 De cada lado estaban dos obispos arrodillados, el uno teniendo el cirio encendido y el otro presentando el libro de las oraciones. Acabada la fórmula, el Santo Padre, revestido con la capa bordada de oro y adornada la frente con la triple corona, se levantó majestuosamente; abrió los brazos, los extendió en alto como para tomar del cielo mismo la bendición que iba á derramar; luego, formando la señal de la cruz, los juntó sobre su pecho, como un padre que abraza á su hijo y le oprime contra su corazon; y este hijo es Roma y el mundo. Este movimiento es de un efecto indecible. La vista no ha tenido presente nunca, ni en ninguna parte, un espectáculo tan solemne y tan tierno. En este momento único, á la vista del Soberano Pontífice, de quien no se ve más que la mitad del cuerpo, no se sabe si es un hombre, un ángel, ó Dios mismo el que aparece en los aires. En cuanto á la impresion, repito que no quiero ensayar describirla. Es tal, que uno de nuestros filó-

I Sancti apostoli Petrus et Paulus, de quorum potestate confidimus, ipsi intercedant pro nobis ad Dominum.

Percibus et meritis Beatae Mariae semper Virginis, Beati Michaelis archangeli, Beati Joannis Baptistae et sanctorum apostolorum Petri et Pauli, et omnium sanctorum, misereatur vestri omnipotens Deus, et, dimissis omnibus peccatis vestris, perducatur vos Jesus Christus ad vitam aeternam. Amen.

Indulgentiam, absolutionem et remissionem omnium peccatorum vestrorum, spatium verae, et fructuosae penitentiae, cor semper, penitentiae et emundationem vitae, gratiam et consolationem, Sancti Spiritus et finalem perseverantiam in bonis operibus tribuat vobis omnipotens et misericors Dominus. Amen.

Benedictio Dei Omnipotentis Patris, et Filii, et Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper. Amen.

sofos del último siglo exclamaba después de haberla sentido: *En aquel momento era yo católico.* Es tal, que una princesa protestante que había ido á Roma en aquella ocasión para su propaganda, cayó desvanecida y se levantó católica. Es tal, que todos los viajeros, sin hacer caso de su religión y de su carácter, repiten con voz unánime: ¡Nada hay comparable bajo el cielo!

Al acabar las últimas palabras de la bendición, se sentó el Santo Padre, el *Amen* había sido repetido solemnemente cuatro veces por la inmensa voz de la multitud, cuando repentinamente una voz más fuerte lo repitió á su manera. Las campanas de la basílica, el cañon del castillo Sant-Angelo, los tambores y las trompetas de los regimientos, estallando á la vez llevaron la aclamación de la eternidad hasta las montañas lejanas de la Sabiaa y del Lácio. Los dos cardenales asistentes leyeron, uno en latín y otro en italiano las fórmulas de la indulgencia plenaria concedida á los fieles que habían recibido la bendición con las disposiciones convenientes. Estas fórmulas impresas fueron arrojadas al pueblo. El Santo Padre había desaparecido y todo había acabado.

La multitud conmovida se retiró lentamente, y muy pronto dividida en mil fracciones fué á sentarse en inocentes festines con los cuales celebra cada familia, al comer el cordero pascual, la fiesta de la gran familia cristiana. A fin de que todos tuviesen parte en la alegría comun, se dan socorros á los pobres que se presentan en el Vaticano, se distribuyen abundantes limosnas á los presos ó á las familias necesitadas y se da libertad á los cautivos. Roma imita así al divino Salvador, cuya aparición en el Limbo fué para los justos la feliz señal de libertad.

En fin, como las academias y las reuniones literarias habían cantado en otro

tiempo los dolores de la gran Víctima, hoy celebraron su triunfo. La prosa y la poesía repiten sucesivamente la victoria del Hombre-Dios, las conquistas maravillosas de la fe, sus beneficios más maravillosos todavía y sus luchas gigantescas; brillantes coronas se decretan á los vencedores. Todo esto manifiesta que las fiestas religiosas en Roma son verdaderamente populares.

La alegría pública se manifiesta en la noche por la célebre iluminación de la cúpula. Este espectáculo es como el de la mañana, que ninguna otra capital podría presentar uno semejante á las miradas atónitas del viajero. Representaos el templo más magnífico del mundo con sus proporciones colosales, con su cúpula de cuatrocientos veinticuatro piés de elevación, con su inmensa plaza rodeada de una doble columnata adornada con millares de estatuas de mármol, y todo aquel edificio convertido en una montaña de fuego. Mil cuatrocientas lámparas de luz velada están colocadas sobre la fachada exterior del templo y de los pórticos, contando desde el suelo hasta la extremidad de la cruz de la basílica. Estas lámparas dibujan todas las aristas del edificio, cuyas líneas arquitectónicas marcan muy bien encorvándose donde aquellas se encorvan, suspendiéndose donde aquellas se suspenden, quebrándose donde aquellas se quiebran.

Hay dos puntos que se señalan para gozar bien de la iluminación: el monte Pincio y la entrada á la plaza de San Pedro. Desde el primero se la ve á lo lejos como un inmenso meteoro, cuyo centelleo difunde en la atmósfera la luz de un incendio. Desde el segundo se la ve de cerca y se admira la simetría de todas sus líneas de fuego, que iluminan los sabios dibujos de la fachada y de la cúpula trazados por la mano de Miguel Angel. Bajamos del Pincio á las ocho y veinte mi-

nutos y llegamos atravesando las olas de gente á la plaza de San Pedro ántes de las nueve ménos cuarto. Aun era tiempo, pues la primera iluminacion, que comienza á las ocho, estaba á punto de acabar. A las nueve hay cambio de iluminacion.

A la primera campanada de la hora, una cosa inflamada, semejante á las exhalaciones celestes, corre por la cúpula, la cruz, las pequeñas cúpulas, la fachada, el peristilo, la columnata, la plaza, dejándose ver por todas partes y no deteniéndose en ninguna; y cuando suena la última campanada, ese no sé qué, no se vuelve á mover, ni á ver; pero se han encendido setecientas noventa y una luces y se ven mezclados á las líneas un poco apagadas de la iluminacion los rosetones, las guirnaldas, los candelabros y otros focos de brillante luz. Nada puede expresar la prontitud de este cambio de luces, así como les parece difícil comprender á los que no lo han visto, lo grandioso de aquel incendio de la cúpula 1. Trescientos sesenta y cinco *pietrini* trabajadores de San Pedro, suspendidos con cuerdas, han obrado repentinamente aquel efecto mágico sin que se haya podido percibirles, y han encendido en el tiempo que acabo de describir, cinco mil novecientas noventa y una lámparas. Este es secreto suyo y una de las glorias del génio italiano sin rival en las bellas artes y en ordenar una fiesta.

Lo que realza el carácter de este brillante espectáculo y aumenta la impresion, es el pensamiento que él inspira. En los otros países se hacen iluminaciones para fiestas civiles, y en Roma solo para fiestas religiosas; aquí porque es alegre el sufrimiento del destierro, unido á la fe y á la esperanza; allá por las esperanzas deliciosas de la patria. Y todo en Roma toma el carácter de lo infinito, y el espectador ele-

vado sobre sí mismo, se retira bendiciendo á la Providencia por haberle hecho testigo de aquellas grandes solemnidades, las más encantadoras despues de las del cielo.

28 DE MARZO.

Adioses á Roma pagana.—Fuegos de artificio del castillo Sant-Angelo.—Reflexiones sobre las solemnidades romanas de la Semana Santa y de la Pascua.

Fuera de los fuegos artificiales del castillo Sant-Angelo, que nos estaban reservados para la noche, habiamos visto todo lo que Roma y el mundo pueden ofrecer de más magnífico. El objeto del viaje se habia cumplido y era necesario pensar en la partida. Habiamos venido para estudiar las tres ciudades encerradas en una sola. A fin de conservar más vivos y más ciertos los recuerdos de la triple Roma, quisimos verla una última vez en los grandes monumentos que la resúmen.

En esta visita de adios fueron empleados nuestros últimos instantes. Roma pagana se personifica en las ruinas colosales de sus edificios; y el Capitolio, el Foro, la Prision Mamertina, el Coliseo, el Acueducto de Claudio, las Térmas de Diocleciano, el Obelisco de Augusto, nos vieron de nuevo, recogiendo el irrecusable testimonio que rinden al génio, á la religion, á las leyes, á las costumbre de la poderosa reina de la fuerza.

Hé aquí la traduccion de este testimonio mudo, pero elocuente: «Hubo un mundo, cuya capital era Roma y de la cual era señor, César; un mundo que divinizó al hombre y á sus pasiones groseras, y á sus institutos crueles; que vió á todos los pueblos encadenados sucesivamente al carro de la victoria, llevar al hombre deificado el homenaje de sus riquezas y de su más pura sangre; que rugió como la hiena

y el tigre, cuando doce pescadores armados de una cruz de madera vinieron á disputarle el imperio de las inteligencias; que desgarró durante tres siglos los cuerpos palpitantes de diez millones de mártires, y que verdugo poderoso, fué vencido por sus débiles víctimas, y no dejó despues de sí más que monumentos de su orgullo, de su fuerza, de su voluptuosidad y de su fabulosa barbarie, monumentos gigantes-cos cuyo último vestigio hubiera desaparecido de la Cruz victoriosa, si no hubiera cuidado de cubrirlo con su sombra tutelar. ¡Gracias á tí, mundo de Júpiter y de Nerón! siempre vivo en tus ruinas, enseñas eternamente á los siglos; y más elocuente que todos los oradores, elevas á su más alto poder el milagro de la divinidad de mi fe y el sentimiento de mi reconocimiento hácia el Dios libertador del género humano. Adios, tu mision está cumplida; descansa en tu vasta tumba, y si es posible, que la tierra te sea leve.»

Nuestra visita á Roma pagana, unida á algunos preparativos de viaje, había ocupado una parte del dia. Por la tarde á las siete atravesábamos de prisa el Puente Sixto y en casi toda su extension seguíamos el Longara. ¡A dónde íbamos tan de prisa? A la casa de la buena viuda Buffalo. ¡Qué queríamos á aquella excelente mujer que nos era perfectamente desconocida? Queríamos tomar los lugares apartados para nosotros en su balcon situado á la orilla del Tiber enfrente del castillo Sant-Angelo, con objeto de gozar allí á todo nuestro sabor de la magnífica *Girandola*. Se da este nombre á los fuegos artificiales del muelle de Adriano que tienen lugar como regocijo por la Resurreccion del Salvador. Todo Roma estaba en el espectáculo, el más hermoso que puede verse despues de los de la víspera.

A las ocho y tres cuartos, muchos cañonazos dieron la señal de la fiesta. En

un abrir y cerrar de ojos, la plataforma del castillo Sant-Angelo lanzó á los aires columnas de llamas que representaban al natural una erupcion del Vesubio. A fin de completar la ilusion, las llamas se elevaban por bocanadas como si hubiesen sido violentamente arrojadas por el aire comprimido en el seno del volcan, mientras que el ruido del cañon imitaba los rugidos subterráneos de la montaña. A este terrible espectáculo siguió una dulce y graciosa representacion. El castillo se iluminó repentinamente por millares de lamparillas de una luz tan viva que era un rio de diamantes en la cabeza de una mujer. Por escena tercera tuvimos las Cascadillas de Tivoli. De todas las trone-ras de la ciudadela bajaron riachuelos de fuego semejantes al fierro en fusion. Nada se olvidó, ni aun la gran cascada, cuya luz deslumbradora reflejada por las aguas del Tiber, duplicaba para nosotros el placer del mágico espectáculo.

Vinieron en seguida, para gloria del divino Triunfador, una vasta corona de haces brillantes, de los que cada uno semejaba á una planta de aloe, luego candelas romanas, cometas, cohetes. Al estallar en el aire todos aquellos meteoros dejaban escapar ejércitos de pequeños pecados volantes que parecian batirse y morian despues del instante que les habia visto nacer. Esto no era más que el preludio de la gran batalla librada al mundo por el divino Crucificado. El combate mismo se presentó en un sitio notable sobre todo por el número de cohetes y de los cañonazos que se sucedian con una rapidez extrema. En fin, el ramillete se compuso de una masa de candelas romanas, que elevándose á una gran altura, estallaron todas á un tiempo y formaron al caer un inmenso haz de llamas, cuyos vivos matices centelleaban como rubíes, diamantes y topacios, á los rayos del sol.

Cracias al lugar que ocupábamos en la orilla del Tíber, nos fué dado gozar doblemente de los fuegos artificiales. La realidad se nos aparecía en el muelle de Adriano; y la imágen en el rio, cuyas aguas tranquilas reproducian á nuestros piés todas aquellas graciosas y terribles maravillas.

La girándola termina las fiestas de la Pascua. Al dejar con pena el viajero reflexivo aquellos lugares en donde probó tantos goces, siente la necesidad de entrar en sí mismo y se pregunta: ¿Por qué estos grandes espectáculos? Todas aquellas pompas dispendiosas ¿no serian más que una vana diversion? ¿De dónde viene á las solemnidades romanas el privilegio de hacer sentir impresiones que ninguna otra fiesta produce? ¿Por qué la ciudad eterna da cada año semejantes fiestas al mundo? El buen sentido no tiene trabajo en responder: Roma es demasiado grave para olvidarse hasta el punto de gastar periódicamente en placeres inútiles las limosnas de los fieles ó los sudores de sus hijos. Su historia la absuelve de semejante sospecha. ¿Cuál es, pues, su designio? Hasta la naturaleza de sus fiestas le revela y le da el secreto de las impresiones inefables que ellas producen.

El pueblo necesita fiestas, y por pueblo debe entenderse á todos los pobres. Pero cuidado, porque las fiestas públicas son, segun su naturaleza, una causa poderosa de salvacion ó de ruina para las naciones. Que las fiestas públicas sean al mismo tiempo una expansion y una gran leccion de virtud, y el pueblo llevará alegremente el peso del trabajo. Moved todos los nobles instintos del corazon engrandecido, el carácter nacional, y entónces sembrais el principio fecundo de acciones generosas que son la gloria y el sostenimiento de las sociedades. Pues bien; solo las fiestas católicas, uniendo en su más alto

grado este doble carácter, tienen el privilegio de producir esta doble ventaja. Roma lo comprende; y si su conducta tuviera necesidad de justificacion, la encontraria en la historia de las naciones que desprecian las fiestas religiosas. Habeis convertido en irrision las pompas saludables del catolicismo; las habeis empobrecido ó suprimido; el pueblo se ha alejado de ellas pero no ha perdido el gusto por las fiestas; le faltan y las tendrá. Los teatros, los bailes, las orgías de los juegos públicos, las inmundas diversiones de nuestras grandes ciudades, reemplazarán los nobles placeres que la religion le ofrecia gratuitamente. En vez de espiritualizarse se materializa; y la excitacion febril de todos los malos instintos, y la corrupeion de los corazones, y la perversidad de las inteligencias, y el abatimiento del carácter nacional, y el odio al órden, y la ruina precoz de la salud, y el desórden moral, y la miseria material, su inevitable consecuencia, serán los frutos amargos que el pueblo recogerá del desprecio y de la supresion de las fiestas religiosas. Lo que hago no es una profecía, sino una descripcion de la historia.

Las solemnidades romanas, justificadas en su existencia, ocultan todavia la razon de su poder maravilloso. Se le descubre á la vez, en su magnificencia exterior y en su naturaleza íntima. Lo que he dicho de la capilla Sixtina, de sus pinturas, de sus cantos, de sus ceremonias, de la bendicion papal, de la iluminacion de la cúpula, basta para enseñar que solo Roma posee los elementos, cuyo conjunto hace de sus solemnidades las fiestas más bellas despues de las del cielo. Si se agrega que estas fiestas, en las cuales la riqueza de los portamentos y el buen gusto de las disposiciones se unen á la grandeza del objeto, se celebran bajo el magnífico cielo de Italia, en la Ciudad Eterna, en medio de las

deslumbradoras obras maestras del génio cristiano, à vista de todo lo que la tierra conoce de más angusto, en presencia de una nube de testigos venidos de los cuatro puntos del globo, se comprenderá que el espectador, subyugado por este maravilloso conjunto, experimenta impresiones desconocidas en cualquiera otra parte, y siente que su admiracion se eleva hasta el entusiasmo y su bienestar hasta el delirio.

Todas las solemnidades romanas de la Semana Santa y de la Pascua deben su incomparable poder, no tanto à su pompa exterior, cuanto à su naturaleza íntima. Hay en el corazon humano dos grandes fibras cuyo estremecimiento quebranta profundamente y con seguro golpe todas las demás: el dolor y la esperanza. Movidas separadamente, ejercen una poderosa accion; movidas al mismo tiempo, llevan la impresion à su mayor energía. Poner en juego simultáneamente estos dos resortes del alma, ponerlos en juego con una fuerza sobrehumana, hé ahí el privilegio de las solemnidades romanas de que hablo. La muerte, la resurreccion de un Dios inmolado por el hombre y resucitado para el hombre, es decir, el espectáculo más lúgubre y el dolor más profundo, repentinamente seguidos del triunfo más brillante y más glorioso, tal es el objeto, ó por mejor decir, el alma de las fiestas. ¿Cómo concebir que semejante drama, representado con todos los recursos del arte y del génio, no conmoviese al espectador hasta las profundidades de su alma y no elevase sus impresiones à su última potencia?

Es necesario añadir, que en su parte dolorosa, como en su parte consoladora, el drama del Gólgota lleva un sello de catholicidad que contribuye maravillosamente à aumentar el interes, al mismo tiempo que por sus relaciones íntimas con cada uno de nosotros, nos asocia à sus peripecias

lúgubres y à su glorioso desenlace. Hablando solo de las alegrías que produce, ¿se comprende ya cuál debe ser su vivacidad? Iluminar un palacio, hacer fuegos artificiales al nacimiento de un príncipe, con ocasion de una victoria, en memoria de una revolucion, es una fiesta esencialmente particular. El acontecimiento celebrado es de un interes local; muchas veces tambien, si hace la felicidad de unos, hace el dolor de los otros. Tal es en general el carácter de todas las fiestas políticas. Ahora bien; el hombre es de tal naturaleza, que goza poco, y goza mal cuando goza solo. Para estar contento quiere su corazon estar unísono con otros corazones; miéntrae mayor es el número de ellos más aumenta su felicidad. Además, el placer que experimenta toma el carácter del objeto que lo produce. Será sucesivamente superficial, transitorio, inquieto, fútil, segun que su principio esté impregnado de alguno de estos caractéres.

Por el contrario, el motivo de regocijo es por su naturaleza comun, no solo à una provincia, à una nacion, à una parte del mundo, sino à todas las naciones del globo y aun al mismo cielo; toca por su naturaleza à las profundidades de la humanidad y à las grandezas de Dios; en una palabra, ¿es católica segun toda la energía de la palabra? Al instante la impresion que produce toma un carácter de intimidad, de dulzura, de fuerza, que sumerge en una deliciosa embriaguez el corazon y los sentidos.

Además, el magnífico templo del universo, resplandeciente de luces en medio de las tinieblas de la noche é iluminando con sus luces el Circo misino de Neron, que en otro tiempo iluminaron los cristianos cambiados en antorchas vivas; el colosal mausoleo de un perseguidor de la Iglesia convertido en el teatro en que el génio celebra el triunfo del vencedor de

los Césares y del mundo; este mismo vencedor, que no es un hombre, sino un Dios, un Dios que combate no por él, sino por la humanidad decaída, que la salva, la rehabilita, y, colocándola con él en su glorioso carro, la introduce á la ciudad de la eterna felicidad. ¿Conoceis algo más católico, y por consiguiente, más interesante y más propio para elevar el alma del espectador? A su vez, ¡ved cómo se dilata el corazón! Abandonándose al entusiasmo de la alegría, siente que nada en un océano sin límites y sin fondo; que está unísono con el cielo y la tierra; que su felicidad no hace correr otras lágrimas que las de la alegría; siente, sobre todo, que su regocijo pasajero se toca por vínculos misteriosos con las alegrías del mundo futuro; que la fiesta que celebra es su propia fiesta, la fiesta de sus millones de hermanos de todas nacionalidades, de todas lenguas y de todas tribus, la fiesta de los ángeles, la fiesta del mismo Dios, celebrada en los confines del tiempo y de la eternidad.

Se comprende por otra parte la profunda sabiduría de Roma, la madre de los pueblos y la guardiana de las sociedades; para todas las naciones ha establecido aquellos sublimes espectáculos que multiplica para sus hijos. A las grandes solemnidades de la Pascua y de San Pedro, siguen en el curso del año las fiestas patronales de sus cincuenta y dos parroquias. El día de la fiesta cada parroquia tiene su iluminación, sus fuegos artificiales y su orquesta en el pórtico. Hé aquí otras tantas lecciones de espiritualismo que se han dado y otras tantas victorias que se han ganado en provecho de la familia y de la sociedad sobre las malas inclinaciones de la naturaleza.

29 DE MARZO.
Adioses á Roma cristiana y á Roma subterránea.
—Cadena de San Pablo, en San Pablo *extra muros*.—Cadena de San Pedro, en San Pedro *in Vincoli*.—Palabras de San Crisóstomo.

Hoy era el día de nuestra despedida á Roma cristiana. ¿Pero cómo dársela y por dónde comenzar? Porque en todas sus obras Roma cristiana es querida al viajero católico y sus obras son innumerables como los monumentos que las resúmen. Nos fué preciso elegir. Para acordarnos eternamente de su inteligente piedad hácia Dios, hácia María, y hácia los hombres, fuimos desde luego á adorar á su jefe invisible, al Hijo de Dios, en la iglesia donde las Cuarenta Horas le exponían á los homenajes de los Romanos. ¡Bendita sea por siempre la devoción tutelar que oponiendo todos los días á la justicia divina, la gran Víctima de propiación, armada contra las iniquidades del mundo, desvía azotes demasiado merecidos, eleva incesantemente los corazones y hace correr por el universo entero un río de misericordia y de gracia!

Algunos instantes más tarde pasábamos las escaleras de Santa María la Mayor, la basílica querida de la augusta Madre de Dios. A ejemplo diez veces secular de tantos pontífices, estábamos prosternados ante la imagen milagrosa de la Reina de los ángeles y de los hombres, y bendecíamos á Roma por haber impulsado, fortificado, exaltado y hecho tan perfectamente popular el culto de la más dulce de las vírgenes, de la más amable de las madres, de aquella hija de Judá, cuya sonrisa, cuya mirada, cuyo nombre solo lleva á todas las almas la serenidad, el valor, la pureza y la confianza infantil.

Después de Santa María la Mayor hi-

cimos una última visita al cementerio del Janículo. Arrodillados en aquella tierra Santa, teatro católico de la piedad hacia las almas del Purgatorio, mezclamos nuestras oraciones á las que todos los días se hacen allí por los cofrades de la Muerte. La divina inteligencia y el corazón maternal de la señora de todas las iglesias se habían revelado de nuevo á nuestras miradas conmovedoras. En aquella triple devoción hacia Nuestro Señor, en el Santo Sacramento hacia María, hacia las almas del Purgatorio habíamos visto el secreto más íntimo y como la esencia de la piedad católica. Como simple fiel yo hubiera bendecido á Roma porque así muere lo que hay de más elevado, de más tierno y de más social en el corazón del hombre; como sacerdote encargado de difundir el verdadero espíritu del catolicismo ¡qué grandes fueron mis acciones de gracias por aquella revelación preciosa! ¡Adios, Madre muy amada, inteligente esposa del Hombre-Dios, por qué será que sois tan poco comprendida.

Roma, que ora día y noche por sus hijos, cuyos eternos destinos ignora, vela con gran solicitud sobre las tumbas gloriosas de aquellos á quienes la victoria ha coronado con sus laureles inmortales. Con un santo orgullo los enseña á sus amigos; y á sus enemigos en pie en los umbrales de las catacumbas ella dice, como Dios á Moisés: Quitaos el calzado; la tierra que vais á pisar es una tierra tres veces santa. Por última vez quisimos pisar aquella tierra santa, por la sangre de que está mojada, por los misterios que vió cumplirse y por las heroicas virtudes de que fué teatro. Entramos á las catacumbas de San Pancrácio y dimos nuestro adios á los mártires. ¡Gloriosos testigos de nuestra creencia benditos seáis por el valor que os hizo desafiar á los tiranos; á vuestro heroísmo debemos nuestra fe, las luces de

la civilización que nos levantan muy alto sobre el mundo antiguo; como prenda de su última visita, haced corred en el alma de estos oscuros peregrinos, hijos y hermanos vuestros, la sávia de la fe primitiva, principio fecundo de las virtudes cuya auréola incomunicable debe rodear la frente de la Iglesia en los últimos años de su vejez como en los primeros días de su infancia! ¡Adios! y estamos resueltos á morir, más bien que á deshonrar el nombre que nos habeis conquistado!

De las catacumbas nos fuimos al hospital del Espíritu Santo y al hospicio de San Miguel, magnífico resumen de la caridad romana hacia los vivos. Desde la cuna hasta el sepulcro, el pobre, el enfermo, el débil y el pequeño, todos esos seres que Roma pagana entregaba á los dientes de las fieras y á la espada de los gladiadores, para divertirse, se nos aparecieron de nuevo en aquellos dos establecimientos, rodeados de miramientos, de respetos y de cuidados que harán eternamente de Roma cristiana la madre de la caridad, como lo es la madre de la fe. Adios, ciudad providencial, sed reina puesto que tal es vuestro inmortal destino; extended sobre todos los pueblos, sacados por vos de la barbarie, el cetro glorioso de la inteligencia y del amor, como en otro tiempo impusisteis á las naciones vencidas por vuestras armas, el yugo humillante de la servidumbre; y que al tributo de sangre suceda el tributo de un reconocimiento eterno.

En medio de nuestras excursiones se nos dijo que habia estacion en la basilica de San Pablo *extra-muros*, y esta noticia fué para nosotros un gran motivo de alegría. Nos iba á ser dado ver la cadena del inmortal prisionero de Jesucristo. Un coche de sitio nos llevó rápidamente al pórtico de la venerable iglesia. En dos pasos estuvimos en la capilla en donde es

tán depositadas las preciosas reliquias. Un sacerdote de roquete y de estola fué á abrir el tabernáculo que las encierra; nosotros estábamos de rodillas en el escalon del altar. Después de una corta oracion, el sacerdote toma la cadena y la pone en nuestras manos. Ver, tocar, llevar á los labios, cubrir de besos y de ardientes lágrimas aquella cadena más preciosa que los collares de los reyes, aquella cadena orgullo de Pablo y que él llevaba como esclavo voluntario, para romper las cadenas del género humano, ¡qué momento! ¡qué sensacion! La cadena apostólica se compone de anillos oblongos y mal forjados que anuncian bien la fabricacion antigua; no es muy pesada tal vez porque San Pablo era ciudadano romano.

Para poner el colmo á nuestra felicidad, no faltaba más que ver las cadenas igualmente gloriosas del compañero de San Pablo, de San Pedro, el jefe de los conquistadores del mundo, de los salvadores de la humanidad. Al volver de San Pablo, tuvimos que ver al sabio profesor de historia eclesiástica, al Sr. Abate Fizzani. Como miembro de la Congregacion de los canónigos regulares de San Juan de Letran que está encargada de prestar sus servicios en San Pedro *in Vincoli*, vive en el convento contiguo á la iglesia.

Después de haberle hablado de la felicidad que acabábamos de gozar, le pregunté si sería imposible colmarla viendo las cadenas de San Pedro. "La dificultad es extrema, me dijo, las cadenas de San Pedro no se exponen á la veneracion de los fieles sino hasta Agosto. ¿Podéis esperaros hasta entonces? continuó sonriendo. — Mañana nos vamos. — ¿Cómo hacer? Tres llaves cierran la caja en donde se conservan las cadenas; una está en manos del Santo

Padre, otra en las del cardenal protector, la tercera se confia al abate de *San Pietro in Vincoli*. Para abrir la caja es necesario tener las tres."

El excelente amigo que así nos habia tenido en suspenso, se apresuró á añadir: "Tranquilizaos, hoy hay un permiso á las cuatro; encontraos en la Iglesia; os juntareis á los otros viajeros y sereis admitidos." Júzguese de nuestra alegría y de nuestra fidelidad en la cita. Hé aquí la historia de aquellas cadenas venerables que íbamos á contemplar: San Pedro arrestado en Jerusalem y arrojado á la prision por orden de Herodes, fué atado con una doble cadena. 1. El ángel del Señor libró al prisionero. Sus cadenas, que quedaron en el calabozo, fueron recogidas por los guardianes á quienes el apóstol tuvo tiempo de convertir. La Iglesia naciente de Jerusalem conservó como el más precioso tesoro aquella prenda de los sufrimientos de su padre y lo rodeó siempre de un respeto y de una ternura filial. 2. Lo mismo pasó hasta el siglo quinto. Entónces, quiero decir, el año 436, la emperatriz Eudoxia, mujer de Teodosio el jóven, al venir á Jerusalem llevó consigo las cadenas del apóstol á Constantinopla. Ella retuvo una, que fué depositada en la soberbia basílica construida expresamente para recibirla; mandó otra á Roma, á su hija Eudoxia, mujer del Emperador Valentiniano.

El Soberano Pontífice quiso comparar esta cadena con la que fué atado San Pedro en la prision Mamertina por óden de Neron y que, á ejemplo de sus hermanos de Jerusalem, los fieles de Roma habian conservado con religioso cuidado. En presencia de todo el pueblo las acercó una á otra. Por un milagro siempre subsisten-

1. *Vinctus cateni duabus*. "Atado con dos cadenas." Act. C. XII.

2. De *procul. apud Lippom.* VII; Baron; *Annot. ad Martyr.* dice 1 aug.

1. A él se debe el "Tesoro de la historia eclesiástica." *Jhesauros historiae eclesiasticae.* 19 vol.

te, las dos cadenas se unieron al punto, de suerte que hoy no forman más que una sola. En memoria del prodigio y en honor de San Pedro, el Papa, de acuerdo con la emperatriz, edificó la basílica de San Pedro *ad Vincula*. La cadena fué depositada en ella, allí está todavía, después de haber recibido los homenajes de todas las generaciones que se han sucedido desde el siglo quinto hasta nuestros días. Desde tiempo imemorial, los papas han acostumbrado enviar limadura de esta cadena y de la de San Pablo á los emperadores y á los reyes que han merecido bien de la religion. Esta limadura se encierra en una pequeña llave de oro, que la piedad de los príncipes cristianos suspende á su cuello como un preservativo contra los peligros y como una advertencia para lo que deb en ser. 1 A las cadenas de San Pedro se han agregado cuatro anillos de las de San Pablo á fin de no separar en los homenajes del reconocimiento católico á los dos ilustres prisioneros de Jesucristo. Entramos al tesoro de la Iglesia y encontramos al abate de pié, delante de la caja entreabierta; nos hizo seña que nos acercáramos. Cuando estuvimos de rodillas, tomó la cadena se-

llada por uno de los anillos en la parte inferior de la caja y nos la presentó. Puede tener cinco piés, de longitud: en cada extremidad está una charnela destinada á sujetar las manos y el cuello. Los anillos, de forma antigua, son mucho más gruesos que los de la cadena de San Pablo. Por un favor insigne, el excelente guardían abrió una de las charnelas, nos la hizo tomar ó hizo que abrazara nuestro cuello. En este instante solemne, me acordaba de San Juan Crisóstomo, y de que más feliz que el ilustre patriarca, yo gozaba de una dicha que él había ambicionado tanto.

¡Qué no me sea dado, exclamaba, ver los lugares en donde se conservan las cadenas de los apóstoles! ¡Cuánto quisiera ver aquellas cadenas que el infierno teme y que el cielo venera! Si los deberes de mi ministerio y la debilidad de mi cuerpo no me detuviesen, ¡con qué felicidad emprendería yo la peregrinación de Roma, únicamente por ver aquellas cadenas y la prision de Pedro y de Pablo! ¡Bienaventuradas cadenas! ¡bienaventuradas manos las que se adornaron con ellas! ¡Oh, si yo hubiera vivido en aquel tiempo; cómo hubiera cubierto de besos aquellas manos dignas de ser encadenadas por mi divino Maestro! Las manos de Pedro y de Pablo, eran más gloriosas cargadas de cadenas, que cuando levantaban al tullido de Lystra; más dichosos en la prision que en el tercer cielo; más gloriosos en su oscuro calabozo que sobre un trono brillante de oro y de pedrería. No, no, nada es tan hermoso como una cadena llevada por causa de Jesucristo. Ser encadenado para él es más que ser apóstol, doctor, evangelista, ángel. ¡Oh feliz cadena, más bella que todos los collares, que todas las diademas, que todas las coronas de los reyes, fuérame dado veros! 1

1 Las cadenas de San Pablo fueron conservadas con el mismo cuidado y depositadas desde luego como las de San Pedro en la basílica Vaticana. San Gregorio, escribiendo á la emperatriz Constaucia, la dice: "De catenis quas ipse San Paulus in collo et in manibus gestavit, ex quibus multa miracula in populo demonstrantia partem aliquam vobis transmittere curabo, si tamen hanc tollere limando preveluero." *Epist.* I, III, epis. 30.—Siete anillos de la cadena con que Neron cargó á San Pedro, así como las llaves de la prision Mamertina se conservan en la Iglesia de Santa Cecilia. La piedad de los fieles las ha adornado con piedras preciosas. Boldetti, *Osservaz.*, etc., lib. I, C. LX, p. 313; véase tambien Bar., *Annot ad Martyrol*; 1.º de Agosto.—Id *Annal.*, t. I. an 69, n. 30.

"Si puedo quitar limándolas, una parte de las cadenas que el mismo San Pablo llevó en el cuello y en las manos, y por las cuales se obran muchos milagros, cuidaré de enviársela."

1 Si quis mihi offerret totum coelum aut

30 DE MARZO.

Celda de San Luis Gonzaga. Adioses á San Pedro y á San Pablo.—Retratos de los dos Apóstoles.—Adios final.

Comenzaba á aparecer el día cuando llegábamos al piso superior del Colegio Romano. El P. F. . . . que nos dirigia por los inmensos corredores del vasto establecimiento, se detuvo delante de una pequeña puerta de abeto, diciéndonos: Allí está. Estábamos en el umbral del cuarto de San Luis Gonzaga. La humilde celda que aquel ángel de la tierra ha hecho tan venerable por su preciosa muerte, puede tener diez piés de longitud y ocho de latitud. Guarda la misma disposición, aunque está trasformada en capilla. Encima del altar brilla el verdadero retrato del amable Santo, y debo decir que no se parece á los que vemos entre los comerciantes de estampas. El Santo tiene la cara larga, la tez pálida, la nariz aguileña, los pómulos salientes y más bien huecos que llenos. Una cierta mezcla de fuerza y de dulzura extendida en toda la fisonomía, armoniza todas las facciones y da á la cara un carácter de madurez que justifica la historia del jóven héroe cristiano y aquellas palabras de la Escritura consagradas en su elogio: "Muerto en la flor de la edad, habia vivido los años del anciano; *Consumatus in brevi, explevit tempora multa*."

¿Podria dejar á Roma el viajero católico sin visitar semejante santuario? Luis Gonzaga, la flor de la Compañía de Jesus, es á la vez uno de los santos más populares de la Ciudad Eterna y el protector de la juventud cristiana; con este doble título

illam catenam, ego illam proferrem: si quis me apud superos collocaret cum angelis aut cum Paulo vineto, eligerem carcerem. . . . et jure quidem: nihil enim est illa catena beatius. *In epist. ad Ephes., C. IV, homil. VIII, p. 61—63, edit. novis.*

lo merecia nuestros adioses y nuestras oraciones. Ofrecí el augusto sacrificio en su altar y pronunciamos ardientes votos, que se elevaron hasta el cielo, por las generaciones que nos siguen, llevando en sus manos sin experiencia la felicidad y la desgracia del porvenir.

Del Colegio Romano nos dirigimos al Vaticano. San Pedro y San Pablo, reyes de la ciudad de las siete colinas conquistada por su sangre, gobernada por su poder, arruinada por su espíritu, dirigida por su asistencia, ennoblecida por sus templos, santificada por sus cadenas, protegida por sus cuerpos sagrados, habian recibido nuestra primera visita y debian recibir tambien la última. En ellos se resúmen, aunque de diversa manera, Roma pagana, Roma cristiana, Roma subterránea. Que el recuerdo de los vencedores de Neron, de los fundadores de la Iglesia, de los jefes de los mártires quede completo en su memoria y el viajero lleva con él la triple Roma toda entera. Prosternados ante la inmortal *Confesion*, ofrecimos á los dos Apóstoles nuestros últimos votos, los votos de nuestros amigos. Luego, como el niño que saluda á su Padre muy amado á quien va á dejar para siempre, saludamos á aquellos padres de la gran familia católica tomando las palabras de un santo, digno intérprete de la admiracion, del respeto filial y del reconocimiento de los siglos.

¡Adios puertas del cielo, doble antorcha de aquel vasto universo! ¡Pablo, cuya voz resonó como el trueno, Pedro cuya mano lanza el rayo del seno de las nubes! Adios Pablo quien por la doctrina, y Pedro, quien por la dignidad brillais, sobre todos los jefes coronados del inmortal Senado! ¡Adios Pablo, que abris los corazones, y vos Pedro que abris el cielo! ¡Adios Pablo, que enseñais el camino y vos Pedro que teneis las llaves de la Jerusalem eterna!

¡Adios vos, fundamento inmóvil, y vos, arquitecto del templo en donde Dios encuentra un altar digno de él!

¡Adios, ciudadelas de la fe, torres, intomables que Roma, señora del mundo, opone á todos los asaltos de sus enemigos!

¡Adios, brillantes luces del cuerpo de Jesucristo, cuyo brillo dirige las operaciones de todos los miembros, adios. 1

Con el fin de hacernos más presente y más vivo el recuerdo de los dos apóstoles, quisimos poseer sus retratos. Hélos aquí tales como los hemos recibido de la tradición primitiva. 2 San Pedro era de un

1 Venant. Fortunat., lib. III Carm.

2 Es fácil comprender que los primeros cristianos hayan querido conservar las facciones de sus padres en la fe. La historia nos enseña que ellos han realizado esta voluntad de mil maneras. Entre todos los padres cuyos testimonios sería fácil multiplicar, baste citar al gran historiador de la iglesia primitiva, á Eusebio, cuyas palabras son estas: "Sed, quandoquidem hujus urbis (Pancades seu Caesaræ Ppilippi, mention fecimus, non incongruum fuerit rem quamdam memoria in primis dignam posteris tradere. Ethnici mulierem illam sanguinis proflavio laborantem quam ex sacris Evangelüs discimus á Servatore nostro curatam fuisse ex hac civitate originem traxisse ferunt, domunque ejus ibidem conspici, et collati in eam a Servatore nostro beneficü illustria exstare monumenta. Quippe juxta januam domus illius aenea mulieri effigies stare dicitur, columnæ lapidæ imposita genibus flexis protensisque manibus instar supplicantis. Ex converso autem effigies viri ex eodem metallo conflata stantis ac diploide decenter induti, manumque muliere porrigentia. Ad cujus pedes in ipsa basi ignota quedam nasci dicitur planta, quæ, ad fimbriam usque aeneae diploidis assurgens, des pellendis omnis generis morbis presentissimum est. Hanc statuam Jesu Christi speciem referre asibant. Mansit porro ad nostra usque tempora, nosque adeo urbem illam ingressi ipsam conspeximus. Nec vero mirandum est gentiles á Servatore nostro beneficiis affectus hæc præstitisse cum et apostolorum Petri ad Pauli Christique ipsius pictas imines ad nostram usque memoriam servatas in tabulis viderimus. Quippo prisca illi absque ullo discrimine cunctos de sebene meritos gentili quadam consuetudine tant quan servatores colere hujusmodi honoribus consueverun *His.*, lib. VII, c. 18, edit. Vales.—El pincel de San Lucas reprodujo muchas veces el retrato de la Santísima Virgen y las diferentes artes multiplicaron las figuras de

cuerpo mediano, recto y airoso; tenía la tez pálida y blanca, los ojos negros y salientes, pero habitualmente rojos á causa de las abundantes lágrimas que derramaban; las cejas levantadas y escasas, la nariz larga, recta y más bien arremangada que aguileña. Su vestido se componía de una túnica y de un manto, y cuando no caminaba descalzo, unas sandalias formaban su calzado 1.

San Pablo era pequeño, delgado, un poco encorvado, y tenía la cabeza de mediano volúmen, el rostro pálido, anunciando una vejez precoz; los ojos llenos de gracia; las cejas caídas, la nariz larga y aguileña, la barba, espesa larga y gris como los cabellos, y la cabeza un poco calva 2.

San Pedro y de San Pablo. Se encuentra á los dos apóstoles en los vidrios de las catacumbas, en las tablas de mármol que cierran los *loculi* de los mártires, en los dípticos y en otra multitud de objetos cuyo origen toca la cuna del cristianismo. Al lado de la iconografía marcha la tradición, esa otra pintura que da la vida y el color á las figuras, que describe la persona, su rostro su vestido, su cuerpo, etc. Una y otra se reúnen para darnos el retrato de los apóstoles.

1 Petrus haud cræsa corporis statura fuit; sed quæ aliquanto esset erectior, facie subpallida et alva admodum, capilli capitis et barbae crispi et densi, sed non admodum prominentibus fuere: oculi quasi sanguini respersinigri, supercilia prope evulsa; nasus autem longior ille quidem non tamen in acumen desinens, sed presus potius et simus. Nicephæ., lib. III, c. 37.—Hé aquí un segundo retrato conforme con el primero: "Erat autem facie albus pallidus recalvaster, crinibus denei crispus, oculis prominentibus, sanguinis, nigris, capite barbaque canus, nasum habebat longioren supercilia summe retracta, statura mecri crecuiorique præditus, habituque corporis prove coactus. *Menoe graeca ad diem XXIX junü.*—Véase también á Eogginio, *Exercit.* XX p. 254. Baoron., *Annal.*, t. 1 an 69 n. 31, etc.

2 Quando enim me Galilæus ille convenit recalvaster, naso aquilo, qui tertium usque ad coelum per aerem ingressus est, quæque optima et pulcherrima sunt inde didicit (*Lucian in Philop.*)—Qui tricubitalis est, et coelum attingit (*Chrysost., Homil. princip. Apost.*) Paulus autem erat parvo et contracto atque incurvo et paululum inflexo corpore, facie candida, annosque plures prae se ferente, et capite modico;

Estos dos retratos que pueden llamarse originales, difieren en un punto de las copias tan frecuentemente reproducidas por los pintores y por los escultores. Se nos representa á San Pedro con la cabeza calva y á San Pablo con cabellos espesos; lo contrario es la realidad. ¿De dónde viene este error? Foggino lo atribuye á la obra apócrifa que apareció en el siglo quinto y en la cual San Pedro está representado con la frente calva, y está en oposición con los monumentos y los autores más antiguos 1.

A esta preciosa observación para la iconografía es necesario añadir otra de gran importancia para la teología católica. Cuando los dos Apóstoles están representados juntos, San Pedro ocupa siempre la derecha. Salvas algunas raras excepciones debidas á la ignorancia del pintor ó del escultor, esta regla se sigue observando constantemente en todos los monumentos primitivos de vidrio, de mármol, de tierra cocida, de bronce ó de marfil. La significación de semejante uso no es dudosa. Dios ha querido que hasta en los pormenores más pequeños, la fiel tradición rindiese testimonio á la supremacía de Pedro no solo sobre los Apóstoles en general, sino también sobre su más ilustre co-

oculis multa inerat gratia, supercilia deorsum versus vergebant nasus inflexus idemque longior; barba densior et satis promissa, eaque non minus quam capitis coma canis respersa erat. — Nicep., lib. II, c. 37. *Bar Ann.* 69 n. 14.

1 Al describir un vidrio de las catacumbas, el sabio arqueólogo se expresa así: "Illud quoque animadvertendum maxime est, fronte calva esse Paulum, qualem profecto antiquissimus auctor Philopatridos eum describit, capillis autem undique fluentibus, brevibus licet, et circum attensis divum Petrum ut quidem fere omnes, praesertim vero antiquiores eum referunt imagines cum quibus. Nicephorus concinit, et Hieronimi aetate (Hieron., in *ep. ad Gal.*, I, 8.) in apocrypho de Petri itineribus libro et Petrus calvus fuisse diceretur; unde exortum esse putó quod et calvus aliquando, repraesentatus sit, ut inferius etiam dicendum est." *Exercit.* XX, 462.

lega. Así se encuentra confirmada por todos los géneros de pruebas una verdad fundamento de la gerarquía católica y que por esta razón ha sido y será en todos tiempos el objeto de los ataques más vivos de los sectarios y de los impíos 1.

Fue necesario por fin arrancarnos de la basílica. ¡Adios, pues, templo augustó que has visto tantas veces prosternados en tus atrios á los emperadores, á los reyes, á los príncipes, á los pontífices, á todas las glorias del Oriente y del Occidente! ¡Adios, colina Vaticana, antigua morada de un oráculo mentiroso y hoy morada venerable del oráculo vivo de la verdad misma! ¡Adios, obelisco de Neron inmortal monumento de la victoria alcanzada por el Evangelio sobre la crueldad omnipotente de los Césares! ¡Adios, inmensa plaza, brillante reunión de las artes, tierra santa empapada hasta en tus entrañas con la sangre preciosa de los mártires! 2 ¡Adios, Roma, ciudad sin igual, teatro de todos los grandes acontecimientos, misteriosa soldadura de los dos mundos, 3 reina de la fuerza y reina del mar, reina de las artes y reina de la fe, madre

1 Boldetti, *Osservaz.*, etc. lib. I, c. XXXIX, p. 191; Fabretti, *inscript. antiq.*, c. VIII, p. 594; Mamachi, *Origin. et antiq. christ.*, t. V, lib. IV, c. II, p. 475.

2 De allí viene la veneración profunda que Roma ha tenido siempre por esa plaza. Un día el Papa San Pio V se paseaba en ella; cuando el embajador de Polonia le pidió algunas reliquias para llevar á su patria. Por toda respuesta, el Papa se inclinó, tomó un puño de aquella tierra, la puso en su pañuelo, y dándosela al embajador, le dijo: "Llevar esta tierra á Polonia, esta es una preciosa reliquia; no hay una parte de esta plaza que no haya sido mojada con sangre de mártires: Nullan esse ibi vel minimam solipartem, quae sacro martyrum sanguine non esset imbuta et consecrata." Al volver el embajador á su casa, abre el pañuelo y encuentra, con grande admiración suya, que aquella tierra se habia cambiado en una masa de sangre. *Vita di S. Pio de Gabuzio* etc.; Constanzi, t. II, p. 80.

3 Terrarum Dea gentiumque Roma, cui par est nihil et nihil secundum: *Mart., Epigram.*

y señora de todas las Iglesias, que desde lo alto de vuestras reales colinas ilumináis los cuatro confines del mundo y mantenéis el orden y la vida en el mundo de las inteligencias, á la manera con que el sol desde el cielo ilumina toda la naturaleza y mantiene la armonía entre los astros del firmamento!

Alaben otros vuestro antiguo origen, el poder de vuestros ejércitos, la magnificencia de vuestros edificios, la multitud de vuestras riquezas, la belleza de vuestras obras maestras, la majestad de vuestras ruinas; en cuanto á mí, os alabo, porque sois la columna de la verdad, el baluarte de la fe, la bienhechora de los pueblos, fuente de su civilización, la salvación de sus libertades, la brújula de la humanidad, el depósito de todos sus títulos de nobleza, el asilo de todos los infortunios, la guardiana respetuosa de todas las ruinas vivientes ó muertas, la patria de todo aquel que cree, de todo aquel que ania, la tumba misteriosa de tres millones de mártires, el relicario brillante en donde descansan las dos glorias más grandes del mundo, Pedro y Pablo. Dichosa con poseerlas y más dichosa aún con devolverlas algún día al cielo, á la vista de los ángeles y de los hombres, ¡qué espectáculo presentareis en aquel gran día, e último del tiempo y el primero de la eternidad!

Del seno de vuestras catacumbas, inmenso sepulcro que protege vuestro amor maternal, del seno de esta caja gloriosa que abrigan las bóvedas doradas del primer templo del universo, se verán salir resplandecientes de luz Pedro y Pablo seguidos de un pueblo de héroes, y todos juntos, con las manos adornadas con las palmas de la victoria se dirigirán al encuentro del soberano Juez. ¡Qué rosa, qué corona enviareis al Cristo vencedor! Más bella entonces mil veces, que en los días de vuestros triunfos, la tierra y los cielos

unirán sus voces para proclamaros todavía la reina de las ciudades. Hé ahí por que os alabo. 1 Y como sois mi madre, la madre de mis abuelos, de mis hermanos y de mis hermanas en la fe, por remoto que esté el siglo y por lejano que sea el clima en que hayan vivido, yo os amo, os bendigo, siento dejaros; como prenda eterna de mi reconocimiento, de mi respeto y de mi piedad filial, recibid este último adios.

29 DE MARZO.

Salida de Roma.—Civita Castellana.—Recuerdo de Macdonald.—Otricoli.—Narni.—Catedral.—Sepulcro de San Cásio.—Recuerdo del emperador Nerva.—Terni.—Recuerdo de Tácito.—Combate del general Lemoine.—Mártires.—Cascada *delle Marmore*.—La Somma.—Spoleto.—Recuerdos paganos y cristianos.—Foligno.—Casa Pia.—Catedral.—El Santo mártir Feliciano.

Acompañados de algunos amigos bajamos á la plaza de Monte Gitorio en donde nos esperaba el coche. Todo el mundo estaba triste y silencioso porque en todo país nada se parece tanto á un entierro.

1 Ego Roman propterea diligo..... Ob id illam beatam praedico quod erga illos Paulus dum viveret adeo fuit benevolus, adeo illos amavit, coram disseruit, et postremo vitam apud eos finivit. Unde et civitas ista hinc facta est insignis plusquam á reliquis omnibus, et quemadmodum corpus magnum ac validum duos habet oculos illustres, sanctorum videlicet illorum corpora. Non ita coelum splendecit quando radios suos sol ex sese dimittit quemadmodum Romanorum urbs duas illas lampades ubique terrarum effundens. Hinc rapietur Paulus, hinc Petrus: considerate et horrete, quale spectaculum visurra sit Roma, Paulum videlicet repente ex theca illa cum Petro resurgentem in occursum Domini sursum ferri. Qualem rosam Christo mittet Roma! qualibus coronis duabus ornatur urbis ista! qualibus catenis aureis cincta est! quales habet fontes! Propterea celebro hanc urbem, non propter copiam auri, non propter columnas, nequa propter aliam phantasiam, sed propter columnas illas Ecclesiae.—D. Chrys., *In epist ad Rom. Homil 32.*

como la partida. En Roma casi sucede lo mismo; y no sé si habria tomado mi lugar en el fatal vehículo sin la segura esperanza que me alentaba diciéndome á mí mismo: Tú volverás. Salimos por la puerta del Pueblo, atravesamos rápidamente el desierto y muy pronto tocamos á *Civité Castellana*. Bajo este nombre moderno reconoced á la antigua *Falisca*, tantas veces mencionada en la historia primitiva de Roma. Esta pequeña ciudad, rodeada de profundas barrancas cubiertas de arbustos, presenta un golpe de vista muy estimado de los artistas. El puente, de cincuenta metros de elevacion, puesto sobre el Rio Maggiore, anima el paso que completan las altas murallas de la ciudadela. *Civité Castellana*, es como *Falisca*, una de las llaves de Roma. De aquí el triste privilegio de haber visto muchas veces desde su origen sus fosas obstruidas de cadáveres y sus baluartes inundados de sangre. El último espectáculo de este género se remonta al 4 de Diciembre de 1799, cuando Macdonald, á la cabeza de ocho mil franceses, destrozaba en pedazos á cuarenta mil napolitanos, mandados por el general Mack.

Otricoli, la antigua *Otriculum*, situada en una graciosa colina, vino en seguida á animar la soledad del valle y á cortar la monotonía del camino. El puente *Felix*, puesto en el Tiber á una pequeña distancia, recuerda la brillante victoria alcanzada en 1799 por los franceses sobre las tropas napolitanas.

Narni, la Narnia de los Romanos, es todavía una fuerte posición. Pudimos visitar el puente de la Nera, construido, según la tradición, por el emperador Augusto, y la catedral cuya crypta presenta gran interés. El cristianismo predicado en la Umbría por los Apóstoles en persona ó por sus enviados, se conservó allí por una larga sucesión de mártires y de pontífices.

1 En el número de estos últimos Narni tuvo la dicha de entrar á San Cásio, que floreció bajo Justiniano. Después de veinticuatro años nueve meses y diez días de episcopado, el glorioso Pontífice bajó al sepulcro que él mismo se había preparado. Este sepulcro está á la entrada de la crypta. Se ve en el centro una gran cruz y en las dos extremidades dos ángeles de relieve que se miran; en el campo se lee la inscripción siguiente, que se atribuye al mismo santo:

Cassius, immerito praesul de munere Christi,
Hic sua restituo terrae mihi credita membra,
Quum fato anticipans consors dulcissima vitae
Ante meum in pace requiescit Fausta sepulcrum.
Tu, rogo, quisquis ades, prece nos memorare benigna,
Cuncta receptorum te noscens congrua factis.

«Yo, Cásio, jefe sin mérito por gracia de Cristo, restituyo aquí á la tierra sus miembros que me confié, supuesto que anticipándose Fausta, la dulcísima compañera de la vida, descansó en paz ante mi sepulcro. ¡Oh, tú quien quiera que esteis presente! acuérdate de nosotros con benignas oraciones, teniendo entendido que recibirás la recompensa de tu caridad.»

Narni dió la existencia al emperador Nerva; pero ningún monumento consagra el recuerdo del señor del mundo. Sin embargo, el viajero católico no podría ver la patria de este buen príncipe sin ofrecerle un tributo de reconocimiento. El fué quien hizo cesar la viudedad de la iglesia de Efeso y quien colmó de alegría á todos los cristianos, llamando al discípulo muy amado de la isla de Pathimos, á cuyo lugar le habia relegado el cruel Diocleciano.

Seguimos las orillas del Nera, limitadas á un lado por llanuras cubiertas de olivos y por otra por las cimas cubiertas de los Apeninos, sobre las cuales se dibujan blan-

1 Véase Ughelli, *Italia sacra*, t. 1, p. 1007; Papabrock, t. 1, act. 35, mensis mañ, p. 386; Jacobelli, SS. dell' Umbría, edit. Ann. 1647.

cas habitaciones, y llegamos á Terni, pequeña y encantadora ciudad. La antigua *Interamma* fué la cuna de Tácito el historiador y del emperador del mismo nombre. Estos son, con inscripciones numerosas y las ruinas de un teatro, sus títulos de gloria humana. En 1797, corrió la sangre francesa bajo sus murallas, mezclada á la de los Napolitanos, entre quienes hizo el general Lemoine una gran matanza. Además de los recuerdos cristianos despierta Terni otros recuerdos. La jóven vírgen Agapia, los santos obispos Próculo y Valentino, y sus discípulos Efebo y Apolonio, alcanzaron aquí la palma gloriosa del martirio, y libraron para siempre á sus conciudadanos del yugo de la idolatría. La hora y la rapidez de nuestro paso por allí, no nos permitieron venerar sus reliquias, ni visitar la famosa cascada *delle Marmore*, á dos leguas de la ciudad. Esta catarata, una de las más bellas del mundo y hecha de mano del hombre, está formada por el Velino que se precipita á treinta y dos piés de altura en el Nera.

Al salir de Terni, se entra en las gargantas de la Somma, cadena árdua que presenta las bellezas grandiosas de la naturaleza. Arrastrados por ocho bueyes grises de largos cuernos, pasamos lentamente aquella espantosa garganta, que desemboca por fin en el hermoso valle de Spoleto. ¡Oh vicisitudes de las cosas humanas! Aquellos apacibles cuadrúpedos que de concierto con los cansados caballos de la diligencia, arrastraban á oscuros viajeros, eran descendientes de las grandes víctimas honradas con el privilegio de conducir á los templos de los dioses á los triunfadores romanos. El Clitumno, gracioso riachuelo en cuyas orillas pacfan sus abuelos, riega todavía las deliciosas praderas de Spoleto; las pasturas son las mismas, el color, la forma, la raza de los ani-

males que con ellas se alimentan, son siempre lo que fueron, solo su destino ha cambiado.

Hinc albi, Clitumne, greges et maxima taurus
Victima, saepe tuo perfusi flumine sacro,
Romanos ad templa deum duxere triumphos.

“Las ovejas blancas y el toro, que fué la suprema víctima, que se extendían muchas veces en tu sagrado rio. ¡Oh Clitumno! sirvieron para celebrar los triunfos de los Romanos en los templos de los Dioses.”

Una suave pendiente, plantada de pequeños árboles verdes, nos condujo á aquel famoso acueducto, uno de los más altos de la Europa, sobre el cual pasa un puente muy estrecho. ¿Es acaso una mano romana ó una mano lombarda, la que arrojó aquel monumento á la profundidad del valle? La ciencia vacila en responder. Como quiera que sea, el acueducto desemboca en Monte-Luco, graciosa montaña habitada por religiosos y coronada por una torre y un monasterio del siglo décimo. Spoleto, ámpliamente asentada en un terreno desigual, cuenta cerca de siete mil almas de poblacion; algunos palacios notables y muchas iglesias dignas de toda la atención del viajero cristiano. El arco de triunfo, llamado Puerta de Aníbal, recuerda á las generaciones un hecho que hizo á Spoleto célebre en la historia y querida de los Romanos. Aníbal, estimulado por la reciente victoria de Trasimèno, vino á poner sitio á esta ciudad. Los habitantes se defendieron con vigor y obligaron al general cartaginés á alejarse despues de haber sufrido la primera derrota que hubo recibido de la Italia. Otros monumentos perpetúan el recuerdo de un triunfo más glorioso. El templo de la Concordia en la iglesia del Crucifijo, las ruinas del templo de Júpiter en el convento de San Andrés, las del templo de Marte en la iglesia de San Julian atesti-

guan la gran victoria alcanzada aquí, como en otras partes, por el cristianismo naciente. 1 Pero esta victoria ha costado sangre muy noble, y ¿cómo pasar de Spoleto sin rendirle homenaje?

El año 175, toda la ciudad estaba en movimiento; un mártir era conducido al pretorio, para serlo luego al suplicio. El juez espéra sentado en su tribunal, rodeado por los lictores. El acusado se llama Póncio y el juez Fabian. El interrogatorio es corto y brutal: «¿Eres cristiano?—Sí.—Sacrifica.—No.—Que le azoten con varas.» El cuerpo del mártir quedó convertido en una llaga.—¿Dejarás de atacar á los dioses del imperio?—No.—Que le hagan andar descalzo sobre carbones encendidos. Y el Santo anda sobre ellos sin sufrir, como si anduviera sobre un verde césped.—Respetas la religion de los antepasados.—Es una fábula vergonzosa.—Que se le extienda sobre el caballete. Y el mártir es extendido con cuerdas pasadas por poleas y apretadas con una doble vuelta.—Sacrifica.—No sacrificaré. Y le desgarran las costillas con uñas de fierro y no muere. El juez, viéndose vencido, oculta su vergüenza mandando al héroe al fondo de un calabozo oscuro en donde los ángeles, brillantes de luz, van á consolarle.

El día há reaparecido; Fabian quiere que el sol, testigo de su derrota de ayer, ilumine su triunfo de hoy. Sube á su tribunal, más amenazador que la víspera; el pueblo es más numeroso, más ávido del drama sangriento. Hé aquí la víctima.—Sacrifica.—No.—Que se le exponga á los leones; y se dejan oír largos rugidos con los cuales los reyes de los animales saludan al vencedor de los demonios y de los Césares. El juez vuelve á asir su víctima y la inunda con plomo derretido. ¡Vanos

suplicios! Entónces la espada del confector consume el holocausto. El mártir muere, pero ha vencido. Júpiter, tus templos están quebrantados; juez, tu poder ha caído en desprecio; lictores, vuestros haces se han roto; confectores, vuestra hacha y vuestra espada se han mellado; algunos golpes más, y quedarán inservibles, se escapan de vuestras manos, y los hijos y las hijas de las víctimas las recogerán como instrumentos preciosos. Mucho tiempo despues de que no existais ya, las enseñarán á los viajeros como un doble monumento de vuestra impotente crueldad y del valor victorioso de sus nobles antepasados. 1

En medio de suplicios no ménos atroces, murieron para cimentar el cristianismo en Spoleto, el sacerdote Concordio, los obispos Félix y Sabino, los simples fieles Exuferancio, Marcelo, Venústio, su mujer y sus hijos. Del fondo de los altares brillantes de oro y de mármol, en donde les honra una piedad quince veces secular, los mártires continúan velando sobre la ciudad que han conquistado. Los turistas pasan como admiradores de la puerta de Aníbal, pero ignoran ó desdeñan aquellos monumentos augustos que recuerdan hechos muy más célebres que la derrota del general cartaginés. Así se viaja cuando no se tiene más que un ojo.

Más allá de Spoleto, ved las *Vene*; que nos ofrecen el templo consagrado en otro tiempo al rio Clitumno y hoy cambiado en oratorio, sin perder su nombre primitivo. En fin, llegamos á Foligno. El *Fulgium* de los Romanos es hoy una pequeña ciudad coqueta, sentada graciosamente en el

1 Véase á Ughelli, *de Orig. christ. Relig. Spoleti*, t. I, p. 1, 250; y á Ferdin. Campello, *delle Storie sacre di Spoleti*, lib. IV, p. 103.

1 Bar. An. 175, n. VII, in *Annot. ad Mart. tyr.*, 19 de Enero.—En el anfiteatro fué donde el pueblo ébrio con la sangre de los gladiadores, pidió á los cristianos para víctimas; sus deseos fueron órdenes. Este fué el principio de la persecucion de Spoleto. Véase á Bosio, *Rom. subter.*, t. I, p. 125.

risueño valle de la Umbría y regada por el Clitumno, el Lapino y el Maroggia. Ella ofrece á la curiosidad del viajero su *Casa Pia*, muy bello establecimiento destinado á recoger á las niñas vagamundas, y su majestuosa catedral, algo deteriorada por el temblor de tierra de 1832; sus iglesias de los Franciscanos y de los Agustinos, así como el convento de las Condesas, en donde se encontraba, antes de ser trasladada á Roma, la famosa madona de *Foligno*.

Aquí tambien seguimos á la Iglesia primitiva por la huella de su sangre. La irradiacion de la verdad, cuyo foco estaba en Roma, se hizo sentir en Foligno desde los tiempos apostólicos. El año 192, el Papa Víctor mandaba allí un obispo para que cuidara de aquella cristiandad naciente, es decir, un pastor que debia defender á precio de su sangre á los corderos recién nacidos en el divino rebaño; este obispo se llamaba Feliciano. Despues de once años de trabajo llegó á ser el santo prelado un glorioso mártir. Inmolándole Séptimo Severo á su ciega crueldad, pudo lisonjearse de haber afirmado la fe de aquel jóven rebaño. La sangre del pontifice será un grano de semilla, y de este grano, reunido á tantos otros, saldrá una cosecha, que en vano intentarán reducir á nada los señores del mundo. Nos consolamos de no poder honrar sus reliquias al pensar que la Francia tenia la dicha de poseerlas. Fueron trasladadas á Metz en 969 por el obispo Teodorico, bajo el reinado del emperador Oton.

1º DE ABRIL.

San Francisco de Asís.—Spello.—Santa Marta de los Angeles.—Indulgencia de la Porciúncula.—Fiesta.—Asís.—Iglesia y convento de San Francisco de Asís.—Vuelta á Foligno.

Estábamos muy cerca de Asís para no visitar este paraíso del Apenino, este Eden

de la Edad Média, de donde salió uno de los hombres más maravillosos que la Providencia ha empleado alguna vez en la regeneracion del mundo; ya he nombrado á San Francisco de Asís. Seiscientos años han pasado desde la aparicion del Seráfico; y como un dulce perfume, su recuerdo embalsama todavía todos aquellos valles, aquellas montañas, aquellas ciudades, aquellas aldeas, aquellas soledades de la Umbría. Cuando se está en el camino que él recorrió tantas veces descalzo con la cuerda en la cintura y el tosco sayal en el cuerpo, parecen oirse alrededor los ecos que repiten las palabras que fueron dirigidas al nuevo caballero de Jesucristo, al esposo de la santa pobreza, al futuro sostén de la Iglesia vacilante. Era uno de los primeros años del siglo décimotercio tan fecundo en milagros de santidad, de génio, de heroismo. Francisco se paseaba meditando en el campo y pensaba alistarse en las tropas de Gautier de Brienne, que marchaba contra Nápoles. Repentinamente oye una voz que le dice: «¿Qué haces, Francisco? Ve y repara mi casa, que como ves, está en ruinas.»¹ Francisco cae de rodillas, pero impidiéndole su humildad entender el alcance sublime de aquellas divinas palabras, las toma en un sentido material. Parte inmediatamente para Foligno, vende allí hasta su caballo y lleva el precio de él al sacerdote Pedro, guardian de la vieja iglesia de San Damian, conjurándole á que lo emplease en la restauracion de su iglesia. Nosotros estábamos en los mismos lugares en donde todo esto pasaba.

Ya llegábamos á Spello, distante cuatro kilómetros de Foligno. Esta pequeña ciudad, llena toda de antigüedades romanas,

¹ Corporeis audivit auribus ter dicentem: «Francisce, vade, et repara domum meam quæ, ut cernis, tota destruitur.» S. Buenaventura, *Vita S. Fr.*, c. II.

pudo detenernos un instante, pero sin distraernos del pensamiento que nos preocupaba:

Muy pronto descubrimos en medio de la llanura una magnífica iglesia y un vasto monasterio, cuyas proporciones grandiosas y puras recuerdan al Bramante y á Vignola. Esta iglesia es Nuestra Señora de los Angeles, tan humilde como pobre, pero revestida con el manto de reina. Bajo la gran cúpula se encuentra la maravillosa, la querida Porciúncula, perfumada todavía con la presencia de Francisco. Allí es donde ha orado, donde ha llorado, donde ha recibido de Dios la gracia de fundar una grande órden en la Iglesia. ¡En verdad que este lugar es santo! Todas las generaciones han pasado por allí y han sentido descender sobre ellas la fuerza, la resignación, la esperanza. Nuestro Señor Jesucristo lo había prometido á su siervo Francisco y su palabra es eterna. 1 Como su nombre lo indica, la Porciúncula no era en su origen más que una pequeña iglesia, ó más bien una porción de iglesia. A instancias del obispo de Asís, fué dada de limosna á San Francisco y á su Congregación naciente por el abad de los Benedictinos de Monte-Subazio. Hoy es uno de los magníficos templos y uno de los más venerables santuarios de la Italia. Su gloria le viene de la vision de San Francisco que el cincel de Owerbeck ha reproducido en un fresco, obra maestra del renacimiento católico del arte.

La vision fué ésta: En el mes de Octubre del año 1221, Francisco, prosternado en su celda, rogaba á Dios con lágrimas por la conversion de los pecadores, cuando fué advertido por un ángel para que fuera á la iglesia. Allí encontró á Nuestro Señor, á su Santísima Madre y á una multitud de espíritus celestes. «Francisco, le

dijo el Salvador, vos y vuestros hermanos teneis un gran celo por la salvacion de las almas; vos habeis sido colocado como una antorcha en el mundo y el sostén de la Iglesia. Pedid, pues, lo que querais para bien de los pueblos y gloria mia.» Francisco pidió para todos aquellos que visitasen aquella iglesia, una indulgencia plena de sus pecados despues de haberse confesado y comulgado. La Madre de las misericordias se inclinó hácia su Hijo, quien contestó á Francisco: «Os concedo lo que pedís, pero que esto sea ratificado en la tierra por aquel á quien he dado el poder de atar y desatar.» Al dia siguiente salió Francisco para Perusa, en donde estaba el Papa Honório III, á quien pidió la indulgencia. El Papa le dijo: «Francisco, vos pedís algo grande que no ha estado en uso.—Santo Padre, respondió Francisco, no os lo pido en mi nombre, sino en el nombre de Jesucristo que me ha enviado.—Que se haga segun vuestro deseo, dijo el Papa; esta indulgencia será para todos los años perpetuamente, pero solo un dia.» Dos años despues, Nuestro Señor se dignó fijar él mismo el dia de la indulgencia, y dijo á Francisco: «Este dia será desde la tarde del dia en que el apóstol San Pedro se encontró libre de sus cadenas, hasta la tarde del dia siguiente.» 1 Y los coros de los ángeles cantaron el *Te Deum*. Francisco salió para Roma y un milagro brillante confirmó la indulgencia en el dia señalado.

Desde hace seiscientos años todas las poblaciones de la Italia y numerosos peregrinos de todas las partes de la Europa y del mundo, acuden á aquella fiesta de misericordia y de gracia. No pudimos ser testigos de ella. Un viajero católico, más

1 *Vida de San Francisco* por M. Chavin, c. XI, p. 180.

1 *Volo quod sit dies illa in qua beatus Petrus fuit a vinculis absolutus, incipiendo a secundis vespers illius diei usque ad vespers sequentis diei includendo noctem.*—Barth. de Pisa, fol. 108.

feliz que nosotros, va á prestarnos sus ojos y su pluma y á decir lo que ha visto, lo que se ve todavía hoy cada año, á pesar de la indiferencia que yela al mundo. «Qué espectáculo el de aquella tropa de quince mil, veinte mil peregrinos, que llegan de todas las partes del mundo y acampan en la llanura dos ó tres dias ántes de la hora santa! Muchos pueblos no están más que débilmente representados en aquella santa cita de indulgencia, en donde se contaban en otros tiempos cien mil personas; pero los itálicos han permanecido fieles.

«Allí debe vérselos con sus trajes tan graciosos y tan variados. Ya son los campesinos de la Toscana, los más aseados, sobre todo las mujeres con su vestido corto, siempre azul ó escarlata sin mangas, sus cabellos ordinariamente blondos, atados en redondo detrás de la cabeza, sus sombreros de paja y las largas cabelleras de cintas de diversos colores que flotan á su alrededor. Ya son los montañeses de la Umbría y de los Abruzos con sus bragas ajustadas, sus gabanes grises, sus anchos sombreros y aquel calzado de gruesa tela y de cuero atado con cordones, las mujeres con su tocado tan rico, aunque grosero y sencillo, de tela blanca ó de color, su corpiño de terciopelo verde ó rojo bordado de negro; sus enaguas largas de mil pliegues y su manteleta, larga pieza de paño comunmente rojo ó azul, bordada de algun color vistoso y con la cual se envuelven de una manera pintoresca. En esta fiesta popular es donde el pueblo italiano aparece realmente pueblo rey, rey de la gracia, de la poesía, del arte; este reinado vale por todos los demas.

«Muchas millas á lo largo de todo el camino de Perugia á Spoleto, los comerciantes levantan sus tiendas y en ellas se venden víveres, telas, y sobre todo rosarios, medallas y otros pequeños objetos de devoción. Cada quien quiere llevar un re-

uerdo, una prenda que debe llenar de encanto los abrazos de la vuelta al hogar.

«El dia se consagra comunmente en visitar la basílica de Asís, el sepulcro de Santa Clara, San Damian, todos los santuarios venerados de aquel paraíso del Apenino; pero las bandas piadosas, entonando cánticos, gustan sobre todo de ir á orar á la humilde y muy antigua capilla *delle Carceri*, soledad querida de San Francisco. Por la tarde, despues que cada uno ha comido en familia, porque hay familias enteras, ó con los compañeros de viaje, unos descansan de su viaje, otros cuentan edificantes historias, algunos cantan acompañándose con instrumentos de sus países. Bajo el cielo de Italia, durante aquellas noches de estío tan serenas, los ángeles bajan á la tierra y recogen, para presentarlas á Dios, aquellas alegrías llenas de esperanza y aquellos resignados dolores. Las puertas de la iglesia permanecen siempre abiertas y más de treinta confesores se ocupan en cuidar y curar las heridas del alma.

«El interior del convento presenta el aspecto de un gran parador de Oriente, en donde se ha detenido una numerosa caravana. Todos los buenos campesinos de los alrededores, que más de una vez han acogido al hermano colector, bajan de las montañas y van á pedir á su vez una hospitalidad que ellos nunca han negado. Por otra parte, el convento es por excelencia la casa del pueblo; allí se establece como en su casa. En el patio pone su asno y su caballo, y se acuesta tranquilamente en los corredores, en los claustros y en los pedanaños de las escaleras.

«Entre tanto, la campana del *Sagrado Convento* da la señal solemne de que el dia del perdón se abre en el cielo y en la tierra. Todos los religiosos de San Francisco desfilan en largas procesiones en el camino de Asís; el obispo sigue con el clero

á todos los grandes personajes eclesiásticos y magistrados. Las puertas de Nuestra Señora de los Angeles se abren con ceremonia y el pueblo se precipita al templo con una pasión, un delirio de que es difícil formarse una idea. Ya son invocaciones, ya cánticos, ya lágrimas. Cada uno, á su modo, atestigua á María, reina de los ángeles y de los hombres, su amor, su respeto, su reconocimiento; es imposible no estar profundamente conmovido con un espectáculo semejante. 1

Asís nos presentó á cada paso los recuerdos de San Francisco. Visitamos sucesivamente la iglesia y el monasterio de Santa Clara, primera abadesa de las Clarisas, y cuyo cuerpo descansa bajo el altar mayor, rodeado de frescos del Giotto; á San Damian, en donde vimos la puerta amurallada desde la cual Santa Clara, armada con el Santo Sacramento, rechazó á los Sarracenos, ya dueños de la ciudad, y el convento y la doble iglesia de San Francisco.

Con gran disgusto nuestro no pudimos dar más que una rápida ojeada á aquella perla de la Italia, porque aquí está la obra maestra de la escuela Umbriana y el verdadero santuario del arte católico. El convento, con sus maravillosos claustros y su refectorio, el más soberbio de los refectorios, corresponde en sus proporciones y en sus frescos de Adone Domi y de Solimeno á la magnificencia de la iglesia. La iglesia misma es una epopeya que traza la vida del santo en su doble faz del tiempo y de la eternidad. La iglesia inferior, imagen de Francisco en la tierra, respira la tristeza, la pobreza y la penitencia. En las divisiones de la bóveda del crucero veis los inseparables compañeros, ó por mejor decir, la personificación del glorioso patriarca, la santa pobreza, la santa obediencia, la santa castidad, y más arriba la

glorificación de Francisco sentado en un trono de oro, radiante de luz, revestido con la rica túnica de diácono y rodeado de los coros angélicos que celebran su triunfo. La vista admira aquellas obras maestras, el corazón ruega ante aquellas figuras y el espíritu pregunta quién fué el autor de aquellas páginas inspiradas.

En 1250 estaba en Asís el patriarca de la pintura, Cimabue, pintando las grandes figuras byzantinas de la iglesia superior. Un día, paseándose por el campo de Vespigniano, encontró un pastorcito que dibujaba en una piedra plana una oveja de su rebaño; éste era el rey futuro del arte católico, y se llama Giotto. En la plenitud de su inimitable talento ha pintado con amor filial las grandes figuras, ante las cuales seis siglos han quedado mudos de admiración. Giottino, por su parte, superior á Giotto tal vez en la forma, la armonía y el sentimiento, ha depositado el tributo de su genio en la historia de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, que adorna el crucero recto de la iglesia inferior. Estéban Fiorentino, Puccio, Capanza, Buonamico, Buffalmacco y muchos otros han venido á escribir algunas líneas en este gran poema. Uno de ellos expresaba así el pensamiento de todos: «Nosotros los pintores, al trabajar en este santuario de las bellas artes, no nos ocupamos de otra cosa más que de hacer santos y santas sobre las paredes y los altares, á fin de que por este medio los hombres, con gran pena de los demonios, sean más inclinados á la virtud y á la piedad.» En horabuena; hé ahí á los artistas comprendiendo su misión, la misión del genio.

La iglesia superior, brillante, luminosa, imagen de Francisco en los esplendores de la eternidad, forma un hábil contraste con la iglesia inferior. Cimabue pintó allí á los cuatro doctores, San Ambrosio, San Agustín, San Gregorio, y San Gerónimo,

1 Vie de San Francois, c. XI, passim.

y los grandes frescos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Se atribuyen á Margaritone las grandes figuras que adornan los lados de una ventana. El amigo, el condiscípulo de Rafael, Aluigi de Asís, cuyo maravilloso talento le valió el renombre de *l'Ingegno*, el Ingénio, suspendió en las bóvedas de la capilla de San Luis los inimitables grupos de las cuatro Sibylas y de los cuatro Profetas.

La misma iglesia, primer monumento gótico de la Italia, respira el simbolismo profundo de los templos del Norte. Es doble, y sabemos la razon misteriosa de ello. Está edificada segun el modelo de la cruz y ofrece además en su parte inferior la figura misteriosa del TAO, 1 impresa sobre la frente de San Francisco; está dedicada á María, Reina de los Angeles y á los Santos Apóstoles; tiene sus muros de mármol blanco, para significar la pureza de María y de los ángeles, y sus doce torrecillas de mármol rojo en memoria de la sangre derramada de los Apóstoles. 2 Después de habernos prosternado, á imitacion de tantos millones de peregrinos, ante el sepulcro de San Francisco, el más glorioso después de el del Calvario, dice un historiador, nos dirigimos al lugar mismo en que nació aquel hombre único en los anales del mundo. Francisco nació en un establo, y fué acostado en paja como el divino Maestro de quien habia sido tan perfecto imitador. Encima de la puerta de aquel lugar venerable se lee:

Hoc oratorium fuit bovis et asini stabulum
In quo natus est Franciscus, mundi speculum.

«Este oratorio fué un establo del buey y del asno; y en él nació Francisco, espejo del mundo.»

Desde las alturas de Asís saludamos á lo léjos á Perugia y á sus monumentos etruscos; al lago de Trasimeno y á Aníbal

vencedor, y á Flaminio vencido y las elevadas cimas del Apenino con su ermita de los camaldulenses y su convento de Monte-Corona, habitado por los hijos de San Romualdo, en los cuales se reúne el tono, el lenguaje y las maneras distinguidas de la buena sociedad, á la humildad de los anacoretas y á la caridad de los religiosos hospitalarios.

Al volver á Foligno, nos parecia contemplar cerca de Nuestra Señora de los Angeles, en la llanura, aquellos cinco mil religiosos discípulos de San Francisco, que vinieron á capítulo general el año de 1219. A vista de este ejército, alojado no léjos de Chiascio, en las cabanas hechas con tejido de paja y de junco, y acampado alrededor de su jefe, no puede dejar de admirar la milagrosa propagacion de aquella orden y de preguntarse cual fué su razon providencial. Seria necesario, para desarrollarla, contar la historia de la Edad Média. Baste decir que la predicacion viviente de las virtudes evangélicas, era sentido vivamente en su oportunidad y en su necesidad, entre las poblaciones de la Europa y sobre todo de la Italia. Arrojar las herejías que bajo mil diversos nombres se deslizaban por partes; restablecer la paz entre los príncipes, las ciudades y las repúblicas, secando con ilustres ejemplos las fuentes fecundas de todas las guerras, la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la concupiscencia del oro, tal era entonces la gran necesidad del mundo. Francisco y Domingo se encargaron de esta mision; la cumplieron, y la faz de la tierra se encontró renovada. ¿Por qué pues admirarse de que la voz unànime de los pueblos haya saludado con trasporte á aquellos dos enviados del cielo, y de que las artes á porfia hayan celebrado sus beneficios, y la Iglesia haya coronado sus virtudes?

1 Cruz de la orden de San Antonio Abad.

2 *Hist. sacr. Conv. Assis.*, p. 26.

2 DE ABRIL.

Tolentino.—San Nicolás.—Napoleon.—Murat.—Macerata.—Recanati.—Loreto.—Puerta de la ciudad.—Calle.—Plaza.—Historia de la Santa Casa de Nazareth.

Al despuntar el día estábamos en Tolentino. Espesas tinieblas nos habían quitado la vista de gargantas mal afamadas y de precipicios espantosos en medio de los cuales se atraviesa aquella parte del Apenino que separa la Umbría de la Marca de Ancona. Entre dos montañas poco lejanas una de otra, como ciento cincuenta toesas, había pasado á nuestra vista la gran aldea de *Serravalle* con los muros vacilantes de su viejo castillo, como si hubiera sido alguna vision de las *Mil y una noches*. En el puerto de la Trávia, saludamos de lejos á la izquierda á Camerino, pequeña ciudad que cuenta todavía hoy con orgullo, que ella envió seiscientos hombres, la flor de su juventud, á Scipion para pasar á Africa.

Tolentino, edificada en la Chienta, es una pequeña ciudad interesante solo por los recuerdos que á ella se refieren. El más vivo, el más popular, aunque el más antiguo es el de un pobre religioso llamado con el nombre bendito de San Nicolás Tolentino. Fué uno de los prodigios de penitencia que la misericordia divina envía á los pueblos que quiere consolar. La historia de la época revela el secreto de su mision. Durante treinta años enteros, el santo sacerdote ayunó, oró y edificó á su segunda patria. Murió el 10 de Setiembre de 1308, y el reconocimiento público y la confianza filial que le habían rodeado durante su vida, le rodean seiscientos años despues de su muerte. El cuarto que él santificó con su presencia, los instrumentos de penitencia con los

cuales expiaba sobre su carne inocente las iniquidades de otro, la capilla en donde tantas veces inmoló la augusta Víctima y en la cual descansa su cuerpo sagrado, todo esto es todavía el tesoro, la alegría, el santuario querido de los Tolentinos.

Arrodillados nosotros en aquellos lugares, en presencia de aquellos objetos, testigos de tantas virtudes, mezclamos con amor nuestras fugitivas oraciones á las de tantos otros, repitiendo con el Profeta: ¡Cuán bueno es servirnos, gran Dios! que pagais algunos años de trabajo con siglos de gloria, sin perjuicio de las felicidades eternas.

A este recuerdo tan dulce para el cristiano, sucede otro humillante y penoso para el viajero frances. Tolentino recuerda el tratado, ó más bien el acto de odiosa espoliacion por el cual el Directorio, abusando del derecho de la fuerza, robó al Santo Padre el condado Veneciano, Ferrara, la Romania, treinta y un millones de francos, cuadros, estátuas y otros objetos preciosos por una suma incalculable. Diez y ocho años más tarde, el 3 de Mayo de 1815, el cuñado del hombre que había dictado aquellas iníquas y duras condiciones, perdía en el mismo lugar una batalla y un reino.

Atravesando una llanura fértil y bien cultivada, se llega á Macerata. Esta ciudad, de doce mil almas, situada sobre una graciosa colina, ocupa el lugar de la antigua *Helvia Ricina*, cuyas ruinas blanquizcas sembradas acá y acullá en las cercanías, dan idea de los huesos humanos en un antiguo campo de batalla. La iglesia de la Misericordia merece ser vista. Su magnificencia recuerda al viajero que está todavía en la patria de las artes, mientras que el Adriático, cuya superficie azulada limita el horizonte, le anuncia que toca á los límites de la Italia. De Macerata se baja á una campiña ó más bien á un vasto jardín

esmaltado de tulipanes nacidos naturalmente como las amapolas en nuestros campos de trigo. Nada es tan agradable como aquel golpe de vista en los primeros días de la primavera; el paisaje entero parece llenarse de gracias à medida que se va uno aproximando al santuario querido de la amable Reina del cielo.

Desde el fondo del valle se eleva el camino serpenteando por el flanco de una larga colina dominada por la ciudad de *Recanati*. Algunos habitantes que habian bajado para buscar agua y madera en la llanura, subian con nosotros hácia la ciudad aérea. Unos llevaban consigo sus fardos; otros los habian descargado en asnos, que son en todos países los complacientes servidores del pobre. Este penoso trabajo, que se renueva todos los días, es una consecuencia de las guerras sin cesar renacientes que desolaron tan largo tiempo à las repúblicas italianas. Para poner su vida, su fortuna, su libertad al abrigo de los bandidos y de la devastacion, cada uno se vió en la necesidad de refugiarse en sus alturas, y por consiguiente à hacer venir de la llanura las cosas necesarias para la vida. *Recanati* ofrece al viajero un notable monumento de bronce colocado en la fachada del Hotel de Ville y que recuerda la traslacion de la *Santa Casa* al territorio de la ciudad.

Al salir de *Recanati* tomamos el camino de Mont-Royal y bajamos à una hermosa campiña que sirve de avenida à Loreto. La ciudad aparece à lo léjos, graciosamente sentada en la meseta de una ver de colina. Encima de las murallas se lanza à lo alto el esbelto campanario y la majestuosa cúpula de la basílica. Al ver ésto, el corazon os late fuertemente y luego se aspira à la felicidad de poner los piés en aquella tierra de milagros. Además, por un instante, la atencion es atraída por otro objeto; quiero hablar del acueducto

cuyos arcos gigantescos salen de una colina, atraviesan la llanura, vuelven à entrar por el flanco de una montaña y van à llevar una fuente abundante y pura al centro de la plaza pública de Loreto. Esta obra, digna de los Romanos, se debe al cardenal Scipión Borghese, protector de la Santa Capilla, en el año 1620.

Por fin, llegamos à la puerta Romana. Dos estatuas de profetas, coronadas por una de María, forman el cuadro y anuncian que la reina de la ciudad es la Virgen divina anunciada por los profetas. Hémos aquí en la plaza de los Gallos, llamada así, por una soberbia fuente adornada con un dragon y cuatro gallos que arrojan limpida agua; delante de nosotros se desarrolla la Gran Calle, ó por mejor decir, la única calle de Loreto. Pero esta calle es ancha, larga, de buen pavimento y como la de Einsiedeln, está limitada à uno y otro lado por tiendas en las cuales se venden rosarios, medallas y otros objetos de devocion. Desemboca en la soberbia plaza de la Madona, ejecutada segun los dibujos de San Gallo y terminada por la augusta basílica. En el centro se levanta una magnífica fuente, cuya gran pirámide y cuyo amplio recipiente, están embellecidos con escudos de armas y grupos de águilas, con dragones y tritones de bronce, obras maestras de los dos Jacometti. A la izquierda el palacio apostólico presenta su brillante fachada, y recuerda gloriosamente à los soberanos pontífices, Julio II y Benedicto XIV; en fin, à la derecha está el colegio Ilirico, en el cual los padres jesuitas forman à una numerosa juventud, en la ciencia y en la virtud.

Después de este primer golpe de vista, al cual siguió un primer homenaje presentado à María en los umbrales de su santuario, entramos al hotel *della Campana*. Algunas horas de descanso, que fue-

ron necesarias por las fatigas del camino, debian preceder á la visita detallada de la Iglesia y de la Santa Casa. Las empleamos en acordarnos de la historia del santo lugar, que voy á referir en pocas palabras.

El Evangelio nos enseña que la Santa Virgen tenia su casa en la pequeña ciudad de Nazareth, en Galilea. Allí vivia con San José, cuando el arcángel San Gabriel fué á anunciarle el misterio de la Encarnacion, que se cumplió al punto en sus castas entrañas. Allí volvió á habitar á su vuelta de la huida á Egipto, con San José y el Niño Jesus. La santa familia no tuvo otra morada hasta la predicacion pública de Nuestro Señor. Este humilde asilo fué, pues, el testigo de la infancia del Hijo de Dios, de sus virtudes, de sus entretenimientos con María su madre, y con José, su padre putativo. Allí se cumplieron en el silencio y en la oscuridad, los inefables misterios de humildad, de pobreza, de obediencia y de amor, que revelados más tarde, han llegado á ser la base del Evangelio y el principio de la más admirable revolucion moral, de que hace memoria el mundo. Júzguese del amor filial y de la veneracion profunda de los Apóstoles y de los primeros cristianos, hácia un lugar á la vez tan elocuente y tan santo! Se comprende que han debido guardarlo con celoso cuidado, y visitarlo frecuentemente; la historia viene á confirmar esta induccion del simple buen sentido. Ella nos muestra, desde la ascension de Nuestro Señor al cielo, una procesion no interrumpida de peregrinos que acuden de todos los lugares del Oriente y del Occidente, á venerar la cuna de la fe católica, la Santa Casa de Nazareth. 1.

1 Ob hæc igitur quæ in hac urbe operata sunt mysteria, Apostoli, post Christi in caelos ascensionem, B. M. V. domicilium, in quo ab angelo salutata Christum Dominum concepit, sacris usibus dedicarunt;..... eudemque postmodum,

Despues de los Apóstoles y de los fieles de Jerusalem, ved venir á los pontífices del Occidente, á las más ilustres matronas de la Ciudad Eterna, á la reina del mundo, la emperatriz Santa Elena; luego, al Occidente todo entero representado por sus miriadas de caballeros y de cruzados, solemne peregrinacion que fué cerrada por el más ilustre de nuestros reyes. El año 1252, San Luis, estando á punto de volver á Francia, asistió por última vez al oficio divino en la Santa Casa de Nazareth. 1. La existencia perpétua y la identidad de la augusta morada, eran hechos incontestables, como hechos que habian tenido por testigos al Oriente y al Occidente durante trece siglos. La descripcion de ellos andaba en todas las bocas y en todos los libros.

La partida de San Luis fué la señal de una invasion de la barbarie musulmana y de su dominacion en la Palestina. La toma de Damietta y el saqueo de Tolenaída hicieron al califa dueño de todo el país. Irritado con sus anteriores derrotas, el nuevo Antioco iba á vengarse con desolaciones y profanaciones inauditas. En este momento solemne la Santa Casa de Nazareth desapareció, sin dejar en el suelo más que sus cimientos cortados por un plano inclinado.

El 10 de Mayo del año 1291, bajo el pontificado de Nicolás IV y bajo el imperio de Rodolfo I, siendo gobernador de la Dalmacia Nicolás Frangipane, de la antigua familia Anicia, y siendo obispo de San Jorge Alejandro Giorgio, nativo de Medrusia, algunos habitantes de las orillas del Adriático habian salido muy temprano para ir á los trabajos del campo. Entre Fuime y la pequeña ciudad de

loco Dei Genitricis peramanum et quod archiepiscopali cathedra præcellerat excitatum fuit templum.—Adricom, in *Zabulon de Nazareth*, n. 73, S. Hieron., epist. 27. ad Eustoch.

1 Guillel, de Nangis, de *Gestis S. Ludovici*.

Tersatz, encuentran en un lugar, no lejos del mar llamado Raunizza, un edificio solitario colocado en un lugar en donde hasta entonces no se había visto nunca ni casa ni cabaña. Corren al punto fuera de sí á anunciar lo que han visto. Llegan de todas partes, se examina el misterioso edificio construido de pequeñas piedras rojas y cuadradas, unidas entre sí por mezcla. Se admira la singularidad de su estructura y su aire de antigüedad; nadie puede explicarse cómo está en pié, puesto sobre la desnuda tierra y sin ningun cimiento.

Pero la sorpresa aumenta cuando se penetra al interior por la única puerta abierta á un lado. El cuarto forma un gran rectángulo. El techo, coronado con un pequeño campanario, es de madera pintada de azul y está dividido en muchos compartimientos sembrados acá y allá de estrellas doradas. Alrededor de las paredes, y abajo del artesonado, se ven muchos semicírculos que están unos cerca de otros y parecen mezclados con jarras variadas en su forma. Las paredes, del grueso de un codo, construidas sin regla y sin nivel, no siguen exactamente la vertical. A la derecha de la puerta se abre una estrecha y única ventana. Enfrente se levanta un altar construido de piedras fuertes y cuadradas que domina una cruz griega adornada con un crucifijo pintado en una tela puesta en madera, en donde brilla el título sagrado de nuestra salvacion: "Jesus de Nazareth, rey de los Judíos." A la derecha del altar aparece una estatua de la Santísima Virgen, de pié y llevando al Niño Jesus en sus brazos. Los rostros están pintados con un color semejante á la plata, pero ennegrecidos por el tiempo y sin duda por el humo de los cirios encendidos delante de aquellas imágenes. La cabeza de Maria está adornada con una corona de perlas; sus cabellos, partidos como los nazarenos, flotan sobre su cuello; su cuerpo está vestido

con una túnica dorada que, sostenida por un ancho cinturón, cae flotante hasta los piés; un manto azul cubre sus espaldas; una y otra cosa están cinceladas y formadas de la misma madera que la estatua. El Niño Jesus, de un tamaño más que ordinario y de una cara llena de majestad, tiene la cabellera dividida en la frente como la de los nazarenos, de quienes trae vestido y cinturón; está en actitud de levantar los primeros dedos de la mano derecha como para dar su bendición, y con la izquierda sostiene un globo, símbolo de su poder soberano en el universo.

A la izquierda, cerca del altar, se ve un pequeño armario practicado en la pared, que parece destinado á recibir los utensilios necesarios para un pobre servicio de mesa; contiene algunas pequeñas jarras ó escudillas, semejantes á las que usan para tomar alimento los pobres habitantes de los campos. En fin, cerca de allí se ve una especie de chimenea ú hogar coronada con un nicho y sostenida por columnas adornadas de candelabros. Tal era la disposición del misterioso edificio.

¿De dónde viene? ¿Cuál es aquella morada desconocida? ¿Qué mano la ha trasladado repentinamente á un lugar en donde jamás se ha visto habitación? ¿qué poder la sostiene sobre el suelo sin ningun fundamento? Hé ahí las preguntas que todo el mundo hace y á las cuales nadie puede responder; el estupor es general. Repentinamente se ve venir al obispo Alejandro con paso violento y seguro, y con el rostro radiante de felicidad; nuevo objeto de asombro. Todo el mundo sabía que el santo obispo, atacado hacia tres años de una hidropesía declarada incurable por los médicos, estaba de tal modo enfermo que hacia largo tiempo que no podia dejar el lecho, del cual se esperaba día á día que bajara al sepulcro. En medio del silencio que exige su aparición in-

esperada y milagrosa, cuenta en estos términos lo que le ha sucedido: "Estaba moribundo en mi lecho cuando vinieron á darme noticia de esta casa desconocida. He conjurado á la Santísima Virgen á que me consiguiese bastantes fuerzas para venir yo mismo á visitar este santuario maravilloso é implorase su poderoso socorro, resuelto á hacer que me trajeran si no podía venir yo mismo. La Santísima Virgen, movida con mi deseo, se me apareció resplandeciente de luz y me ha dicho: "Alejandro, vos me habeis invocado; hé aquí que he venido á vuestro socorro. Sabed que la casa que acaba de aparecer en este país es la casa misma en que yo nací en Nazareth, en donde recibí la visita del ángel Gabriel, en donde el Verbo se hizo carne en mi seno. Sed vos mismo para todo el pueblo la prueba viviente de la verdad de mis palabras, sanad. La Santa Virgen desapareció y he quedado sano." Arrodillarse al punto, bendecir á su bienhechora, correr al augusto santuario para dárla las gracias, todo esto fué á la vez para el venerable obispo la primera necesidad de su corazón, y para todo el pueblo la prueba brillante de que aquella visita sobrenatural no era una quimera criada en un cerebro agitado por el dolor.

Entre tanto la noticia del prodigioso acontecimiento llega á oídos del gobernador de la Dalmácia. Acude, toma los informes más minuciosos, interroga, ve por sí mismo, y en fin, para asegurarse por una prueba material y sin réplica de la verdad, decide que cuatro comisarios, escogidos por su mano, salgan inmediatamente para Palestina con los planos y las dimensiones de la misteriosa capilla, que se aseguren por sí mismos y digan bajo la fe del juramento: 1.º Si la casa de la Santa Virgen en Nazareth, conocida por toda la cristiandad, ha desaparecido realmente

sin que se sepa lo que ha sido de ella, ni qué mano la ha quitado. 2.º Si han quedado los cimientos ó basas. 3.º Si su figura y sus dimensiones cuadran con las paredes de la casa que acaba de llegar. 4.º Si la naturaleza de la piedra es la misma. 5.º Si es idénticamente el mismo género de construcción, de suerte que sea imposible negar que aquellas basas que quedan en Nazareth y la casa recientemente aparecida en Tersatz sean el mismo edificio en dos partes.

Los cuatro comisarios, igualmente eminentes en ciencia y en virtudes, parten para Palestina. Se dirigen á los cristianos de Nazareth y les preguntan dónde está la casa de la Santísima Virgen. Estos les responden llorando que ha desaparecido hace poco tiempo sin que se haya podido saber qué ha sido de ella; que aún pueden enseñar los cimientos y nada más; que no pueden imaginarse cómo se ha podido robar aquella santa casa sin dejar en su lugar más que los cimientos cortados. Los comisarios son llevados al lugar y verifican con sus ojos la relación de los cristianos. Para cumplir su mandato se ponen á tomar la longitud, la latitud, las dimensiones de los cimientos; estudian la naturaleza de la piedra, el género de construcción, calculan el tiempo que ha corrido entre la desaparición de la casa y su llegada á la Dalmácia. Todo lo encuentran de una exactitud perfecta. Escriben su testimonio, lo envían al gobernador, lo confirman con un juramento solemne y repiten veinte veces delante de toda la provincia lo que han hecho y lo que han visto.

El hecho queda demostrado. Tersatz tiene la felicidad de poseer la Santa Casa de Nazareth. La Dalmácia entera, la Bosnia, la Sérvia, la Albánia, la Croácia, todas las provincias parecen vaciarse, para extender sus habitantes en aquella tierra fa-

vorecida del cielo. Pero ¡ay! ni los homenajes de los fieles, ni la abnegacion del soberano, pudieron fijar en aquellos lugares el inestimable tesoro; tres años y medio despues de su llegada desapareció la Casa de Nazareth á la vista de aquellos cristianos desolados.

La venerable cuna de la angusta Reina, llevada en manos de los ángeles, fué á descansar al centro de un bosque de laureles, en el territorio de Recanati. Nuevos prodigios, que seria demasiado largo referir, señalaron su presencia. Innumerables peregrinos que acuden de toda la Italia y de la Dalmácia la visitan, la reconocen y derraman lágrimas, unos de alegría y otros de inconsolable dolor. A poco tiempo de esto no vuelve á encontrarse ya la Santa Casa; ha venido á descansar á tres millas de la ciudad de Recanati en un pequeño montecillo inmediato á un gran camino. La piedad pública ha tomado un nuevo impulso y ya no se pone en duda el nuevo prodigio. Cuatro meses despues se operó una nueva traslación; el misterioso santuario es encontrado en el centro de la vía pública que conduce de Recanati á la orilla del mar. Allí es donde está hoy todavía; es Loreto.

¿Se pregunta sin duda por qué tuvieron lugar estas diferentes traslaciones en el intervalo de algunos años? ¿Qué somos nosotros para conocer los pensamientos de Dios y penetrar el secreto de sus designios? Sin embargo, ¿no puede contestarse que con estas diferentes traslaciones encadenadas entre sí y confirmadas, Dios haya querido dar á este prodigio una evidencia tal que fuese imposible ponerla en duda? En efecto, la atencion pública, entera, fija en este prodigio inaudito, provocó nuevas investigaciones; estas investigaciones fueron seguidas de nuevas pruebas que han elevado su demostracion á la última potencia.

En efecto, la asombrosa relacion de lo que pasa en el territorio de Recanati fué comunicada al Papa Bonifacio VIII. En esta circunstancia, como en todas las demas, Roma obró con la prudente reserva que la caracteriza. El Santo Padre manda al obispo de Recanati que ponga un cuidado particular con el precioso depósito, cuya identidad manda demostrar de nuevo.

El consejo del Pontífice es una orden: el año 1296, una célebre diputacion compuesta de catorce caballeros, sale de Recanati, lleva las medidas y los planos del santuario nuevamente llegado á Loreto; pasa á Dalmácia, cuyos inconsolables habitantes enseñan el lugar ocupado en otro tiempo por la Santa Casa. Los enviados examinan con cuidado la capilla edificada sobre aquel terreno, segun el modelo de la que durante tres años habia descansado allí. Aplican á este monumento las medidas de la casa de Loreto, y encuentran una entera y perfecta conformidad. Observan ademas que el mismo dia que vió desaparecer el santuario de Tersatz, le ha visto aparecer en el territorio de Recanati.

Los caballeros se dan á la vela y llegan á Palestina. Lo que habian hecho cinco años ántes los comisarios dalmatas, lo renueva con mayor atencion todavía, si es posible, la diputacion de Recanati. La existencia de los cimientos, la desaparicion de las paredes, la naturaleza de la piedra, la longitud, latitud, la configuracion del sitio; todo se examina y se compara con los planos y los modelos de Tersatz y de Loreto. La identidad es perfecta.

A vista de esto, la alegría estalla, las lágrimas corren con abundancia; se vuelve á emprender la marcha con el gran gusto de llevar la certidumbre palpable de que Loreto posee el más precioso de todos los